

J. M. COETZEE

*Hombre lento*

Lectulandia

Paul Rayment, fotógrafo profesional, pierde una pierna en un accidente de bicicleta. A raíz de dicho percance su vida solitaria cambiará radicalmente. Paul rechaza la posibilidad de que los médicos le inserten una prótesis y, tras abandonar el hospital, vuelve a su piso de soltero en Adelaida. Incómodo ante la nueva situación de dependencia que conlleva su invalidez, Paul pasa por periodos de desesperanza al reflexionar sobre sus sesenta años de vida. No obstante, su ánimo se recupera al enamorarse de Marijana, su pragmática y campechana enfermera de origen croata. Mientras Paul busca el modo de conquistar el afecto de su ayudante, recibe la visita de la misteriosa escritora Elizabeth Costello, que le desafía a retomar las riendas de su vida. Hombre lento lleva a cabo una meditación acerca de lo que nos convierte en seres humanos, a la vez que reflexiona sobre la vejez. La lucha de Paul Rayment con su supuesta debilidad se traduce a través de la voz clara y sin tapujos de J. M. Coetzee; el resultado es una historia profundamente conmovedora sobre el amor y la mortalidad que deslumbra al lector en cada página.

**Lectulandia**

John Maxwell Coetzee

# **Hombre lento**

ePUB r1.0

Ariblack 06.12.13

Título original: *Slow Man*  
John Maxwell Coetzee, 2005  
Traducción: Javier Calvo  
Diseño/Retoque de portada: Chris Steel-Perkins *Magnum*

Editor digital: Ariblack  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

El impacto le alcanza por la derecha, brusco y sorprendente y doloroso, como una descarga eléctrica, y le hace salir disparado de la bicicleta. «¡Tranquilo!», se dice a sí mismo mientras vuela por los aires (¡vuela por los aires sin ninguna dificultad!) y, en efecto, nota que los miembros se le relajan obedientemente. «Como un gato —se dice a sí mismo—: Rueda por el suelo y luego ponte de pie de un salto, listo para lo que pase a continuación». La palabra «raudo», poco habitual, también asoma en el horizonte.

Sin embargo, no es así como van las cosas. Ya sea porque las piernas no le obedecen o porque está momentáneamente aturdido (no siente tanto como oye el impacto de su cráneo contra el asfalto, lejano, con un sonido como de madera, como un golpe propinado con un mazo), no solo no se pone en pie de un salto, sino que, al contrario, sigue resbalando metro tras metro, más y más, hasta que el deslizamiento lo acaba arrullando.

Se queda tendido en el suelo, en paz. Hace una mañana espléndida. La caricia del sol es agradable. Hay cosas peores que relajarse por completo y esperar a recuperar las energías. De hecho, puede que haya cosas peores que echarse un sueñecito. Cierra los ojos. El mundo se inclina bajo él y da vueltas. Pierde el conocimiento.

En una sola ocasión lo recobra brevemente. El cuerpo que había volado con tanta ligereza por los aires ahora se ha vuelto pesado, tanto que por mucho que lo intente no puede mover ni un dedo. Y hay alguien inclinado sobre él, quitándole el aire, un joven con el pelo crespo y granos en el nacimiento del cabello. «Mi bicicleta», le dice al chico, pronunciando la difícil palabra sílaba a sílaba. Quiere preguntarle qué le ha pasado a su bicicleta, si alguien se ha hecho cargo de ella, ya que todo el mundo sabe que las bicicletas pueden desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Pero antes de que esas palabras salgan de sus labios vuelve a perder el sentido.

## 2

Lo están meciendo de un lado a otro, lo están transportando. Le llegan voces lejanas, un alboroto que se eleva y desciende siguiendo un ritmo propio. ¿Qué está pasando? Si abriera los ojos lo sabría. Pero todavía no puede. Algo le está viniendo a la mente, clac, clac, clac, se está escribiendo un mensaje en una pantalla de color rosáceo que tiembla como el agua cada vez que parpadea, y que por tanto es bastante probable que sea su párpado interno. E-R-T-Y, dicen las letras, luego F-R-I-V-O-L, luego un temblor, luego una O y después Q-W-E-R-T-Y, una y otra vez.

«Frívolo». Algo parecido al pánico se adueña de él. Se estremece. En la caverna interior se forma un quejido y le sale de la garganta con brusquedad.

—¿Duele mucho? —dice una voz—. No se mueva.

El pinchazo de una aguja. Un instante más tarde el dolor desaparece, seguido del pánico y por fin de la conciencia misma.

Se despierta dentro de un capullo de aire muerto. Intenta incorporarse pero no puede. Es como si estuviera encajado en cemento. A su alrededor una blancura sin nada que la mitigue: un techo blanco, unas sábanas blancas y luz blanca. También una blancura granulosa como pasta dentífrica vieja que parece estar recubriéndole la mente, hasta el punto de que no puede pensar con claridad y se desespera considerablemente. «¿Qué es esto?», articula con los labios, o tal vez incluso lo grita, queriendo decir: «¿Qué me están haciendo?», o «¿Qué lugar es este en el que me encuentro?», o incluso «¿Qué destino me ha tocado en suerte?».

Una mujer vestida de blanco aparece de la nada, se detiene y se lo queda mirando con atención. Él intenta formular una pregunta a partir de la confusión que tiene en la cabeza. ¡Demasiado tarde! Con una sonrisa y un golpecito tranquilizador en el brazo que extrañamente él parece oír pero no sentir, ella sigue su camino.

«¿Es grave?»: si solamente hay tiempo para una pregunta, entonces la pregunta debería ser esa, aunque él prefiere no pensar en lo que puede significar la palabra «grave». Pero todavía más urgente que la cuestión de la gravedad, más urgente que la cuestión latente de qué ha pasado exactamente en Magill Road que lo ha mandado volando a este lugar muerto, es la necesidad de encontrar el camino a casa, de cerrar la puerta detrás de sí, de sentarse en su entorno familiar y recuperarse.

Intenta tocarse la pierna derecha, la pierna que sigue enviando señales poco claras de que ahora es la pierna mala, pero su mano no se quiere mover. Nada se quiere mover.

«Mi ropa»: tal vez esa debería ser la pregunta inocua que sirviera de preparación. «¿Dónde está mi ropa? ¿Dónde está mi ropa y cuál es la gravedad de mi situación?».

La joven vuelve a entrar flotando en su campo visual.

—Ropa —dice él haciendo un esfuerzo inmenso, levantando las cejas todo lo que

puede para transmitir un mensaje de urgencia.

—No se preocupe —dice la joven, y le da la bendición de otra de sus sonrisas, esas sonrisas ciertamente angelicales—. Todo está a salvo. Nos estamos ocupando de todo. El médico estará con usted dentro de un minuto.

Y, en efecto, antes de que pase un minuto, un joven que debe de ser el médico al que se refería se ha materializado a su lado y está murmurando algo al oído de ella.

—¿Paul? —dice el joven médico—. ¿Me oye? ¿Es este su nombre correcto, Paul Rayment?

—Sí —dice él con cautela.

—Buenos días, Paul. Ahora mismo se estará sintiendo un poco confuso. Es porque le hemos puesto una inyección de morfina. Vamos a operarlo dentro de un rato. Recibió un golpe, no sé cuánto recuerda, y le ha quedado la pierna un tanto maltrecha. Vamos a echar un vistazo y ver cuánto podemos salvar.

Él vuelve a enarcar las cejas.

—¿Salvar? —intenta decir.

—Salvar de su pierna —repite el médico—. Vamos a tener que amputar, pero salvaremos lo que podamos.

Algo debe de pasarle en la cara en ese momento, porque el joven hace algo sorprendente. Extiende el brazo hasta tocarle la mejilla y deja la mano allí, apoyada en su cabeza de anciano. Es la clase de cosa que haría una mujer, una mujer que lo quisiera a uno. El gesto lo avergüenza, pero no consigue apartarse de forma decorosa.

—¿Confía en mí? —dice el médico.

Él parpadea estúpidamente.

—Bien. —Hace una pausa—. No tenemos opción, Paul —dice—. No es una de esas situaciones en que se puede elegir. ¿Lo entiende? ¿Me da su consentimiento? No voy a pedirle que firme sobre una línea de puntos, pero ¿tenemos su consentimiento para proceder? Salvaremos lo que podamos, pero se ha llevado usted un buen golpe y ha habido muchos daños. No puedo decir ahora mismo si podemos salvar la rodilla, por ejemplo. La rodilla ha quedado prácticamente destrozada, y también parte de la tibia.

Como si supiera que hablan de ella, como si estas palabras terribles la hubieran despertado de su sueño inquieto, la pierna derecha le envía una descarga de dolor blanco y lacerante. Se oye tragar saliva a sí mismo y luego nota el latido de la sangre en sus oídos.

—Bien —dice el joven, y le da una palmadita en la mejilla—. Es hora de ponernos en marcha.

Se despierta mucho más cómodo consigo mismo. Tiene la cabeza despejada, vuelve a ser el de siempre (¡Tengo cuerda para rato!, piensa), aunque también agradablemente

soñoliento, podría volver a dar cabezadas en cualquier momento. La pierna que recibió el golpe la nota enorme, ciertamente elefantina, pero no siente dolor.

Se abre la puerta y aparece una enfermera, una cara nueva y fresca.

—¿Se siente mejor? —dice, y añade enseguida—: No intente hablar todavía. El doctor Hansen vendrá dentro de un rato para hablar con usted. Entretanto, hay algo que tenemos que hacer. Así que, ¿puedo pedirle que se tranquilice mientras...?

Lo que ella necesita hacer mientras él se tranquiliza resulta ser insertar un catéter. No es un asunto nada agradable. Él se alegra de que sea una desconocida quien lo va a hacer. «¡Esto es lo que acaba pasando! —se reprende a sí mismo—. ¡Esto es lo que pasa cuando te distraes un momento! Y la bicicleta, ¿qué ha pasado con la bicicleta? ¿Cómo voy a ir a comprar ahora? ¡Es culpa mía por coger Magill Road!». Y maldice Magill Road, aunque de hecho lleva años yendo en bicicleta por Magill Road y nunca le ha pasado nada.

Lo que el joven doctor Hansen tiene que contarle, cuando llega, es en primer lugar un breve resumen de su caso, «ponerle al día en cuatro palabras», y luego darle noticias sobre su pierna, algunas buenas y otras no tan buenas.

En primer lugar, por lo que respecta a su estado en general, teniendo en cuenta lo que puede pasarle y lo que le pasa al cuerpo humano cuando es atropellado por un coche a toda velocidad, puede felicitarle de que no haya pasado «nada grave». De hecho, se puede decir que es tan poco grave que puede considerarse afortunado, favorecido, agraciado. El choque le causó una conmoción cerebral, sí, pero lo salvó el casco que llevaba. Continuará en observación, pero no hay señales de hemorragias intracraneales. En cuanto a las funciones motrices, las indicaciones preliminares dicen que están intactas. Ha perdido sangre pero se la han vuelto a poner. Si se está preguntando por la rigidez de su mandíbula, la mandíbula no está rota, solamente contusionada. Las abrasiones de su espalda y su brazo parecen más graves de lo que son, y se curarán en un par de semanas.

Volviendo a la pierna, la pierna que recibió el golpe, al final él (el doctor Hansen) y sus colegas no han podido salvar la rodilla. Tuvieron una discusión exhaustiva y la decisión fue unánime. El impacto —más tarde le enseñará las radiografías— fue directo a la rodilla y hubo un componente añadido de rotación, así que la articulación quedó al mismo tiempo hecha pedazos y retorcida. En una persona más joven tal vez habrían intentado una reconstrucción, pero una reconstrucción de las características requeridas implicaría toda una serie de operaciones, una detrás de otra, durante más de un año, tal vez dos años, con una probabilidad de éxito de menos del cincuenta por ciento, así que, dadas las circunstancias y teniendo en cuenta su edad, se consideró mejor cortar la pierna por encima de la rodilla, dejando un buen trozo de hueso para una prótesis. Él (el doctor Hansen) confía en que él (Paul Rayment) llegue a aceptar esa sabia decisión.

—Estoy seguro de que tiene usted muchas preguntas —termina—, y estaré encantado de contestarlas, pero tal vez ahora no, mejor por la mañana, después de que haya dormido un poco.

—Una prótesis —dice él, otra palabra difícil, aunque ahora que entiende que no tiene la mandíbula rota sino únicamente contusionada, siente menos vergüenza ante las palabras difíciles.

—Una prótesis. Una pierna artificial. En cuanto la herida de la operación haya cicatrizado, le colocaremos una prótesis. Cuatro semanas, tal vez antes incluso. Dentro de nada estará usted caminando otra vez. Y yendo en bicicleta también, si quiere. Después de cierto entrenamiento. ¿Más preguntas?

Niega con la cabeza. «¿Por qué no me preguntaste antes?», quiere decir. Pero si pronuncia las palabras perderá el control y empezará a gritar.

—Entonces hablaré con usted por la mañana —dice el doctor Hansen—. ¡Anímese!

Eso no es todo, sin embargo. Ahí no acaban las cosas. Primero la violación, después el consentimiento a la violación. Tiene que firmar papeles antes de que lo dejen en paz, y los papeles resultan ser sorprendentemente difíciles.

Los familiares, por ejemplo. ¿Quiénes son y dónde están?, preguntan los documentos, y ¿cómo se les debe informar? Y el seguro. ¿Cuál es su compañía aseguradora? ¿Qué clase de cobertura tiene su póliza?

El seguro no es un problema. Está asegurado hasta las cejas, lleva un carnet en la cartera que lo demuestra («pero ¿dónde está su cartera, dónde está su ropa?»). Los familiares son un asunto más complicado. ¿Quién es su familia? ¿Cuál es la respuesta correcta? Tiene una hermana. Murió hace doce años, pero sigue viviendo en él, o con él, del mismo modo que tiene una madre que, cuando no se encuentra en él o con él, aguarda el toque de rebato de los ángeles en su parcela del cementerio de Ballarat. Y un padre, que aguarda también un poco más lejos, en el cementerio de Pau, desde donde viene de visita en contadas ocasiones. ¿Son ellos sus familiares, esos tres? «Aquellos en cuyas vidas naces nunca mueren —le gustaría informar a quienquiera que haya escrito la pregunta—. Los llevas contigo, igual que confías en que te lleven los que vienen detrás de ti». Pero el formulario no deja espacio para respuestas largas.

Lo que puede afirmar de forma más categórica es que no tiene esposa ni descendencia. Es cierto que estuvo casado una vez. Pero su socia en aquella empresa ya no forma parte de él. Huyó de él, huyó por completo. Todavía no entiende cómo hizo ella aquel truco, pero lo hizo: escapó a una vida sin él. A todos los fines prácticos, por tanto, y en lo que concierne al formulario, no está casado: soltero, solo, solitario.

Familiares: «NINGUNO», escribe en letras mayúsculas, bajo el escrutinio de la enfermera, y tacha el resto de las preguntas y firma los formularios, los dos que hay.

—¿La fecha? —le pregunta a la enfermera.

—Dos de julio —dice ella.

Y él escribe la fecha. Funciones motrices intactas.

Las pastillas que él acepta están destinadas a apaciguar el dolor y hacerle dormir, pero no duerme. Está claro que esto —esta cama extraña, esta habitación vacía y este olor a la vez a antiséptico y a orina— no es un sueño, es la realidad, no puede ser más real. Y sin embargo todo el día de hoy, si es que es el mismo día, si es que el tiempo todavía significa algo, le produce la sensación de ser un sueño. Esa cosa que ahora examina por primera vez debajo de la sábana, ese objeto monstruoso envuelto en vendas blancas y pegado a su cadera, está sacado directamente de la tierra de los sueños. ¿Y qué hay de lo otro, de esa cosa de la que hablaba con tanto entusiasmo el joven de las gafas terriblemente chillonas?, ¿cuándo va a hacer su aparición? Nunca en la vida ha visto una prótesis desnuda. La imagen que le viene a la cabeza es un palo de madera con un garfio en el extremo, como un arpón, y ventosas de goma en las tres patitas. Salido del surrealismo. Salido de Dalí.

Extiende una mano (se da cuenta por primera vez de que tiene los tres dedos del medio sujetos entre sí) y aprieta la cosa envuelta en blanco. La cosa no le devuelve ninguna sensación. Es como un bloque de madera. «No es más que un sueño», se dice a sí mismo, y se queda profundamente dormido.

—Hoy vamos a hacer que ande —dice el joven doctor Hansen—. Esta tarde. Nada de caminatas largas, pero sí unos cuantos pasitos para ver cómo se siente. Elaine y yo estaremos con usted para echarle una mano. —Le hace una señal con la cabeza a la enfermera. La enfermera Elaine—. Elaine, ¿puede arreglarlo con Ortopedia?

—No quiero caminar hoy —dice él. Está aprendiendo a hablar entre dientes. No solamente tiene la mandíbula contusionada, también se le mueven las muelas de ese lado. No puede masticar—. No quiero que me metan prisa. No quiero una prótesis.

—No pasa nada —dice el doctor Hansen—. No estamos hablando de una prótesis, para eso todavía falta, esto es simplemente rehabilitación. El primer paso es la rehabilitación. Pero podemos empezar mañana o pasado mañana. Es solo para que usted vea que perder una pierna no es el fin del mundo.

—Voy a decirlo otra vez: no quiero una prótesis.

El doctor Hansen y la enfermera Elaine se miran.

—Si no quiere una prótesis, ¿qué es lo que prefiere?

—Prefiero apañármelas solo.

—Muy bien, fin de la cuestión, no le meteremos ninguna prisa, lo prometo. ¿Ahora puedo hablarle de su pierna? ¿Puedo hablarle sobre cómo cuidar de la pierna? «¿Cuidar de mi pierna?». Él se está consumiendo por la ira. ¿Es que no lo pueden

ver? «Me anesthesiasteis y me cortasteis la pierna y la tirasteis a la basura para que alguien la recogiera y la echara al fuego. ¿Cómo podéis plantaros ahí y hablar de cuidar de mi pierna?».

—Hemos pasado lo que queda del músculo por encima del extremo del hueso — está diciendo el doctor Hansen, ilustrando con las manos ahuecadas la forma en que lo hicieron— y lo hemos cosido ahí. Cuando la herida se cure, queremos que el músculo forme una almohadilla sobre el hueso. Durante los próximos días, debido al traumatismo y a la estancia en cama, habrá riesgo de que aparezcan edemas e hinchazón. Tenemos que hacer algo al respecto. También es posible que el músculo se retraiga hacia la cadera, así. —Se pone de lado y proyecta el trasero hacia atrás—. Eso lo contrarrestamos con estiramientos. Los estiramientos son muy importantes. Elaine le enseñará algunos ejercicios de estiramiento y le ayudará si le hace falta.

La enfermera Elaine asiente.

—¿Quién me hizo esto? —dice. No puede gritar porque no puede abrir las mandíbulas, pero ya le está bien, su ira se expresa rechinando los dientes—. ¿Quién me atropelló? —Tiene lágrimas en los ojos.

Las noches son interminables. Siempre tiene calor o frío. La pierna le pica, aprisionada en sus vendajes, y él no alcanza a rascarla. Si contiene la respiración, puede oír el susurro fantasmal de su carne maltrecha al soldarse de nuevo. Cuando le llega el sueño, lo hace de repente y le dura poco, como si de los pulmones le subieran ráfagas de restos de anestesia que lo venciesen.

Día y noche, el tiempo avanza a paso de tortuga. Hay un televisor frente a la cama, pero a él no le interesan ni la televisión ni las revistas que alguna persona amable le ha traído (*Who*, *Vanity Fair*, *Australian Homes and Gardens*). Se queda mirando la esfera de su reloj y graba en su mente la posición de las manecillas. Luego cierra los ojos y trata de pensar en otras cosas: su propia respiración, su abuela sentada a la mesa de la cocina desplumando un pollo, abejas entre las flores, cualquier cosa. Abre los ojos. Las manecillas no se han movido. Es como si trataran de avanzar a través de pegamento.

El reloj permanece inmóvil, pero el tiempo no. Incluso tumbado en la cama puede sentir que el tiempo opera sobre él como una enfermedad que lo consume, como la cal viva que echan sobre los cadáveres. El tiempo lo está royendo, está devorando una a una las células que lo componen. Sus células se están apagando como luces.

Las pastillas que le dan cada seis horas mitigan lo peor del dolor, lo cual está bien, y a veces le hacen dormir, lo cual está mejor. Pero también lo dejan aturdido y le insuflan tanto pánico y terror que rehúsa tomarlas. «El dolor no es nada —se dice a sí mismo—, solamente una señal de advertencia del cuerpo al cerebro. El dolor ya no es más real que una radiografía». Pero, por supuesto, se equivoca. El dolor es real, no

tiene que agujonearle mucho para convencerle de eso, no tiene que agujonearle en absoluto, solamente enviarle un par de punzadas. Después de eso se conforma con estar aturdido y con las pesadillas.

Han llevado a otra persona a su habitación, un hombre mayor que él al que acaban de operarle de la cadera. El hombre se pasa el día tumbado con los ojos cerrados. De vez en cuando una pareja de enfermeras cierra las cortinas que rodean su cama y, a cubierto, atienden las necesidades de su cuerpo.

Dos vejstorios. Dos tipos viejos en el mismo barco. Las enfermeras son buenas, son amables y joviales, pero bajo su enérgica eficiencia él puede detectar —y no se equivoca, lo ha visto demasiado a menudo en el pasado— una indiferencia final hacia su destino, el suyo y el de su compañero. En el joven doctor Hansen percibe, bajo la preocupación amable, la misma indiferencia. Es como si en algún nivel inconsciente esos jóvenes a quienes les han asignado cuidar de ellos supieran que no les queda nada que aportar a la tribu y que por tanto ya no cuentan. «¡Tan jóvenes y tan despiadados! —se lamenta para sus adentros—. ¿Cómo he ido a caer en sus manos? ¡Es mejor que los viejos se encarguen de los viejos y los muertos de los muertos! ¡Y qué locura es estar tan solo en el mundo!».

Hablan de su futuro, lo incordian para que haga los ejercicios que lo prepararán para ese futuro, lo apuran para que salga de la cama. Pero para él no hay futuro, la puerta al futuro ha sido cerrada con llave. Si existiera una manera de acabar consigo mismo mediante alguna acción puramente mental lo haría de inmediato, sin perder más tiempo. Tiene la cabeza llena de historias de personas que ponen en práctica su propio final: que pagan metódicamente las facturas, escriben notas de despedida, queman viejas cartas de amor, etiquetan llaves, y luego, una vez que todo está en orden, se ponen su mejor traje de los domingos, se tragan las pastillas que han ido reuniendo para la ocasión, se tumban en su cama recién hecha y se disponen a desaparecer. Todos ellos héroes anónimos, sin nadie que cante su hazaña. «He decidido no ser una molestia». De lo único de lo que no se pueden ocupar es del cuerpo que dejan atrás, ese montón de carne que al cabo de un par de días empezará a apestar. Si fuera posible, si estuviera permitido, cogerían un taxi hasta el crematorio, se colocarían delante de la puerta fatal, se tragarían su dosis y, antes de que la conciencia se apagara, apretarían el botón que los precipitaría a las llamas y les permitiría emerger al otro lado convertidos en nada más que una palada de ceniza, casi ingravida.

Está convencido de que pondría fin a su vida si pudiera, ahora mismo. Y, al mismo tiempo que lo piensa, sabe que no lo va a hacer. Es solo el dolor, junto con las noches interminables de insomnio en este hospital, esta zona de humillación en la que no hay donde esconderse de la mirada despiadada de los jóvenes, lo que le hace desear la muerte.

Las implicaciones de estar soltero, solitario y solo se le hacen palpables de forma más pronunciada al final de la segunda semana de su estancia en la tierra de la blancura.

—¿No tiene familia? —dice la enfermera de noche, Janet, la que se permite bromear con él—. ¿No tiene amigos? —Arruga la nariz al hablar, como si fuera una broma que él les estuviera gastando a todos.

—Tengo todos los amigos que quiero —responde él—. No soy Robinson Crusoe. Simplemente no quiero ver a ninguno.

—Ver a sus amigos le haría sentirse mejor —dice ella—. Le animaría. Estoy segura.

—Ya recibiré visitas cuando me apetezca, gracias —dice él.

No es un hombre irascible por naturaleza, pero en este lugar se permite accesos de irritabilidad, de enfado y de cólera, ya que parece que eso hace que a sus cuidadores les resulte más fácil dejarlo solo. «En el fondo no es tan malo», se imagina que les dice Janet a sus colegas en tono de protesta. «¡Menudo viejo cabrón!», se imagina que le replican sus colegas entre resoplidos burlones.

Sabe que ahora que está mejorando se espera de él que experimente deseos repulsivos hacia esas jóvenes, deseos que, dado que los pacientes masculinos, no importa cuál sea su edad, no pueden evitarlos, aflorarán en momentos inconvenientes y tendrán que ser desviados con toda la rapidez y la firmeza posibles.

La verdad es que él no tiene esos deseos. Su corazón es tan puro como el de un bebé. Las enfermeras no le reconocen el mérito de esa pureza de corazón, claro, pero él tampoco lo espera. Ser un vejestorio lascivo forma parte del juego, un juego que él rehúsa jugar.

Si se niega a ponerse en contacto con ningún amigo es simplemente porque no quiere que lo vean en su nuevo estado mermado, humillante y humillado. Pero, por supuesto, de una forma u otra, la gente se entera de lo sucedido. Le envían sus mejores deseos e incluso lo llaman en persona. Por teléfono es fácil inventarse una historia. «No es más que una pierna —dice con una amargura que él confía que no se perciba al otro lado de la línea—. Iré con muletas durante una temporada y luego con una prótesis». En persona, la farsa es más difícil de representar, ya que en la cara lleva escrito con total claridad cómo aborrece ese muñón con el que a partir de ahora va a tener que cargar a todas partes.

Desde el principio del episodio, desde el incidente en Magill Road hasta el presente, no se ha comportado bien, no ha estado a la altura de las circunstancias; eso lo tiene claro. Se le ha presentado una oportunidad única para sentar un ejemplo de cómo aceptar con buen humor uno de los golpes más aciagos del destino y él la ha rechazado. «¿Quién me hizo esto?»: cuando recuerda cómo le gritó al sin duda muy competente, aunque más bien vulgar, joven doctor Hansen, queriendo decir al parecer

«¿Quién me atropelló?», pero queriendo decir en realidad «¿Quién tuvo el mal juicio de cortarme la pierna?», le embarga la vergüenza. No es la primera persona en el mundo que sufre un accidente desagradable ni el primer anciano que se encuentra en un hospital con gente joven bienintencionada pero en última instancia indiferente que cuida de él de forma puramente mecánica. Y una pierna de menos... ¿Qué es perder una pierna, desde una perspectiva global? Desde una perspectiva global, perder una pierna no es más que un ensayo para perderlo todo. ¿A quién le va a gritar cuando llegue ese día? ¿A quién va a culpar?

Margaret McCord viene a visitarlo. Los McCord son sus amigos más antiguos en Adelaida. A Margaret le disgusta haber tardado tanto en enterarse, y está llena de indignación moral contra quienquiera que le haya hecho eso.

—Confío en que los demandes —dice ella.

—No tengo intención de demandar a nadie —contesta él—. Esto tiene demasiados visos de comedia. Quiero que me devuelvan mi pierna, y si no puede ser... Esas cosas se las dejo a la compañía de seguros.

—Estás cometiendo un error —dice ella—. A la gente que conduce de forma imprudente habría que darles una lección. Supongo que te pondrán una prótesis. Hoy día hacen unas prótesis tan maravillosas que pronto vas a poder ir en bicicleta otra vez.

—Creo que no —responde él—. Esa parte de mi vida se ha acabado.

Margaret cabecea.

—¡Qué pena! —dice—. ¡Qué pena!

Es enternecedor que diga eso, reflexiona él más tarde. «¡Pobre Paul, pobrecito, qué difícil es lo que vas a tener que pasar!»: eso es lo que quería decir, lo que ella sabía que él entendería detrás de sus palabras. «Todos tenemos que pasar por algo así —le gustaría a él recordarle—, al final».

Lo que le sorprende de todo el asunto del hospital es lo de prisa que la preocupación se desplaza del hecho de arreglar su pierna («¡Excelente! —dice el doctor Hansen palpando el muñón con un dedo elegantemente manicurado—. Se está soldando de maravilla. Pronto volverá a ser usted mismo») a la cuestión de cómo «se las arreglará» (es la expresión que usan) cuando lo suelten en el mundo de nuevo.

Indecentemente pronto, o eso le parece a él, una asistente social, la señora Putts o Putz, entra en escena.

—Todavía es joven, señor Rayment, Paul —le informa ella con ese tono jovial que le deben de haber enseñado a usar con los viejos—. Va a querer seguir siendo independiente, y no hay duda de que eso está bien, pero durante una temporada va a necesitar una enfermera, una enfermera especializada, que nosotros le ayudaremos a conseguir. A largo plazo, incluso cuando pueda caminar, va a necesitar a alguien que le ayude, que le eche una mano con las compras, la cocina, la limpieza y demás. ¿No

tiene a nadie?

Él lo piensa y niega con la cabeza.

—No, no tengo a nadie —dice.

Y con eso quiere decir, y él cree que la señora Putts lo entiende, que no hay nadie que considere que sea su deber confuciano dedicarse a atender sus necesidades, a cocinar para él, a limpiar para él y demás.

Lo que le interesa de la pregunta es lo que revela sobre la perspectiva que de su estado tiene la señora Putts, que debe de haber mantenido francas conversaciones más con el personal médico que las que todavía le permiten mantener a él, más francas y más prácticas. Y de estas conversaciones prácticas ella ha sacado, evidentemente, la conclusión de que incluso «a largo plazo» él no se las podrá apañar sin que «le echen una mano».

Tal como él ve las cosas a largo plazo, tal como él se lo ha ido imaginando en sus momentos más serenos, su yo lisiado (una palabra cruda, pero ¿por qué equivocada?) acabará de alguna forma, con la ayuda de una muleta o de algún otro soporte, apañándose en el mundo, más despacio que antes, tal vez, pero ¿qué importa ya ser lento o rápido? Y, sin embargo, parece que no es así como ellos lo ven. Parece que, por lo que ellos ven, él no es de esos amputados que salen adelante en sus nuevas circunstancias y «se las arreglan» en general, sino de los crepusculares, de esos que si carecen de ayuda profesional acaban en un asilo para ancianos enfermos.

Si la señora Putts estuviera preparada para hablar a las claras con él, él también sería claro con ella. «He estado pensando mucho en cómo arreglármelas —le diría—. Hace tiempo que hice los preparativos. Incluso si llega el peor de los casos, seré capaz de hacerme cargo de mí mismo». Pero las reglas del juego dificultan que ninguno de los dos sea claro. Si le hablara a la señora Putts del alijo de Somnex que tiene en el armario del baño de su apartamento, por ejemplo, ella se sentiría obligada por las reglas del juego a mandarlo a terapia para protegerlo de sí mismo.

Él suspira.

—Desde su punto de vista, desde un punto de vista profesional, señora Putts, Dorianne —dice él—, ¿qué pasos me sugiere?

—Necesitará conseguir a alguien que le cuide, eso seguro —dice la señora Putts—. Preferiblemente una enfermera privada, alguien con experiencia en atención a inválidos. No es que sea usted un inválido, claro. Pero hasta que pueda desplazarse otra vez no queremos correr riesgos, ¿verdad?

—No, no queremos —dice él.

Atención a inválidos. Nunca se había considerado a sí mismo un inválido hasta que vio las radiografías. Le costó creer que los huesecillos de pájaro que aparecían en las placas pudieran mantenerlo de pie, que pudiera ir dando tumbos por ahí sin que se le partieran. Cuanto más alto, más frágil. Demasiado alto para su propio bien. «Nunca

he operado a alguien tan alto —le dijo el doctor Hansen—. Con unas piernas tan largas». Y luego se sonrojó por su metedura de pata.

—¿Recuerda usted, Paul —dice la señora Putts—, si su seguro cubre también la atención a inválidos?

Una enfermera, una enfermera más. Una mujer con capita blanca y zapatos sobrios revoloteando por su apartamento y llamándolo en tono jovial: «¡Hora de sus pastillas, señor R!».

—No, no creo que mi seguro cubra eso.

—Bueno, pues tendrá que pagar usted lo que cueste, ¿no? —dice la señora Putts.

### 3

«Frívolo». ¡Cómo se esforzó, aquel día en Magill Road, por escuchar la palabra de los dioses, teclada en su máquina de escribir esotérica! Cuando ahora mira hacia atrás, solamente puede sonreírse. Qué extravagante, qué pintoresco ciertamente el creer que a uno le iban a mandar una notificación, cuando le llegara la hora, para que pusiera en orden su alma. ¿Qué seres podrían quedar, y en qué rincón del universo, que estuvieran interesados en comprobar todos los relatos de los agonizantes que ascienden a los cielos, con el debe en una columna y el haber en otra?

Y, sin embargo, «frívolo» no es una mala palabra para resumirlo a él, tal como era antes del suceso y tal como quizá sigue siendo. Si bien en el curso de una vida entera no ha hecho mal a nadie, tampoco ha hecho ningún bien. No dejará ningún rastro tras de sí, ni siquiera un heredero que lleve su nombre. «Pasar sin hacer ruido por el mundo», así es como, en tiempos pasados, se describían las vidas como la suya: ocupándose de sus intereses personales, prosperando con discreción, sin llamar la atención. Si no queda nadie para emitir un juicio sobre una vida así, si el Gran Juez de Todo ha renunciado a juzgar y se ha retirado a cortarse las uñas, entonces lo dictaminará él mismo: «Una oportunidad perdida».

Nunca había creído que tendría nada que decir a favor de la guerra, pero, acostado en su cama de hospital, consumiendo tiempo y siendo consumido, parece estar revisando sus opiniones. En el hecho de arrasarse ciudades, de saquear sus tesoros, de masacrar a inocentes, en toda esa destrucción insensata, empieza a detectar cierta sabiduría, como si en su nivel más profundo la historia supiera lo que está haciendo. ¡Abajo lo viejo, abrid paso a lo nuevo! ¿Qué puede haber más egoísta, más mezquino —esto en concreto es lo que lo atormenta— que morir sin hijos, acabando con el linaje, sustrayéndose a sí mismo de la gran obra de la generación? Peor que mezquino, de hecho: antinatural.

El día antes de su alta hospitalaria tiene una visita inesperada: el chico que lo atropelló, Wayne no sé cuántos, Bright o Blight. Wayne ha venido para ver cómo le está yendo, aunque parece que no para admitir ninguna culpa.

—Se me ha ocurrido pasar a ver cómo le iba, señor Rayment —dice Wayne—. Siento mucho lo que pasó. Qué mala suerte.

No es un artista de las palabras, el joven Wayne. Y, sin embargo, su declaración es meticulosamente evasiva, como si le hubieran dicho que había micrófonos en la habitación. Y ciertamente, tal como descubre más tarde, el padre de Wayne se pasa en el pasillo todo el tiempo que dura la visita, escuchando a escondidas. No hay duda de que le ha dado instrucciones previas a Wayne: «Sé respetuoso con el vejstorio, dile que lo sientes, pero, pase lo que pase, no admitas que hiciste nada malo».

Lo que padre e hijo se dicen en privado sobre ir en bicicleta por calles atestadas

de tráfico se lo puede imaginar perfectamente. Pero la ley es la ley: incluso los vejstorios estúpidos que van en bicicleta tienen derecho a no ser arrollados, y Wayne y su padre lo saben. Deben de estar temblando ante la perspectiva de un pleito, puesto por él o por la compañía de seguros. Debe de ser por eso por lo que Wayne elige sus palabras con tanto cuidado.

«Qué mala suerte». A él se le ocurre una larga serie de respuestas posibles, empezando por «No tuvo nada que ver con la suerte, Wayne, es que conduces de pena». Pero ¿de qué sirve meterle puyas a un chaval que no tiene capacidad para arreglar lo que ha roto? «Vete y no peques más»: eso es lo mejor que se le ocurre ahora mismo. La típica sentenciosidad de vejstorio que haría que los Blight, padre e hijo, se fueran a su casa riéndose a carcajadas. Cierra los ojos y desea que Wayne se marche.

Un accidente: algo que le sucede a uno, algo no intencionado, inesperado. Según esa definición, está claro que él, Paul Rayment, ha tenido un accidente. Pero ¿qué hay de Wayne Blight? ¿Acaso Wayne también sufrió un accidente? ¿Cómo se sintió Wayne en el instante en que el misil que estaba pilotando en medio de una nube de música a todo trapo se clavaba en la carne humana agradablemente blanda? Una sorpresa, sin duda, algo inesperado y no intencionado; y, sin embargo, no exento de placer. ¿Puede decirse que lo que sucedió en el cruce maldito le ocurrió a Wayne? Si algo le ocurrió a alguien, a su parecer, fue Wayne lo que le ocurrió a él.

Abre los ojos: Wayne sigue junto a la cama, el sudor le cae sobre el labio superior. ¡Por supuesto! A Wayne deben de haberle machacado en la escuela que uno no sale de la habitación hasta que el maestro anuncia que se ha acabado la clase. ¡Qué alivio debió de sentir Wayne cuando por fin se vio libre de la escuela y los maestros y demás, y pudo pisar a fondo el acelerador, bajar las ventanillas y sentir el viento en la cara, mascar chicle, subir la música a todo volumen y gritar «¡A tomar por culo, colega!» a los vejstorios a los que iba arrollando! Y ahora aquí está, constreñido de nuevo, teniendo que poner cara de obediencia, buscando palabras que suenen a disculpa.

Así que el enigma se resuelve. Wayne está esperando una señal, y él quiere que Wayne salga de su vida.

—Está bien que hayas venido, hijo —dice—. Pero me duele la cabeza y tengo que dormir, así que adiós.

La enfermera de día recomendada por la señora Putts se llama Sheena. Sheena aparenta unos diecinueve años, pero sus documentos atestiguan que tiene veintinueve. Es gorda, con una obesidad dura, mantecosa, firme, y sin lugar a dudas inquebrantablemente jovial. A él le cae mal de inmediato, no la quiere con él, pero la señora Putts le presiona.

—Ser enfermera privada es un trabajo especializado —dice la señora Putts—. Sheena ya ha trabajado antes con amputados. Sería usted tonto si la rechazara.

Así que él cede. A su vez, la señora Putts acepta que él no necesita una enfermera de noche, siempre y cuando contrate un servicio de urgencias y tenga un busca a mano en todo momento.

Él procura no poner de mal humor a la señora Putts porque cree tener una idea bastante precisa de sus poderes. La señora Putts es parte del sistema de asistencia social. «Asistencia» quiere decir cuidar a gente que no puede cuidar de sí misma. Si en algún momento la señora Putts decidiera que él es incapaz de cuidar de sí mismo, que hay que protegerlo de su propia incompetencia, ¿qué recurso le quedaría a él? No tiene aliados que luchan a su lado. Solo se tiene a sí mismo.

Es posible, por supuesto, que esté sobrestimando la preocupación de la señora Putts. En lo que se refiere a la asistencia social, en lo que se refiere a los cuidados sanitarios y las profesiones asociadas a ellos, es casi seguro que él está anticuado. En el nuevo mundo en el que tanto él como la señora Putts han renacido, cuya consigna es *Laissez faire!*, tal vez la señora Putts no se considere su cuidadora, ni la cuidadora de su propio hermano ni de nadie. Si en este nuevo mundo los lisiados o los enfermos o los indigentes o los sin techo quieren comer de los cubos de basura e instalar sus sacos de dormir en el portal más cercano, que lo hagan: que se acurruquen bien, y si a la mañana siguiente se despiertan vivos, mejor para ellos.

Cuando la ambulancia lo lleva a casa, Sheena está lista y esperando. Es ella quien reorganiza el dormitorio, quien supervisa a la mujer de la limpieza, quien da instrucciones al carpintero sobre dónde instalar barandillas y quien asume el control de todo. Ya ha esbozado un plan diario para los dos que cubre las comidas, los ejercicios y lo que ella llama CM, Cuidado del Muñón, y lo pega en la pared sobre la cabeza de él. Incluye tres bloques, uno a media mañana, uno a mediodía y otro por la tarde, etiquetados «TIEMPO PRIVADO DE SD», unos períodos durante los cuales ella se retira a la cocina a descansar. Ella guarda sus cosas en un estante de la nevera que ha etiquetado «COSAS PRIVADAS DE SD». Para evitar morir de aburrimiento, tiene la radio encendida en la cocina, en una emisora que alterna anuncios vocingleros con música machacona. Cuando él le pide que baje el volumen, ella baja el volumen. Sin embargo, él todavía puede oírlo sin esforzarse.

La primera prueba de su capacidad física se produce cuando, mientras Sheena le sostiene por el codo, intenta usar el retrete. La maniobra de sentarse lo derrota: la pierna izquierda, la que le queda, es tan débil como si fuera de masilla. Sheena frunce la boca.

—A la cama ahora mismo —dice—. Ahora le llevo el orinal.

Ella llama orinal a la cuña. A su pene lo llama pilila. En pleno baño con esponja, antes de ocuparse del muñón, ella se detiene y pone voz de niña pequeña:

—Ahora, si él quiere que Sheena le lave la pilila, tiene que pedirlo con mucha educación —dice ella—. Si no, va a pensar que Sheena es una de esas niñas malas. Esas niñas malas, muy malas.

Y le da una palmada jovial en el brazo para darle a entender que no es más que una broma.

Soporta a Sheena hasta el final de la semana y luego llama por teléfono a la señora Putts.

—Voy a pedirle a Sheena que no vuelva —dice él—. No la soporto. Tendrá que encontrarme a otra persona.

Librarse de Sheena resulta no ser en absoluto tan simple. Cuando su orgullo profesional queda aplacado, él ya ha tenido que soltarle el sueldo de dos meses. Se pregunta cuántas veces en su carrera de enfermera ha llevado a cabo esa clase de jugada. Tal vez la radio no fuera más que un truco para ponerlo furioso, igual que hablar con voz de niña.

Después de Sheena lo atiende una sucesión de enfermeras de la agencia, enfermeras que se llaman a sí mismas «temporales» y que vienen solo un día o dos seguidos.

—¿No me puede encontrar a nadie fijo? —le pregunta por teléfono a la señora Putts.

—Estoy hasta arriba de trabajo —dice la señora Putts—. Hay una demanda enorme de enfermeras para atención a inválidos. Tenga paciencia, está usted en mi lista de prioridades.

Su euforia por haber escapado del hospital no dura mucho. Cae presa de un humor huraño que no lo abandona. No le gusta ninguna de las temporales: no le gusta que lo traten como a un niño o como a un idiota, no le gusta la voz cantarina y alegre que ponen para él. «¿Cómo estamos hoy?», le dicen. «Eso está bien», dicen, aunque él no se haya molestado en contestar.

—¿Cuándo le arreglan la pierna? —le dicen—. Una pierna nueva es mucho mejor que las muletas, de veras, en cuanto le coge uno el tranquillo. Ya lo verá.

Pasa de estar irascible a estar triste. Quiere que lo dejen en paz. Y no quiere hablar con nadie. Sufre accesos de lo que él califica como llanto seco. «¡Ojalá me vinieran las lágrimas! —piensa—. ¡Ojalá me ahogaran las lágrimas!». Da la

bienvenida a esos días en que por una razón u otra nadie viene a cuidar de él, aunque eso quiera decir que tiene que subsistir a base de galletas y zumo de naranja.

Culpa a los calmantes de su melancolía. ¿Qué es peor, la nube de melancolía en la cabeza o el dolor del hueso que lo mantiene despierto toda la noche? Intenta pasar sin pastillas y no hacer caso del dolor. Pero la melancolía no se va. Parece haberse asentado y formar parte del clima.

En los viejos tiempos, los tiempos previos al accidente, no tenía lo que él llamaría un temperamento melancólico. Puede que fuera solitario, pero solo de esa forma en que ciertos animales macho son solitarios. Nunca le faltaban cosas que hacer para mantenerse ocupado. Tomaba prestados libros de la biblioteca, iba al cine; cocinaba para sí mismo, hasta horneaba su propio pan; no tenía coche, pero iba en bicicleta o andaba. Si aquel estilo de vida lo convertía en excéntrico, era una excentricidad moderada tratándose de Australia. Era alto, era delgado, incluso conservaba cierta fuerza nervuda. Era de esos hombres que llegan a los noventa y tantos, excentricidades incluidas.

Bueno, puede que todavía llegue a los noventa, pero ya será por propia elección. Ha perdido la libertad de movimientos, y sería una tontería pensar que alguna vez la recuperará, con o sin pierna artificial. Nunca volverá a subir Black Hill, nunca irá pedaleando al mercado a hacer sus compras, mucho menos bajará a toda velocidad con la bicicleta por las curvas de Montacute. El universo se ha contraído hasta convertirse en este apartamento y la manzana o dos que lo rodean, y nunca volverá a expandirse.

Una vida limitada. ¿Qué diría Sócrates al respecto? ¿Puede una vida estar tan limitada que no valga la pena vivirla? Los hombres salen de la cárcel después de pasarse años mirando la misma pared vacía sin que la melancolía se apodere de sus almas. ¿Qué tiene de especial perder una pierna? Seguramente una jirafa que perdiera una pierna moriría, pero las jirafas no disponen de las agencias de los estados modernos, encarnadas en la señora Putts, que cuidan de su bienestar. ¿Por qué no puede él conformarse con una vida modestamente limitada en una ciudad que no es inhóspita para los ancianos inválidos?

No puede dar respuesta a esta clase de preguntas. No puede dar respuesta porque no está de humor para respuestas. Eso es lo que comporta estar melancólico: a un nivel por debajo del juego y del revoloteo del intelecto («¿Por qué no esto?», «¿Por qué no lo otro?»), él, «él», el «él» al que a veces llama «tú» y a veces «yo», está perfectamente listo para afrontar la oscuridad, la quietud, la extinción. Él: no aquel cuya mente discurría siempre de aquí para allá, sino el que sufre dolor toda la noche.

Por supuesto, no es ningún caso especial. La gente pierde brazos y piernas o el uso de estos todos los días. La historia está llena de marineros con un solo brazo e inventores condenados a una silla; de poetas ciegos y también de reyes locos. Pero en

su caso la amputación parece haber separado el pasado del futuro con una limpieza tan poco común que le confiere un nuevo significado a la palabra «nuevo». Por la señal de esta amputación, que empiece una nueva vida. Si hasta ahora has sido un hombre y has tenido una vida de hombre, a partir de ahora serás un perro y tendrás una vida de perro. Eso es lo que dice la voz, la voz que sale de la nube negra.

¿Acaso se ha rendido? ¿Quiere morir? ¿A eso se reduce? No. La pregunta es falsa. No se quiere cortar las venas, no quiere tragarse veinticuatro Somnex, no quiere tirarse por el balcón. No quiere la muerte porque no quiere nada. Pero si se da el caso de que Wayne Blight lo atropella por segunda vez y lo manda volando por los aires sin ninguna dificultad, se asegurará de no salvarse. Nada de rodar con el impulso del golpe y ponerse en pie de un salto. Si tiene un último pensamiento, si hay tiempo para tenerlo, será simplemente: «Así que esto es un último pensamiento».

«Desatado»: esa es la palabra que recuerda de Homero. La lanza destroza el esternón, la sangre mana, los miembros se desatan y el cuerpo se derrumba como un muñeco de madera. Pues bien, sus miembros se han desatado y ahora también tiene el espíritu desatado. Su espíritu está listo para derrumbarse.

La segunda candidata de la señora Putts a tiempo completo se llama Marijana. Es de origen croata, le informa ella en su entrevista. Dejó atrás su tierra natal hace doce años. Se formó en Alemania, en Bielefeld; después de llegar a Australia obtuvo el certificado vigente en Australia Meridional. Además de hacer de enfermera privada, limpia casas para sacarse, como ella dice, «un dinero extra». Su marido trabaja en una planta de montaje de coches. Viven en Munno Para, al norte de Elizabeth, a media hora en coche de la ciudad. Tienen un hijo que estudia secundaria, una hija que estudia primaria y una tercera criatura que todavía no va a la escuela.

Marijana Jokić es una mujer de cara cetrina que, aunque no ha llegado a la mediana edad, muestra un engrosamiento a la altura de la cintura que le da cierto aire de matrona. Lleva un uniforme de color azul celeste que a él le resulta un alivio después de tanta blancura, con manchas de humedad bajo las axilas. Habla un inglés australiano veloz y bastante incorrecto, con consonantes líquidas eslavas y un dominio incierto del «un» y el «el», salpicado de la jerga que debe de haber oído a sus hijos, y que estos deben de haber oído de sus compañeros de clase. Es una variedad del idioma con la que él no está familiarizado. No le disgusta.

El acuerdo al que han llegado él y la señora Jokić, con la mediación de la señora Putts, es que ella lo ayudará seis días a la semana, de lunes a sábado, y durante esos días empleará con él toda su gama de conocimientos asistenciales. Los domingos él volverá a depender del servicio de urgencias. Durante todo el tiempo en que su capacidad ambulatoria esté limitada, ella no solo hará de enfermera, sino que también atenderá sus necesidades cotidianas, le hará la compra y las comidas, así como la

limpieza más superficial.

Después de la experiencia infortunada con Sheena, no tiene grandes esperanzas depositadas en la mujer de los Balcanes. En los días siguientes, sin embargo, se descubre agradecido a regañadientes por su llegada. La señora Jokić —Marijana— parece capaz de intuir para lo que está preparado y para lo que no. No lo trata como a un viejo chocho, sino como a un hombre cuyos movimientos se ven dificultados por su lesión. Con paciencia, sin hablar como una niña, ella le ayuda con sus abluciones. Cuando él le dice que quiere estar solo, ella se ausenta.

Él se acuesta. Ella le desenvuelve la cosa, el muñón, y le pasa un dedo por la superficie desnuda.

—Buenas suturas —dice ella—. ¿Quién puso las suturas?

—El doctor Hansen.

—Hansen. No conozco Hansen. Pero es bueno. Buen cirujano. —Sopesa el muñón con la mano con expresión calculadora, como si fuera una sandía—. Buen trabajo.

Enjabona el muñón y lo lava. El agua tibia provoca un rubor blanco y rosado. Ya no parece tanto un jamón curado, sino más bien alguna clase de pez abisal ciego. Él evita la mirada de ella.

—¿Ve muchos malos trabajos?

Ella frunce los labios y separa las manos en un gesto que le recuerda a su madre. «Tal vez», dice el gesto. «Depende».

—¿Ve muchos de... estos?

Y se toca con un levísimo contacto de la yema del dedo.

—Oh, sí.

A él le resulta interesante la falta de dobles sentidos en la conversación.

Para sus adentros no lo llama muñón. Le gustaría no llamarlo de ninguna manera. Le gustaría no pensar en ello, pero no es posible. Si lo llama de alguna manera, lo llama *le jambon*. *Le jambon* lo mantiene a una distancia despectiva, agradable.

Divide a la gente con la que tiene contacto en dos clases: los pocos que han visto aquello, y el resto, los que gracias a Dios no lo verán nunca. Le parece una lástima que Marijana tenga que caer tan pronto y tan rotundamente en la primera clase.

—Nunca he entendido por qué no pudieron dejar la rodilla —se queja a ella—. El hueso se suelda. Aunque la articulación estuviera destrozada, podrían haber intentado reconstruirla. Si hubiera sabido lo importante que era perder una rodilla, nunca lo habría consentido. No me dijeron nada.

Marijana cabecea.

—La reconstrucción —dice—, cirugía muy difícil, muy difícil. Te pasas años entrando y saliendo de hospitales. Para, ya sabe, pacientes viejos, no les gusta hacer reconstrucción. Solo para jóvenes. ¿Para qué molestarse, eh? ¿Para qué molestarse?

Ella lo clasifica a él entre los viejos, aquellos a los que no vale la pena salvar: salvarles la articulación de la rodilla, salvarles la vida. ¿Dónde, se pregunta él, se pondría ella a sí misma? ¿Entre los jóvenes? ¿Los no viejos? ¿Los que no son viejos ni jóvenes? ¿Los que nunca serán viejos?

Raras veces ha visto a nadie volcarse tanto en sus obligaciones como Marijana. La lista que se lleva para hacer la compra regresa con la cuenta de la caja registradora adjunta, cada producto de la lista marcado o, donde ha tenido que hacer alguna variación, anotada con su pulcra caligrafía del viejo mundo, con los unos puntiagudos, los sietes con su rayita en medio y los nueves parecidos a lazos. De las tempestades de su cocina emergen comidas que resultan infaliblemente apetitosas.

A los amigos que llaman por teléfono para preguntar cómo le va, les habla de Marijana simplemente como la «enfermera de día».

—He contratado a una enfermera de día muy competente —dice—. Me hace la compra y también cocina.

No se refiere a ella como Marijana para que no suene demasiado familiar. Cuando habla con ella, la sigue llamando señora Jokić, pues ella lo llama a él señor Rayment. Pero para sus adentros no tiene reparos en llamarla Marijana. Le gusta el nombre, con sus cuatro sílabas duras e inflexibles. «Marijana vendrá por la mañana —se dice a sí mismo cuando siente que la nube de la melancolía se cierne sobre él—. ¡Arriba ese ánimo!».

Todavía no sabe si Marijana, la mujer, le gusta tanto como su nombre. Siendo objetivos, no carece de atractivo. Pero cuando está con él parece tener la capacidad de anular el sexo. Es enérgica, eficaz, jovial: esa es la cara que le muestra a él, a su patrón, esa es la cara por la que él paga y con la que tendría que estar satisfecho. Así que deja de ser irascible y se esfuerza por recibirla con una sonrisa. A él le gustaría que ella pensara que soporta su percance con buen ánimo; le gustaría que ella tuviera una buena impresión de él en todos los sentidos. A él no le importa que ella no flirtee. Es mejor que hablar como una boba de su pilila.

Algunas mañanas ella se trae a su hija más pequeña, la que todavía no va a la escuela. Aunque nació en Australia, la niña se llama Ljuba, Ljubica. A él le gusta el nombre, lo aprueba. En ruso, si no está equivocado, *ljubov* quiere decir «amor». Es como llamar a una niña Aimée o, mejor todavía, *Amour*.

Su hijo mayor, le informa ella, acaba de cumplir dieciséis años. Dieciséis: debió de casarse joven. Él está en pleno proceso de revisar su valoración de ella. Más que no carecer de atractivo, en ocasiones es una mujer realmente hermosa, bien formada, robusta, con el pelo castaño, ojos oscuros y un tono de piel oliváceo más que cetrino. Una mujer con buen porte, la espalda recta y los pechos que apuntan hacia delante. «Orgullosa», piensa él, buscando una palabra inglesa que la capte. Sus dientes amarillentos por la nicotina son el único defecto objetivo. Ella conserva el hábito de

fumar de la vieja Europa no reconstruida, aunque por deferencia a él sale al balcón.

En cuanto a la niña, es una verdadera belleza, con rizos oscuros y una piel perfecta y unos ojos que brillan con lo que solo puede ser inteligencia. Las dos juntas forman una bonita estampa. Y se llevan bien. Mientras cocina, Marijana ayuda a la niña a hornear magdalenas glaseadas o galletas de pan de jengibre. De la cocina llega el murmullo continuo de sus voces. Madre e hija: los protocolos de la feminidad siendo transferidos de una generación a otra.

Pasan las semanas; él se acostumbra al régimen de cuidados de Marijana. Todas las mañanas ella le hace practicar sus ejercicios y le masajea los músculos consumidos y en proceso de atrofiarse; con discreción, lo ayuda en las cosas que no puede hacer por sí mismo, que tal vez nunca aprenda a hacer por sí mismo. Cuando él está de humor para escuchar, ella está dispuesta a hablar: de su trabajo, de su experiencia en Australia. Cuando él se retrae, ella parece también estar cómoda en silencio.

Cualquier amor que él pudiera haber sentido hacia su propio cuerpo ya no existe. No le interesa repararlo ni recuperar ninguna eficacia ideal. El hombre que era antes no es más que un recuerdo, y un recuerdo que se desvanece deprisa. Sigue conservando la sensación de ser un alma con una vida espiritual completa; en cuanto al resto, no es más que un saco de sangre y huesos con el que está obligado a cargar.

En semejante estado, es tentador desembarazarse de todo pudor. Pero él resiste la tentación. Hace lo que está en su mano por mantener el decoro y Marijana le apoya. Cuando la desnudez es inevitable, él aparta la vista para que ella vea que él no ve cómo ella lo ve. Cuando algo debe hacerse en privado, ella hace lo posible para asegurarse de que se hace en privado.

En todo momento él intenta seguir siendo un hombre, aunque sea un hombre disminuido. Y está más que claro que Marijana lo entiende y empatiza con él. ¿Dónde ha adquirido esa delicadeza, se pregunta él, una delicadeza que a sus predecesoras les faltaba de forma tan manifiesta? ¿En la escuela de enfermería de Bielefeld? Tal vez, pero él sospecha que proviene de fuentes más profundas. «Una mujer decente — piensa para sí mismo—. Decente en todos los sentidos». Una de las mejores cosas que le han pasado es que Marijana Jokić entre en su vida.

—Dígame si duele —dice ella mientras presiona con los pulgares los músculos obscenamente cercenados de su muslo.

Pero nunca duele; o, si duele, el dolor se parece tanto al placer que él no logra distinguirlos. «Una mujer intuitiva», piensa él. Por pura y simple intuición, ella parece saber cómo se siente él, cómo responderá su cuerpo.

Un hombre y una mujer en una tarde cálida bajo el mismo techo. Podrían perfectamente estar practicando el sexo. Pero no se trata de nada de eso. No son más que cuidados, simple enfermería.

Una frase de las clases de catequesis de hace medio siglo le flota en la mente: «Y ya no serán más hombre y mujer, sino...». ¿Sino qué, qué seremos cuando seamos más que un hombre y una mujer? A la mente mortal le resulta imposible concebirlo. Es uno de los misterios.

Las palabras son de san Pablo, de eso está seguro. San Pablo, su tocayo, su santo, explicando cómo será la vida en el más allá, cuando todos nos amemos los unos a los

otros con un amor puro, tal como ama Dios, pero sin tanta ferocidad, sin llegar a consumirnos.

Él, por desgracia, todavía no es un ser espiritual, sino una especie de hombre, de esos que no consiguen lo que los hombres han sido puestos en el mundo para hacer: buscar su media naranja, serle fiel y bendecirla con su semilla. Una semilla que, en la alegoría o tal vez en la analogía revelada por el hermano Aloysius, se ha olvidado de cuál de las dos es, representa la palabra de Dios. Un hombre ya no será entonces un hombre entero: será un medio hombre, la sombra de un hombre, como una impresión que queda en la retina después de cerrar los ojos; el fantasma de un hombre que mira atrás para lamentarse del tiempo que no ha aprovechado.

Sus abuelos Rayment tuvieron seis hijos. Sus padres tuvieron dos. Él no tiene ninguno. Seis, dos, uno o ninguno: a su alrededor ve repetirse la triste secuencia. Antes solía pensar que tenía sentido: en un mundo superpoblado, no tener hijos era seguramente una virtud, como el hecho de ser pacífico, como la paciencia. Ahora, por el contrario, no tener hijos le parece una locura, una locura gregaria, incluso un pecado. ¿Qué mayor bien puede haber que crear más vida, más almas? ¿Cómo se llenará el Paraíso si la Tierra deja de enviar sus cargamentos?

Cuando llegue a las puertas, san Pablo (porque para otras nuevas almas es posible que sea Pedro, pero para él será Pablo) le estará esperando. «Perdóname, Padre, porque he pecado», dirá él. «¿Y cómo has pecado, hijo?». Entonces él no tendrá nada que decir, solo podrá mostrar las manos vacías. «Pobre hombre —dirá Pablo—. Pobre, pobre hombre. ¿Es que no entendiste por qué te fue dada la vida, el don máspreciado de todos?». «Cuando estaba vivo no lo entendía, padre, pero ahora sí lo entiendo, ahora que es demasiado tarde. Y créame, padre, me arrepiento, me arrepiento, *je me repens*, y con gran amargura». «Entonces pasa —dirá Pablo, y se hará a un lado—. En la casa del Padre hay lugar para todos, incluso para las ovejas estúpidas y solitarias».

Marijana le habría servido perfectamente si la hubiera conocido a tiempo, Marijana, la de la católica Croacia. De las entrañas de dos, Marijana y su marido, han salido tres: tres almas para el cielo. Una mujer hecha para ser madre. Marijana le habría ayudado a paliar su falta de descendencia. Marijana podría ser madre de seis, de diez, de doce, y aún le quedaría amor, amor de madre. Pero ya es demasiado tarde: ¡qué triste, qué lamentable...!

## 6

Salió del hospital con un par de muletas de codera y algo que llamaban un andador Zimmer, un soporte de aluminio con cuatro patas para usar en la casa. El equipo es prestado, para devolverlo cuando ya no lo necesite, es decir, cuando se haya graduado en formas más elevadas de movilidad o cuando haya fallecido.

Hay otras ayudas que puede conseguir (le enseñan el folleto), desde un aparato que equipa con ruedas y un freno de seguridad la estructura cuadrangular del andador Zimmer hasta un vehículo con motor a batería, con una palanca direccional y una capota retráctil para la lluvia, ideado para lisiados con mayor autonomía. No obstante, si quiere alguna de esas ayudas más lujosas, se la tiene que comprar.

Bajo los cuidados de Marijana, lo que a ella le gusta llamar la pierna va perdiendo día a día su color inflamado y su aspecto hinchado. Las muletas se están convirtiendo en una prolongación de su cuerpo, aunque se siente más seguro cuando se apoya en el andador. Cuando está solo deambula con las muletas de una habitación a otra, y piensa en ello como ejercicio, aunque se trata de mera inquietud.

Visita el hospital para hacerse chequeos semanales. En una de esas visitas comparte el ascensor con una anciana encorvada de nariz aguileña y una piel oscura y mediterránea. Va cogida de la mano de una versión más joven de ella, menuda, casi igual de morena, que lleva un sombrero de ala ancha y unas gafas de sol tan enormes que ocultan la mitad superior de su cara. Apretado contra la joven, a él le da tiempo, antes de que salgan, de aspirar una oleada de perfume de gardenia bastante embriagador y de observar que, extrañamente, ella lleva el vestido del revés, con las instrucciones de lavado en seco colgando como una audaz banderita.

Una hora más tarde, cuando se dirige hacia la salida del edificio, vuelve a ver a la pareja, que está teniendo problemas con la puerta giratoria. Para cuando llega a la calle, ya solo puede ver el sombrero negro de ala ancha meciéndose entre la multitud.

La imagen de las mujeres se le queda grabada: la vieja bruja que lleva a la princesa vestida a toda prisa, sonámbula por efecto de un hechizo. Tal vez no lo bastante joven para el papel de princesa, pero en cualquier caso atractiva: de carnes blandas, menuda, de pechos grandes, la clase de mujer que él se imagina dormitando hasta el mediodía y luego desayunando bombones servidos en una bandeja de plata por un esclavo jovencito con turbante. ¿Qué puede haberse hecho en la cara para tener que ocultarla?

Es la primera mujer que despierta su interés sexual desde el accidente. Tiene un sueño en el que ella está presente de alguna forma, aunque no se revela. En un silencio absoluto, una grieta se abre en el suelo y avanza a toda velocidad hacia él. Dos olas enormes de polvo se elevan en el aire. Intenta correr pero sus piernas no se mueven. «¡Socorro!», susurra. Con ojos negros y ciegos, la anciana, la vieja bruja, lo

mira y lo atraviesa con la mirada. Una y otra vez murmura una palabra que él no acaba de entender, pero que suena algo así como «Tumderrum». La tierra cede bajo sus pies y se hunde en el abismo.

Llama por teléfono Margaret McCord. Siente no haber estado en contacto, pero estaba fuera de la ciudad. ¿Puede invitarlo a comer, tal vez el domingo? Pueden ir en coche al valle de Barossa. Desafortunadamente, su marido no podrá ir con ellos: está en el extranjero.

Le encantaría ir, responde, pero por desgracia, los viajes largos en coche son un pequeño calvario para él.

—¿Quieres que pase a verte entonces? —dice ella.

Hace años, después de su divorcio, él y Margaret mantuvieron un breve escarceo. Según Margaret, en quien no confía necesariamente, su marido no sabe nada de aquella aventura.

—¿Por qué no? —dice él—. Ven el domingo. Ven a cenar. Tengo unos canelones excelentes que ha preparado mi asistenta.

Comen en la terraza, en una noche más bien fría, entre los cantos de despedida de los pájaros, con velas de citronela parpadeando en la mesa. Hay cierta contención: lo que pasó entre ellos no está olvidado en absoluto. Margaret no menciona al marido ausente.

Él le habla a Margaret de su período bajo el dominio de Sheena. Le habla de la señora Putts, la asistenta social, que lo preparó para su nueva vida en todos los sentidos salvo el sexo, un tema que se mostró demasiado pudorosa para tocar, o que tal vez consideró inapropiado en el caso de un hombre de su edad.

—¿Y es inapropiado? —pregunta Margaret—. Dilo francamente.

Francamente, responde él, todavía no lo sabe. No está incapacitado, si es eso lo que ella está preguntando. Su espina dorsal está intacta, igual que todas las conexiones nerviosas relevantes. La pregunta todavía sin resolver es si sería capaz de llevar a cabo los movimientos requeridos como miembro activo de una pareja sexual. Una segunda pregunta relacionada con la primera es si la vergüenza y la incomodidad no pesarían más que el placer.

—Yo había pensado —dice Margaret— que, dadas las circunstancias, no tendrías que desempeñar el papel de miembro activo. En cuanto a tu segunda pregunta, ¿cómo lo vas a saber hasta que no lo hayas probado? Pero ¿por qué te iba a dar vergüenza? Tampoco es que seas un leproso. Eres solo un amputado. Los amputados pueden ser bastante románticos. Piensa en aquellas películas bélicas: hombres que vuelven a casa del frente con parches en los ojos, o con mangas vacías sujetas a la pechera con imperdibles, o con muletas. Las mujeres se derretían por ellos.

—Solo un amputado —dice él.

—Sí. Fuiste víctima de un accidente, de un choque. No tiene nada de vergonzoso

ni hay nada de que culparse. Después te amputaron una pierna. Parte de una pierna. Parte de una estúpida parte del cuerpo. Sigues siendo el mismo hombre guapo y saludable de siempre.

Ella le dedica una sonrisa.

Podrían probarlo en el dormitorio ahora mismo, los dos, probar si es el mismo hombre de siempre, probar si incluso con una parte del cuerpo menos el placer puede imponerse a su contrario. Margaret no se opondría, de eso está seguro. Pero el momento pasa y no lo aprovechan, algo por lo cual, al recordarlo más adelante, él da las gracias. No le apetece ser el objeto de la caridad sexual de ninguna mujer, por amable que esta sea. Ni tampoco le apetece exponer a la mirada de una desconocida, aunque sea una amiga de los viejos tiempos, aunque diga que encuentra románticos a los amputados, ese cuerpo nuevo y feo, es decir, no solo el muslo cercenado y consumido, sino también los músculos flácidos y la barriguilla obscena que se le ha hinchado en el abdomen. Si alguna vez vuelve a acostarse con una mujer, se asegurará de que sea a oscuras.

—He tenido una visita —le dice a Marijana al día siguiente.

—¿Sí? —dice Marijana.

—Puede que haya más visitas —le suelta con gravedad—. Me refiero a mujeres.

—¿A vivir con usted? —dice Marijana.

¿A vivir con él? La idea nunca se le ha pasado por la cabeza.

—Claro que no —dice—. Solo amigas.

—Eso es bueno —dice ella, y enciende la aspiradora.

A Marijana, al parecer, no le importa lo más mínimo si trae a mujeres al apartamento. Lo que haga él en su tiempo libre no es asunto de ella. ¿Y qué podría hacer él al fin y al cabo?

A diferencia de Margaret, Marijana nunca lo ha visto como era antes. Para ella no es más que su último cliente, un viejo pálido y de músculos flojos que anda con muletas. Aun así, siente vergüenza delante de Marijana, y también delante de su hija, como si la rubicunda salud de la madre y la angelical claridad de la niña emitieran un juicio conjunto sobre él. Se descubre a sí mismo evitando la mirada de la niña, escondiéndose en su sillón del rincón de la sala de estar como si el apartamento perteneciera a las dos mujeres y él fuera una especie de plaga, un roedor que se hubiera colado en la casa.

La visita de Margaret desencadena una serie de ensoñaciones sobre mujeres. Todas las fantasías tienen coloración sexual. En algunas, él y la mujer llegan hasta la cama. En esas fantasías no se habla de su nuevo cuerpo alterado, ni siquiera se ve; todo va bien, todo es como antes. Pero la mujer con la que está no es Margaret. La mayoría de las veces es la mujer que vio en el ascensor, la de las gafas oscuras y el vestido del revés. «Su vestido —le dice él—. Déjeme que se lo ponga bien». Ella

levanta una mano para quitarse las gafas. «Muy bien», dice ella. Su voz es queda, sus ojos son estanques oscuros en los que él se sumerge.

En el trabajo Marijana no lleva gorro de enfermera, sino un pañuelo en la cabeza, como cualquier buena ama de casa balcánica. Él aprueba el pañuelo, así como cualquier muestra de que no se haya desprendido completamente del viejo mundo a favor del nuevo.

Aparte de los diversos criminales de guerra y de ese jugador alto de tenis con un potente servicio cuyo nombre siempre se le olvida (¿Ilja? ¿Ilić? ¿Roman Ilić?), los croatas son una incógnita para él. Los yugoslavos son otra cosa. En la vida debe de haber conocido a docenas de yugoslavos en la época en que todavía había yugoslavos. Pero, por supuesto, nunca se le ocurrió preguntarles qué variedad de yugoslavos eran.

¿Dónde encaja Marijana en el retablo yugoslavo, Marijana y el marido que monta coches? ¿De qué huían cuando abandonaron su país natal? ¿O tal vez fue simplemente que, hartos y cansados de tanto conflicto, hicieron las maletas y cruzaron la frontera en busca de una vida mejor y más pacífica? Y, si una vida mejor y más pacífica no se encuentra en Australia, ¿dónde se va a encontrar?

Marijana le está hablando de su hijo, que se llama Drago pero a quien sus amigos llaman Jag. Para su recién cumplido decimosexto cumpleaños, su marido le ha comprado una moto. Un grave error, en opinión de Marijana. Ahora Drago se pasa las tardes fuera de casa, no hace los deberes y se salta comidas. Él y sus amigos se pasan el tiempo en carreteras poco transitadas, haciendo carreras, practicando derrapes y Dios sabe qué más. Ella tiene miedo de que se rompa una pierna o algo peor.

—Su hijo es joven —le dice a Marijana—. Se está probando a sí mismo. No se puede impedir que los jóvenes exploren sus límites. Quieren ser los más rápidos. Quieren ser los más fuertes. Quieren ser admirados.

Él no conoce a Drago, y es probable que no lo conozca nunca. Pero disfruta de la actuación de Marijana, disfruta de su transparencia: demasiado bien educada para jactarse de su chico, lo que hace es quejarse de su desobediencia, de su temeridad, de su *joie de vivre* y del hecho de que va a ser la ruina de su madre.

—Si quiere meterle miedo a Drago —sugiere él, no del todo en serio—, tráigalo aquí un día. Le enseñaré mi pierna.

—¿Usted cree que hará caso, señor Rayment? Dirá que no es nada, solo un accidente de bicicleta.

—También le enseñaré lo que queda de la bicicleta.

Todavía conserva la bicicleta en el cuarto trastero de abajo, con la rueda trasera doblada por la mitad y las barras encastradas entre los radios. Al final nadie se molestó en robarla aquel día en Magill Road, aunque estuvo tirada en el arcén hasta la noche. Luego la policía se la llevó. También recuperaron la caja de plástico que iba

sujeta con correas a la cesta, junto con una parte de las compras de la mañana: una lata de garbanzos abollada, un cuarto de kilo de brie que se había derretido bajo el sol y que luego cuajó. La lata la ha guardado como recuerdo, como *memento mori*. Está en una estantería de la cocina. Le enseñará la lata a Drago, le dice a Marijana. «Imagínate que esto fuera tu cráneo —le dirá. Y añadirá—: Piensa un poco en tu madre. Ella se preocupa por ti. Es una buena mujer. Quiere que tengas una vida larga y feliz». O tal vez no mencionará lo de que es una buena mujer. Si su propio hijo no lo sabe, ¿quién es él, un desconocido, para decírselo?

Al día siguiente, Marijana trae una fotografía: Drago de pie junto a la moto en cuestión, vestido con botas y tejanos ajustados, sujetando por el codo un casco con un relámpago estampado. Es alto y fornido para sus dieciséis años y tiene una sonrisa encantadora. «Un bombón», como solían decir las chicas en los viejos tiempos, igual que su madre debió de ser «una monada». No hay duda de que romperá muchos corazones.

—¿Qué planes tiene su hijo? —pregunta él.

—Quiere ir a la Academia de la Fuerza de Defensa. Quiere meterse en la marina. Por eso le pueden dar una beca.

—¿Y su hija, su hija mayor?

—Ah, es demasiado joven para hacer planes, tiene la cabeza en las nubes.

Ahora es ella quien tiene una pregunta para él, una que ha tardado un tiempo sorprendentemente largo en llegar.

—¿Y usted no tiene hijos, señor Rayment?

—No, por desgracia. Mi mujer y yo nunca encontramos el momento. Teníamos otras cosas en mente, otras ambiciones. Y luego, antes de darnos cuenta, ya estábamos divorciados.

—¿Y nunca le preocupó eso después?

—Al contrario, cada vez me preocupó más, sobre todo cuando me hice mayor.

—¿Y a su mujer? ¿Le preocupa?

—Mi mujer se volvió a casar. Se casó con un divorciado que ya tenía hijos. Tuvieron uno juntos y se convirtieron en una de esas familias modernas tan complicadas, donde todo el mundo llama a todo el mundo por el nombre de pila. Así que no, a mi mujer no le preocupa que no tuviéramos hijos o que yo no los tenga. A mi ex mujer. No tengo mucho contacto con ella. No fue un matrimonio feliz.

Todo está dentro de ciertos límites, lo que pasa entre ellos, dentro de los límites de lo personal impersonal. Una conversación entre un hombre y una mujer, una mujer que resulta ser la enfermera del hombre y su asistenta para las compras y su mujer de la limpieza y su cuidadora en general, intentando conocerse mejor en un país donde todas las personas son iguales y todas las religiones también. Marijana es católica. Él ya no es nada. Pero en este país una cosa es tan buena como la otra, el catolicismo y

no ser nada. Puede que Marijana no apruebe a la gente que se casa y se descasa y que nunca llega a tener hijos, pero es lo bastante lista como para guardarse su desaprobación.

—¿Y quién va a cuidar de usted?

Es una pregunta extraña. La respuesta obvia es: «Usted. Usted va a cuidar de mí en el futuro inmediato, usted o cualquiera a quien yo contrate para ello». Pero es probable que haya una forma más caritativa de entender la pregunta, en el sentido de «¿Quién va a ser su apoyo emocional?», por ejemplo.

—Oh, yo me puedo cuidar solo —responde—. No espero durar muchos años.

—¿Tiene familia en Adelaida?

—No, en Adelaida no. Tengo familia en Europa, supongo, pero hace mucho tiempo que perdí el contacto. Nací en Francia. ¿No se lo había dicho? Mi madre y mi padrastro me trajeron a Australia cuando yo tenía seis años. A mí y a mi hermana. Yo tenía seis años. Mi hermana tenía nueve. Ahora ya ha muerto. Murió joven, de cáncer. Así que no, no tengo familia que cuide de mí.

Lo dejan así, él y Marijana, su intercambio de pormenores. Pero la pregunta de ella resuena en la mente de él. «¿Quién va a cuidar de usted?». Cuanto más considera las palabras «cuidar de», más inescrutables le parecen. Se acuerda de un perro que tenían en Lourdes cuando era niño, tumbado en su cesta en las últimas fases del moquillo canino, gimoteando sin cesar, con el hocico caliente y seco y espasmos en las patas. «*Bon, je m'en occupe*», dijo su padre llegado cierto punto, y recogió al perro, con cesta y todo, y salió de la casa. Cinco minutos más tarde, oyó la descarga sorda de una escopeta procedente del bosque, y ahí acabó todo, ya no volvió a ver al perro. «*Je m'en occupe*»: yo me encargo; yo me ocupo de él; voy a hacer lo que se tiene que hacer. Esa clase de cuidados, con una escopeta, no era ciertamente lo que Marijana tenía en mente. Con todo, es algo que también queda implícito dentro de la frase, esperando aflorar. Y de ser así, ¿qué hay de su respuesta «Yo me puedo cuidar solo»? ¿Qué querían decir sus palabras, objetivamente? ¿Acaso ese cuidarse solo del que él hablaba incluía también lo de ponerse su mejor traje, tragarse su alijo de pastillas de dos en dos con un vaso de leche caliente y tumbarse en la cama con las manos entrelazadas sobre el pecho?

Tiene muchos remordimientos, está lleno de ellos, se presentan de noche como aves que vinieran a posarse. El más importante de ellos es el remordimiento que le causa no tener un hijo. Sería bonito tener una hija, las niñas también tienen su encanto, pero el hijo que no tiene es el que realmente echa de menos. Si Henriette y él hubieran tenido un hijo enseguida, mientras todavía se amaban, o estaban enamorados, o sentían afecto mutuo, ahora ese hijo tendría treinta años, sería un hombre hecho y derecho. Tal vez algo inimaginable. Pero lo inimaginable está ahí para ser imaginado. Imaginemos pues a los dos, de paseo, padre e hijo, charlando

sobre esto y aquello, cosas de hombres, nada serio. En el transcurso de esa conversación él podría dejar caer algún comentario, una de esas expresiones ambiguas que la gente utiliza en momentos en que resulta demasiado difícil decir las palabras de verdad, sobre el hecho de que «es momento de pasar el testigo». Su hijo, su hijo imaginario pero imaginado, lo entendería al instante: pasar la carga, pasar la sucesión, cerrar el chiringuito. «Hum —diría su hijo, William o Robert o como se llamara—. Sí, acepto. Tú ya has cumplido con tu deber, has cuidado de mí, ahora es mi turno. Yo cuidaré de ti».

No está fuera de los límites de lo posible conseguir un hijo, incluso en este momento tardío. Podría, por ejemplo, encontrar (pero ¿cómo?) a algún huérfano díscolo, a algún Wayne Blight embrionario, presentar una oferta para adoptarlo y esperar a ser aceptado; no obstante, las posibilidades de que el sistema de asistencia social, representado por la señora Putts, confiara alguna vez un niño al cuidado de un viejo mutilado y solitario serían cero, menos que cero. O bien podría encontrar (pero ¿cómo?) a una joven fértil y casarse con ella, o pagarle, o acaso persuadirla para que le permita engendrar, o intentar engendrar, a un hijo varón en su útero.

Pero no es un bebé lo que quiere. Lo que quiere es un hijo, un hijo como es debido, un hijo y heredero, una versión más joven y fuerte de sí mismo.

Su pilila. «Si quiere que le lave la pilila —le decía Sheena en sus momentos de intimidad con él—, me lo tendrá que pedir». ¿Es todavía capaz su pilila, sus agotadas entrañas, de engendrar un hijo? ¿Tiene aún la simiente, y la pasión animal suficiente para hacer que llegue al lugar apropiado? Su historial parece indicar que no. Su historial parece indicar que las efusiones apasionadas no forman parte de su naturaleza. Un afecto afable, una sensualidad tibia, sino gratificante: eso es lo que Margaret McCord recordará de él, ella y otra media docena de mujeres, sin incluir a su esposa. Un amante más bien perruno, de hecho: no es una palabra que le guste pero le parece adecuada. Un hombre agradable con el que acurrucarse en una noche fría; la clase de amigo con el que una se va a la cama de forma más bien distraída y más tarde se pregunta si realmente sucedió.

En resumen, no es un hombre apasionado. No está seguro de que le haya gustado nunca la pasión ni de haberla aprobado. La pasión: un territorio extranjero; una aflicción cómica pero inevitable como las paperas, que uno espera pasar mientras todavía es joven en una de sus variedades más leves y menos destructivas, para no cogerla más tarde y de forma más grave. Perros presa de la pasión apareándose, con muecas desdichadas en la cara y las lenguas colgando.

—¿Quiere que quite el polvo de los libros?

Son las once de la mañana y parece que a Marijana ya se le han acabado las tareas.

—Muy bien, si quiere... Puede pasarles la aspiradora con esa boquilla adaptable. Ella niega con la cabeza.

—No, yo los limpio bien. Usted es de guardar libros, no quiere polvo en libros. Usted es de «guardar libros», ¿sí?

De guardar libros: ¿es así como llaman en Croacia a la gente como él? ¿Qué puede significar «guardar libros»? ¿Es un hombre que salva libros del olvido? ¿Un hombre que se aferra a libros que no lee nunca? Las paredes de su estudio están llenas del suelo al techo con libros que él nunca volverá a abrir, no porque no valga la pena leerlos, sino porque se le están acabando los días.

—Colecciono libros, así lo decimos aquí. Solo esas tres estanterías, de allí hasta allí, son una colección propiamente dicha. Son mis libros de fotografía. El resto son libros normales, o de jardinería. No, si alguna vez he coleccionado algo han sido fotografías, no libros. Las guardo en esos armarios. ¿Las quiere ver?

En dos armarios anticuados de madera de cedro conserva cientos de fotografías y postales sobre la vida en los antiguos campamentos mineros de Victoria y Nueva Gales del Sur. También hay algunas de Australia Meridional. Dado que no se trata de un campo popular, ni siquiera definido con precisión, su colección podría ser la mejor del país, o incluso del mundo.

—Empecé a coleccionarlas en los setenta, cuando las fotografías de primera generación todavía tenían precios razonables. Y cuando todavía tenía ánimos para ir a subastas. Propiedades de difuntos. Ahora me deprimiría demasiado.

Saca las fotografías de grupos, que forman el núcleo de su colección, para que ella las vea. Con ocasión de la visita del fotógrafo, algunos mineros se han puesto su mejor ropa de los domingos. Otros se limitan a llevar una camisa limpia, bien remangada para que se les vean los brazos musculosos, y tal vez un pañuelo limpio atado al cuello. Se enfrentan a la cámara con esa mirada de seguridad solemne que a los hombres les salía con naturalidad en tiempos de la reina Victoria, pero que ahora parece haber desaparecido de la faz de la tierra.

Saca dos de sus impresiones originales de Fauchery.

—Mire estas —dice—. Son de Antoine Fauchery. Murió joven, de no ser así se habría convertido en uno de los más grandes fotógrafos.

Ante ellos deposita unas cuantas de sus postales picantes: Lil mostrando un trozo de muslo mientras se quita una liga; Flora, vestida con un deshabillé, sonriendo coquetamente por encima de un hombro desnudo y regordete. Chicas a las que Tom y

Jack, recién salidos de las excavaciones con dinero fresco, visitarían los sábados por la noche en busca de un poco de ya sabes qué.

—Así que esto es lo que hace —dice Marijana cuando acaba la exposición—. Bien, está bien. Está bien que guarde la historia. Para que la gente no piense que Australia es un país sin historia, no solo monte bajo y después la avalancha de inmigrantes. Como yo. Como nosotros.

Se ha quitado el pañuelo de la cabeza. Se sacude el pelo suelto, se lo peina con la mano hacia atrás y le dedica una sonrisa.

«Como nosotros». ¿Quiénes son esos «nosotros»? ¿Marijana y la familia Jokić, o Marijana y él?

—No solo había monte bajo, Marijana —dice él con cautela.

—No, claro que no solo monte bajo, también aborígenes. Pero yo hablo de Europa, lo que dicen en Europa. Monte bajo, luego capitán Cook, luego inmigrantes. ¿Y dónde la historia, dicen?

—¿Quiere decir dónde están los castillos y las catedrales? ¿Es que los inmigrantes no tienen historia propia? ¿Es que dejas de tener historia cuando te trasladadas de un punto a otro del planeta?

Ella pasa por alto la reprimenda, si es que de eso se trata.

—En Europa gente dice que Australia no tiene historia porque en Australia todo el mundo es nuevo. No importa que vienes con esta historia o con la otra, en Australia empiezas en cero. Cero historia, ¿entiende? Eso dice gente en mi país, también en Alemania, en toda Europa. ¿Por qué quieres ir a Australia?, dicen. Es como ir a desierto, a Qatar, a países árabes, países de petróleo. Solo lo haces por dinero, dicen. Así que es bueno que alguien guarde fotografías viejas, que muestre que Australia también tiene historia. Pero valen mucho dinero, estas fotografías, ¿eh?

—Sí, valen dinero.

—¿Y quién se las queda, ya sabe, después de usted?

—¿Quiere decir después de mi muerte? Van a ir a la Biblioteca Estatal. Ya está todo arreglado. La Biblioteca Estatal de aquí, de Adelaida.

—¿No las vende?

—No, no las vendo, será un legado.

—Pero ponen nombre de usted, ¿eh?

—Pondrán mi nombre a la colección, claro. El Legado Rayment. Para que en el futuro los niños cuchicheen entre ellos: «¿Quién era ese Rayment del Legado Rayment? ¿Era alguien famoso?».

—Pero ¿también fotografía, tal vez, eh, no solo nombre? Fotografía de señor Rayment. La fotografía no es lo mismo que solo nombre, es más vivo. Si no, ¿para qué guardar fotografías?

No hay duda de que tiene algo de razón. Si los nombres valieran tanto como las

imágenes, ¿por qué molestarse en conservar imágenes? ¿Para qué guardar las impresiones lumínicas de esos mineros muertos, por qué no limitarse a mecanografiar sus nombres y exhibir la lista en una vitrina?

—Le preguntaré a la gente de la biblioteca —dice—. A ver qué les parece la idea. Pero no una foto de mí como estoy ahora, Dios nos libre. Como era antes.

La tarea de quitar el polvo a los libros, algo que las mujeres de la limpieza del pasado llevaban a cabo pasando un plumero por encima de los lomos, es acometida por Marijana como una operación trascendental. Cubre el escritorio y los armarios con hojas de periódico; luego vacía media estantería cada vez, lleva los libros al balcón y los desempolva uno a uno, y después limpia las estanterías vacías hasta dejarlas inmaculadas.

—Asegúrese —interviene él, nervioso— de que los libros vuelven a estar en el mismo orden.

Ella le dedica tal mirada de desprecio que él se echa a temblar.

¿De dónde saca esta mujer la energía? ¿Acaso lleva su propia casa de la misma forma? ¿Cómo lo soporta el señor J? ¿O bien solo lo hace para él, para su patrón australiano, solo a él le muestra cuánto de sí misma está preparada para dar a su nuevo país?

Es el día en que ella desempolva los libros cuando lo que había sido un leve interés por Marijana, un interés que había respondido simplemente a la curiosidad, se convierte en algo más. Empieza a ver en ella, si no belleza, sí al menos la perfección de cierto tipo femenino. «Fuerte como un caballo», piensa, echando un vistazo a las robustas pantorrillas y a las ancas bien formadas que se tensan cuando ella se estira para alcanzar los estantes superiores. «Fuerte como una yegua».

¿Acaso lo que sea que ha estado flotando en el aire estas últimas semanas ha empezado a asentarse, *faute de mieux*, en Marijana? ¿Y cuál es el nombre de ese sedimento, de ese sentimiento? No se parece al deseo. Si tuviera que elegir una palabra para nombrarlo, diría que es admiración. ¿Puede nacer el deseo de la admiración, o bien se trata de dos especies muy distintas? ¿Cómo sería estar tumbados juntos, desnudos, pecho contra pecho, con una mujer a la que uno sobre todo admira?

Y no se trata solo de una mujer: es una mujer casada, no debe olvidarse de eso. No muy lejos de allí vive y respira el marido de Marijana Jokić. ¿Estallaría en cólera el señor Jokić, o Pan Jokić o Gospodin Jokić o como quiera que se haga llamar, si descubriera que el patrón de su mujer se entrega a fantasías sobre acostarse pecho contra pecho con ella? ¿Estallaría en uno de esos accesos de cólera balcánica que dan pie a luchas entre clanes y a poemas épicos? ¿Lo perseguiría el señor Jokić con un cuchillo?

Hace chistes sobre Jokić porque le envidia. Pero, a la hora de la verdad, Jokić

tiene a esa mujer admirable y él no. Y no solo la tiene a ella, también tiene a los hijos que vienen con ella, que salen de ella: Ljubica, la hija-del-amor; la atolondrada, pero sin duda igualmente bella hija mediana, cuyo nombre él no recuerda; y el apuesto joven de la motocicleta. Jokić los tiene a todos y él tiene... ¿qué? Un apartamento lleno de libros y muebles. Una colección de fotografías, imágenes de los muertos, que, después de que él muera, acumularán polvo en el sótano de una biblioteca junto con otros legados menores que darán más problemas a los catalogadores de lo que valen.

Entre las fotografías de Fauchery que no enseña a Marijana está la que más le atormenta. Es la foto de una mujer y seis criaturas agrupadas ante la puerta de una cabaña de adobe y cañas. Es decir, que podría tratarse de una mujer con sus seis vástagos, o bien la chica mayor podría no ser una hija, sino una segunda mujer, una segunda esposa, traída para ocupar el lugar de la primera, que parece vacía de vida, con las entrañas secas.

Todos tienen la misma expresión: no de hostilidad hacia el desconocido de la flamante máquina de fotos que un momento antes ha metido la cabeza debajo de la tela oscura, sino aterrados, paralizados, como bueyes a las puertas del matadero. La luz les da directamente en la cara, recoge cada mancha de su piel y de su ropa. En la mano que la niña más pequeña se lleva a la boca la luz revela algo que podría ser mermelada, pero que seguramente es barro. Ni siquiera puede imaginar cómo se pudo lograr todo aquello con las largas exposiciones que se requerían en aquella época.

No solo monte bajo, le gustaría decirle a Marijana. Y no solo negros. Nada de cero historia. Mira, de aquí venimos: del frío y la humedad y el humo de aquella cabaña de adobe y cañas, de aquellas mujeres de ojos negros e indefensos, de aquella pobreza y de aquel trabajo extenuante con el estómago vacío. Una gente con una historia propia, con un pasado. Nuestra historia, nuestro pasado.

Pero ¿es esa la verdad? ¿Acaso lo aceptaría la mujer de la foto como uno de su tribu, al chico de Lourdes, en los Pirineos franceses, cuya madre tocaba a Fauré al piano? ¿Acaso la historia que él quiere reclamar como suya no es, a fin de cuentas, un simple asunto de ingleses e irlandeses, del que los extranjeros quedan excluidos?

A pesar de la estimulante presencia de Marijana, él parece encontrarse al borde de una de sus etapas malas, de uno de sus accesos de lúgubre autocompasión que se convierten en negra melancolía. Le gusta pensar que vienen de otro lugar, que son rachas de mal tiempo que cruzan el cielo y siguen su camino. Prefiere no pensar que vienen de su interior y que son suyos, que forman parte de él.

El destino reparte las cartas y tú juegas la mano que te ha tocado. No gimoteas, no te quejas. Esa, solía creer, era su filosofía. Entonces, ¿por qué no puede resistirse a hundirse en la oscuridad?

La respuesta es que se está desmoronando. Nunca volverá a ser el que era. Nunca

recuperará su vieja resistencia. Lo que en su interior haya sido encargado de reparar su organismo tras ser tan terriblemente agredido, primero en la carretera y luego en la sala de operaciones, está ya demasiado cansado para la tarea, saturado. Y lo mismo se aplica al resto del equipo, el corazón, los pulmones, los músculos, el cerebro. Hicieron cuanto pudieron, mientras pudieron. Ahora quieren descansar.

Vuelve a él el recuerdo de la portada de un libro que tenía, una edición popular de Platón. Mostraba un carro tirado por dos corceles, uno negro de ojos relucientes y ollares dilatados que representaba los apetitos más bajos, y un corcel blanco de semblante más tranquilo que representaba las pasiones más nobles y menos fáciles de identificar. De pie en el carro, con las riendas en la mano, había un joven con el torso medio desnudo, nariz griega y una cinta en torno a la frente, que presumiblemente representaba el uno mismo, el que se llama a sí mismo «yo». Pues bien, en su libro, en el libro de él, el libro de su vida, si es que llega a escribirse algún día, la imagen será más anodina que la de Platón. Él, aquel a quien llama Paul Rayment, irá sentado en un carromato enganchado a un tiro de jamelgos y caballos de carga jadeantes, algunos apenas capaces de dar un paso. Después de sesenta años de despertarse cada bendita mañana, comerse su ración de avena, mear y cagar, y luego ser enjaezados para otra dura jornada, los caballos de Paul Rayment ya no podrán más. Es hora de descansar, dirán, es hora de que nos saquen a pastar. Y si se les niega el descanso, pues bien, se limitarán a doblar las patas y a tumbarse con los arneses puestos. Y si el látigo empieza a silbar en torno a sus grupas, que silbe.

Angustiado de corazón y de mente, angustiado hasta la médula y, a decir verdad, harto de sí mismo, harto incluso antes de que la ira de Dios, enviada a través de su ángel Wayne Blight, lo fulminara. Nunca le quitaría importancia a aquel suceso, a aquel golpe. Fue una terrible desgracia. Redujo su mundo y lo convirtió en prisionero. Pero escapar a la muerte tendría que haberlo reanimado, tendría que haber abierto ventanas en su interior y haber renovado su sensación de lo valiosa que es la vida. No ha sido así ni mucho menos. Está atrapado dentro del mismo viejo yo de antes, solo que más gris y más sombrío. Como para darse a la bebida.

Es la una y Marijana no ha terminado con los libros. Ljuba, que suele ser una niña buena —si es que todavía está permitido dividir a los niños en buenos y malos—, está empezando a gimotear.

—Deja eso. Ya terminarás de limpiar mañana —le dice a Marijana.

—Termino en un periquito —responde ella—. Tal vez pueda usted darle algo de comer.

—Periquete. En un periquete. Un periquito es un pájaro de colores.

Ella no responde. A veces le parece que ella no se molesta en escucharle.

Tendría que darle algo de comer a Ljuba, pero ¿qué? ¿Qué comen los niños pequeños aparte de palomitas y galletas y cereales tostados y recubiertos de azúcar,

nada de lo cual tiene él en su despensa?

Él intenta deshacer una cucharada de mermelada de ciruela en un yogur. Ljuba lo acepta y parece que le gusta.

Ella se sienta a la mesa de la cocina y él permanece de pie a su lado, apoyado en el invento de Zimmer.

—Tu madre me ayuda mucho —dice—. No sé qué haría sin ella.

—¿Es verdad que tiene una pierna artificial?

Ella dice la larga palabra en tono despreocupado, como si la usara a diario.

—No. Es la misma pierna que siempre he tenido, pero un poco más corta.

—Pero en un armario de su dormitorio... ¿Tiene una pierna artificial en su armario?

—No, me temo que no tengo nada parecido en mi armario.

—¿Tiene un tornillo en la pierna?

—¿Un tornillo? No, nada de tornillos. Mi pierna es completamente natural. Tiene un hueso dentro, igual que tus piernas y las piernas de tu mamá.

—¿No tiene un tornillo para atornillarse la pierna artificial?

—No, que yo sepa. Porque no tengo pierna artificial. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Y no dice nada más.

Un tornillo en la pierna. Tal vez en el pasado Marijana cuidó a un hombre con tornillos en la pierna, tornillos y pernos y puntales y abrazaderas, toda hecha de oro o de titanio: un hombre con una pierna reconstruida, de esas que a él no le quisieron proporcionar porque era demasiado viejo y no valía la pena el esfuerzo ni el gasto. Tal vez esa sea la explicación.

De niño, recuerda que le contaron la historia de una mujer que en un momento de distracción se clavó una aguja de coser diminuta en la palma de la mano. Inadvertida, la aguja fluyó por las venas de la mujer y, al cabo de un tiempo, le pinchó el corazón y la mató. Aquella historia se la contaron en su momento como advertencia para tener cuidado con las agujas, pero vista de forma retrospectiva parece más bien un cuento de hadas. ¿Es realmente el acero antitético con la vida? ¿Pueden realmente las agujas entrar en el torrente sanguíneo? ¿Cómo pudo la mujer del relato no darse cuenta de la diminuta arma metálica que le subía por el brazo hasta el sobaco, giraba por la curva axilar y ponía rumbo al sur, hacia su presa indefensa y palpitante? ¿Tendría él que contarle la historia a Ljuba, transmitirle su sabiduría críptica, sea cual sea?

—No —repite él—. No tengo tornillos dentro. Si tuviera tornillos sería un hombre mecánico. Y no lo soy.

Pero Ljuba ha perdido interés en la pierna que no es una pierna mecánica. Con un chasquido de los labios se termina el yogur y se pasa la manga del jersey por la boca. Él coge un pañuelo de papel y le limpia los labios, y ella se lo permite. Después le

limpia también la manga.

Es la primera vez que ha tocado a la niña. Por un momento la muñeca de ella yace inerte en la mano de él. «Perfecta»: ninguna otra palabra puede calificarla. Llegan desde el útero con todo nuevo, con todo en perfecto orden. Hasta en los que llegan dañados, con miembros extraños o con el cerebro echando chispas, cada célula es tan nueva, tan fresca y tan limpia como en el día de la Creación. Cada nuevo nacimiento es un nuevo milagro.

## 9

Margaret lo visita por segunda vez, esta vez sin avisar. Es domingo y él está solo en el apartamento. Él le ofrece té y ella lo rechaza. Ella camina en círculos por la sala, se sitúa detrás de donde él está sentado y le acaricia el pelo. Él permanece quieto como una piedra.

—Entonces, ¿esto es el final, Paul? —pregunta ella.

—¿El final de qué?

—Ya sabes qué quiero decir. ¿Has decidido que este es el final de tu vida sexual? Dímelo claro para saber cómo tengo que actuar en el futuro.

Margaret no suele andarse con rodeos. Eso siempre le ha gustado de ella. Pero ¿qué puede contestarle? ¿«Sí, he llegado al final de mi vida sexual, a partir de ahora trátame como a un eunuco»? ¿Cómo puede decirle eso cuando tal vez ni siquiera sea cierto? ¿Y si, en efecto, es verdad? ¿Y si el negro corcel resollante de la pasión ha pasado a mejor vida? El ocaso de su hombría. Menuda decepción. ¡Pero qué alivio también!

—Margaret —dice él—, dame tiempo.

—¿Y tu asistenta de día? —dice Margaret, atacando su punto débil—. ¿Cómo os lleváis tú y tu asistenta?

—Mi asistenta y yo nos llevamos bien, gracias. Si no fuera por ella, no me molestaría en levantarme por las mañanas. Si no fuera por ella, acabaría como uno de esos casos de los periódicos en que los vecinos notan un mal olor y llaman a la policía para que eche la puerta abajo.

—No seas melodramático, Paul. Nadie se muere por una pierna amputada.

—No, pero la gente se muere de indiferencia hacia el futuro.

—Así que tu asistenta te ha salvado la vida. Eso está bien. Se merece una medalla. Se merece un extra. ¿Cuándo voy a conocerla?

—No te lo tomes como algo personal, Margaret. Me has hecho una pregunta e intento darte una respuesta sincera.

Pero Margaret no se lo toma como algo personal.

—Me voy —dice—. No te levantes, no hace falta que me acompañes. Llámame cuando vuelvas a estar listo para las relaciones sociales.

En sus sesiones con el fisioterapeuta, le avisaron de que existía riesgo de que los músculos cercenados del muslo se retrajeran y tirasen hacia atrás de la cadera y la pelvis. Se apoya en el andador y con la mano libre se palpa la parte inferior de la espalda. ¿Puede sentir cómo empieza a sobresalir su trasero? ¿Se está volviendo esa horrible media pierna todavía más horrible?

Si fuera a ceder y a aceptar una prótesis, habría una razón más fuerte para

ejercitar el muñón. Ahora mismo, el muñón no le sirve de nada. Lo único que puede hacer es acarrear con él como si fuera un hijo no deseado. No es de extrañar que se quiera encoger, retraer, retirar.

Pero si ese objeto carnal es repulsivo, ¡cuánto más lo es una pierna sacada de un molde en plástico rosado, con una bisagra en la parte superior y un zapato en la inferior, un aparato que uno se sujeta con correas por la mañana y se quita por la noche y lo tira al suelo, zapato incluido! La idea le produce escalofríos, no quiere saber nada de ello. Son preferibles las muletas. Al menos, las muletas son honestas.

No obstante, una vez por semana accede a que un vehículo de recogida lo pase a buscar y lo lleve a la calle George, en Norwood, a una clase de rehabilitación que dirige una mujer llamada Madeleine Martin. En la clase hay otra media docena de amputados, todos los cuales pasan ya de la sesentena. No es el único que no lleva prótesis, pero sí el único que ha rechazado una.

Madeleine no entiende lo que ella llama su actitud.

—Hay gente por la calle, por todas partes —le dice—, que ni siquiera notaría que llevan prótesis, caminan de una forma muy natural.

—No quiero parecer natural —dice—. Prefiero sentirme natural.

Ella cabecea con sonriente incredulidad.

—Es un nuevo capítulo en su vida —dice ella—. El viejo está cerrado, tiene que decirle adiós y aceptar el nuevo. Aceptar: es lo único que tiene que hacer. Entonces, todas las puertas que usted cree cerradas se abrirán. Ya lo verá.

Él no responde.

¿De verdad quiere sentirse natural? ¿Se sentía natural antes de lo que ocurrió en Magill Road? No tiene ni idea. Pero tal vez es eso lo que quiere decir sentirse natural: no tener ni idea. ¿Acaso la Venus de Milo se siente natural? A pesar de no tener brazos, la Venus de Milo es considerada un ideal de belleza femenina. Al principio tenía brazos, según la historia, luego se le rompieron; su pérdida tan solo hace su belleza más conmovedora. Y, sin embargo, si mañana se descubriera que la Venus fue en realidad esculpida a partir de una modelo amputada, la retirarían de inmediato a un almacén en un sótano. ¿Por qué? ¿Por qué se puede admirar la imagen fragmentaria de una mujer pero no la imagen de una mujer fragmentaria, no importa lo bien cosidos que estén los muñones?

Daría lo que fuera por estar pedaleando otra vez en su bicicleta por Magill Road, con el viento dándole en la cara. Daría lo que fuera porque el capítulo que está cerrado se volviera a abrir. Desearía que Wayne Blight nunca hubiera nacido. Eso es todo. Muy fácil de decir. Pero se calla.

Los miembros tienen recuerdos, dice Madeleine a la clase, y tiene razón. Cuando él da un paso con las muletas, su lado derecho todavía se balancea trazando el arco que su vieja pierna habría trazado. De noche, su pie frío todavía busca a su hermano

frío y fantasmal.

Su trabajo, les dice Madeleine, es reprogramar los sistemas de recuerdos viejos y ahora obsoletos que nos dictan cómo conservamos el equilibrio, cómo caminamos y cómo corremos.

—Por supuesto que queremos aferrarnos a nuestros viejos sistemas de recuerdos —dice ella—. No seríamos humanos si no lo hiciéramos. Pero no podemos aferrarnos a ellos si son un obstáculo para nuestro progreso. No si se interponen en nuestro camino. ¿Están ustedes conmigo? Pues claro que sí.

Como todos los profesionales sanitarios que ha conocido recientemente, Madeleine trata a todos los ancianos que tiene asignados a su cargo como si fueran niños: niños no muy listos, un tanto taciturnos, un tanto indolentes, que necesitan que alguien les levante el ánimo. Madeleine no llega a los sesenta, ni tampoco a los cincuenta, ni siquiera a los cuarenta y cinco; sin duda corre como una gacela.

Para reprogramar los recuerdos del cuerpo, Madeleine usa el baile. Les muestra cintas de vídeo de patinadores sobre hielo con trajes ajustados de color dorado o escarlata deslizándose en círculos y bucles, primero el pie izquierdo y luego el derecho, con música de Léo Delibes de fondo.

—Escuchen y dejen que el ritmo los lleve —dice Madeleine—. Que la música discurra por su cuerpo y que baile en su interior.

A su alrededor, aquellos compañeros de su grupo que ya han conseguido sus miembros artificiales imitan lo mejor que pueden los movimientos de los patinadores. Como él no puede hacerlo —no puede patinar, no puede bailar, no puede caminar y ni siquiera puede ponerse derecho sin ayuda—, cierra los ojos, se agarra a las barras y se mece al ritmo de la música. En alguna parte, en un mundo ideal, se desliza por el hielo cogido de la mano de su atractiva instructora. «¡Hipnotismo, no es más que eso! —piensa para sus adentros—. ¡Qué pintoresco, qué anticuado!».

Su programa personal (cada uno de ellos tiene un programa personal) consiste básicamente en ejercicios de equilibrio.

—Tenemos que aprender a recuperar el equilibrio —explica Madeleine— con nuestro nuevo cuerpo.

Así es como lo llama: nuestro nuevo cuerpo, no nuestro cuerpo viejo y truncado.

También hay lo que en el hospital se llamaba hidroterapia y que Madeleine llama ejercicios acuáticos. En la estrecha piscina de la sala de atrás, él se agarra a las barras y camina dentro del agua.

—Mantened las piernas rectas —dice Madeleine—. Las dos. Como tijeras. Snip, snip, snip.

En los viejos tiempos se habría sentido escéptico respecto a gente como Madeleine Martin. Pero, por el momento, Madeleine Martin es lo único que le ofrecen para mantener la fe. Así que en casa, a veces bajo la mirada de Marijana y a

veces no, lleva a cabo su programa personal de ejercicios, incluida la parte de mecerse al ritmo de la música.

—Es bueno, bueno para usted —dice Marijana asintiendo—. Es bueno que coja un poco de ritmo.

Pero no se molesta en disimular la nota de burla profesional en su voz.

«¿Bueno?» —le gustaría decirle—. «¿De verdad? No estoy tan seguro de que sea bueno para mí. ¿Cómo puede serlo cuando me resulta todo tan humillante, todo este asunto de principio a fin?». Pero no pronuncia las palabras. Se contiene. Ha entrado en la zona de humillación; es su nuevo hogar; nunca va a salir de él; es mejor callarse y aceptar las cosas.

Marijana recoge todos sus pantalones y se los lleva a su casa. Dos días después los trae de vuelta con las perneras derechas pulcramente dobladas y cosidas.

—No las he cortado —dice—. Tal vez usted cambia de opinión y se pone el, ya sabe, *prosthese*. Ya veremos.

*Prosthese*: lo pronuncia como si fuera una palabra alemana. Tesis, antítesis y prótesis.

La herida quirúrgica, que hasta el momento no ha dado problemas y que él pensaba que ya estaba curada del todo, empieza a picarle. Marijana le pone polvos antibióticos y la envuelve en vendas limpias, pero el picor continúa. Por las noches empeora. Tiene que permanecer despierto para evitar rascarse. Empieza a sentir la herida como una enorme joya inflamada que brilla en la oscuridad; guardián y prisionero, está condenado a postrarse ante ella y protegerla.

El picor remite, pero Marijana continúa lavando el muñón con un esmero especial, poniéndole polvos, cuidándolo.

—¿Cree que volverá a crecerle la pierna, señor Rayment? —le dice ella un día, sin venir a cuento.

—No, nunca lo he pensado.

—Aun así, tal vez usted lo piensa algunas veces. Como niño. Idea de niño, lo cortas y crece otra vez. ¿Me entiende? Pero usted no es niño, señor Rayment. ¿Por qué no quiere entonces ese *prosthese*? Tal vez usted tímido como chica, ¿eh? Tal vez usted piensa: «Yo camino por la calle y todo el mundo va a mirar. ¡Ese señor Rayment solo tiene una pierna!». No es verdad. No es verdad. Nadie lo mira a usted. Usted lleva *prosthese* y nadie lo mira. Nadie sabe. Nadie importa.

—Lo pensaré —dice—. Tengo mucho tiempo. Todo el tiempo del mundo.

Después de seis semanas de ejercicios acuáticos y de mecerse y de ser reprogramado, decide dejar a Madeleine Martin. La llama a su estudio fuera de horas de trabajo y deja un mensaje en el contestador. Llama al servicio de coches de recogida y les dice que no vuelvan. Incluso piensa en telefonar a la señora Putts. Pero ¿qué le va a decir a la señora Putts? Se ha pasado seis semanas dispuesto a creer

en Madeleine Martin y en la cura que ella ofrecía, la cura para viejos sistemas de recuerdos. Ahora ha dejado de creer en ella. Eso es todo, no tiene más misterio. Si queda algún residuo de fe en él, ha sido transferido a Marijana Jokić, que no tiene estudio propio y que no promete curarle, solo cuidar de él.

Sentada en un lado de su cama, presionándole en la ingle con la mano izquierda, Marijana observa, asintiendo, cómo él flexiona, estira y hace girar el muñón. Ejerciendo una presión apenas perceptible, le ayuda a extender la flexión. Le masajea el músculo dolorido; le da la vuelta y le da un masaje en la parte baja de la espalda.

Del contacto de sus manos él infiere todo lo que necesita saber: que a Marijana no le resulta desagradable ese cuerpo maltrecho y cada vez más flácido; que está dispuesta, si puede y si él se lo permite, a transmitirle a través de las yemas de sus dedos una buena cantidad de su rubicunda salud.

No es una cura, no está hecho con amor, probablemente no sea más que una práctica ortodoxa de enfermería, pero con eso basta. Todo el amor que hay lo pone él.

—Gracias —dice él cuando acaba su tiempo juntos, y lo dice con tanto sentimiento que ella se lo queda mirando, intrigada.

—De nada —responde ella.

Una tarde, después de que Marijana se haya marchado, él llama por teléfono a un taxi y emprende por su cuenta el lento descenso de lado por las escaleras, agarrándose con fuerza a la barandilla, sudando de miedo por que se le caiga una muleta. Para cuando llega el taxi, él ya está en la calle.

En la biblioteca pública —donde por suerte no necesita nada que no esté en la planta baja—, encuentra dos libros sobre Croacia: una guía de Iliria y la costa dalmata y otra de Zagreb y sus iglesias. También una serie de libros sobre la Federación Yugoslava y sobre las recientes guerras balcánicas. No obstante, sobre lo que él ha venido a informarse —el carácter de Croacia y de sus gentes—, no hay nada.

Toma prestado un libro titulado *La gente de los Balcanes*. Cuando el taxi regresa, él ya está listo y esperando.

*La gente de los Balcanes: entre el Este y el Oeste*, reza el título completo. ¿Es así como se sentían los Jokić en su país: atrapados entre el Este ortodoxo y el Oeste católico? De ser así, ¿cómo se sienten en Australia, donde este y oeste tienen significados bastante nuevos? El libro tiene páginas con fotografías en blanco y negro. En una de ellas, un par de muchachas campesinas con pañuelos en la cabeza conducen a un burro cargado de leña por un sendero en una montaña rocosa. La más joven sonríe con timidez a la cámara, revelando un hueco entre sus dientes. *La gente de los Balcanes* está publicado en 1962, antes de que Marijana fuera concebida. Las fotografías son de quién sabe cuándo. Las dos muchachas podrían ser abuelas hoy

día, o podrían estar muertas y enterradas. Y el burro también. ¿Fue ese el mundo en que nació Marijana, un mundo inmemorial de burros y cabras y pollos y cubos de agua con una capa de hielo por las mañanas, o bien fue una hija del paraíso de los trabajadores?

Es muy probable que los Jokić se trajeran del viejo mundo su propia colección de fotos: bautismos, confirmaciones, bodas, reuniones familiares... Es una lástima que él no pueda verla. Suele confiar en las fotos más que en las palabras. No porque las fotos no puedan mentir, sino porque, en cuanto salen del cuarto oscuro, quedan fijadas, inmutables. Mientras que los relatos —como por ejemplo, la historia de la aguja viajando por las venas o la historia de cómo se cruzaron su vida y la de Wayne Blight en Magill Road— parecen cambiar de forma todo el tiempo.

La cámara, con su poder de absorber luz y convertirla en sustancia, siempre le ha parecido un artefacto más metafísico que mecánico. Su primer trabajo de verdad fue como técnico de cuarto oscuro; y su mayor placer siempre lo obtuvo trabajando en el cuarto oscuro. Cuando la imagen fantasmal aparecía bajo la superficie del líquido, cuando las vetas de oscuridad del papel empezaban a entretorse y hacerse visibles, él experimentaba a veces un pequeño temblor de éxtasis, como si estuviera presente en el día de la Creación.

Esa es la razón de que, más tarde, empezara a perder interés por la fotografía: primero cuando llegó el color, y luego cuando quedó claro que la vieja magia de las emulsiones sensibles a la luz se estaba desvaneciendo, que para la nueva generación el encantamiento estaba en una *techne* de imágenes sin sustancia, imágenes que podían pasar rápidamente por el éter sin residir en ninguna parte, que podían ser absorbidas por una máquina y salir de ella manipuladas, falseadas. Entonces dejó de registrar el mundo en fotografías y transfirió sus energías a conservar el pasado.

¿Dice eso algo de él, esa preferencia innata por el blanco y negro y los tonos de gris, y esa falta de interés por lo nuevo? ¿Es eso lo que las mujeres echaban en falta en él, y su mujer en particular? ¿El color, la apertura?

La historia que le contó a Marijana era que guardaba las fotografías antiguas por fidelidad a sus protagonistas, a los hombres, mujeres y criaturas que prestaban sus cuerpos a la lente de un desconocido. Pero esa no es toda la verdad. También las conserva por fidelidad a las fotografías en sí, a las impresiones fotográficas, la mayoría de ellas únicas, últimos supervivientes. Les da un buen hogar y se encarga, en la medida que puede, en la medida en que alguien puede, de que tengan un buen hogar cuando él ya no esté. Quizá, a su vez, algún desconocido todavía por nacer buceará en el pasado y guardará una foto de él, del extinto Rayment del Legado Rayment.

En cuanto a las ideas políticas de la familia Jokić, el lugar que pudieran haber ocupado en el mosaico de lealtades y enemistades de los Balcanes, nunca ha

preguntado a Marijana y no tiene intención de hacerlo. Como pasa con la mayoría de los inmigrantes, sus sentimientos hacia su país de origen probablemente sean ambiguos. El holandés que se casó con su madre y la llevó de Lourdes a Ballarat guardaba una fotografía de la reina Guillermina al lado de una estatuilla de yeso de la Virgen María en la sala de estar. En los cumpleaños de la monarca encendía una vela delante de su imagen como si fuera una santa. «*Infidèle Europe*», solía decir de Europa; la foto de la reina llevaba el lema «*Trouw*», fe, fidelidad. Por las noches se apoltronaba junto a la radio de onda corta intentando captar bajo el chisporroteo alguna palabra suelta procedente de Radio Hilversum. Al mismo tiempo estaba desesperado por que el país al que acababa de jurar lealtad estuviera a la altura de la idea que se había formado del mismo desde la distancia. Enfrentándose a una esposa escéptica y dos hijastros infelices, Australia tenía que ser la tierra soleada de las oportunidades. Si los nativos no eran hospitalarios, si se quedaban callados en su presencia o se burlaban de su inglés titubeante, no importaba: el tiempo y el trabajo duro vencerían aquella hostilidad. Una fe a la que el hombre todavía se aferraba la última vez que él lo vio, a los noventa años, pálido como un champiñón, arrastrando los pies entre las plantas de su destartado invernadero. Los Jokić, marido y mujer, deben de aferrarse a alguna variante de la fe del holandés. Mientras que sus hijos, Drago y Ljuba y la otra, se habrán formado su propia imagen de Australia, más luminosa y fresca.

Una mañana, Marijana aparece en compañía de un joven alto. Es el chico de la foto, no hay duda: Drago.

—Mi hijo viene a ver su bicicleta —dice Marijana—. Tal vez puede arreglarla.

—Sí, claro. —(Pero, se pregunta a sí mismo, ¿qué puede haberle dado a ella la idea de que él quiera arreglar los despojos de la bicicleta?)—. Hola, Drago, encantado de conocerte, gracias por venir. —Saca la llave del trastero de entre un desordenado manojo que guarda en un cajón y se la da al chico—. A ver qué te parece. En mi opinión no se puede hacer nada con ella. El cuadro está doblado. Apuesto lo que quieras a que el tubo está roto. Pero échale un vistazo.

—Vale —dice el chico.

—Lo he traído para que hable con usted —dice Marijana cuando están a solas—. Como usted dijo.

¿Como él dijo? ¿Qué pudo haber dicho él? ¿Que le daría a Drago una clase de seguridad vial?

La historia que Marijana se ha inventado para conseguir que su hijo renuncie a sus planes de esa mañana se va desentrañando poco a poco: que el señor Rayment tiene una bicicleta que quiere arreglar para poder venderla, pero que como no solo está lisiado sino que también es algo torpe no puede hacerlo él solo.

Drago regresa de su inspección y emite su informe. No puede decir a simple vista si el cuadro está roto. Él y sus colegas, uno de los cuales tiene acceso a un taller de reparaciones, podrían probablemente volver a enderezarlo y darle una mano de pintura. Pero, aun así, una rueda nueva y un cubo y un descarrilador y los frenos le saldrían probablemente a él, al señor Rayment, tan caros como una buena bicicleta de segunda mano.

Es un consejo muy sensato. Es lo mismo que él habría dicho.

—Gracias de todos modos por mirarla —dice él—. Tu madre me ha dicho que te gustan las motos.

—Sí, mi padre me ha comprado una Yamaha Doscientos cincuenta.

—Eso está bien.

Echa una mirada a Marijana que el chico finge no captar. ¿Qué más quiere ella que le diga?

—Mi madre dice que tuvo usted un accidente grave —sugiere el chico.

—Sí. Pasé una temporada en el hospital.

—¿Qué pasó?

—Me golpeó un coche mientras yo giraba. El conductor dice que no me vio. Y que no hice la señal de girar. Dice que lo deslumbró el sol.

—Qué mala suerte.

Silencio. ¿Está el chico absorbiendo la lección que se supone que debe absorber? ¿Está Marijana consiguiendo lo que quiere? Él sospecha que no. Ella quiere que él sea más locuaz: que advierta al chico de los peligros que pueden correr los ciclistas, y por analogía los motociclistas. Que le haga entender la agonía de las heridas y las humillaciones de estar lisiado. Pero tiene la sensación de que este joven prefiere el laconismo y de que no le va a gustar nada que lo sermoneen. De hecho, si Drago fuera a identificarse con alguien en la historia del encuentro en Magill Road sería más probablemente con Wayne Blight, el joven que iba al volante a toda velocidad, que con Paul Rayment, el vejstorio de la bici con la cabeza en las nubes.

Y, a fin de cuentas, ¿qué cambio radical quiere Marijana que provoque él? ¿Espera realmente que este apuesto joven, rebosante de salud, se pase las tardes en casa acurrucado con un libro mientras sus amigos están por ahí pasándolo bien? ¿Que deje la resplandeciente Yamaha nueva en el garaje y coja el autobús? Drago Jokić: es un nombre sacado de la épica popular. *La balada de Drago Jokić*.

Él carraspea.

—Drago, tu madre me ha pedido que tenga una conversación contigo en privado.

Marijana sale de la sala. Él se vuelve hacia el chico.

—Mira, yo no soy nadie para ti, solo el tipo al que cuida tu madre, y le estoy muy agradecido. Pero ella me ha pedido que hable contigo y yo le he dicho que lo haría. Lo que quiero decirte es que, si pudiera viajar en el tiempo hasta antes de mi accidente, créeme, lo haría. Puede que no te lo parezca viéndome ahora, pero yo llevaba antes una vida activa. Ahora no puedo ni ir a la tienda. Tengo que depender de los demás para cualquier cosa. Y todo pasó en una fracción de segundo, de repente. Pues bueno, a ti te podría pasar igual de fácilmente. No arriesgues tu vida, hijo, no vale la pena. Tu madre quiere que tengas cuidado con la moto. Y yo creo que debes hacerle caso. Eso es todo lo que voy a decirte. Tu madre es una buena persona y te quiere. ¿Lo entiendes?

Si le hubieran pedido que hiciera una predicción, él habría dicho que el joven Drago aguantaría un sermón de estas características con la mirada baja, pellizcándose las cutículas, deseando que el viejo terminara de una vez y maldiciendo a su madre por haberlo traído. Pero no es eso lo que sucede. Durante todo su discurso, Drago lo mira con expresión franca y una sonrisa tenue e incluso amigable en los labios bien delineados.

—Muy bien —dice al final—. Mensaje recibido. Tendré cuidado. —Y después de una pausa añade—: A usted le cae bien mi madre, ¿no?

Él asiente con la cabeza. Podría decir más, pero ese gesto basta de momento.

—Usted también le cae bien.

Él también le cae bien. Su corazón se inflama irracionalmente. «No es que me caiga bien, ¡es que la quiero!»: esas son las palabras que está a punto de soltar. En

cambio, dice:

—Tan solo intento ser de ayuda, eso es todo. Por eso he hablado contigo. No porque crea que puedo salvarte hablando, ya que algo como esto —se da una palmada desenfadada y jocosa en la cadera mala— simplemente pasa, no se puede prever, no se puede prevenir. Pero esto puede ayudar a tu madre. Puede ayudarla a saber que tú sabes que ella te quiere, que quiere que estés a salvo y que lo desea lo bastante como para pedirle a un desconocido, en este caso yo, que te diga algo. ¿Vale?

Están las palabras en sí y luego, detrás o en torno a las palabras, está la intención. Mientras habla es consciente de que el chico le está mirando los labios, apartando de un manotazo la ristra de palabras como si fueran telarañas y concentrando su oído en la intención. Su respeto hacia el chico está creciendo, creciendo a pasos agigantados. ¡No es un chico normal y corriente! Debe de ser la envidia de los dioses. *La balada de Drago Jokić*. No es de extrañar que su madre tenga miedo. Una llamada telefónica en plena madrugada. «¿Es usted la señora Jokić? ¿Tiene un hijo llamado Dragón? La llamamos del hospital de Gumeracha». Como una aguja en el corazón, o una espada. Su primogénito.

Marijana regresa y Drago se pone de pie.

—Me tengo que ir —dice—. Adiós, mamá. —Desde su altura considerable se inclina y toca la frente de ella con los labios—. Adiós, señor Rayment. Siento lo de la bici.

Y se marcha.

—Muy buen tenista —dice Marijana—. Muy buen nadador. Muy bueno en todo. Muy listo. —Y esboza una débil sonrisa.

—Querida Marijana —dice él. «Emoción intensa», se dice a sí mismo. «En un momento de emoción intensa a uno se le puede perdonar dejar caer alguna expresión de cariño»—. Estoy seguro de que no le pasará nada. Estoy seguro de que tendrá una vida larga y feliz y de que llegará a ser almirante, si es eso lo que quiere.

—¿Usted cree? —La sonrisa no solo ha abandonado sus labios, sino que ahora transmite una alegría pura: a pesar de ser un inútil con las manos, además de un lisiado, ella cree que él tiene el poder de predecir el futuro—. Eso está bien.

## 11

Es la sonrisa de Marijana, persistente en su memoria, la que provoca el esperado cambio, tan necesario desde hace tiempo. De repente, toda la melancolía, todas las nubes negras desaparecen. Él es el patrón de Marijana, su jefe, quien le paga para que sus deseos se conviertan en realidad, y sin embargo todos los días, antes de que ella llegue, se afana arriba y abajo por el apartamento para intentar poner orden lo mejor que puede, por ella. Incluso hace traer flores para combatir la monotonía.

La situación es absurda. ¿Qué quiere él de esa mujer? Quiere que sonría otra vez, está claro, que le sonría a él. Quiere ganarse un lugar en su corazón, por pequeño que sea. ¿Quiere también convertirse en su amante? Sí, quiere, en cierto sentido, fervientemente. Quiere amarla y respetarla a ella y a sus hijos, Drago y Ljuba y la tercera, aquella a quien todavía no ha visto nunca. En cuanto al marido, no abriga malos deseos hacia él, eso lo puede jurar. Le desea al marido toda la felicidad y la buena suerte del mundo. Y, sin embargo, daría lo que fuera por ser padre de esos niños hermosos y excelentes, y marido de Marijana: co-padre si hace falta, co-marido si hace falta, platónico si hace falta. Quiere cuidar de ellos, de todos ellos, protegerlos y salvarlos.

¿Salvarlos de qué? No lo sabe todavía. Pero, por encima de todos, quiere salvar a Drago. Está dispuesto a interponerse, ofreciendo su pecho desnudo, entre Drago y el rayo fulminante de los dioses envidiosos.

Es como una mujer que nunca ha dado a luz a un hijo y ahora ya es demasiado vieja, y ansía repentina y urgentemente ser madre. Lo bastante ansiosa para robar la criatura de otra persona: a tal punto llega su locura.

—¿Cómo le va a Drago? —le pregunta a Marijana en un tono tan despreocupado como puede.

Ella se encoge de hombros con desánimo.

—Este fin de semana se va con sus amigos a la playa de Tunkalooloo. ¿Se dice así, Tunkalooloo?

—Tunkalilla.

—Van en moto. Amigos salvajes, chicos salvajes. Yo tengo miedo. Es como banda. Chicas también, no se puede creer, tan jóvenes... Me alegro de que usted habla con él semana pasada. Hablara.

—No fue nada. Unas pocas palabras paternales.

—Sí, él no oye muchas palabras paternales, como usted dice, ese es su problema.

Es la primera crítica que ella hace del marido ausente. Él espera a que vengan más, pero no hay más.

—Este no es un país fácil para criar a un chico —contesta él con cautela—. Domina un clima de masculinidad. Hay mucha presión sobre los chicos para que destaquen en hazañas y deportes masculinos. Para que sean temerarios. Para que corran riesgos. Probablemente sea distinto de donde viene usted.

«De donde viene usted». Ahora que las oye, las palabras le suenan condescendientes. ¿Por qué los chicos no van a ser chicos en el país de donde vienen los Jokić? ¿Qué sabe él de las formas que adopta la masculinidad en el sudeste de Europa? Espera a que Marijana le corrija. Pero la mente de ella no está allí.

—¿Qué piensa usted de los internados, señor Rayment?

—¿Que qué pienso de los internados? Creo que son muy caros. También creo que es un error, un error grave, pensar que en los internados controlan día y noche a los jóvenes para asegurarse de que no les pase nada malo. Pero se puede recibir una buena educación en un internado, no hay duda de eso, al menos en los mejores internados. ¿Es eso lo que está pensando para Drago? ¿Ya sabe cuáles son las tarifas? Eso es lo que debería hacer primero. Sus precios son muy caros, absurdamente caros, astronómicos.

Lo que él evita decir es: «Son tan caros para excluir a niños cuyos padres trabajan montando coches. O cuyas madres cuidan a ancianos».

—Pero si se lo está planteando en serio —se lanza él, e incluso mientras habla siente la temeridad de lo que está diciendo pero no puede parar, no quiere parar—, y si Drago también quiere ir, yo podría ayudar económicamente. Podríamos considerarlo un préstamo.

Hay un momento de silencio. «Bueno —piensa él—. Ya está. No hay vuelta atrás».

—Estamos pensando que tal vez puede conseguir beca, con tenis y todo eso — dice Marijana, que tal vez no haya asimilado sus palabras ni lo que debe de haber detrás de ellas.

—Sí, está claro que una beca es una posibilidad, puede averiguarlo.

—O podemos conseguir un préstamo. —Ahora el eco de las palabras de él parece llegar hasta ella, y su ceño se frunce—. ¿Usted puede prestarnos dinero, señor Rayment?

—Puedo hacerles un préstamo. Libre de intereses. Pueden devolvérmelo cuando Drago empiece a ganar dinero.

—¿Por qué?

—Es una inversión para su futuro. Para el futuro de todos nosotros.

Ella cabecea.

—¿Por qué? —repite ella—. No lo entiendo.

Es uno de los días en que ella ha traído a Ljuba. Con su vestidito escarlata sin mangas, una pierna enfundada en una media escarlata y la otra en una media púrpura, tumbada en el sofá y con los brazos caídos a los lados, la niña podría pasar por una muñeca, si no fuera por sus ojos negros y curiosos.

—Usted debe de saberlo, Marijana —susurra él. Tiene la boca seca, siente latir su corazón, todo tan emocionante y tan horrible como cuando tenía dieciséis años—. Una mujer siempre lo sabe.

Ella vuelve a cabecear. Parece genuinamente desconcertada.

—No lo entiendo.

—Se lo diré a solas.

Ella murmura algo a la niña. Ljuba recoge obedientemente su pequeña mochila de color rosa y sale trotando de la cocina.

—Venga —dice Marijana—. Dígamelo.

—La amo. Eso es todo. La amo y quiero darle algo. Déjeme.

En los libros que su madre encargaba de París cuando él era niño, y que llegaban en paquetes de cartón marrón con el emblema de la Librairie Hachette y una hilera de sellos con el busto de la severa Marianne engalanada con su gorro frigio, libros con los que su madre suspiraba en la sala de estar de Ballarat donde las persianas siempre estaban bajadas, ya fuera para protegerse contra el calor o contra el frío, y que él leía en secreto después de ella, saltándose las palabras que no entendía, como parte de su sempiterna misión para descubrir qué era lo que le gustaba a ella, habría podido leer que el labio de Marijana se torcía en una mueca burlona mientras sus ojos emitían un brillo de triunfo secreto. Pero cuando dejó atrás la infancia perdió la fe en el mundo de Hachette. Si alguna vez hubo —que lo duda— un código de miradas que, una vez aprendido, le permitiera a uno leer de forma infalible los movimientos efímeros de los labios y los ojos humanos, ya no existe, el viento se lo llevó.

Se hace un silencio y Marijana no hace nada para aliviarlo. Pero al menos no le da la espalda. Tuerza o no el labio en una mueca, sí parece dispuesta a oír más de aquella declaración extraordinaria e irregular.

Lo que él tendría que hacer, por supuesto, es abrazar a la mujer. Ella no podría malinterpretarlo si estuvieran pecho contra pecho. Pero para abrazarla él tiene que dejar a un lado las absurdas muletas que le permiten estar de pie; y si lo hace se tambaleará, y tal vez se caerá. Por primera vez comprende cuál es el sentido de una pierna artificial, una pierna con un mecanismo que sujeta la rodilla y por tanto deja libres los brazos.

Marijana hace un gesto con la mano, como si estuviera limpiando un cristal o agitando un trapo de cocina.

—¿Quiere pagar para que Drago vaya a internado? —dice, y el hechizo se rompe.

¿Es eso lo que quiere, pagar la escuela de Drago? Sí. Quiere que Drago reciba una buena educación, y después, si persevera en su ambición, si el mar es realmente lo que más desea, que se gradúe como oficial de la marina. También quiere que Ljuba y su hermana mayor crezcan felices y consigan lo que más deseen. Quiere extender sobre toda la prole el escudo de su benevolente protección. Y quiere amar a esa extraordinaria mujer, a su madre. Eso por encima de todo. Y por eso pagaría lo que fuera.

—Sí —dice—. Eso es lo que ofrezco.

Ella lo mira a los ojos fijamente. Aunque él no podría jurarlo, le parece que ella se sonroja. Luego sale de la habitación a toda prisa. Regresa al cabo de un momento. Ya no lleva el pañuelo rojo y se ha soltado el pelo. Lleva de una mano a Ljuba y en la otra la mochila rosa. Está murmurando algo al oído de la niña. Esta, con el pulgar en la boca, se da media vuelta y lo examina con curiosidad.

—Tenemos que irnos —dice Marijana—. Gracias.

Y en un abrir y cerrar de ojos se marchan.

Lo ha hecho. Él, un anciano de dedos nudosos, ha confesado su amor. Pero ¿acaso osa por un instante pensar que esa mujer, en quien ha depositado todas sus esperanzas sin pensarlo dos veces, sin vacilar, corresponderá a su amor?

Al día siguiente, Marijana no aparece. Tampoco viene el viernes. Las sombras que él pensaba que se habían ido para siempre regresan. Telefonea a casa de los Jokić y le sale un contestador con una voz femenina que no es la de Marijana (¿de quién es?, ¿de la otra hija?).

—Soy Paul Rayment, para Marijana —dice—. ¿Puede llamarme?

Ella no le llama.

Se sienta a escribir una carta. «Querida Marijana —escribe—. Temo que me haya interpretado mal». Borra el «me» y añade detrás «lo que le quería decir». Pero ¿qué quería decirle que ella ha malinterpretado? «Cuando la conocí —escribe empezando un párrafo nuevo—, yo estaba destrozado». Lo cual no es cierto. Puede que tuviera la rodilla destrozada, y puede que sus perspectivas también lo estuvieran, pero él no lo estaba. Si supiera con qué palabra describir su estado cuando conoció a Marijana, sabría también lo que quería decir entonces, y lo que quiere decir hoy. Borra «destrozado». Pero ¿qué puede poner en su lugar?

Mientras está titubeando, suena el timbre. Su corazón da un salto. Después de todo, ¿no hará falta encontrar la palabra problemática ni escribir la carta problemática?

—¿Señor Rayment? —dice la voz del interfono—. Soy Elizabeth Costello. ¿Puedo hablar con usted?

Elizabeth Costello, sea quien sea, se toma su tiempo para subir las escaleras. Para cuando llega a la puerta, está jadeando: una mujer en la sesentena, diría él, más cerca de los setenta que de los sesenta, con un vestido de seda floreado y un poco escotado por detrás, que revela unos hombros poco atractivos, pecosos y algo carnosos.

—Tengo mal el corazón —dice la mujer, abanicándose—. Es un impedimento casi tan grande —se detiene para recuperar el aliento— como una pierna mala.

Viniendo de una desconocida, el comentario le parece poco apropiado, indecoroso.

Él la invita a pasar y le ofrece asiento. Ella acepta un vaso de agua.

—Pensaba decirle que vengo de la Biblioteca Estatal —dice ella—. Iba a presentarme como una de las voluntarias de la biblioteca que venía para evaluar la magnitud de su donación, sus dimensiones para poder planificar. Más tarde revelaría quién soy de verdad.

—¿No es usted de la biblioteca?

—No. Eso era una mentirijilla.

—Entonces usted es...

Ella echa un vistazo a la sala de estar con lo que parece ser aprobación.

—Me llamo Elizabeth Costello —dice ella—. Como ya he mencionado.

—Ah, ¿es usted esa Elizabeth Costello? Lo siento, estaba despistado. Perdóneme.

—No hay nada que perdonar. —Ella se levanta con esfuerzo de las profundidades del sofá—. ¿Vamos al grano? Nunca he hecho esto antes, señor Rayment. ¿Quiere darme su mano?

Él se queda un momento confuso. ¿Darle la mano? Ella tiende su mano derecha y él se la toma. Por un instante la mano femenina regordeta y más bien fría descansa en la suya, que él percibe con desagrado que ha adoptado ese matiz lívido de cuando ha estado demasiado tiempo inactivo.

—Bien... —dice ella—. Soy un poco incrédula, como santo Tomás, ya lo ve. —Y como él parece perplejo, añade—: Me refiero a que quiero explorar por mí misma qué clase de ser es usted. Quiero estar segura —continúa ella, y ahora realmente él no puede seguirla— de que nuestros dos cuerpos no se van a atravesar. Ingenuo, por supuesto. Ninguno de nosotros es un fantasma, ¿por qué había de pensar algo así? ¿Procedemos?

Ella vuelve a sentarse pesadamente, endereza la espalda y empieza a recitar.

—«El impacto le alcanza por la derecha, brusco y sorprendente y doloroso, como una descarga eléctrica, y le hace salir disparado de la bicicleta. “¡Tranquilo!”, se dice a sí mismo mientras vuela por los aires», etcétera.

Ella hace una pausa y examina el rostro de él, como para medir el efecto que está causando.

—¿Sabe usted lo que me pregunté cuando oí estas palabras por primera vez, señor Rayment? Me pregunté: «¿Para qué necesito a este hombre?». ¿Por qué no dejarlo tranquilo, que siga deslizándose tranquilamente en su bicicleta sin percatarse de que Wayne Bright o Blight, llamémoslo Blight, se acerca a todo gas por detrás para arruinarle la vida y mandarlo primero al hospital y luego a este apartamento con sus poco convenientes escaleras? ¿Quién es Paul Rayment para mí?

«¿Quién es esta loca que he dejado entrar en mi casa? ¿Cómo voy a librarme de ella?».

—¿Y cuál es la respuesta a su pregunta? —responde con cautela—. ¿Quién soy yo para usted?

—Usted vino a mí —dice ella—. En cierto sentido no tengo control sobre lo que viene a mí. Usted vino, junto con la palidez y la espalda encorvada y las muletas y el apartamento al que se aferra con tanta terquedad y la colección de fotografías y todo lo demás. También con Miroslav Jokić, el refugiado croata (sí, ese es su nombre, Miroslav, sus amigos lo llaman Mel), y el incipiente afecto que siente hacia su mujer.

—No es incipiente.

—Sí que lo es. A quien va y le suelta sus sentimientos, en vez de guardárselos para usted, aunque no tiene ni idea, y usted sabe que no tiene ni idea, de cuáles serán las consecuencias. Reflexione, Paul. ¿De verdad tiene intención de seducir a su

empleada para que abandone a su familia y venga a vivir con usted? ¿Cree usted que va a hacerla feliz? Sus hijos se sentirán furiosos y confusos; dejarán de hablarle; ella estará tumbada en la cama todo el día, sollozando inconsolable. ¿Le gustaría eso a usted? ¿O acaso tiene otros planes? ¿Está planeando que Mel se adentre en el mar y desaparezca, dejando a su mujer y a sus hijos con usted?

»Vuelvo a mi primera pregunta. ¿Quién es usted, Paul Rayment, y qué tienen sus inclinaciones amorosas que las hacen tan especiales? ¿Supone usted que es el único hombre que en sus últimos años, en el ocaso, diría yo, cree haber encontrado lo que no había conocido nunca antes, el amor verdadero? A patadas, señor Rayment, historias así las hay a patadas. Va a tener que ofrecer algo mejor.

Elizabeth Costello: está empezando a recordar quién es. Una vez intentó leer un libro suyo, una novela, pero la dejó a medias, no consiguió atrapar su atención. De vez en cuando ha visto artículos suyos en la prensa, sobre ecología o derechos de los animales, pero se los salta porque los temas no le interesan. Hace un tiempo (ahora está escarbando en su memoria) fue famosa por algo, pero eso parece haber pasado, o tal vez no fue más que otra tormenta mediática. Pelo gris; tez también gris, y según ella, con el corazón mal. Jadeando. ¡Y aquí está sermoneándole, diciéndole cómo tiene que llevar su vida!

—¿Qué preferiría que le ofreciera? —dice él—. ¿Qué historia me haría digno de su atención?

—¿Cómo lo voy a saber? Piense en algo.

¡Menuda idiota! Tendría que echarla de casa.

—¡Empuje! —lo apremia ella.

¿Empuje? ¿Que empuje qué? «¡Empuje!» es lo que se les dice a las mujeres que están de parto.

—Empuje, libérese de su envoltura mortal —dice ella—. Magill Road, el auténtico pórtico a la morada de los muertos: ¿cómo se sintió mientras volaba por los aires? ¿Pasó su vida entera ante sus ojos? ¿Qué le pareció, en retrospectiva, la vida que estaba a punto de dejar?

¿Es eso cierto? ¿Estuvo a punto de morir? Está claro que debe de haber una distinción entre correr el riesgo de morir y estar en el umbral de la muerte. ¿Posee esta mujer alguna información oculta que él desconoce? Mientras volaba aquel día por los aires pensaba... ¿en qué? En que no se había sentido tan libre desde que era niño, cuando saltaba sin miedo de los árboles, una vez incluso desde un tejado. Y luego el grito ahogado al chocar con la carretera, el aliento que lo abandonaba de golpe. ¿Acaso un grito ahogado puede interpretarse como un último pensamiento, una última palabra?

—Me sentí triste —dice—. Mi vida me pareció frívola. Qué desperdicio, pensé.

—Triste. Vuela por el aire sin ninguna dificultad, este joven intrépido en su

trapecio volador, y se siente triste. Su vida, vista en retrospectiva, le parece frívola. ¿Qué más?

¿Qué más? Nada más. ¿Qué está intentando sonsacarle la mujer?

Pero la mujer parece haber perdido todo interés en su pregunta.

—Lo siento, de repente no me encuentro bien —dice, balbuceando, luchando por ponerse de pie. Y, en efecto, se ha puesto blanca como el papel.

—¿Quiere acostarse? Tengo una cama en el estudio. ¿Puedo hacerle una taza de té?

Ella agita una mano.

—No es más que un mareo, del calor, de subir las escaleras, de quién sabe qué. Sí, gracias, me tumbaré un momento.

Hace ademán de apartar los cojines del sofá.

—Déjeme ayudarla.

Él se levanta y, apoyándose en una muleta, la coge del brazo. «El cojo guiando al cojo», piensa. Nota pegajosa la piel de la mujer.

La cama del estudio es, de hecho, bastante cómoda. Él hace lo que puede para quitar los trastos de encima. Ella se quita los zapatos y se tumba. A través de sus medias él percibe las venillas azuladas de sus pantorrillas, bastante maltrechas.

—No se preocupe por mí —dice ella, tapándose los ojos con un brazo—. ¿No es eso lo que decimos los invitados no bienvenidos? Usted haga lo que tenga que hacer, como si yo no estuviera.

—La dejaré descansar —responde él—. Cuando se encuentre mejor, llamaré a un taxi.

—No, no, no —dice ella—. No será así, me temo. Me quedaré un poco más con usted.

—Creo que no.

—Oh, sí, señor Rayment, me temo que sí. Voy a estar con usted durante el futuro inmediato. —Ella levanta el brazo con que se ha estado cubriendo los ojos y él ve que sonrío levemente—. Anímese —dice ella—. No es el fin del mundo.

Media hora más tarde, él vuelve a asomarse. Está dormida. La parte inferior de su dentadura postiza sobresale un poco y del fondo de su garganta sale un crujido leve, como de grava al ser removida. A él no le suena nada saludable.

Intenta seguir con el libro que está leyendo, pero no se puede concentrar. Mira por la ventana, taciturno.

Se oye una tos. Ella está de pie en el umbral, con los pies descalzos enfundados en sus medias.

—¿Tiene aspirinas? —dice ella.

—En el baño, en el armario, encontrará paracetamol. Es lo único que tengo.

—No me ponga mala cara, señor Rayment —dice ella—. Yo no he pedido esto

más que usted.

—¿No ha pedido el qué? —No puede refrenar la irritación de su voz.

—No lo he pedido a usted. No he pedido pasar una tarde tan agradable en este siniestro apartamento suyo.

—¡Pues váyase! Salga del apartamento, si tanto la ofende. Sigo sin tener ni idea de por qué ha venido. ¿Qué quiere?

—Usted vino a mí. Usted...

—¿Yo fui a usted? ¡Usted vino a mí!

—Chsss... no grite, los vecinos van a pensar que me está pegando. —Se apoltrona en una silla—. Lo siento. Me estoy entrometiendo. Estoy molestando, lo sé. Usted vino a mí, eso es lo único que puedo decir. Usted me ocurrió a mí... un hombre con una pierna mala y sin futuro y con una pasión inapropiada. Ahí es donde todo empezó. No tengo ni idea de cómo continuar. ¿Tiene alguna propuesta?

Él no dice nada.

—Tal vez no comprenda usted el sentido, señor Rayment, de seguir las intuiciones, pero eso es lo que yo hago. Así es como he construido mi vida: siguiendo intuiciones, incluyendo aquellas que al principio no puedo entender. Sobre todo, aquellas que al principio no puedo entender.

Siguiendo intuiciones: ¿qué significa eso, concretamente? ¿Cómo puede tener intuiciones sobre un perfecto desconocido, alguien a quien no ha visto en la vida?

—Ha sacado usted mi nombre de la guía telefónica —dice él—. Solo está probando suerte. No tiene ni idea de quién soy en realidad.

Ella cabecea.

—Ojalá fuera así de sencillo —dice ella, en voz tan baja que él apenas capta sus palabras.

El sol se está poniendo. Se quedan callados y, como un viejo matrimonio que declara una tregua, permanecen un rato sentados escuchando el ulular vespertino de las aves en los árboles.

—Ha mencionado usted a los Jokić —dice él por fin—. ¿Qué sabe usted de ellos?

—Marijana Jokić, la mujer que cuida de usted, es una persona culta. ¿No se lo ha dicho? Pasó dos años en el Instituto de Arte de Dubrovnik y obtuvo un diploma en restauración. Su marido también trabajaba en el instituto. Allí fue donde se conocieron. Él era técnico, especialista en tecnología antigua. Por ejemplo, consiguió montar las piezas de un pato mecánico que se habían pasado doscientos años oxidándose en el sótano del instituto. Ahora hace cuac como un pato normal, camina y pone huevos. Es una de las piezas más importantes de la colección. Pero por desgracia, sus aptitudes no son necesarias en Australia. Aquí no hay patos mecánicos. Por eso trabaja en la planta de montaje de coches.

»¿Qué más puedo decirle que le sea de utilidad? Marijana nació en Zadar, es una

chica de ciudad y no sabría distinguir la cara del trasero de un burro. Y es casta. En todos sus años de matrimonio nunca ha sido infiel. Nunca ha caído en la tentación.

—Yo no la estoy tentando.

—Entiendo. Como ha dicho usted, tan solo quiere colmarla con su amor. Quiere dar. Pero ser amado tiene un precio, a menos que seamos totalmente inconscientes. Marijana no va a pagar ese precio. Ya ha estado antes en esta situación, con pacientes que se enamoran de ella, que no lo pueden evitar o eso dicen. A ella le resulta tedioso. «Ahora voy a tener que encontrar otro trabajo»: eso es lo que piensa para sus adentros. ¿Me he expresado con claridad?

Él guarda silencio.

—Está usted cautivado por algo, ¿verdad? —dice ella—. Hay alguna cualidad en ella que lo atrae. Tal como yo lo veo, esa cualidad es su plenitud, la plenitud de la fruta en su espléndida madurez. Déjeme que le sugiera por qué Marijana produce esa impresión, a usted y también a otros hombres. Está plena porque es amada, tan amada como se puede esperar ser amada en este mundo. No querrá usted oír los detalles, así que no se los daré. Pero la razón de que los niños también causen esa impresión en usted, el muchacho y la pequeña, es que han crecido inundados de amor. Están a gusto en el mundo. Para ellos es un buen lugar.

—Y sin embargo...

—Sí, y sin embargo el chico lleva el estigma de la muerte. Los dos lo vemos. Demasiado atractivo. Demasiado luminoso.

—Da hasta ganas de llorar.

Los dos están cada vez más sombríos, más sombríos y amodorrados. Él intenta despejarse.

—En el congelador quedan los últimos canelones de Marijana, con ricotta y espinacas —dice él—. ¿Le apetecen? Después no sé qué piensa hacer. Si quiere quedarse a pasar la noche, de acuerdo, pero nada más. Por la mañana tendrá que irse.

Despacio pero con firmeza, Elizabeth Costello niega con la cabeza.

—Me temo que no es posible, Paul. Le guste o no, voy a quedarme una temporada con usted. Seré una invitada modélica, se lo prometo. No colgaré mi ropa interior en el baño. No le estorbaré. Apenas como. La mayor parte del tiempo no se dará cuenta de que estoy aquí. Solamente le daré un toquécito en el hombro de vez en cuando, en el derecho o en el izquierdo, para que no se descarríe.

—¿Y por qué tengo yo que aguantarlo? ¿Y si me niego?

—Tiene que aguantarlo. No es usted quien decide.

Y resulta ser cierto, Elizabeth Costello es una invitada modélica. Inclineda sobre la mesita de café del rincón de la sala de estar, de la que parece haberse adueñado, se pasa el fin de semana absorta en un voluminoso texto mecanografiado, al que parece estar haciendo anotaciones. Él no le ofrece nada a la hora de las comidas, y ella tampoco lo pide. De vez en cuando, sin decir una palabra, ella desaparece del apartamento. Él solo puede hacer conjeturas sobre lo que ella hace con su tiempo: tal vez deambula por las calles de Adelaida Norte, tal vez se sienta en una cafetería, mordisquea un cruasán y mira el tráfico.

Durante una de sus ausencias, él busca el texto mecanografiado, solo para ver lo que es, pero no lo encuentra.

—¿Debo deducir —le dice el domingo por la noche— que llamó a mi puerta con el propósito de estudiarme para poder usarme en un libro?

Ella sonríe.

—Ojalá fuera tan sencillo, señor Rayment.

—¿Por qué no es sencillo? A mí me parece bastante sencillo. ¿Está usted escribiendo un libro y poniéndome en él? ¿Es eso lo que está haciendo? En tal caso, ¿qué clase de libro es? ¿Y no cree que primero necesita mi consentimiento?

Ella suspira.

—Si yo fuera a «ponerlo a usted en un libro», como usted lo expresa, me limitaría a hacerlo. Le cambiaría el nombre y una o dos circunstancias de su vida, para sortear la ley de difamación, y ahí se acabaría todo. Está claro que no me haría falta venir a vivir con usted. No, usted vino a mí, tal como le dije: el hombre de la pierna mala.

Él se está cansando de oír que fue él quien acudió a ella.

—¿No le resultaría más fácil usar a alguien que acudiera a usted de forma más voluntaria? —comenta él en el tono más seco que puede—. Renuncie a mí. Yo no soy un sujeto predispuesto, no tardará en descubrirlo. Márchese. Yo no la detendré. Le resultará un alivio librarse de mí. Y viceversa.

—¿Y su pasión inapropiada? ¿Dónde voy a encontrar otra igual?

—Mi pasión, como usted la llama, no es asunto suyo, señora Costello.

Ella le dedica una sonrisa glacial, cabecea.

—Usted no es quién para decirme qué es asunto mío —responde ella en voz baja.

Él cierra la mano fuertemente en torno a la muleta. Si se tratara de una muleta como es debido, de las de antes, de fresno o de jara, que pesara un poco, en lugar de ser de aluminio, la usaría para golpear a la vieja bruja en el cráneo, una y otra vez, tantas como hiciera falta, hasta dejarla muerta a sus pies con su sangre empapando la alfombra, sin importarle lo que fuera a pasarle después.

Suena el teléfono.

—¿Señor Rayment? Soy Marijana. ¿Cómo está usted? Siento haber faltado unos días. Estaba enferma. Vengo mañana, ¿de acuerdo?

Así que esa va a ser la ficción entre ambos: estaba enferma.

—Sí, claro, no pasa nada, Marijana. Espero que se encuentre mejor. La veré mañana, como de costumbre.

»Marijana volverá mañana al trabajo —informa a su invitada con la mayor concisión posible. “Es hora de que te largues de una puñetera vez”: espera que ella capte el mensaje.

—No pasa nada. No la voy a estorbar. —Y cuando él le clava una mirada furibunda, ella añade—: ¿Está preocupado porque ella pueda pensar que soy una de sus amiguitas de los viejos tiempos? —Ella le dedica una sonrisa francamente jovial—. No se lo tome todo tan en serio, Paul.

La razón de que Marijana haya decidido volver sale a la luz en cuanto entra por la puerta. Antes incluso de quitarse el impermeable —está lloviendo, cae una lluvia cálida y vaporosa, que emana cierto aroma de eucalipto—, ella deja sobre la mesa un folleto satinado. En la portada, edificios góticos falsos sobre un fondo de grandes extensiones de prado; en una viñeta, un chico de aspecto pulcro en mangas de camisa y con corbata sentado frente al teclado de un ordenador, con un amigo igualmente pulcro mirando por encima de su hombro.

«Wellington College: Cinco décadas de excelencia». Él nunca ha oído hablar del Wellington College.

Hojea el folleto.

—«Institución hermana del Wellington College de Pembrokeshire» —lee en voz alta—. «Prepara a jóvenes para los retos del nuevo siglo... Carreras en el mundo de los negocios, ciencia y tecnología, las fuerzas armadas». ¿Dónde está este sitio? ¿Cómo lo ha descubierto?

—En Canberra. En Canberra él encuentra nuevos amigos. Sus amigos de Adelaida no buenos, no lo dejan avanzar.

Ella pronuncia «Adelaida» a la italiana, haciéndola rimar con «Aida». Es de Dubrovnik, a un tiro de piedra de Venecia.

—¿Y dónde ha oído hablar del Wellington College?

—Drago lo sabe todo de ese sitio. Es escuela preparadora para la Academia de la Fuerza de Defensa.

—Preparatoria.

—Preparatoria. Tienen, ya sabe, preferencia.

Él vuelve al folleto. Hay una solicitud de ingreso. Una tabla de tarifas. Él ya sabía que los precios de los internados eran altos. Sin embargo, ahora que tiene las cifras delante se lleva un sobresalto.

—¿Cuántos años pasaría allí?

—Si empieza en enero, dos años. En dos años puede llegar a curso doce y entonces tener beca de estudios. Solo necesita dinero para pagar dos años.

—¿Y Drago tiene muchas ganas de ir a esta escuela? ¿Se ha mostrado de acuerdo en ir?

—Está lleno de ganas. Quiere ir.

—Es normal, ya sabe, que los padres echen un vistazo a la escuela antes de comprometerse. Que den una vuelta por las instalaciones, que hablen con el director, que se hagan una impresión del sitio. ¿Está segura de que usted y su marido y Drago no quieren hacer primero una visita al Wellington College?

Marijana se quita el impermeable —está hecho de un material plástico transparente, puramente funcional— y lo deja sobre una silla. Su piel es cálida y tiene buen color. No hay rastro de la tensión de su último encuentro.

—Wellington College —dice ella—. ¿Usted cree que Wellington College quiere que el señor y la señora Jokić, de Munno Para, vayan de visita a ver si Wellington College puede estar bien para su hijo?

Su tono es bastante afable. Si alguien se siente incómodo, ese es él.

—En Croacia, ¿sabe usted, señor Rayment?, mi marido era hombre famoso, algo así. ¿No me cree? En todos periódicos fotografías de él. Miroslav Jokić y el pato mecánico. En televisión —imita con dos dedos el gesto de caminar en el aire— fotos del pato mecánico. El único hombre que puede hacer caminar el pato mecánico, hacer un ruido como cuando dices cuac, comer. —Se da unas palmaditas en el vientre— y otras cosas también. Un pato muy, muy antiguo. Viene de Suecia. Llega a Dubrovnik en mil seiscientos ochenta, de Suecia. Nadie sabe arreglarlo. Y Miroslav Jokić lo arregla como nuevo. Una semana, dos semanas, y es hombre famoso en Croacia. Pero aquí —ella levanta la mirada hacia el cielo—, ¿a quién le importa? En Australia nadie oye hablar del pato mecánico. No saben qué es. Miroslav Jokić, nadie sabe quién es. Un simple trabajador de coches. No es nadie, trabajador de coches.

—No estoy seguro de estar de acuerdo —dice él—. No es verdad que un trabajador de la industria del automóvil no sea nadie. No hay nadie que no sea nadie. En todo caso, da igual que los visite, da igual que sea de Munno Para o de Tombuctú, sospecho que el Wellington College estará encantado de aceptar su dinero. Así que, adelante, presente la solicitud. Yo pagaré. Ahora mismo le hago un cheque para los gastos de preinscripción.

Así que ya está. Así de fácil. Se ha comprometido. Se acaba de convertir en padrino. Un padrino: alguien que conduce a una criatura hasta Dios. ¿Tiene el valor necesario para llevar a Drago hasta Dios?

—Está bien —dice Marijana—. Yo le digo a Drago. Usted lo hace muy feliz. —Hace una pausa—. ¿Y usted? ¿Pierna está bien? ¿No dolor? ¿Hace usted sus ejercicios?

—La pierna está bien, no me duele —dice él. Lo que no dice es: «Pero ¿por qué dejó usted el trabajo, Marijana? ¿Por qué me abandonó? No fue una conducta muy profesional, ¿verdad? Apuesto a que no querrá que se entere la señora Putz».

Sigue muy ofendido y quiere alguna señal de arrepentimiento por parte de Marijana. Al mismo tiempo está embriagado de placer por tenerla de vuelta con él y emocionado por el dinero del que está a punto de desprenderse. Dar algo siempre le sube el ánimo, es algo de lo que es consciente. Que lo incita a dar más. Es como el juego. Toda la emoción está en perder. Perder una y otra vez. La caída temeraria e irresponsable.

Marijana ya se ha puesto a trabajar, tan ajetreada como siempre. Empieza por el dormitorio, quita la ropa de cama y pone sábanas limpias. Pero ella puede notar que él la está mirando, está seguro, puede notar la calidez que viene de él, que le acaricia los muslos y los pechos. Eros siempre le ha afectado mucho por las mañanas. Si por algún milagro pudiera abrazar ahora a Marijana, en ese estado de ánimo, aprovechando que la marea está alta, vencería toda la rectitud de ella, no le cabe la menor duda. Pero es imposible, claro. Imprudente. Peor que imprudente, insensato. Ni siquiera debería pensar en ello.

Luego se abre la puerta del baño y la tal Costello, vestida con una bata y unas pantuflas, hace su entrada en escena. Se está secando el pelo con una toalla, mostrando zonas de cuero cabelludo rosado. Él la presenta someramente.

—Marijana, esta es la señora Costello. Está alojada aquí por poco tiempo. La señora Jokić.

Marijana le ofrece su mano y la Costello la acepta con solemne teatralidad.

—Prometo no estorbarla —dice.

—No se preocupe.

Unos minutos más tarde, él oye que se cierra la puerta de la calle. Desde una ventana observa cómo la Costello se aleja por la calle en dirección al río. Lleva un sombrero de paja que él reconoce como suyo y que hace años que no se pone. ¿Dónde lo ha encontrado? ¿Ha estado hurgando en sus armarios?

—Una mujer agradable —dice Marijana—. ¿Es una amiga?

—¿Una amiga? No, para nada. Es una simple socia. Tiene algunos asuntos en la ciudad y se quedará aquí hasta que los termine.

—Eso es bueno.

Marijana tiene prisa, o eso parece. Lo normal es que, antes que nada, por la mañana se ocupe de su pierna y le ayude con sus ejercicios. Pero hoy no se mencionan los ejercicios.

—Tengo que irme, es día especial, tengo que recoger a Ljubica del grupo de juegos —dice ella. Saca una quiche congelada de su bolso—. Vuelvo esta tarde tal vez. Aquí hay una cosita que he comprado para su almuerzo. Le dejo recibo y

entonces me pagará.

—Y ya le pagaré —la corrige él.

—Ya me pagará.

Al poco de marcharse se oye la llave en la cerradura y Elizabeth Costello vuelve.

—He traído fruta —anuncia ella. Deja una bolsa de plástico sobre la mesa—. Habrá una entrevista, supongo. ¿Cree que Marijana podrá hacerla?

—¿Una entrevista?

—En esa escuela. Querrán entrevistar al chico y a sus padres, pero sobre todo a los padres, para asegurarse de que son adecuados.

—Es Drago el que presenta la solicitud, no sus padres. Si la gente del Wellington College tiene algo de sentido común, no dudarán en aceptar a Drago en un santiamén.

—Pero ¿y si les preguntan directamente a los padres cómo van a pagar esos precios exorbitantes?

—Les escribiré una carta. Presentaré avales. Haré lo que haga falta.

Ella está construyendo una pequeña pirámide de fruta —albaricoques, nectarinas, uvas— en el cuenco de la mesita de café.

—Eso es admirable —dice ella—. Me alegro mucho de haber tenido esta oportunidad de conocerle mejor. Usted me da fe.

—¿Yo le doy fe? Nadie me había dicho eso nunca.

—Sí, usted me devuelve la fe. No hago caso de lo que le dije sobre usted y la señora Jokić. Simplemente resulta algo desconcertante encontrarse en presencia del amor verdadero, a la antigua usanza. Me inclino ante usted.

Ella deja un momento de hacer lo que está haciendo y le dedica, no sin ironía, una levísima inclinación de cabeza.

—De todos modos —continúa—, recuerde que todavía hay que vencer el obstáculo de Miroslav. No podemos dar por sentado que Miroslav vaya a aceptar que su hijo vaya a un internado de lujo situado a mil quinientos kilómetros. Ni que sus obligaciones pecuniarias sean asumidas por el hombre al que su esposa visita seis días por semana, el hombre al que le falta una pierna. ¿Ha pensado usted lo que va a hacer con Miroslav?

—Sería estúpido si lo rechazara. No le afecta a él. Afecta a su hijo, al futuro de su hijo.

—No, Paul, eso no es verdad —dice ella suavemente—. Del hijo a la esposa y de la esposa a él: esa es la secuencia. Usted está tocando su orgullo, su honor masculino. Tarde o temprano tendrá que enfrentarse a Miroslav. ¿Qué dirá usted cuando llegue ese día? ¿«Solo intento ayudar»? ¿Es eso lo que va a decir? Con eso no bastará. Únicamente bastará la verdad. Y la verdad es que usted no está intentando ayudar. Al contrario, está intentando sabotear a la familia Jokić. Está intentando montárselo con la señora Jokić. Y también seducir a los hijos del señor Jokić para alejarlos de él y

hacerlos suyos, uno, dos y hasta tres. No se trata de lo que yo llamaría un plan amistoso, en absoluto. No, usted no es amigo de Miroslav, no por lo que yo puedo ver. Usted no va a caerle bien; ¿y puede culparlo? Así pues, ¿qué piensa hacer con Miroslav? Tiene que pensar. Tiene que pensar. —Se da un golpecito en la frente con la yema del dedo—. Y si pensando llega a la conclusión a la que creo que va a llegar, es decir, que no hay nada que hacer, tengo una alternativa que proponerle.

—¿Una alternativa a qué?

—Una alternativa a todo este embrollo que tiene usted con los Jokić. Olvídense de la señora Jokić y de su fijación por ella. Haga retroceder su mente. ¿Recuerda la última vez que visitó el departamento de osteopatía del hospital? ¿Recuerda a la mujer del ascensor con gafas oscuras? ¿La que iba con una mujer mayor? Claro que se acuerda. Dejó huella en usted. Incluso yo me di cuenta.

»Nada de lo que pasa en nuestras vidas carece de significado, Paul, como podría decirle cualquier niño. Esa es una de las lecciones que nos enseñan las historias, una de las muchas lecciones. ¿Ha dejado usted de leer historias? Es un error. No debería dejarlo.

»Déjeme ponerle al corriente sobre la mujer de las gafas oscuras. Desgraciadamente, es ciega. Perdió la vista hace un año a consecuencia de un tumor maligno. Perdió un ojo por completo, se lo extirparon quirúrgicamente, y también el uso del otro. Antes de su tragedia era hermosa, o al menos muy atractiva. Hoy, por desgracia, su aspecto es desagradable, al igual que el de todas las personas ciegas. Uno prefiere no mirarla a la cara. O, mejor dicho, uno se sorprende a sí mismo mirando fijamente y luego retira la mirada, repelido. Esa repulsión es por supuesto invisible para ella, pero aun así la puede sentir. Ella nota las miradas ajenas como si fueran dedos que la toquetean, que la toquetean y se retiran.

»Ser ciega es peor de lo que le dijeron que iba a ser, peor de lo que nunca imaginó. Está desesperada. En cuestión de meses se ha convertido en un objeto de horror. No soporta salir de casa y que la gente pueda verla. Quiere ocultarse. Quiere morir. Y, al mismo tiempo, no puede evitarlo, está llena de lujuria insatisfecha. Se encuentra en el verano de su vida de mujer; la lujuria la hace gemir en voz alta, día tras día, como una vaca o una yegua en celo.

»¿Lo que digo le sorprende? ¿Cree que es una simple historia que me estoy inventando? No lo es. La mujer existe, la ha visto usted con sus propios ojos, se llama Marianna. Este mundo aparentemente tranquilo en el que vivimos contiene horrores, Paul, horrores que usted no podría soñar ni aunque se pasara el resto de su vida intentándolo. Las profundidades del océano, por ejemplo, el lecho marino... lo que sucede ahí rebasa toda imaginación.

»Lo que Marianna ansía no es consuelo, ni mucho menos adoración, sino amor en su expresión más física. Quiere ser, aunque fugazmente, como era antes, igual que

usted a su manera también quiere ser como era antes. Y ahora le digo: ¿por qué no intenta averiguar qué pueden conseguir juntos, usted y Marianna, ella ciega y usted cojo?

»Déjeme decirle algo más sobre Marianna. Marianna lo conoce a usted. Sí, lo conoce. Usted y ella se conocen. ¿Lo sabía usted?

Es como si ella estuviera leyendo su diario. Es como si él tuviera un diario y esta mujer se estuviera colando de noche en el apartamento y leyera sus secretos. Pero no hay ningún diario, a menos que lo escriba dormido.

—Se equivoca, señora Costello —dice él—. A la mujer a la que se refiere, a la que llama Marianna, solo la he visto en una ocasión en el hospital, y ella no podría haberme visto, por razones obvias. Así que no puede conocerme, ni siquiera en el sentido más trivial.

—Sí, tal vez me equivoque, es posible. O quizá sea usted quien se equivoca. Tal vez Marianna procede de una parte más antigua de su vida, en la que los dos eran jóvenes y sanos y atractivos, y usted simplemente lo ha olvidado. Usted se dedicaba a la fotografía, ¿no? Quizá hace tiempo le hizo una fotografía y toda su atención se concentró en la imagen que estaba creando y no en ella, en la fuente de la imagen.

—Tal vez, pero la memoria aún no me falla y no tengo recuerdos de esa experiencia.

—Bueno, viejos amigos o no, ¿por qué no intenta averiguar qué pueden conseguir juntos, usted y Marianna? Dadas las extraordinarias circunstancias del caso, yo me encargaré de concertar un encuentro. Usted límitese a esperar y a estar preparado. Le aseguro que, si plantea alguna proposición, yo se la transmitiré a ella de forma que pueda acudir sin miedo a perder nada de su autoestima.

»Una última cosa. Déjeme que le sugiera que, pase lo que pase entre usted y ella, lo hagan en la oscuridad. Como deferencia hacia ella. Piense en su cama como en una cueva. Ha estallado una tormenta y una doncella cazadora entra en busca de cobijo. Ella extiende una mano y encuentra otra mano, la de usted. Y así sucesivamente.

Él tendría que decir algo agudo, pero no puede, es como si lo hubieran drogado o dejado pasmado.

—Sobre el episodio del que asegura no acordarse —continúa Costello—, el día en que puede que usted le hiciera una fotografía o puede que no, solo quiero decirle que no esté tan seguro de usted mismo. Escarbe en sus recuerdos y se sorprenderá al ver qué imágenes afloran a la superficie. Pero le estoy presionando... Construyamos su versión de la historia sobre la premisa de que solo la vislumbró una vez, en el ascensor. Una sola mirada fugaz, pero suficiente para encender el deseo. ¿Qué nacerá del deseo de usted y la necesidad de ella? ¿Una pasión de grandes proporciones? ¿Una última gran conflagración otoñal? Ya veremos. El asunto está en sus manos, en las de usted y en las de ella. ¿Es mi proposición aceptable? En caso afirmativo, diga

que sí. O, si siente demasiada vergüenza, asienta con la cabeza. ¿Sí?

»Se llama Marianna, como ya he dicho, con dos enes. No puedo evitarlo. No tengo capacidad para cambiar los nombres. Puede darle otro nombre íntimo si lo desea, algún apelativo afectuoso. Cariño, gatita, lo que sea. Estaba casada, pero después del golpe del destino que le he explicado, su matrimonio se derrumbó como todo lo demás. Su vida es un caos. Ahora vive con su madre, la mujer que vio con ella, la vieja bruja.

»Con esto ya tiene bastantes antecedentes. El resto se lo puede contar personalmente ella. Con dos enes. Era la hija de un granjero de cerdos. Su cuarto de baño es un caos igual que todo lo demás en su vida, pero eso se le puede perdonar, ¿quién no cometería algún que otro error al vestirse en la oscuridad?

»Nerviosa, pero limpia. Desde su operación, su extremadamente delicada operación, bastante distinta a la repugnante carnicería de la amputación, se ha vuelto morbosamente escrupulosa respecto a la higiene, a su propio olor corporal. Les pasa a algunos ciegos. Mejor será que se presente bien aseado para ella. Si hablo con crudeza, perdóneme. Lávese bien. Todas sus partes. Y no ponga esa cara triste. Perder una pierna no es una tragedia. Al contrario, perder una pierna es cómico. Perder cualquier parte del cuerpo que sobresalga es cómico. De no ser así no tendríamos tantos chistes al respecto. “Había un viejo con una sola pata / que era tan pobre como una rata”. Etcétera.

»Se lo aconsejo, Paul: los años pasan volado. Así que disfrute mientras todavía está en buena forma. Uno siempre se lamenta después.

»Y no, la otra Marijana, la enfermera, no fue idea mía, si es eso lo que se está preguntando. Esas cosas no siguen un sistema. Marijana de Dubrovnik, su pasión inapropiada, llegó a través de su amiga la señora Putts. Nada que ver conmigo.

»No sabe qué pensar de mí, ¿verdad? Cree usted que soy un incordio. La mayor parte del tiempo cree que digo tonterías, que me invento cosas. Pero me doy cuenta de que no se ha rebelado, todavía no. Me soporta con la esperanza de que me rinda y me marche. No lo niegue, lo lleva escrito en la cara, está más claro que el agua. Usted es Job y yo soy una de sus aflicciones inmerecidas, la mujer que nunca se calla, llena de planes para salvarlo de usted mismo, blablablá, cuando lo único que usted quiere es tranquilidad.

»No tiene por qué ser así, Paul. Se lo vuelvo a decir: esta es su historia, no la mía. En cuanto decida asumir el control, yo desapareceré. No volverá a oír hablar de mí. Será como si nunca hubiera existido. Esta promesa se extiende también a su nueva amiga Marianna. Me retiraré: usted y ella serán libres para esforzarse en lograr sus respectivas salvaciones.

»Piense en lo bien que empezó. ¿Qué podía estar mejor calculado para captar la atención que el incidente en Magill Road, cuando el joven Wayne chocó con usted y

lo mandó disparado por el aire “como un gato”? ¡Qué decadencia tan triste desde entonces...! Más y más lento, hasta llegar a este momento, casi paralizado, atrapado en un apartamento maloliente con una cuidadora a quien le trae usted sin cuidado. Pero tenga buen corazón. Marianna tiene posibilidades, con su rostro devastado y esa lujuria llena de remordimientos que la tiene atenazada. Marianna es toda una mujer. La pregunta es: ¿es usted lo bastante hombre para ella?

»Contésteme, Paul. Diga algo.

Es como un mar batiendo contra su cráneo. De hecho, por lo que él sabe, ya podría haber caído por la borda y haber sido arrastrado de un lado a otro por las corrientes de las profundidades. La bofetada del agua que, con el paso del tiempo, arrancará de sus huesos los últimos jirones de carne. Las perlas de sus ojos; el coral de sus huesos.

Marijana llama. Antes de que diga nada, él ya sabe lo que va a decir: que lo siente, pero hoy no puede ir. Tiene un problema con su hija. No, Ljubica no: Blanka.

—¿Puedo ayudar? —pregunta él.

—No, nadie puede ayudar. —Suspira—. Mañana voy seguro, ¿vale?

—Problemas con su hija —musita Elizabeth Costello—. Me pregunto qué clase de problemas serán. Con todo, no hay mal que por bien no venga. La mujer de la que le hablé, Marianna, la ciega... no se la puede usted quitar de la cabeza, ¿verdad? No disimule, Paul, puedo leer en usted como si fuera un libro abierto. Resulta que hoy Marianna no tiene nada que hacer. No sabe qué hacer. Vaya al café de la esquina, Alfredo's creo que se llama, a las cinco de esta tarde, y yo se la llevaré. Póngase elegante, aunque ella no pueda verlo. Yo la llevaré y me marcharé. No me pregunte cómo hago esas cosas, no es magia, simplemente las hago.

Costello se pasa la tarde fuera. A las cuatro y media, cuando él está a punto de salir del apartamento, ella reaparece, sin aliento.

—Cambio de planes —dice—. Marianna está esperando abajo. No le gusta la idea de Alfredo's. Está —suelta un resoplido exasperado— resultando algo problemática. ¿Puedo usar su cocina?

Ella vuelve de la cocina con un cuenco pequeño lleno de algo que parece crema.

—No es más que una pasta de harina y agua. Para teparle los ojos. No tenga miedo, no le hará daño. ¿Por qué tiene que ponérsela? Porque Marianna no quiere que usted la vea. Ella insiste. Venga, agáchese. No se mueva. No parpadee. Para mantenerlo en su sitio, una hoja de limón sobre cada ojo. Y para que las hojas no se caigan, una media de nailon, recién lavada, se lo prometo, atada detrás de la cabeza. Se la puede quitar cuando quiera. Pero no se lo recomiendo, créame.

»Bien... Listos. Siento que sea tan complicado, pero así somos los seres humanos, complicados, cada uno a nuestra manera única. Ahora, si quiere ponerse cómodo y esperar, traeré a Marianna. ¿Está preparado? ¿Se siente capaz? ¿Sí? Bien. Recuerde, tiene que pagarle. Ese es el acuerdo, así es como ella conserva su autoestima. Este mundo es de locos... ¿verdad? Pero es el único que tenemos.

»En cuanto se la haya entregado, desapareceré y dejaré que los dos se conozcan un poco mejor. No volveré hasta mañana, o tal vez pasado mañana. Adiós. No se preocupe por mí. Soy gallina vieja.

Y se marcha. Él se queda de frente a la puerta, apoyado en el marco. Se oye un murmullo de voces procedente de la escalera. Después de nuevo el pestillo de la puerta.

—Estoy aquí —dice él en la oscuridad. Aunque le cuesta creerlo, su corazón le parece martillar.

Algo que se desliza, un susurro. El aroma de las hojas húmedas que tiene sobre los ojos se impone sobre el resto de los olores. Una presión en el marco de la puerta, que él percibe a través de las manos.

—Mis ojos están cerrados, sellados —dice—. No estoy acostumbrado a ser ciego, tenga paciencia.

Una mano pequeña y ligera le toca la cara, se queda allí. «Qué demonio —piensa él; gira la cabeza y besa la mano—. Juguemos a esto hasta el final».

Unos dedos de uñas cortas exploran sus labios. A través del velo de limón, percibe un vago aroma a lana. Los dedos resiguen el contorno de su barbilla. Pasan sobre la venda de los ojos y le acarician el pelo.

—Déjeme oír su voz —dice él.

Ella carraspea, y en su tono agudo y claro él percibe ya que no es Marijana Jokić: más liviana, una criatura más aérea.

—Si cantara usted, sería maravilloso —dice él—. En cierto sentido, estamos en un escenario, aunque no haya nadie mirando.

«Aunque no haya nadie mirando». Pero, en cierto sentido, sí los están mirando, está seguro, puede sentirlo en la nuca.

—¿Qué es esto? —dice la voz liviana, y él nota que está agitando muy suavemente el andador. El acento no es australiano, tampoco inglés. ¿Croata? ¿Otra croata? No puede haber tantos croatas sobre la Tierra. Además, ¿qué significado podría tener una cadena de croatas, una tras otra?

—Es una estructura de aluminio que se conoce habitualmente como andador. He perdido una pierna. Me canso menos con el andador que con las muletas. —Luego se le ocurre que el andador puede ser interpretado como una barrera—. Déjeme que lo aparte —lo deja a un lado y se sienta en el sofá—. ¿Quiere sentarse a mi lado? Hay un sofá, a un par de pasos delante de usted. Me temo que no puedo ayudarla, llevo una venda sobre los ojos que nuestra común amiga, la señora Costello, me ha hecho ponerme. Tiene muchas preguntas que responder, la señora Costello.

Culpa a la señora Costello de la venda igual que la culpa de otras muchas cosas, pero no piensa quitársela, todavía no, no piensa liberar sus ojos.

Con un leve crepitar (¿qué puede llevar ella que haga tanto ruido?), la mujer se sienta a su lado; de hecho, se sienta sobre su mano. Durante un instante, hasta que ella se alza un poco y él puede retirarla, su mano permanece bajo el trasero de ella de una forma francamente vulgar. No es una mujer grande, pero su trasero sí lo es, grande y blando. Pero los ciegos no son gente activa, no caminan, no corren, no montan en bicicleta. Acumulan toda la energía sin posibilidad de desahogarse. No es de extrañar que esté nerviosa. No es de extrañar que esté dispuesta a visitar a un desconocido a solas.

Ahora que tiene las manos libres, puede tocarla igual que ella lo ha tocado a él.

Pero ¿es eso lo que quiere hacer? ¿Quiere explorar esos ojos o lo que hay a su alrededor? ¿Quiere estar...? ¿cuál es la palabra?, ¿«horrorizado»? El horror: lo que te revuelve el estómago, te debilita, te deja pálido y tembloroso. ¿Puedes sentirte horrorizado por algo que no puedes ver pero sí sentir a través de las yemas de los dedos, incluso las de alguien como él que es novato en el país de los ciegos?

Él extiende una mano, vacilante. Se encuentra con un racimo duro de algo, burbujas, borlas, bayas cosidas dentro de vainas. Debe de ser el cuello de su body. Un poco más arriba, su barbilla. Una barbilla firme, en punta; luego una mandíbula corta, y después el nacimiento del vello, un pelo que a él le parece oscuro, al igual que su piel le parece oscura. Luego algo duro, la patilla de unas gafas. Ella lleva gafas, unas gafas que trazan una curva sobre sus pómulos, tal vez las mismas gafas oscuras que llevaba en el ascensor.

—La señora Costello me ha dicho que se llama Marianna.

—Marianna.

Él dice «Marianna», ella dice «Marianna», pero no se trata del mismo nombre. El «Marianna» de él todavía está teñido de «Marijana»: es más pesado que el de ella, más sólido. Del «Marianna» de ella solo puede decir que es líquido, plateado: no tan denso como el mercurio, más como agua corriente, como el agua temblorosa de un arroyo. ¿Y es así como se sienten los ciegos? ¿Obligados a sopesar cada palabra en las manos, a mesurar cada tono, a buscar a tientas equivalentes que suenan demasiado («el agua temblorosa de un arroyo») a mala poesía?

—¿No «Marianne», en francés?

—No.

No. No en francés. Una pena. Francia habría supuesto algo en común, como una manta que se desplegara para cubrirlos a ambos.

La pasta de harina y agua funciona sorprendentemente bien. Aunque sus pupilas deben de estar dilatadas al máximo, se encuentra en un mundo de absoluta negrura. ¿De dónde ha sacado Costello la idea? ¿De un libro? ¿De una receta que le transmitieron sus antepasados?

Con los dedos todavía enredados en el pelo algo rizado de ella, él la atrae hacia sí y ella accede. Su cara está apretada contra la de él, gafas oscuras incluidas, aunque también tiene los puños en alto, como dos pomos que separan su pecho del de él.

—Gracias por venir —dice él—. La señora Costello me explicó los problemas por los que está pasando. Lo siento.

Ella no dice nada. Él nota que se estremece levemente.

—No es necesario... —continúa, pero no sabe cómo acabar. ¿Qué es necesario y qué no es necesario? Tiene algo que ver con el hecho de ser hombre y mujer; algo que ver con ceder a, recurriendo al término de la Costello, la lujuria. Pero entre donde están, como hombre y mujer, y el ejercicio de la lujuria se abre un verdadero abismo

—. No es necesario —empieza otra vez— que sigamos ningún guión. No es necesario hacer nada que no queramos. Somos agentes libres.

Ella todavía se estremece, se estremece o tiembla como un pájaro.

—Acérquese —dice él, y ella le obedece tímidamente. Debe de resultarle difícil. Él tiene que ayudarla, están juntos en esto.

Los cordones y las bayas y las borlas alrededor del cuello resultan ser meramente decorativas. El vestido se abre con una cremallera situada en la espalda, que baja convenientemente hasta la cintura. Los dedos de él son lentos y torpes. Si ella hubiera accedido a permanecer sentada más tiempo sobre su mano, los dedos se le habrían calentado. Calor animal. En cuanto al sujetador, está bien confeccionado, es macizo, la clase de sujetador que él imagina que deben de llevar las monjas carmelitas. Pechos grandes, trasero grande, y sin embargo el resto es liviano. Marianna. Que está aquí, dice la Costello, no por deferencia hacia él, sino por su propio interés. Porque hay en ella una sed que no puede ser saciada. Debido a su semblante, a su rostro devastado, que le han advertido que no mire y a ser posible que tampoco toque, porque de hacerlo se convertiría en hielo.

—Es mejor que no hablemos mucho —dice él—. Sin embargo, hay una circunstancia que debería mencionarle, por razones prácticas. No he tenido ninguna experiencia de este tipo desde mi accidente. Tal vez necesite un poco de ayuda.

—Ya lo sé. La señora Costello me lo ha dicho.

—La señora Costello no lo sabe todo. No puede saber lo que yo no sé.

—Sí.

¿Sí? ¿Qué quiere decir «sí»?

Él duda mucho de que alguna vez haya fotografiado sola a esa mujer. De haberlo hecho, no la habría olvidado. Tal vez junto a otras personas, en la época en que él iba por las escuelas haciendo fotografías de grupo, eso sí es posible. Pero a ella sola, no. La imagen que tiene de ella procede únicamente del ascensor y de lo que sus dedos le dicen ahora. Para ella, él debe de ser una mezcla aún mayor de datos sensoriales: las manos frías; la piel áspera; la voz rasposa; y un olor probablemente desagradable al olfato supersensible de ella. ¿Es suficiente para que ella se construya una imagen de un hombre? ¿Es una imagen a la que estaría dispuesta a entregarse? ¿Por qué ha aceptado venir, invisible? Es como un experimento primitivo de biología, como juntar especies distintas para ver si se aparean, un zorro y una ballena, un grillo y un tití.

—Su dinero —dice él—. Lo dejo aquí en la mesita, en un sobre. Cuatrocientos cincuenta dólares. ¿Es suficiente?

Él nota cómo asiente.

Transcurre un minuto. No pasa nada más. Un hombre con una sola pierna y una mujer parcialmente desnuda, ¿esperando a qué? ¿Al clic del obturador de una cámara

fotográfica? Gótico australiano. Matilda y su novio, cansados después de toda una vida bailando el vals, con partes del cuerpo ya colgando o caídas, se enfrentan al fotógrafo por última vez.

La mujer no ha dejado de temblar. De hecho, él juraría que se lo ha contagiado: su mano experimenta una ligera vibración que podría ser achacada a la edad, pero que en realidad se debe a algo más, al miedo o a la expectación (pero ¿cuál?).

Si van a continuar la representación por la que ella ha sido pagada, por la que ha aceptado cobrar, ella tiene que vencer su vergüenza actual y dar el siguiente paso. Ha sido advertida de su pierna mala y de que en general aún se maneja con bastante dificultad. Como a él le resultaría difícil ponerse a horcajadas encima de una mujer, sería mejor que fuera ella la que lo hiciera. Mientras ella medita cómo dar ese paso, él tendrá problemas propios que afrontar, problemas de una naturaleza muy distinta. Tal vez los ciegos forjan sus intuiciones de la belleza basándose únicamente en el contacto. Sin embargo, en el reino de lo invisible él continúa avanzando a tientas. Una belleza que no se puede ver sigue siendo algo inimaginable para él. El episodio del ascensor, durante el cual su atención fue captada en igual medida por la anciana y por ella solo ha dejado en su memoria un esbozo muy impreciso. Cuando a un sombrero de ala ancha, unas gafas oscuras y la curva de un rostro evasivo intenta añadirles unos pechos grandes y unas nalgas amplias y blandas, casi antinaturales, como masas de líquido atrapadas en globos de seda, no consigue hacer que las partes formen una unidad coherente. ¿Cómo podría estar seguro incluso de que pertenecen a la misma mujer?

Intenta atraer suavemente a la mujer hacia él. Aunque ella no se resiste, aparta la cara, ya sea porque no desea entregarle sus labios, ya porque no quiere darle una oportunidad de quitarle las gafas y explorar lo que hay debajo. Y no quiere porque, en lo que respecta a la mutilación, de todos es sabido que los hombres se asquean con facilidad.

¿Cuánto hace que perdió la vista? ¿Puede preguntarlo sin resultar indecoroso? ¿Y puede pasar decorosamente a la siguiente pregunta: la han amado desde que sucedió? ¿Es la experiencia la que le ha enseñado que sus ojos devastados aniquilarían el deseo de un hombre?

Eros. ¿Por qué la visión de la belleza hace cobrar vida al eros? ¿Por qué el espectáculo de lo repulsivo estrangula el deseo? ¿Acaso la interacción con la belleza nos eleva, nos hace mejores, o lo que nos mejora es abrazar la enfermedad, lo mutilado, lo repulsivo? ¡Qué preguntas...! ¿Es esa la razón de que la Costello los haya juntado a ambos: no por la vulgar comedia de un hombre y una mujer a quienes les faltan partes del cuerpo haciendo lo que pueden para acoplarse, sino con el objeto de que, en cuanto el asunto sexual haya quedado resuelto, puedan departir sobre filosofía, abrazados en la cama y soltando discursos sobre la belleza, el amor y la

bondad?

Y de una forma u otra, en medio de todo esto —la inquietud, la vergüenza, el apartar la mirada, el filosofar, por no mencionar un intento por su parte de aflojarse la corbata, que ha empezado a asfixiarlo (¿por qué demonios lleva corbata?)—, de alguna forma, torpemente pero no con toda la torpeza que podrían desplegar, vergonzosamente pero no con la bastante vergüenza como para paralizarlos, consiguen emprender aquello, el acto físico al que se han comprometido de buen o mal grado, un acto que aunque no es el acto sexual tal como se suele entender sí es un acto sexual, y que, a pesar de la pierna truncada por un lado y de los ojos devastados por el otro, se desarrolla con cierta diligencia del inicio, al medio y al fin, es decir, con todas sus partes naturales.

Lo que más le inquietaba de la descripción que Costello le hizo de Marianna era lo que le dijo sobre el hambre o la sed que rugía en su cuerpo. Nunca le han gustado la falta de moderación, la falta de pudor, los movimientos incontrolados, los gruñidos, los chillidos ni los gritos. Pero parece que Marianna sabe contenerse. Sea lo que sea lo que sucede en su interior, se lo guarda para ella misma; y, en cuanto han terminado, ella vuelve a hacer que todo sea más o menos decente. El único vislumbre que él tiene de un hambre o una sed atroz viene en forma de un calor inusual, aunque no desagradable, procedente del centro de su cuerpo, como si su útero o tal vez su corazón estuvieran alumbrados por un fuego propio.

Aunque el sofá no fue diseñado ni para el acomplamiento sexual ni para la languidez filosófica posterior, y aunque no hay nada para taparse y pronto tendrán frío, no se plantean aún la posibilidad de ir a tuestas hasta una cama como es debido, en un dormitorio como es debido.

—Marianna —dice él, probando el nombre con la lengua, probando el sabor de las dos enes—. Sé que se llama usted así, pero ¿es así como la llama la gente? ¿No usa otro nombre?

—Marianna. Solo ese. No hay otro.

—Muy bien —dice él—. Marianna, la señora Costello dice que nos conocemos de antes. ¿Cuándo fue?

—Hace mucho tiempo. Usted me hizo una fotografía. Para mi cumpleaños. ¿No se acuerda?

—No me acuerdo, y no puedo acordarme porque no sé qué aspecto tiene. Y usted tampoco puede acordarse de mí porque no sabe qué aspecto tengo. ¿Dónde tuvo lugar la sesión de fotos?

—En su estudio.

—¿Y dónde estaba el estudio?

Guarda silencio.

—Hace demasiado tiempo —dice ella por fin—. No me acuerdo.

—Por otra parte, nuestros caminos se cruzaron hace mucho menos tiempo. Coincidimos en un ascensor en el hospital Royal. Un ascensor. ¿Se lo ha mencionado la señora Costello?

—Sí.

—¿Y qué más le ha dicho?

—Que se sentía usted solo.

—Solo. Muy interesante. ¿Es la señora Costello íntima amiga suya?

—No, íntima no.

—Entonces, ¿qué es?

Hay un largo silencio. Él la acaricia por encima de la ropa, de arriba abajo, el muslo, el costado, el pecho. ¡Qué placer, y qué inesperado, volver a disfrutar libremente de un cuerpo femenino, aunque sea el de una mujer invisible!

—¿Acaso se le presentó de repente? —dice él—. A mí se me presentó de repente.

Él siente que ella niega lentamente con la cabeza.

—¿Cree que está intentando que usted y yo nos convirtamos en pareja? ¿Tal vez para divertirse? ¿El cojo guiando a la ciega?

El comentario pretende ser desenfadado, pero él nota que ella se pone rígida. Oye que sus labios se separan, la oye tragar saliva y de repente ella se echa a llorar.

—Lo siento —dice él. Extiende una mano para tocarle la mejilla. Está bañada en humedad. Por lo menos, piensa él, le quedan conductos lagrimales—. Lo siento, de verdad. Pero si somos adultos, ¿por qué estamos dejando que alguien a quien apenas conocemos dicte nuestras vidas? Eso es lo que me pregunto.

Ella deja escapar un grito ahogado que posiblemente es una risa, y la risa da paso a más sollozos. Se incorpora junto a él, a medio vestir, sollozando sin parar y sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Ahora es seguramente el momento adecuado para quitarse la venda de los ojos, limpiarse la porquería que los cubren y contemplarla tal como es. Pero no lo hace. Espera. Se demora. Se detiene.

Ella se suena la nariz con un pañuelo de papel que parece haber traído con ella, y carraspea.

—Yo creía —dice ella— que esto era lo que usted quería.

—Lo es, no se equivoque, lo es. Sin embargo, la idea vino de nuestra amiga Elizabeth. El primer impulso. Ella da instrucciones y nosotros las seguimos. Aunque no haya nadie para ver cómo obedecemos.

«Ver». No es la palabra más adecuada, pero él la deja ahí. A estas alturas, ella ya debería estar acostumbrada a la gente que dice «ver» en toda clase de situaciones.

—A menos —continúa él— que ella esté todavía en la sala, observando, comprobando.

—No —dice Marianna—, aquí no hay nadie.

Aquí no hay nadie. Como es ciega, y por lo tanto está sintonizada con las

emanaciones más sutiles de los seres vivos, debe de tener razón. Y sin embargo, a él no le ha abandonado la sensación de que solo tiene que extender la mano y sus dedos encontrarán a Elizabeth Costello, tumbada en la alfombra como un perro, mirando y esperando.

—Nuestra amiga fue quien recomendó esto —hace un gesto vago con una mano—, porque a sus ojos representa cruzar un umbral. Ella opina que hasta que yo no haya traspasado cierto umbral estoy atrapado en el limbo y no puedo progresar. Esa es la hipótesis que está probando en mi caso. Es probable que tenga otras hipótesis en el suyo.

Antes incluso de terminar lo que está diciendo ya sabe que es mentira. Elizabeth Costello nunca ha usado la palabra «progresar» delante de él. «Progresar» viene de los manuales de autoayuda. Solo Dios sabe qué es lo que quiere realmente Elizabeth Costello, para él o para ella misma o para esta tal Marianna; Dios sabe qué teoría de la vida o del amor sostiene en realidad; Dios sabe qué sucederá a continuación.

—En cualquier caso, después de haber cruzado ese umbral, ya somos libres de pasar a cosas mejores, más elevadas.

Está simplemente hablando, intentando sacar el máximo partido de una situación incómoda, intentando animar a una mujer que sufre esa *tristesse* que se instala tras hacer el coito con un desconocido. Desde su envoltorio de oscuridad, sin renunciar todavía a formarse una imagen de ella, él vuelve a extender la mano para tocarle la cara; y al hacerlo se sumerge en un golfo de su propia oscuridad. Todo su vigor lo abandona. ¿Por qué, por qué ha confiado lo bastante en la señora Costello para llevar a cabo esta representación, que ahora le parece no tanto precipitada como simplemente estúpida? ¿Y qué demonios va a hacer esta pobre mujer ciega y desgraciada con su vida en este entorno que es todo menos acogedor, mientras espera a que su mentora se apiade y regrese para liberarla? ¿Acaso Costello creía realmente que unos pocos minutos de unión física inflamada podían expandirse como si fueran un gas y llenar una noche entera? ¿Acaso creía que podía juntar a dos desconocidos de buenas a primeras, ninguno de ellos joven, uno de ellos decididamente viejo, viejo y frío, y esperar que se comportaran como Romeo y Julieta? ¡Qué ingenua...! ¡Y es una literata tan reconocida! Y esa maldita pasta que, aunque ella ha jurado que era inocua, está empezando a irritarle los ojos al secarse: ¿cómo podía ella haber imaginado que ser cegado con harina y agua le cambiaría el carácter y lo convertiría en un hombre nuevo? La ceguera es pura y simplemente un impedimento. Un hombre sin visión es un hombre disminuido, igual que un hombre con una sola pierna es un hombre disminuido, no un hombre nuevo. Y esa pobre mujer que ella le ha enviado también es una mujer disminuida, más de lo que debía de ser antes. Dos seres disminuidos, impedidos, reducidos: ¿cómo ha podido ella imaginar que entre ambos saltaría una chispa de lo divino, o incluso cualquier chispa?

En cuanto a la mujer, más fría a su lado a cada momento, ¿qué puede estar pasándole por la mente? ¡Menudo montón de chorradas debe de haberle dicho para convencerla de que llame a la puerta de un desconocido y se le ofrezca! Del mismo modo que en su caso ha habido un largo preámbulo a este lamentable encuentro, un preámbulo que se remonta suficiente tiempo atrás para conformar un libro en sí, que empieza con Wayne Blight y Paul Rayment saliendo de sus respectivas casas aquella mañana de invierno fatal, desconocedores todavía de la existencia del otro, también en el caso de ella debe de haber existido un preludio que empezara con el virus o la mancha solar o el gen defectuoso o la aguja o cualquier cosa a la que se pueda culpar de su ceguera, y que se ha desarrollado paso a paso hasta un encuentro con una anciana verosímil (tanto más verosímil si solo puedes guiarte por su voz) que te dice que tiene los medios para saciar tu sed ardiente si estás dispuesta a coger un taxi hasta un café llamado Alfredo's en Adelaida Norte, aquí tienes el dinero para el taxi, te lo pongo en la mano, no tienes por qué estar nerviosa, el hombre en cuestión es inofensivo, simplemente se siente solo, te tratará como a una prostituta y te pagará por tu tiempo, y de todos modos yo estaré allí, acechando al fondo... si solo puedes guiarte por su voz y no ves el brillo lunático en la mirada de la anciana.

Un experimento, a eso se reduce todo, a un ocioso experimento literario-biológico. Grillo con tití. ¡Y ellos se han dejado atrapar, los dos, él a su manera, ella a la suya!

—Tengo que irme —dice la mujer, el tití—. El taxi debe de estar esperando.

—Si usted lo dice... —dice él—. ¿Cómo sabe lo del taxi?

—Lo ha pedido la señora Costello.

—¿La señora Costello?

—Sí, la señora Costello.

—¿Cómo sabe la señora Costello cuándo necesitará un taxi?

Ella se encoge de hombros.

—Bueno... parece que la señora Costello la cuida muy bien. ¿Puedo pagar yo el taxi?

—No, no, está todo incluido.

—Bueno, pues entonces dele mis saludos a la señora Costello. Y tenga cuidado al bajar. La escalera puede resbalar bastante.

Él permanece sentado, conteniéndose, mientras ella se viste. Sin embargo, en cuanto la puerta se cierra detrás de ella, él se quita la venda y se echa las manos a los ojos. Pero la pasta se ha secado y se ha endurecido. Si trata de arrancársela con demasiada fuerza, se quedará sin pestañas. Maldita sea: tendrá que mojarla para quitársela.

—Ella vino a mí igual que vino usted —dice la Costello—. Una mujer hecha de oscuridad, que habita en la oscuridad. «Aborda la historia de alguien así»: palabras en mi oído dormido, pronunciadas por lo que en los viejos tiempos habríamos llamado un ángel que me invocaba a un combate de lucha. Por tanto, no, no tengo ni idea de dónde vive su Marianna. Todos mis tratos con ella han sido por teléfono. Si usted quiere que repita su visita, le puedo dar su número de teléfono.

Que repita su visita. Eso no es lo que él quiere. En algún momento futuro, puede, pero ahora no. Lo que quiere ahora mismo es alguna garantía de que la historia que le han contado es cierta: de que la mujer que fue a su apartamento era realmente la mujer a la que vio en el ascensor; de que se llama realmente Marianna; de que es verdad que vive con su madre de espalda encorvada, de que su marido la abandonó a causa de su aflicción; y todo lo demás. Lo que quiere son garantías de que no le han tomado el pelo.

Porque hay una historia alternativa, una historia que le resulta demasiado fácil imaginar por sí mismo. En la historia alternativa, la Costello habría localizado a la culona Marianna, también conocida como Natasha, también conocida como Tanya, y procedente de Moldavia vía Dubai y Nicosia, en las páginas amarillas. Y por teléfono le habría dado instrucciones para llevar a cabo la pantomima. «Mi cuñado, debes saber —le habría dicho—, tiene algunas excentricidades. Pero, en fin, ¿qué hombre no tiene sus pequeñas excentricidades, y qué puede hacer una mujer sino apañárselas para encontrar formas de acomodarse a ellas? La principal excentricidad de mi cuñado es que prefiere no ver a la mujer con la que está. Prefiere el reino de lo imaginario, prefiere tener la cabeza en las nubes. Hace mucho tiempo se enamoró perdidamente de una mujer llamada Marianna, una actriz. Lo que quiere de ti, y me ha pedido de alguna manera que te transmita, es que te presentes como Marianna la actriz, luciendo ciertas prendas y accesorios que yo te proporcionaré. Ese será tu papel. Y él te pagará para que lo representes. ¿Lo entiendes?». «Claro —le habría dicho Natasha o Tanya—. Pero cobro extra por los desplazamientos». «Los desplazamientos aparte —habría acordado la Costello—. Me aseguraré de recordárselo a él. Una cosa más. Trátalo con amabilidad. Hace poco perdió una pierna, en un accidente de tráfico, y ya no es el que era».

¿Puede que sea esa la verdadera historia, con un detalle de más o de menos, que se escude tras la visita de la supuesta Marianna? ¿Acaso llevaba gafas oscuras para ocultar no el hecho de que era ciega, sino el hecho de que no lo era? Cuando temblaba, ¿era de nerviosismo o del esfuerzo por contener la risa mientras aquel hombre con unas medias atadas en torno a la cabeza manoseaba a tientas su ropa interior? «Hemos cruzado el umbral. Ahora podemos pasar a cosas mejores, más

elevadas». ¡Vaya un tonto de solemnidad...! Debió de estar riéndose en el taxi hasta llegar a casa.

¿Era Marianna Marianna o era Marianna Natasha? Eso es lo que tiene que descubrir en primer lugar; eso es lo que tiene que sacarle a la Costello. Solo cuando obtenga la respuesta podrá pasar a la pregunta más profunda: ¿importa realmente quién era la mujer? ¿Importa si le han tomado el pelo?

—Me trata usted como a un títere —se queja él—. Trata a todo el mundo como a títeres. Se inventa historias y nos intimida para que las representemos para usted. Tendría que montar un teatro de marionetas, o un zoo. Tiene que haber montones de zoos viejos en venta, ahora que han pasado de moda. Compre uno y métenos en jaulas, con nuestros nombres en letreros. «PAUL RAYMENT: *CANIS INFELIX*». «MARIANNA POPOVA: *PSEUDOCAECA (MIGRATORIA)*». Y así sucesivamente. Hileras e hileras de jaulas con gente encerrada que, como dice usted, «vino a mí» en el transcurso de su carrera como mentirosa y fabuladora. Podría cobrar entrada. Podría ganarse la vida así. Los padres podrían traer a sus hijos los fines de semana para contemplarnos embobados y tirarnos cacahuetes. Sería más fácil que escribir libros que nadie lee. —Hace una pausa y espera a que ella muerda el anzuelo. Ella permanece callada—. Lo que no entiendo —continúa él (no estaba enfadado cuando empezó su diatriba y tampoco lo está ahora, pero hay ciertamente un placer en dejarse ir)—, lo que no entiendo es, visto que soy tan estúpido y no respondo a sus expectativas, ¿por qué insiste conmigo? Déjeme en paz, se lo suplico, déjeme seguir con mi vida. Escriba sobre la ciega esa, Marianna. Ella tiene más potencial del que yo tendré nunca. Yo no soy un héroe, señora Costello. Perder una pierna no lo cualifica a uno para un papel dramático. Perder una pierna no es trágico ni cómico, simplemente desafortunado.

—No sea resentido, Paul. ¿Que lo deje a usted y me quede con Marianna? Tal vez lo haga, tal vez no. ¿Quién sabe a qué puede llegar uno?

—No estoy siendo resentido.

—Claro que sí. Se lo noto en la voz. Está siendo resentido, y quién puede culparlo, después de todo lo que le ha pasado.

Él recoge sus muletas.

—Puedo arreglármelas sin su compasión —dice él en tono seco—. Ahora voy a salir. No sé cuándo volveré. Cuando salga, cierre la puerta con llave.

—Si salgo, por supuesto que cerraré con llave. Pero no creo que vaya a salir. No se imagina cuánto he estado deseando tomar un baño caliente. Así que voy a darme ese placer, si no le importa. Todo un lujo en estos tiempos.

No es la primera vez que la tal Costello se niega a explicarse. Pero su última evasiva lo irrita y al mismo tiempo lo perturba. «Tal vez lo haga, tal vez no». ¿Acaso su

interés por él es también provisional? ¿Es posible que al final la elegida resulte ser Marianna en lugar de él? Dejando de lado la imprecisa sesión de fotos, de la cual verdaderamente no recuerda nada, sus dos encuentros, el primero en el ascensor y el segundo en el sofá, ¿han sido episodios de la vida no de Paul Rayment, sino de Marianna Popova? Está claro que, en cierto sentido, él es un personaje de paso en la vida de la tal Marianna o en la de cualquiera en cuyo camino se cruce, igual que Marianna y todos los demás son personajes de paso en la suya. Pero ¿es él un personaje de paso en un sentido más fundamental: alguien sobre quien la luz recae demasiado brevemente antes de seguir su camino? Lo sucedido entre él y Marianna, ¿no será más que un pasaje entre otros muchos en la búsqueda del amor de Marianna? ¿O es posible que la Costello esté escribiendo dos historias al mismo tiempo, historias sobre personajes que sufren una pérdida (la visión en un caso, la capacidad ambulatoria en el otro) con la que tienen que aprender a vivir? Y a modo de experimento, o tal vez como una especie de chiste profesional, ¿es posible que ella lo haya arreglado todo para que sus vidas se crucen? Él no tiene experiencia sobre novelistas ni sobre cómo manejan sus asuntos, pero no le resulta inverosímil.

En la biblioteca pública, bajo el epígrafe A823.914, encuentra toda una hilera de libros de Elizabeth Costello. *El horno feroz. La casa de Eccles Street*, del cual hay varios ejemplares ajados, *A las ínsulas amistosas, Tango con el señor Dunbar, Las raíces del tiempo, Cortés*; también hay un volumen azul marino más bien solemne que lleva por título *Una llama constante: intención y designio en las novelas de Elizabeth Costello*. Examina el índice. No hay ninguna mención a Marianna ni a Marijana; ninguna entrada para «ceguera».

Hojea *La casa de Eccles Street*. Leopold Bloom. Hugh Boylan. Marion Bloom. ¿Qué problema tiene esa mujer? ¿Es que no puede inventar sus propios personajes?

Devuelve el libro a su sitio, coge *El horno feroz* y lee un pasaje al azar.

«Amasa la plastilina entre las palmas de sus manos hasta que está caliente y maleable, luego la moldea con los dedos hasta formar figuritas de animales: pájaros, sapos, gatos, perros de orejas enhiestas. Deposita las figuras sobre la mesa en un semicírculo, y les dobla los cuellos hacia atrás como si estuvieran aullando a la luna, o bramando, o croando.

»Es plastilina vieja, de su último regalo navideño. Las prístinas pastillas de rojo ladrillo, verde hoja y azul celeste ya se han mezclado entre ellas y presentan ahora un color púrpura plomizo. ¿Por qué, se pregunta él, por qué lo brillante se opaca y lo opaco nunca brilla? ¿Qué habría que hacer para que el púrpura se desvaneciera, y el rojo, el azul y el verde emergieran de nuevo, como pollitos de su cascarón?

«¿Por qué, por qué?». ¿Por qué plantea ella una pregunta y luego no da la respuesta? La respuesta es simple: el rojo, el azul y el verde no volverán nunca debido a la entropía, que es irreversible e irrevocable y rige el universo. Incluso una

persona de letras debería saberlo, incluso una señorita novelista. De lo múltiple a lo uniforme sin vuelta atrás. Del alegre pollito a la gallina vieja muerta y enterrada.

Salta a la mitad del libro. «Ella no podía quedarse con un hombre que estaba siempre cansado. Ya era bastante difícil mantener su propio cansancio bajo control. Solo con acostarse a su lado en la cama demasiado familiar, sentía que el hastío empezaba a rezumar de él y la inundaba en una marea incolora, inodora e inerte. ¡Tenía que escapar! ¡Ya!».

Hay una Marion, pero ninguna Marianna. Nada de ciegos, hojeando por encima, ni amputados. Cierra *El horno feroz* de golpe. No va a exponerse más a ese gas incoloro, inodoro, inerte y depresivo que emana de sus páginas. ¿Cómo demonios consiguió Elizabeth Costello ser una autora popular, si es realmente lo que es?

En la solapa hay una fotografía: una Elizabeth Costello más joven, de pie con un impermeable y con lo que parece ser el aparejo de un yate de fondo. Tiene los ojos entornados para protegerlos de la luz y la piel muy morena. ¿Una mujer de mar? ¿Existe esa expresión, o bien una mujer de mar debe de ser una doncella marina, una sirena, al igual que un caballito de mar, *cheval marin*, es un tipo de pez? No exactamente guapa, pero probablemente más atractiva en su mediana edad que de joven. Con todo, hay en ella cierta insulsez, incluso cierta vacuidad. No es su tipo. Tal vez no sea el tipo de ningún hombre.

*Autores mundiales contemporáneos*, en la sección de referencia de la biblioteca, contiene una breve biografía junto con la misma fotografía náutica. Nacida en Melbourne, Australia, en 1928. Reside durante mucho tiempo en Europa. Primer libro en 1957. Lista de premios y galardones. Bibliografía, pero sin resumen de los argumentos. Casada dos veces. Un hijo y una hija.

¡Setenta y dos años! ¡Qué vieja es...! ¿Qué está haciendo, durmiendo en bancos de parque? ¿Es que empieza a fallarle la cabeza? ¿Está loca? ¿Puede eso explicarlo todo? ¿Debería hacer venir al hijo y a la hija? ¿Tiene él el deber de encontrarlos? «Por favor, vengan de inmediato. Su madre se ha mudado a vivir conmigo, sin conocerme de nada, y se niega a marcharse. Ya no puedo más. Llévensela, ingrénenla, hagan lo que haya que hacer con tal de librarme de ella».

Regresa al apartamento. Costello no está, pero su cuaderno está sobre la mesita de café. Es muy posible que lo haya dejado allí de forma intencionada. Si él le echa un vistazo, será otra victoria para ella. Y sin embargo...

Ella escribe con tinta negra y trazo grueso, en una caligrafía amplia y fluida, con muy pocas palabras por línea. Él pasa las páginas hasta la entrada más reciente. «Oscuridad oscuridad oscuridad —lee—. Todos se sumergen en la oscuridad, en los espacios vacíos interlunares».

Retrocede un poco.

«Lamentándose junto al cuerpo», lee él. «Rezando», la palabra está subrayada.

«Meciéndose rígidamente de adelante hacia atrás junto a la cama, tapándose los oídos con las manos, con los ojos muy abiertos, sin parpadear, como si tuviera miedo de perderse el momento en que, como un chorro de gas, el alma abandonará el cuerpo y se elevará a través de capas de aire, una tras otra, hasta la estratosfera y más allá. Al otro lado de la ventana, la luz del sol, el canto de los pájaros, como siempre. Está atrapada en el ritmo de su dolor como una corredora de fondo. Un maratón de dolor. Si no viene nadie para persuadirla de que se marche, se pasará así todo el día. Y, sin embargo, ella no lo toca ni una sola vez (a “él”, a su cuerpo). ¿Por qué no? ¿El horror de la carne fría? ¿Es el horror después de todo más fuerte que el amor? O tal vez, en medio del farrago del dolor, ella ha sacado fuerzas para no intentar retenerlo. Ya se ha despedido, las despedidas se han acabado. Adiós, ve con Dios». Y luego, por toda la página: «Oscuridad oscuridad oscuridad...».

Si retrocede lo bastante en el cuaderno, sin duda quedará claro quién es la mujer de duelo y quién es el cadáver. Pero el duendecillo de la curiosidad parece haberlo abandonado. No está seguro de querer saber más. Lo que ha leído tiene algo de indecoroso, con esos trazos gruesos extendiéndose descuidadamente sobre las líneas del cuaderno; algo impío, provocativo, que desvela lo que no tiene lugar a la luz del día.

¿Es así todo el cuaderno: una provocación, una afrenta al decoro? Lo hojea con cautela desde el principio. Durante largos pasajes no consigue hilvanar las entradas. Escribe como si tuviera prisa por contar una historia que hubiera oído por casualidad, comprimiendo la narración, abreviando el diálogo, saltando con impaciencia de una escena a la siguiente. Pero, entonces, una frase atrae su atención: «Una pierna azul, otra roja». ¿Ljuba? Solo puede ser Ljuba. «Arlequín, colores demenciales. En Alemania, las vacas pintas son las locas; las lunáticas, las que saltan sobre la luna. Y el perrillo se ríe. ¿Introducir un perro, un chucho pequeño que meneas la cola ante todo el mundo, con ladridos agudos, ansioso por gustar? Reacción de PR: “¡Puede que sea perruno, pero no hasta ese punto, seguro!”. Chucho y Jeff».

Cierra el cuaderno de golpe. Aunque no le ardan las orejas, las siente como si ardieran. Es lo que se temía: ella lo sabe todo, hasta el último detalle. ¡Maldita sea! Todo el tiempo creyendo que tenía el control de su vida, y en realidad estaba enjaulado como una rata, correteando de un lado a otro, refunfuñando para sí mismo, mientras esa mujer infernal permanecía de pie junto a él, observando, escuchando, tomando notas, registrando su progreso.

¿O acaso es peor que eso, incomparablemente peor, tan peor que la mente amenaza con cerrarse? ¿Es así como se siente uno cuando es trasladado a lo que, de momento, solo puede llamar «el otro lado»? ¿Es eso lo que le ha pasado? ¿Es eso lo que le pasa a todo el mundo?

Se sienta cuidadosamente en un sillón. Si esto no es un gran momento, un

momento copernicano, entonces, ¿qué lo es? Es posible que el mayor de los secretos se le acabe de revelar. Existe un segundo mundo que corre paralelo al primero, insospechado. Uno avanza a trancas y barrancas por este último durante un cierto período de tiempo; luego llega el ángel de la muerte en la persona de Wayne Blight o de alguien como él. Durante un instante, durante un eón, el tiempo se detiene; uno se precipita por un agujero oscuro. Y luego, *voilà!*, emerge en un segundo mundo idéntico al primero, donde el tiempo se reanuda y la acción continúa —el vuelo por el aire como un gato, la multitud de curiosos, la ambulancia, el hospital, el doctor Hansen, etcétera—, salvo que ahora uno tiene que aguantar a Elizabeth Costello, o a alguien como ella.

Todo un salto, de la palabra P-E-R-R-O escrita en un cuaderno a la vida después de la muerte. Una conjetura descabellada. Podría estar equivocado. Es más que probable que esté equivocado. Pero tenga o no razón, sea verdad o una ilusión lo que con el espíritu lleno de vacilación llama «el otro lado», el primer epíteto que le viene a la cabeza, teclado letra a letra detrás de sus párpados por la máquina de escribir celestial, es «penoso». Si morir resulta no ser nada más que un truco que bien podría ser un juego de palabras, si la muerte es un mero tropiezo en el tiempo después del cual la vida continúa como antes, ¿a qué viene tanto escándalo? ¿Está permitido rechazarlo, rechazar esta ausencia de muerte, este destino penoso? «Quiero que me devuelvan mi antigua vida, la que llegó a su fin en Magill Road».

Está exhausto, la cabeza le da vueltas, solo tiene que cerrar los ojos y se sumirá en el sueño. Pero no quiere estar ahí tumbado, inerte y expuesto, cuando regrese la Costello. Ha empezado a ser consciente de cierta cualidad de ella, más vulpina que canina, que no tiene nada que ver con su aspecto pero que a él lo pone nervioso y le hace desconfiar todo el tiempo. Puede imaginarla perfectamente merodeando de habitación en habitación en la oscuridad, husmeando, a la caza.

Sigue sentado en el sillón cuando alguien lo zarandea suavemente. Ante él está no la vulpina señora Costello, sino Marijana Jokić, la mujer del pañuelo rojo en la cabeza que, en cierto modo, es (no se acuerda momentáneamente de por qué, tiene la mente demasiado confusa) la raíz o la fuente de todas estas complicaciones.

—Señor Rayment, ¿está bien?

—¡Marijana! Sí, por supuesto. Claro que estoy bien. —Pero esa no es la verdad. Tiene mal sabor de boca, la espalda agarrotada y odia que lo cojan por sorpresa—. ¿Qué hora es?

Marijana no hace caso de la pregunta. Deja un sobre en la mesita de café que hay junto a él.

—Su cheque —dice—. Él dice hay que devolverlo, no aceptamos dinero. Mi marido. Él dice él no acepta dinero de otro hombre.

Dinero. Drago. Otro universo del discurso. Tiene que aclararse la mente.

—¿Y qué pasa con Drago? —dice él—. ¿Qué pasa con la educación de Drago?

—Drago puede ir a la escuela como siempre, no necesita internado, dice mi marido.

La pequeña Ljuba manosea la falda de su madre con gesto distraído, chupándose el pulgar. Detrás de ella, la señora Costello se desliza discretamente al interior de la sala. ¿Estaba en el piso mientras él dormía?

—¿Quiere que hable con su marido? —dice él.

Marijana niega vigorosamente con la cabeza. No puede imaginar nada peor, nada más estúpido.

—Bueno, pensemos qué se puede hacer a continuación. Tal vez la señora Costello pueda darnos algún consejo.

—Hola, Ljuba —dice Elizabeth Costello—. Soy una amiga de tu madre, puedes llamarme Elizabeth o tía Elizabeth. Lamento lo de su problema, Marijana, pero soy nueva en esta situación y creo que no debo interferir.

«Interfieres todo el tiempo —piensa él con malevolencia—. ¿Por qué estás aquí si no es para interferir?».

Con un suspiro que es casi un gemido, Marijana se deja caer en el sofá. Se tapa los ojos; ahora le caen las lágrimas. La niña toma asiento junto a ella.

—Tan buen chico... —dice—. Tan buen chico... —Los sollozos la abruman—. ¡Tiene tantas ganas de ir!

En otro mundo, un mundo en el que él fuera joven y estuviera entero y su aliento fuera dulce, abrazaría a Marijana y la besaría hasta hacer desaparecer sus lágrimas. «¡Perdóname, perdóname! —le diría—. ¡Te he sido infiel, no sé por qué! ¡Solo ha sido una vez y no pasará nunca más! ¡Acéptame en tu corazón y yo cuidaré de ti, te lo juro, hasta el día que me muera!».

Los ojos oscuros de la niña se clavan en él. «¿Qué le has hecho a mi madre? —parece decirle—. ¡Todo es culpa tuya!».

Y de hecho es culpa suya. Esos ojos oscuros ven el interior de su corazón, ven su deseo secreto, ven que en su fuero interno este primer vislumbre de la escisión entre un hombre y su esposa no le llena de dolor, sino de júbilo. «¡Perdóname tú también! —dice en silencio, mirando fijamente a los ojos de la niña—. ¡No quiero hacer daño, soy víctima de una fuerza superior a mí!».

—Tenemos tiempo de sobra —dice con su voz más serena—. Todavía queda una semana antes de que se cierre el plazo de preinscripción para el curso que viene. Yo avalaré los costes de la escuela. Pediré a mi abogado que escriba una carta garantizando el pago, de esa forma parecerá más impersonal. Vuelva a hablar con su marido cuando se haya tranquilizado. Estoy seguro de que serán capaces de convencerle, entre Drago y usted.

Marijana se encoge de hombros con gesto impotente. Le dice algo a la niña que él

no entiende. La niña sale trotando de la sala y regresa con un puñado de pañuelos de papel. Marijana se suena la nariz ruidosamente. Lágrimas, mocos: el lado menos romántico del dolor, el reverso. Como el reverso del sexo: manchas, olores.

¿Es ella consciente de lo que ha pasado aquí, en el mismo sofá en que está sentada? ¿Puede sentirlo?

—O bien —continúa él—, si se ha convertido en un asunto de honor, si a su marido le resulta imposible aceptar un préstamo de otro hombre, tal vez podamos convencer a la señora Costello de que extienda el cheque, de que haga de intermediaria en esta buena causa.

Es la primera vez que pone a la Costello en una situación comprometida. Siente que lo invade un sentimiento de triunfo mezquino.

La señora Costello niega con la cabeza.

—Creo que no debo interferir —dice—. Además, existen ciertas dificultades prácticas de las que prefiero no hablar.

—¿Como por ejemplo? —dice él.

—Prefiero no hablar de ello —repite ella.

—Yo no veo ninguna dificultad práctica —dice él—. Yo le extiendo un cheque a usted y usted le extiende otro a la escuela. Más fácil imposible. Si no quiere hacerlo, si se niega, como dice, a interferir, entonces váyase. Váyase y déjenos en paz.

Él confía en que su acritud la ponga nerviosa. Pero ella no se pone nerviosa en absoluto.

—¿Que los deje en paz? —dice ella en voz baja, tan baja que él apenas puede oírla—. Si los dejo en paz —desvía la mirada hacia Marijana—, si los dejo en paz a los dos, ¿qué será de usted?

Marijana se levanta, se suena otra vez la nariz y se guarda el pañuelo de papel en la manga.

—Tenemos que irnos —dice en tono firme.

—Ayúdeme, Marijana —dice él—. Por favor.

En el rellano, donde la Costello no puede oírlos, ella se dirige a él.

—Elizabeth... ¿es buena amiga de usted?

—¿Buena? No, me temo que no. No es una buena amiga, no es una amiga íntima. Nunca la había visto hasta hace muy poco. De hecho, ni siquiera es amiga mía. Elizabeth es escritora profesional. Escribe libros, novelas. Actualmente está buscando personajes para ponerlos en un libro que está planeando. Parece haber depositado sus esperanzas en mí. Y también en usted, en segundo término. Pero yo no encajo. Por eso se dedica a acosarme. Porque intenta hacerme encajar.

«Intenta adueñarse de mi vida». Eso es lo que le gustaría decir. Pero le parece injusto suplicarle a Marijana en su actual situación. «Sálveme».

Marijana le dedica una débil sonrisa. Aunque las lágrimas han desaparecido,

sigue teniendo los ojos enrojecidos y la nariz irritada. La luz brillante procedente de la claraboya la muestra con crueldad, la piel áspera sin maquillar, los dientes descoloridos. «¿Quién es esta mujer a la que ansío entregarme? —piensa—. Un misterio, todo un misterio». La coge de la mano.

—Estaré a su lado —le dice—. La ayudaré, se lo prometo. Ayudaré a Drago.

—¡Mamá! —gimotea la niña.

Marijana retira la mano.

—Tenemos que irnos —dice, y se va.

—Tengo visita —le anuncia a la Costello—. Me temo que no va a ser una velada agradable para usted. Tal vez prefiera hacer otros planes.

—Claro. Me alegra ver que vuelve al ajeteo de la vida social. Déjeme pensar... ¿Qué puedo hacer? Tal vez vaya al cine. ¿Sabe si hay algo que valga la pena ver?

—Creo que no me expreso con claridad. Cuando le digo que haga otros planes, me refiero a que haga planes para alojarse en otra parte.

—¡Ah! ¿Y dónde le parece que debería alojarme?

—No lo sé. No es asunto mío decidir adónde irá cuando se marche de aquí. Tal vez pueda volver al sitio del que vino.

Se produce un silencio.

—Bueno... —dice ella—. Por fin es usted directo. —Y añade—: ¿Recuerda, Paul, el cuento de Simbad y el anciano?

Él no responde.

—En la ribera de un arroyo en plena crecida —dice—, Simbad se encuentra con un anciano. «Soy viejo y débil», dice el anciano. «Llévame a la otra orilla y Alá te bendecirá». Como tiene buen corazón, Simbad sube al anciano sobre sus hombros y cruza el arroyo. Pero cuando llegan al otro lado el anciano se niega a bajarse. Al contrario, sus piernas se aferran con más fuerza en torno al cuello de Simbad hasta que este siente que le falta el aire. «Ahora eres mi esclavo», dice el anciano, «y tienes que hacer todo lo que yo te diga».

Él recuerda el cuento. Estaba en un libro titulado *Légendes dorées*, «Leyendas doradas», dentro de su arcón de los libros allá en Lourdes. Recuerda con claridad la ilustración: el anciano flaco y desnudo salvo por un taparrabos, con las piernas nervudas entrelazadas en torno al cuello del héroe mientras este vadea el torrente con aquella agua hasta la cintura. ¿Qué se hizo de aquel libro? ¿Qué se hizo del arcón de los libros y de los demás restos de una infancia francesa que cruzaron los mares con ellos hasta el nuevo país? Si regresara a la casa del holandés en Ballarat, ¿los encontraría en el sótano, a Simbad, al zorro y al cuervo, a Juana de Arco y al resto de sus compañeros ficticios, encerrados en cajas de cartón, esperando pacientemente a que su pequeño dueño volviera a rescatarlos? ¿O tal vez el holandés se deshizo de ellos hace mucho tiempo, después de quedarse viudo?

—Sí, lo recuerdo —dice—. ¿Debo entender que yo soy el Simbad del cuento y usted el anciano? En ese caso, se enfrenta a un pequeño problema. No tiene usted forma de... ¿cómo decirlo de forma delicada? No tiene forma de subirse a mis hombros. Y yo no voy a ayudarla a encaramarse.

Costello esboza una sonrisa misteriosa.

—Tal vez ya estoy subida —dice—, y usted no lo sabe.

—No, no lo está, señora Costello. Yo no estoy bajo su control, en ningún sentido, y se lo demostraré. Le exijo que tenga la amabilidad de devolverme mi llave, una llave que cogió sin mi permiso, y que abandone mi apartamento y no vuelva.

—Esa no es forma de hablarle a una anciana, señor Rayment. ¿Está seguro de que es lo que quiere?

—Esto no es una comedia, señora Costello. Le estoy pidiendo que se vaya.

Ella suspira.

—Muy bien. Pero le aseguro que no sé qué va a ser de mí, con la lluvia cayendo a mares, ya casi de noche y demás.

No está lloviendo ni tampoco cae la noche. Es una tarde muy agradable, cálida y tranquila, la clase de tarde que debería alegrar a uno de estar vivo.

—Tenga —dice ella—, su llave. —Con exagerada solicitud deposita la llave de la casa sobre la mesita de café—. Necesito un momentito para recoger mis cosas y para maquillarme. Luego me marcharé y usted volverá a quedarse solo. Estoy segura de que lo está deseando.

Él vuelve la cabeza con impaciencia. Al cabo de unos minutos, ella regresa.

—Adiós. —Se cambia de mano una bolsa de plástico de la compra y le tiende la derecha—. Dejo una maleta pequeña. Mandaré a buscarla dentro de un par de días, cuando haya encontrado una sede alternativa.

—Preferiría que se llevara la maleta ahora.

—Eso no es posible.

—Sí que es posible, y preferiría que lo hiciera.

No cruzan más palabras. Desde la puerta de entrada, él observa cómo ella baja las escaleras muy despacio, peldaño a peldaño, con la maleta. Si fuera un caballero se ofrecería para ayudarla, con o sin pierna mala. Pero, en este caso, no se comporta como un caballero. Solo quiere que salga de su vida.

Es cierto: está deseando quedarse solo. De hecho, está ávido de soledad. Pero, en cuanto Elizabeth Costello se marcha, aparece en la puerta Drago Jokić con una abultada mochila a la espalda.

—Hola —lo saluda Drago—. ¿Cómo está la bicicleta?

—Me temo que no he hecho nada con la bicicleta. He tenido otros asuntos de los que ocuparme. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres entrar?

Drago entra y deja la mochila en el suelo. Su aire de confianza ya no es tan manifiesto; de hecho, parece avergonzado.

—¿Has venido por lo del Wellington College? —pregunta él—. ¿Quieres hablar de eso?

El muchacho asiente.

—Bueno, suéltalo. ¿Qué problema hay?

—Mi madre dice que usted pagaría los costes.

—Así es. Yo cubriría los costes durante dos años. Puedes considerarlo como un préstamo si lo prefieres, un préstamo a largo plazo. No me importa demasiado cómo quieras verlo.

—Mi madre me dijo a cuánto sube. Yo no sabía que fuera tanto.

—Yo no quiero el dinero para nada, Drago. Si no lo gastara en tu educación, se quedaría en el banco sin hacer nada.

—Sí —dice el muchacho en tono testarudo—, pero ¿por qué yo?

¿Por qué yo? Una pregunta que parece estar en boca de todos. Podría embaucar a Drago con algún elegante giro dialéctico, pero no, el muchacho ha venido en persona a preguntar y él va a darle una respuesta, la respuesta verdadera o parte de la respuesta verdadera.

—Durante el tiempo que tu madre ha trabajado aquí he desarrollado cierto afecto por ella. Ha significado un cambio enorme en mi vida. Y no es algo que resulte fácil para ella, los dos lo sabemos. Quiero ayudar en lo que pueda.

Ahora el aire elusivo ha desaparecido. El chico lo está mirando a los ojos, desafiándolo: «¿Es eso todo lo que puede decir? ¿Es que no va a ir más allá?». ¿Y qué responde él? «No, no voy a ir más allá, de momento».

—Mi padre no va a permitirlo —dice Drago.

—Eso he oído. Para tu padre es probablemente una cuestión de orgullo. Lo entiendo. Pero tienes que recordarle que aceptar un préstamo de un amigo no es ninguna vergüenza. Porque es así como quiero que me consideréis: como un amigo.

Drago niega con la cabeza.

—No se trata de eso. Mi madre y mi padre se han peleado por culpa de esto. —Empiezan a temblarle los labios. Tiene dieciséis años: sigue siendo un niño—. Se

pelearon anoche —continúa en voz baja—. Mi madre se ha ido de casa. Se ha ido a casa de la tía Lidie.

—¿Y dónde está eso? ¿Dónde vive la tía Lidie?

—Siguiendo la carretera, en Elizabeth. Elizabeth Norte.

—Drago —dice él—, seamos sinceros el uno con el otro. Sé que no habrías venido hoy aquí si no tuvieras ideas preocupantes acerca de tu madre y de mí. Así que déjame tranquilizarte. Entre tu madre y yo no está pasando nada deshonroso. No hay nada deshonroso en mis sentimientos por ella. La respeto tanto como a cualquier otra mujer.

«Nada deshonroso». ¡Vaya una expresión ridícula y anticuada! ¿Y acaso no es solo una hoja de parra destinada a cubrir algo mucho más grosero, algo indecible: «No me he estado follando a tu madre»? Si es de follar de lo que va todo esto, si es eso lo que provoca los celos coléricos de Miroslav Jokić y lleva a su hijo al borde de las lágrimas, ¿por qué está él haciendo discursos sobre el honor? «No me he estado follando a tu madre, ni siquiera le he hecho proposiciones: ve a decírselo a tu padre». Y, sin embargo, si no planea hacerle proposiciones a Marijana, si no aspira a follársela, ¿qué demonios planea o aspira hacer, en palabras que tengan sentido para un joven nacido en los ochenta?

—Siento ser motivo de problemas entre tus padres. Es lo último que querría. Tu padre se ha hecho una idea equivocada de mí. Si me conociera, cambiaría de opinión.

—Le ha pegado —dice Drago, y ahora empieza a perder el control: el control sobre su voz, el control sobre sus lágrimas, tal vez el control sobre los movimientos de su corazón—. Le odio. También ha pegado a mi hermana.

—¿Ha pegado a Blanka?

—No, a mi hermana pequeña. Blanka está de su parte. Ella dice que mi madre tiene aventuras. Dice que mi madre está teniendo una aventura con usted.

«Mi madre tiene aventuras». La Costello dijo que era una esposa fiel. Él no debería malgastar su tiempo probando suerte con Marijana Jokić, le dijo ella, porque Marijana Jokić es una esposa fiel. ¿Quién tiene razón, la hija llena de despecho o la vieja loca? ¡Y qué imagen tan atroz...! Miroslav, sin duda un hombre grande como un oso, furioso y borracho, emprendiéndola a puñetazos con Marijana, y también con su hija de rasgos de porcelana, mientras el hijo lleno de rabia lo ve todo. ¡Pasiones balcánicas! ¿Cómo demonios se ha mezclado con un balcánico, un mecánico balcánico y su pato mecánico?

—Tu madre y yo no tenemos una aventura —repite él tercamente—. A ella ni se le pasaría por la cabeza ni a mí tampoco. —«¡Qué mentira! Se me pasa por la cabeza todos los días»—. Si no me crees, no hay más que decir, no voy a intentar convencerte. ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Vas a quedarte en tu casa o vas a irte con tu madre?

Drago niega con la cabeza.

—No pienso volver. Me quedo a dormir en casa de un colega. —Le da una patada a su mochila—. He traído mis cosas.

A juzgar por el aspecto de la mochila, ha traído un montón de cosas.

—Puedes dormir aquí si quieres. Tengo otra cama en mi estudio.

—No lo sé. Le dije a mi colega que me quedaría con él. ¿Puedo decírselo más tarde? ¿Puedo dejar la bolsa aquí?

—Como quieras.

Él espera a Drago hasta pasada la medianoche. Pero Drago no vuelve hasta el día siguiente.

—Tengo una amiga conmigo aquí abajo —anuncia por el interfono—. ¿Puede subir?

Una amiga, una novia: ¡así que esa es la explicación de dónde ha pasado la noche!

—Sí, sube.

Pero cuando abre la puerta casi suelta un grito exasperado. Junto a un Drago mugriento y de aspecto cansado está Elizabeth Costello. ¿Es que nunca se va a librar de esa mujer?

Él y ella se miran con recelo, como perros en una pelea.

—Drago y yo nos hemos encontrado en el parque Victoria —dice—. Allí es donde estaba pasando la noche. En compañía de unos nuevos colegas. Que le estaban dando a conocer los productos vinícolas del valle de Barossa.

—Creí que dijiste que ibas a quedarte con un amigo —le dice él a Drago.

—No salió bien. No me pasa nada.

«No me pasa nada». Está claro que al chico le pasa algo. Parece hundido en el desánimo, para lo cual una borrachera no puede resultar de gran ayuda.

—¿Has hablado con tu madre?

El chico asiente.

—¿Y...?

—La he telefoneado. Le he dicho que no voy a volver.

—No te pregunto por ti, te pregunto por ella. ¿Cómo está?

—Está bien.

—Dúchate, Drago. Vamos. Aséate un poco. Acuéstate un rato. Y vete a casa. Haz las paces con tu padre. Estoy seguro de que se arrepiente de lo que ha hecho.

—No se arrepiente. Nunca se arrepiente.

—¿Puedo decir algo? —dice Elizabeth Costello—. El padre de Drago no va a arrepentirse mientras siga convencido de que está en lo cierto. Al menos así es como yo lo veo. En cuanto a Marijana, no importa lo que le diga a su hijo por teléfono, está

claro que no está bien. Si se ha refugiado en casa de su cuñada es solo porque no tiene otro sitio adonde ir. Su cuñada no le tiene ningún aprecio.

—¿Habla de Lidie? ¿Lidie es hermana de Jokić?

—Lidija Karadžić. La hermana de Miroslav, la tía de Drago. Lidie y Marijana no se llevan bien, nunca se han llevado bien. En opinión de Lidie, lo que le está pasando a Marijana es simplemente lo que se merece. «Donde hay humo hay fuego», dice Lidie. Un proverbio croata.

—¿Cómo demonios puede saber esas cosas? ¿Cómo sabe usted lo que dice Lidie? La señora Costello no hace caso de la pregunta.

—A Lidie no le importa si es verdad que Marijana está teniendo o no una aventura extramatrimonial. Lo que le importa son los rumores que corren en el círculo más bien reducido de la comunidad croata. Hágame caso, Paul, y no haga esa mueca de desdén. Las habladurías, la opinión pública, la *fama*, como lo llamaban los romanos, es lo que mueve el mundo... los chismes, no la verdad. Usted nos dice que «de verdad» no está teniendo una aventura con la madre de Drago porque usted y ella (perdona, Drago) no han mantenido relaciones sexuales «de verdad». Pero ¿qué se entiende hoy como relaciones sexuales? ¿Y cómo se puede comparar un polvo rápido en una esquina oscura con meses enteros de deseo febril? Cuando se trata del amor, ¿cómo puede un observador externo estar seguro de cuál es la verdad de lo que ha sucedido? De lo que sí podemos estar mucho más seguros es de que circulan por el aire rumores de una aventura entre Marijana Jokić y uno de sus clientes, quién sabe por qué. Y el aire nos envuelve, lo necesitamos para respirar y vivir. Cuanto más fuerte se niegue el rumor, más estará en el aire.

»No le caigo bien, señor Rayment, quiere librarse de mí y lo está dejando muy claro. Y a mí tampoco es que me encante, se lo aseguro, volver a encontrarme en este piso repulsivo. Cuanto antes decida usted qué piensa hacer con relación a la madre de Drago, o a la mujer de negro que le visitó el otro día, o incluso a la señora McCord, de la que usted nunca ha hablado delante de mí, aunque lo más probable es que sea con la madre de Drago, ya que ella parece ser la luz de su vida... cuanto antes decida lo que hacer y se comprometa a ello, antes podremos separar nuestros caminos con gran alivio para ambos. Yo no puedo aconsejarle qué es lo que debe decidir, eso tiene que venir de usted. Si yo supiera qué viene a continuación, no haría falta que estuviera aquí, podría regresar a mi vida, que es mucho más cómoda, se lo aseguro, y más satisfactoria, que lo que tengo que aguantar aquí. Pero hasta que usted decida actuar tengo que esperar. La pelota, como se suele decir, está en su terreno.

Él cabecea.

—No entiendo qué quiere decir. Lo que dice es absurdo.

—Claro que lo entiende. Y además, no hace falta entender las cosas para pasar a la acción, a menos que uno sea excesivamente filosófico. Permítame que le recuerde

que existe una cosa que se llama actuar de forma impulsiva, y si me estuviera permitido le apremiaría a que actuara de ese modo. Dice usted que está enamorado de la señora Jokić, o por lo menos es lo que dice cuando no está Drago. Pues bueno, haga algo con ese amor. Y, por cierto, algo más de sinceridad delante de Drago no estaría mal, ¿verdad, Drago?

Este esboza una mueca, sonriente.

—Es parte de la educación de un chico que está creciendo. Mejor que enviarlo a esa academia pretenciosa de Canberra. Enseñarle un vislumbre de las orillas salvajes del amor. Dejarle ver cómo se navega a través de las pasiones, cómo se guía uno por las estrellas: la Osa Mayor y la Osa Menor, Sagitario, etcétera. La Cruz del Sur. A estas alturas él también debe de tener sus propias pasiones. Tienes pasiones, ¿verdad, Drago? —Drago no dice nada, pero la sonrisa no abandona sus labios. Algo están tramando la mujer y el chico. Pero ¿qué?—. Déjame que te pregunte, Drago: ¿qué harías tú si estuvieras en la piel del señor Rayment, si fueras el señor Rayment?

—¿Qué haría?

—Sí. Imagina: tienes sesenta años y de repente una mañana te levantas locamente enamorado de una mujer que no solo es un cuarto de siglo más joven que tú, sino que está casada, felizmente casada, más o menos. ¿Qué harías tú?

Drago cabecea lentamente.

—La pregunta no es justa. Si tengo dieciséis años, ¿cómo voy a saber lo que es tener sesenta? Es distinto si tienes sesenta años, entonces puedes recordar cómo era antes. Pero... estamos hablando del señor Rayment, ¿verdad? ¿Cómo puedo ser el señor Rayment si soy incapaz de ponerme en su piel?

Se quedan callados, esperando más. Pero eso parece lo máximo que el chico, que a pesar de la resaca sigue teniendo el aspecto de un ángel de Dios, quiere aventurarse en el reino de lo hipotético.

—Pues déjame que formule la pregunta de otra manera —dice la señora Costello—. Hay gente que dice que el amor nos rejuvenece. Que hace que el corazón lata más deprisa. Que hace circular los fluidos. Nos hace hablar en tono cantarín y caminar dando saltitos. Digamos que es así, para seguir con nuestra argumentación, y miremos el caso del señor Rayment. El señor Rayment tiene un accidente como resultado del cual pierde una pierna. Contrata una enfermera para que cuide de él y, en un abrir y cerrar de ojos, se enamora de ella. Tiene la intuición de que un refloreCIMIENTO milagroso de su juventud, nacido del amor, puede estar a la vuelta de la esquina. Incluso sueña con engendrar un hijo (sí, es cierto, un medio hermanito tuyo). Pero ¿acaso puede fiarse de esas intuiciones? ¿Acaso no se trata de las fantasías de un viejo senil? Así que la cuestión que debemos valorar, dada la situación descrita, es: ¿qué hace a continuación el señor Rayment, o alguien como el señor Rayment? ¿Sigue ciegamente los dictados de su deseo en plena lucha por lograr

la máxima satisfacción? ¿O bien, después de sopesar los pros y los contras, llega a la conclusión de que lanzarse en cuerpo y alma a una aventura amorosa con una mujer casada sería algo imprudente, y regresa a rastras a su cascarón?

—No lo sé. No sé qué hace. ¿Qué cree usted?

—Yo tampoco sé qué hace, Drago, todavía no lo sé. Pero abordemos esta cuestión de forma metódica. Conjeturemos. En primer lugar, supongamos que el señor Rayment no actúa. Por la razón que sea, decide refrenar su pasión. ¿Qué consecuencias crees que habrá?

—¿Si no hace nada?

—Sí, si se queda aquí en su apartamento y no hace nada.

—Entonces todo será como antes. Aburrido. Seguirá igual que antes.

—¿Salvo...?

—¿Salvo qué?

—Salvo que muy pronto empezarán las lamentaciones. Sus días se cubrirán de un manto de monotonía gris. Por las noches se despertará con un sobresalto rechinando los dientes y murmurando para sí: «¡Si hubiera...! ¡Si hubiera...!». Los recuerdos lo corroerán como si fueran ácido, el recuerdo de su pusilanimidad. «¡Ah, Marijana!», se lamentará. «¡Ojalá no hubiera dejado marcharse a mi Marijana!». Un hombre hecho de dolor, una sombra de sí mismo, en eso se convertirá. Hasta el día de su muerte.

—Vale, se lamentará.

—Así pues, ¿qué tiene que hacer para no morir lleno de remordimientos?

Él ya ha tenido bastante. Antes de que Drago pueda elaborar una respuesta, interviene.

—Deje de meter al chico en sus juegos, Elizabeth. Y deje de hablar de mí como si no estuviera delante. La forma en que llevo mi vida es asunto mío, no la tienen que decidir desconocidos.

—¿Desconocidos? —dice Elizabeth Costello, arqueando una ceja.

—Sí, desconocidos. Y usted en particular. Usted es una desconocida para mí, a quien me gustaría no haber visto nunca en la vida.

—Lo mismo digo, Paul, lo mismo digo. Solo Dios sabe cómo hemos terminado juntos usted y yo, porque ciertamente no deberíamos habernos conocido. Pero aquí estamos. Usted quiere estar con Marijana y sin embargo tiene que aguantarme a mí. Yo preferiría un sujeto más interesante, pero tengo que aguantarlo a usted, el hombre con una sola pierna que no puede decidirse. Un completo desastre, ¿no te parece, Drago? Vamos, ayúdanos, danos un consejo. ¿Qué tenemos que hacer?

—Supongo que deberían dejar de verse. Si no se caen bien. Ir cada uno por su lado.

—¿Y Paul y tu madre? ¿También deberían dejar de verse?

—Del señor Rayment no lo sé. Pero ¿cómo es que nadie le pregunta a mi madre qué quiere ella? Tal vez le gustaría no haber empezado nunca a trabajar para el señor Rayment. No lo sé. Tal vez solo quiere que todo vuelva a ser como antes, cuando éramos... una familia.

—Entonces eres un enemigo de la pasión, de la pasión extramatrimonial.

—No, yo no he dicho eso. No soy eso que usted dice, un enemigo de la pasión. Pero...

—Pero tu madre es una mujer atractiva. Cuando va por la calle, la gente la mira, siente cosas hacia ella, el deseo nace en el corazón del desconocido y, antes de que uno pueda decir Pepito Grillo, surgen pasiones imprevistas con las que tu madre tiene que lidiar. Considera la situación desde el punto de vista de tu madre. Resulta bastante fácil resistirse a esos desconocidos llenos de pasión una vez que se han declarado, pero no es tan sencillo ignorarlos. Para eso haría falta tener hielo en las venas. Puesto que existen los desconocidos y sus deseos, ¿cómo te gustaría que se comportase tu madre? ¿Te gustaría que se encerrara en casa? ¿Que llevara velo?

Drago suelta una risa extraña y jovial, parecida a un ladrido.

—No, pero tal vez no le apetezca tener una aventura —suelta un resoplido burlón mientras pronuncia la frase, como si perteneciera a una curiosa lengua extranjera, probablemente bárbara— con cada hombre que... ya sabe, la mire. Por eso es por lo que digo que por qué nadie se lo pregunta a ella.

—Se lo preguntaría ahora mismo si pudiera —dice Elizabeth Costello—. Pero no está a mi alcance. No está sobre el escenario, por decirlo de algún modo. Solo podemos hacer conjeturas. Pero me temo que ceder y tener una aventura con un sexagenario que la ha contratado para que lo cuide seis días por semana, llueva, nieve o haga sol, no entra exactamente en sus planes. ¿Qué diría usted, Paul?

—Ciertamente, no entra en sus planes. No entra en absoluto.

—Pues así estamos. Parece ser que todos somos desgraciados. Tú eres desgraciado, Drago, porque el conflicto que tienes en casa te ha obligado a montar tu tienda de campaña en la plaza Victoria entre borrachos. Tu madre es desgraciada porque tiene que refugiarse entre parientes que piensan mal de ella. Tu padre es desgraciado porque cree que la gente se está riendo de él. Paul es desgraciado porque está en su naturaleza, pero más en concreto porque no tiene ni la menor idea de cómo llevar a cabo los deseos de su corazón. Y yo soy desgraciada porque no pasa nada. Cuatro personas en cuatro esquinas, abatidos, como vagabundos de Beckett, y yo en medio, malgastando el tiempo y desgastada por el tiempo.

Permanecen en silencio todos. «Desgastada por el tiempo»: lo que la mujer está expresando es una especie de súplica. ¿Por qué se siente extrañamente tan poco conmovido?

—Señora Costello —dice él—. Por favor, preste atención a lo que le estoy

diciendo. Lo que está sucediendo entre la familia de Drago y yo no es asunto suyo. Usted no tiene nada que ver en esto. Este no es su lugar, no es su ámbito. Yo siento algo por Marijana. Siento algo por Drago, aunque de forma distinta, y también por sus hermanas. Incluso siento algo por el padre de Drago. Pero no siento nada por usted. Ninguno de nosotros siente nada por usted. Usted es la extraña entre nosotros. Su involucramiento, por bienintencionado que sea, no nos ayuda, simplemente nos confunde. ¿Puede entender eso? ¿No puedo convencerla de que nos deje en paz para poder encontrar nuestra salvación a nuestra manera?

Se produce un silencio largo e incómodo.

—Tengo que irme —dice Drago.

—No —dice él—. No puedes volver al parque, si es eso lo que estás pensando. No lo apruebo. Es peligroso; tus padres se quedarían horrorizados si se enteraran. Déjame darte una llave. Hay comida en la nevera y una cama en mi estudio. Puedes ir y venir cuando se te antoje. Dentro de un orden.

Drago parece a punto de decir algo, pero cambia de opinión.

—Gracias —dice.

—¿Y yo? —dice Elizabeth Costello—. ¿Me va a echar a la calle para exponerme al calor del sol y a la furia salvaje del invierno mientras el joven Drago se aloja aquí como un príncipe?

—Ya es usted mayorcita. Puede cuidar de sí misma.

Hay un coche aparcado en la acera de enfrente de su apartamento, una ranchera Commodore roja y destartalada. Lleva ahí desde mediodía. La figura sentada al volante no se ve bien, pero solo puede ser Miroslav Jokić. De lo que no está tan seguro es de qué se propone. ¿Está espiando a su mujer? ¿Está intentando intimidar a la pareja culpable?

Con las muletas tarda unos diez minutos en bajar las escaleras y salir del vestíbulo del edificio, y casi el mismo tiempo en cruzar la calle. Mientras se acerca al coche, el hombre de dentro baja la ventanilla y deja escapar una nube de humo rancio de cigarrillo.

—¿El señor Jokić? —dice.

Jokić no es la criatura fornida y desgarrada que él había imaginado. Al contrario, es alto y nervudo, con una cara estrecha y morena de nariz aguileña.

—Soy Paul Rayment. ¿Podemos hablar? ¿Puedo invitarle a una cerveza? Hay un pub a la vuelta de la esquina.

Jokić sale del coche. Lleva botas de trabajo, vaqueros, una camiseta negra y una chaqueta de cuero del mismo color. Tiene las caderas tan estrechas que apenas parece tener nalgas. «Un cuerpo como un látigo», piensa. Sin quererlo, le viene una visión de ese cuerpo encima del de Marijana, cubriéndola, entrando en ella a la fuerza.

Brincando tan rápido como puede, dirige la marcha.

El pub está medio vacío. Se desliza en un asiento y Jokić, sin decir palabra, lo sigue. Él echa un vistazo a las manos de Jokić. Dedos largos con matas de pelo negro, uñas cortadas. Pelo también saliendo por el cuello de la camisa. ¿Acaso a Marijana le gusta todo ese pelo, esa piel de oso?

No tiene ninguna experiencia previa sobre enfrentamientos con maridos ofendidos. ¿Se supone que debe sentir pena por el hombre? No siente ninguna.

—¿Puedo ir al grano? Usted quiere saber por qué me estoy ofreciendo a ayudar con la educación de su hijo. No soy un hombre rico, señor Jokić, pero llevo una vida acomodada y no tengo hijos. Le ofrecí un préstamo a su hijo porque me gustaría que le fuera bien. Estoy impresionado con Drago. Es un joven muy prometedor. En cuanto a la academia que ha elegido, no había oído hablar de ella, pero él me asegura que tiene muy buena reputación y yo lo acepto.

»Siento que mi oferta haya causado un trastorno en su casa. Tendría que haber hablado con usted además de con su mujer, ahora me doy cuenta.

»En cuanto a su mujer, déjeme decir simplemente que mis relaciones con ella siempre han sido correctas. —Vacila. Los ojos del hombre son como bocas de cañón de pistola que lo apuntan. Él devuelve la mirada tan directamente como puede—. Yo no tengo líos con mujeres, señor Jokić, ya no. Esa parte de mi vida pertenece al

pasado. Si todavía practico algún tipo de amor, es de una naturaleza distinta. Cuando me conozca usted mejor, lo entenderá.

¿Está mintiendo? Tal vez, pero él no lo siente así. A pesar de las pantorrillas de Marijana, que no ha podido olvidar, y de sus pechos, en los que daría lo que fuera por hundir su cara, en estos momentos la quiere con un corazón puro y benévolo, tal como la debe de querer Dios; es absurdo que a cambio tenga que recibir odio, de este hombre o de quien sea.

—Yo y mi mujer somos casados desde ochenta y dos —dice Jokić. Voz profunda, voz de oso, al menos eso lo tiene—. Dieciocho años. Ella era estudiante en Academia de Bellas Artes de Dubrovnik cuando yo la conocí. Primero yo estoy en ejército federal, luego encuentro trabajo en academia, de soldador. Soldador y artesano, pero sobre todo soldador. Allí es donde nos conocemos. Luego nos vamos a Alemania, trabajamos duro, ahorramos dinero, vivimos pobre, ¿me entiende?, y presentamos solicitud para venir a Australia. Mi hermana también. Cuatro en total, Drago todavía niño. Primero vivimos en Melbourne, yo trabajo en taller de soldador. Luego voy a Coober Pedy con unos amigos y probamos suerte con ópalos. ¿Conoce Coober Pedy?

—Conozco Coober Pedy.

—Sitio con mucho calor. Más adelante Marijana viene. Tres años estamos en Coober Pedy. Muy duro para una mujer. Con los ópalos hay que tener suerte. Yo no tengo suerte, ¿me entiende? Pero mis amigos me ayudan, nos ayudamos entre nosotros.

—Sí.

—Muy duro para una mujer con hijos. Después consigo un trabajo con Holden y venimos a Elizabeth. Buen trabajo, casa bonita.

Deja su vaso vacío sobre la barra. Silencio. Fin del recital. «Esta es mi historia — parece estar diciendo, como poniendo sus cartas sobre la mesa—. ¡Supérela, señor Coniston Terrace!».

—¿Conoce por casualidad a una mujer llamada Elizabeth Costello, una mujer mayor, escritora profesional?

Jokić niega con la cabeza.

—Porque ella parece conocerlo a usted. Me contó parte de la misma historia que me ha estado contando usted: cómo se conocieron usted y Marijana, lo que hicieron los dos en Dubrovnik, etcétera. Nada sobre Melbourne o Coober Pedy. En todo caso, Elizabeth Costello está trabajando en un libro nuevo y parece estar usándome como personaje, por así decirlo. Su interés en mí la ha llevado a interesarse por Marijana y por usted. Es evidente que ha estado hurgando en su pasado.

Jokić espera a que él termine su párrafo, pero no puede dejarlo así, sonaría aún demasiado absurdo. Lo que no duda en decirle es: «Todo este embrollo en el que usted y yo estamos metidos es obra de Elizabeth Costello. Si quiere culpar a alguien,

cúlpela a ella. Ella está detrás de todo. Elizabeth Costello es de la piel del diablo».

—Si no le importa que se lo diga —continúa, en cambio—, debería hacer las paces con Marijana. Además, por el bien de Drago, por favor, acepte el préstamo. Drago tiene claro que quiere ir al Wellington College. Podemos hacer que el préstamo sea tan formal o informal como usted quiera. Puede haber documentos de por medio o podemos prescindir de papeleo, a mí me da lo mismo.

En este punto debería ofrecerle otra cerveza a Jokić. Tendría que hacer lo posible por que Jokić se tragara su orgullo, por convertirlo, aunque fuera a su pesar, en un camarada. Pero no lo hace. Ya ha dicho bastante; ahora le toca a Jokić. Le toca a Jokić pagar las copas, le toca decir lo que tenga que decir. Después de lo cual, confía él, este encuentro, esta escena a la que se ha prestado tan a su pesar, se habrá acabado. Aunque este hombre ha engendrado en Marijana dos criaturas angelicales, tal vez incluso tres, él no logra sentir ninguna curiosidad por él. Quien le interesa es Marijana: Marijana y lo que de ella se haya transmitido a sus hijos. ¿Es su interés por Marijana interesado o desinteresado? ¿Es el Dios cuyo amor por Marijana compara él con el sexo, un Dios interesado o desinteresado? No lo sabe. La pregunta es demasiado abstracta para su actual estado de ánimo.

Jokić interrumpe sus pensamientos.

—Tiene usted bonito apartamento.

¿Es una pregunta? ¿Es una afirmación? Debe de ser una pregunta, porque Jokić nunca ha estado en el apartamento. Él asiente.

—Cómico. Dice usted que está cómodo. Que usted está cómodo en su apartamento.

—He dicho que llevo una vida acomodada. No tiene nada que ver con mi apartamento. «Acomodado» es una expresión que usa la gente que tiene reparos en hablar de dinero. En mi caso quiere decir que tengo unos ingresos que me permiten vivir cómodamente. Quiere decir que tengo bastante para cubrir mis necesidades y aún me sobra algo. Puedo donarlo para beneficencia si me parece, o bien hacer una buena obra como enviar a su hijo a la academia.

—Si mi hijo va a colegio pijo, hace amigos pijos y querrá toda clase de cosas pijas, ¿me entiende?

—Sí. Un colegio pijo puede enseñarle a despreciar sus orígenes. Eso no lo puedo negar. No me malinterprete, señor Jokić, yo no soy un entusiasta de los colegios pijos. No fue a mí a quien se le ocurrió el nombre del Wellington. Pero si es ahí adonde Drago quiere ir, yo lo apoyaré. Yo sospecho que el Wellington no es tan pijo como pretende aparentar. Los colegios pijos de verdad no necesitan anunciarse.

Jokić reflexiona.

—Quizá —dice—, solo quizá, podemos hacer un fondo fiduciario para Drago. Así no es tan... ya sabe, personal.

¿Un fondo fiduciario? No es una mala idea, aunque se trata de una solución cara para un problema simple. Pero ¿qué sabe este refugiado del socialismo estatalista de fondos fiduciarios?

—Podemos pensar en ello —dice él—. Si quiere usted que todo sea legal, todo legalmente estipulado. Podemos hablar con un abogado.

—O con el banco —dice Jokić—. Podemos abrir una cuenta para Drago, una cuenta de fideicomiso. Usted puede poner dinero en esa cuenta. Así todo es seguro. En caso de... ya sabe.

¿En caso de qué? ¿En caso de que él, Paul Rayment, cambie de opinión y deje a Drago en la estacada? ¿En caso de que muera? ¿En caso de que deje de estar enamorado de la mujer de Miroslav Jokić?

—Sí, podemos hacer eso —dice, aunque cada vez con mayor recelo. ¿Es la ficción de un fondo fiduciario lo único necesario para acallar el orgullo de Jokić?

—Y Marijana.

—Sí, Marijana. ¿Qué quiere decir de Marijana?

—Marijana está cansada todo el tiempo, de hacer de enfermera. Tiene dos trabajos, usted y otra mujer mayor, la señora Aiello. No es trabajo propiamente dicho de enfermera profesional, es más bien asistenta. Lo suma usted, cincuenta horas a la semana, sesenta horas, y conducir, conducir todos los días. Es una persona con cultura. No es bueno hacer de mujer de la limpieza para una persona culta. Llega a casa cansada todo el tiempo. Así que pensamos, tal vez deja de hacer de enfermera y busca otra clase de trabajo.

—Lo siento. No sabía que Marijana tuviera dos trabajos. A mí nunca me ha hablado de otro trabajo.

Jokić lo está mirando fijamente. ¿Es que hay algo que no consigue entender?

—La echaré de menos si se marcha —dice él—. Es una mujer muy eficiente.

—Sí —dice Jokić—. Yo solamente soy mecánico, ya sabe. Mecánico no es nada, ni en Croacia ni en Australia. Pero Marijana es persona culta. Con diploma en restauración, ¿le ha dicho eso? No hay trabajo de restauración en Australia, pero bueno... En Munno Para, ¿con quién puede hablar? Vale, a Drago le interesan muchas cosas, puede hablar con él. Luego conoce al señor Rayment.

—Mis conversaciones con Marijana han sido muy limitadas —responde él con cautela—. Igual que el resto de mi relación con ella. Muy limitada. Hace muy poco que he sabido de sus estudios de arte, por la señora Costello, la mujer a la que he mencionado.

Poco a poco está empezando a comprender por qué Jokić, después de darle una paliza a su mujer y echarla de casa, se ha decidido a tomarse un día libre del trabajo para pasarlo sentado en un coche en Coniston Terrace. Jokić debe de creer que su mujer, haya o no sucumbido en un sentido absoluto, está en proceso de ser

embaucada, para alejarse de su corazón y de su hogar, por un cliente forrado de dinero y familiarizado con el mundo del arte y de los artistas; también que el elegante entorno de Coniston Terrace la está enseñando a despreciar el mundo de clase obrera de Munno. Jokić está haciendo una súplica, una súplica a su buen fondo. Y si esa súplica falla, ¿qué? ¿Acaso Jokić planea también darle una paliza?

«¡Mírame, mira a tu odiado rival! —querría decir él a modo de protesta—. ¡Tú todavía tienes las dos piernas que te dio Dios, mientras que yo tengo que cargar con esta monstruosidad obscena a todas partes! ¡La mitad de lo que meo, lo meo en el suelo! ¡No podría seducir ni robarte a tu mujer aunque quisiera, de ninguna de las maneras!».

Pero, en ese preciso momento, la memoria le devuelve la imagen de Marijana estirándose para quitarle el polvo a los estantes de arriba, Marijana con sus piernas fuertes y bien torneadas. Si su amor por Marijana es realmente puro, ¿por qué esperó a aposentarse en su corazón hasta el momento en que vislumbró sus piernas? ¿Por qué el amor, incluso el amor que él afirma practicar, necesita el espectáculo de la belleza para cobrar vida? ¿Qué tienen que ver, en abstracto, unas piernas hermosas con el amor, o, ya puestos, con el deseo? ¿O acaso se trata simplemente de la naturaleza de la naturaleza, sobre la cual uno no hace preguntas? ¿Cómo funciona el amor entre los animales? ¿Entre los zorros? ¿Entre las arañas? ¿Existen cosas tales como las patas hermosas entre las arañas hembras, y su poder de atracción desconcierta a la araña macho incluso mientras lo está atrayendo? Se pregunta si Jokić tendrá una opinión al respecto. Pero está claro que no se lo va a preguntar. Ya ha tenido bastante de Jokić por un día, y sospecha que Jokić ha tenido bastante de él.

—¿Quiere otra cerveza? —pregunta, por puro formalismo.

—No, tengo que irme.

Jokić tiene que irse. Él tiene que irse. ¿Adónde tienen que ir los dos? Uno a una cama vacía en Munno Para; otro a una cama vacía en Coniston Terrace, donde si quiere podrá pasarse toda la noche despierto escuchando el tictac del reloj de la sala de estar. Podrían mudarse a vivir juntos. Chucho y Jeff.

Tarda casi una hora, cojeando de un lado para otro por los parques, en encontrar a Elizabeth Costello. Al final la halla junto al río, sentada en un banco, rodeada de patos a los que parece estar dando de comer. Cuando él se acerca, los patos se dispersan alarmados y regresan ruidosamente al agua.

Se planta ante ella sobre la hierba. Son más de las seis, pero todavía siente el peso del sol estival.

—Estoy buscando a Drago —dice—. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—¿A Drago? Ni idea. Pensaba que se alojaba en su casa. ¿No va a preguntar por mí? ¿No siente curiosidad por saber cómo he pasado la noche después de echarme de forma tan grosera?

Él ignora la pregunta.

—Acabo de tener un encuentro con el marido de Marijana.

—Miroslav. Sí, pobre hombre, qué humillado se siente... Primero por sus celos, y ahora por descubrir qué clase de hombre es su rival. ¿Qué le ha dicho?

—Le he pedido que se lo vuelva a pensar. Le he pedido que anteponga los intereses de Drago. Le he repetido que es una oferta sin ningún tipo de compromiso.

—Querrá decir compromiso visible.

—De ninguna clase.

—¿Y qué me dice del compromiso del corazón, Paul, el compromiso afectivo?

—El compromiso afectivo no tiene nada que ver. El dinero es para la educación de Drago. Es absurdo sugerir que estoy intentando comprar a su madre.

—¿Absurdo? Eso se lo tenemos que preguntar a Marijana. Podría verlo de otro modo. *Quid pro quo*, podría decir. No hay nada que no cueste algo. Usted ha ofrecido su ojo. Ahora la presión recae en ella para que ofrezca el ojo que corresponde, el ojo apropiado.

—No sea asquerosa.

—Bueno, confieso que aún no logro apreciar qué ve usted en su señora balcánica. A mí me parece un poco rechoncha y no muy bien conservada para su edad. Nunca habría pensado que le gustara esa clase de mujeres. Un hombre alto y una mujer robusta: es una pareja algo cómica. Un tipo como usted podría conseguir algo mejor. Pero *chacun ses goûts*, supongo.

»Mi opinión, por si sirve de algo, es que si busca ser correspondido, si busca un amor correspondido, deje estar a la señora Jokić. Ella no es para usted. Su mejor opción sigue siendo Marianna, Marianna la de las dos enes. Un arreglo con Marianna, o con alguien como ella, funcionaría muy bien. Para un caballero soltero de su edad, a quien su discapacidad le hace reacio a aparecer en público, resultaría muy apropiado recibir en su casa, una tarde a la semana, a una amiga discreta como

Marianna, alguien que a cambio de los favores prestados estuviera dispuesta de vez en cuando a aceptar un bonito regalo.

»Sí, Paul, regalos, obsequios. Tiene usted que acostumbrarse a pagar. Se acabó el amor gratis.

—¿Ya no puedo amar a quien yo elija?

—Por supuesto que puede amar a quien elija. Pero tal vez de ahora en adelante debería reservarse ese amor para usted, al igual que uno soporta un resfriado a solas, o un ataque de herpes, por consideración hacia sus vecinos.

»Sin embargo, si su veredicto es que Marianna no da la talla, ¿quién soy yo para poner objeciones? En ese caso, ¿por qué no telefonar a la señora Putts? Dígame que está buscando a una nueva enfermera. Dígame que quiere a una mujer ni demasiado joven ni demasiado vieja, con bonitos pechos y pantorrillas bien torneadas, sin compromisos, los hijos no son un obstáculo, preferiblemente no fumadora. ¿Y qué más? Que sea una mujer dispuesta, dispuesta y fácil de complacer.

»¿O por qué molestarse con la señora Putts? ¿Por qué someterse a todo el follón de contratar enfermeras y enamorarse de ellas? Ponga un anuncio en el *Advertiser*. “Caballero sexagenario, sin hijos, vigoroso pero con movilidad limitada, busca mujer, treinta y cinco a cuarenta y cinco para amor y paternidad mística. Bonitos pechos, etcétera. Oportunistas, abstenerse”.

»No me mire así, Paul. Solo bromeo, es hablar por hablar. Tenga por seguro que he aprendido la lección. Se acabó hacer de casamentera, se lo prometo. Si ha decidido usted que nadie puede reemplazar a Marijana en su corazón, que tiene que ser Marijana o nada, me rindo, lo acepto. Debo informarle, no obstante, de que Marianna, la pobre Marianna, la otra, está profundamente dolida por la forma en que ha sido tratada. Solloza y se tapa la cara con el pañuelo. “No te desanimes”, le digo yo, “hay muchos peces en el mar”. Pero no tiene consuelo. Después de lo que tuvo que aguantar por usted, su orgullo ha recibido un duro golpe. “¡Me encuentra demasiado gorda!”, se lamenta. “Tonterías”, le digo yo. “Tiene el corazón en otra parte, eso es todo”.

»Pero tal vez lo estoy malinterpretando por completo. Tal vez lo que usted anda buscando no es un amor correspondido. O tal vez su búsqueda de amor encubre una búsqueda de algo muy distinto. ¿Cuánto amor necesita alguien como usted después de todo, Paul, hablando objetivamente? ¿O alguien como yo? Nada. Nada de amor. Los viejos como nosotros no necesitamos amor. Lo que necesitamos es que nos cuiden: que alguien nos coja la mano de tanto en tanto cuando empezamos a temblar, que nos preparen una taza de té y nos ayuden a bajar las escaleras. Que alguien nos cierre los ojos cuando llegue el momento. Los cuidados no son amor. Los cuidados son un servicio que cualquier enfermera que se gane el sueldo puede proporcionar, siempre y cuando no le pidamos más.

Hace una pausa para recuperar el aliento. Por fin él tiene oportunidad de hablar.

—He venido aquí en busca de Drago —dice él—, no para escuchar cómo usted afila su ingenio conmigo. Entiendo perfectamente la diferencia entre amar y cuidar. Nunca he esperado que Marijana me ame. Mi deseo, como caballero sexagenario, es simplemente hacer todo el bien que pueda por ella y por sus hijos. En cuanto a mis sentimientos... mis sentimientos son asunto mío. Está claro que no se los soltaré de nuevo a la pobre Marijana.

—Una cosa más, ya que está usted decidido a ser escéptico. No subestime el deseo que hay en cada uno de nosotros, el deseo humano, de extender un ala protectora.

—¿En cada uno de nosotros?

—Sí, en todos. Hasta en usted. Si es que es humano...

Basta de charla. Le duelen los brazos, le está empezando a afectar el calor y le gustaría sentarse. Pero si se sentara al lado de la señora Costello, parecerían demasiado lo que no son: un viejo matrimonio que ha parado para descansar un poco. Y, después de todo, sí que queda algo por decir.

—¿Por qué invertir tanto esfuerzo en mí, señora Costello? Yo soy un don nadie, de verdad. ¿Nunca se ha preguntado si elegirme no habrá sido un error, si no es posible que yo sea un error de principio a fin?

Una pareja joven en un patín acuático en forma de cisne gigante pasa junto a ellos, sonriendo con expresión jovial.

—Claro que me lo he preguntado, Paul. Muchas veces. Y, por supuesto, según algunos criterios, usted es un don nadie. La cuestión es: ¿según qué criterios? La cuestión es: ¿hasta qué punto lo es? Paciencia, me digo a mí misma: tal vez todavía se le pueda sacar algo, como la última gota de zumo de un limón, o como el agua de las piedras. Pero sí, puede que tenga razón, que sea realmente un error, lo admito. Si no fuera usted un error, es probable que yo ya no estuviera aquí en Adelaida. Sigo aquí porque no sé qué hacer con usted.

»¿Debería entonces admitirlo? ¿Debería abandonarlo a usted y empezar de nuevo en otra parte? Estoy segura de que eso lo haría feliz. Pero no puedo. Sería un golpe demasiado duro para mi orgullo. No, tengo que continuar hasta el final.

—¿Hasta el final?

—Sí, hasta el amargo final.

Él espera oír más. Confía en oír cuál será el final. Pero ella se ha callado de golpe y mira para otra parte.

—En cualquier caso —insiste él—, mientras intentaba entender qué hace usted en mi vida, se me han ocurrido un montón de hipótesis. No las voy a exponer todas, aunque sí le digo que en ninguna sale usted muy bien parada. La primera, que sigue siendo la más verosímil, es que usted me quiere como modelo para un personaje de

un libro. En ese caso, déjeme repetirle lo que estaba diciendo hace un momento y que usted encuentra tan difícil de aceptar. Desde el día de mi accidente, desde que pude morir pero al parecer fui perdonado, me ha atormentado la idea de hacer cosas buenas. Antes de que sea demasiado tarde, me gustaría llevar a cabo algún acto que sea, perdone la palabra, una bendición, aunque sea modesta, en la vida de los demás. ¿Por qué, se preguntará? En última instancia, porque no tengo hijos a los que bendecir como padre. No tener hijos fue el gran error de mi vida, se lo aseguro. Y por eso mi corazón sangra todo el tiempo. Por eso hay una *blesure* en mi corazón.

»Sonría si quiere, señora Costello. Pero, déjeme que le recuerde, hace mucho tiempo yo era un niño católico como Dios manda. Antes de que el holandés nos desarraigara y nos trajera al fin del mundo, fui a la escuela con las hermanitas de Lourdes. Y tan pronto como llegamos a Ballarat me encomendaron al cuidado de los Hermanos Cristianos. “¿Por qué quieres hacer eso, chico? ¿Por qué quieres cometer un pecado? ¿No ves que el corazón de Nuestro Señor sangra por tu pecado?”. Jesucristo y su corazón sangrante nunca han desaparecido de mi memoria, aunque ya hace tiempo que abandoné la Iglesia. ¿Por qué le digo esto? Porque no quiero hacer más daño a Jesucristo con mis acciones. No quiero hacer sangrar su corazón. Si quiere usted ser mi cronista, necesitará entender eso.

—Un niño católico como Dios manda. Me lo creo, Paul. Me lo imagino perfectamente. No olvide que yo también soy una muchacha católica irlandesa como es debido, una Costello de Northcote, Melbourne. Pero continúe, continúe, esto está resultando muy gracioso, incluso fascinante.

—En mi vida anterior no hablaba con tanta libertad de mí mismo como ahora, señora Costello. El pudor me frenaba, el pudor o la vergüenza. Pero usted es una profesional, si no recuerdo mal, del negocio de las confidencias, como un médico, o un abogado, o un contable.

—O un cura. No se olvide de los curas, Paul.

—O un cura. En todo caso, desde mi accidente he empezado a desprenderme de algunas de esas reticencias. «Si no hablas ahora», me digo a mí mismo, «¿cuándo hablarás?». Así pues, me digo: «¿Me aprobaría Jesucristo?». Esa es la pregunta que en la actualidad me hago todo el tiempo. Ese es el criterio que intento satisfacer. No tan escrupulosamente como debería, lo admito. El perdón, por ejemplo: no tengo intención de perdonar al chico que me atropelló con su coche, no importa lo que diga Jesucristo. Pero Marijana y sus hijos... Quiero extender una mano protectora sobre ellos, quiero bendecirlos y hacerlos prosperar. Eso es algo de mí que usted debería tener en cuenta, y no creo que lo haga.

Lo que él ha dicho sobre desprenderse de las reticencias, sobre hablar con sinceridad, no es, en un sentido estricto, verdad. Ni siquiera a Marijana le ha abierto su corazón. ¿Por qué entonces se desnuda delante de la Costello, que evidentemente

no es su amiga? Solo puede haber una respuesta: porque ella lo ha agotado. Ha sido una actuación absolutamente profesional por su parte. Ocupa su lugar junto a la presa, espera, y al final la presa se entrega. Son esas cosas que saben todos los curas. O todos los buitres. Sabiduría buitresca.

—Siéntese, Paul —dice ella—. No puedo seguir mirándolo con el sol de cara.

Él se deja caer pesadamente a su lado.

—Su corazón sangrante —murmura ella. El sol que cae se refleja con tanta intensidad en la superficie del agua que se ve obligada a cubrirse los ojos. La familia de patos, más que una familia, el clan de los patos, se está agrupando para un nuevo asalto a tierra firme. Es evidente que él, el intruso, ha sido analizado y encontrado inofensivo.

—Sí, mi corazón sangrante.

—El corazón puede ser un órgano misterioso, el corazón y sus movimientos. Oscuro, lo llaman en español. El oscuro corazón. ¿Está seguro de que no tiene usted simplemente el corazón un poco oscuro, Paul, a pesar de sus muchas buenas intenciones?

Él había pensado en realizar una oferta tentativa de paz. Había pensado en ofrecerle a la mujer, si no un techo para pasar la noche, sí al menos un billete de avión de vuelta a Melbourne. Pero ahora la antigua irritación lo inunda de nuevo.

—¿Y está segura —replica él en tono gélido— que no está usted viendo complicaciones donde no las hay, en interés de esas tediosas historias que escribe?

La señora Costello mete la mano en la bolsa de plástico que tiene en el regazo, deshace en migas un panecillo y lo arroja a los patos. Se produce una enorme conmoción cuando se agrupan en torno a su bendición.

—A todos nos gustaría ser más simples, Paul —dice ella—, a todos nosotros. Sobre todo cuando nos acercamos al fin. Pero los seres humanos somos criaturas complicadas. Es nuestra naturaleza. Usted quiere que yo sea más simple. Y usted también quiere ser más simple, más desnudo. Bueno, yo contemplo asombrada, se lo aseguro, sus esfuerzos por desnudar su alma. Pero tiene un precio, ese corazón simple que usted desea, esa forma simple de ver el mundo. Míreme a mí. ¿Qué ve?

Él no dice nada.

—Déjeme decirle lo que ve, o lo que se dice a usted mismo que está viendo. Una vieja a la orilla del río Torrens dando de comer a los patos. Una vieja a quien se le está acabando la ropa interior limpia. Una vieja que lo irrita con lo que usted cree que son insinuaciones maliciosas.

»Pero la realidad es más complicada que eso, Paul. En la realidad usted ve mucho más, lo ve y enseguida lo expulsa de su mente. Esta luz de cierta estridencia, por ejemplo. Una figura atrapada por esta luz a la orilla del agua que fluye suavemente. Lanzas de luz que se clavan en ella y amenazan con atravesarla.

»¿Una complicación innecesaria? No lo creo. Una expansión. Como respirar, inspirar y espirar. Expandirse, contraerse. El ritmo de la vida. Usted tiene capacidad para ser una persona más plena, Paul, más grande y más expansiva, pero no lo permite. Insisto: no aborte esas líneas de pensamiento que tiene. Sígalas hasta el fin. Sus pensamientos y sus sentimientos. Sígalos hasta el fin y crecerá usted con ellos. ¿Qué fue lo que dijo aquel poeta americano? Un tejido ficticio ondea siempre procedente de tal y tal sitio. Estoy perdiendo la memoria. Cada día que pasa mis recuerdos son más vagos. Una pena. Por eso estoy intentando impartirle esta pequeña lección. “La halla junto al río, sentada en un banco, rodeada de patos a los que parece estar dando de comer”. Puede ser simple, como descripción, su simplicidad puede incluso seducir a alguien, pero no acaba de funcionar. No me hace cobrar vida. Tal vez hacerme cobrar vida a mí no sea importante para usted, pero existe el inconveniente de que entonces tampoco usted cobra vida. Ni los patos, ya puestos. Haga cobrar vida a estos humildes patos y ellos le harán cobrar vida a usted, se lo prometo. Haga cobrar vida a Marijana, si ha de ser Marijana, y ella le hará cobrar vida a usted. Es así de elemental. Pero, por favor, como favor personal, le ruego que deje de titubear. No sé cuánto tiempo podré soportar mi actual modo de existencia.

—¿A qué modo de existencia se refiere?

—A la vida en público. La vida en las plazas públicas, dependiendo de los servicios públicos. La vida en compañía de borrachos y sin techo, lo que antes llamábamos vagabundos. ¿O no se acuerda? Ya le avisé de que no tenía ningún sitio adonde ir.

—Está diciendo tonterías. Puede coger una habitación en un hotel. Puede tomar un avión de vuelta a Melbourne o a donde quiera ir. Yo le presto el dinero.

—Sí, podría hacerlo. También podría librarse de los problemáticos y volubles Jokić y vender su apartamento y mudarse a un asilo para ancianos bien equipado. Pero no lo hace. Somos quienes somos, Paul. Esta, por el momento, es la vida que nos ha tocado vivir y tenemos que vivirla. Cuando yo estoy con usted, estoy en casa; cuando no estoy con usted, no tengo casa. Así es como han caído los dados. ¿Le sorprende oírme decir esto? No debería. Pero no se flagele... Me he adaptado sorprendentemente bien a esta nueva vida. Mirándome, nunca diría usted que toda mi vida está en una sola maleta, ¿verdad? O que llevo días sin comer. A excepción de un par de uvas.

Él guarda silencio.

—En cualquier caso, basta ya de hablar de mí. Tal como no dejo de repetirme: Ten paciencia, Paul Rayment no pidió que cayeras sobre sus hombros. Y, sin embargo, sería una gran ayuda si Paul Rayment se diera prisa. Como he dicho antes, puedo estar llegando a mi límite. No puedo explicarle ni mucho menos lo cansada que estoy. Y no es el tipo de cansancio que pueda arreglarse con dormir bien una

noche en una cama como es debido. El cansancio al que me refiero ha pasado a formar parte de mi ser. Es como un tinte que ha empezado a filtrarse en todo lo que hago, en todo lo que digo. Me siento, para usar la palabra de Homero, «desatada». Una palabra con la que usted está familiarizado, creo recordar. Se me ha agotado la fuerza de tensión. La cuerda de arco que antes estaba tensada ha quedado tan floja y seca como una hebra de algodón. Y no es solo el yo corporal. También la mente: laxa, a punto de quedarse adormecida.

Hace mucho tiempo que no mira a Elizabeth Costello, no como es debido. En parte se debe a que la contempla a través de una neblina de irritación, en parte a que la encuentra del todo incolora, carente de rasgos, igual que su ropa le resulta completamente anodina. Pero ahora se esfuerza en prestarle toda su atención y resulta ser cierto lo que ella dice: ha perdido peso, le cuelga la carne de los brazos, tiene la cara pálida y la nariz picuda.

—Si me lo hubiera pedido usted —dice él—, la habría ayudado, en las cuestiones prácticas. Y estoy dispuesto a ayudarla ahora. Pero en cuanto al resto —se encoge de hombros—, no estoy titubeando. Al menos, no desde mi punto de vista. Voy a un ritmo que para mí es natural. No soy un persona excepcional, señora Costello, y no puedo convertirme en alguien excepcional solo por usted. Lo siento.

Está dispuesto a ayudarla. De verdad. Dispuesto a invitarla a comer. A comprarle el billete, a acompañarla al aeropuerto, a despedirla agitando la mano.

—Es usted un hombre frío —dice ella. Pronuncia la palabra condenatoria con ligereza, con una sonrisa—. Un pobre hombre frío. He intentado explicarme lo mejor que he podido, pero usted no entiende nada. Usted me fue enviado a mí y yo le fui enviada a usted. Solo Dios sabe por qué. Ahora usted debe curarse a sí mismo lo mejor que pueda. Intentaré no meterle más prisa.

Ella se pone de pie, no sin dificultad, y dobla la bolsa vacía.

—Adiós —dice.

Después de que ella se haya ido, él permanece allí mucho rato, mirando con los ojos entornados la superficie del río, agitado. Los patos, acostumbrados a que les den de comer, alentados por su inmovilidad, casi llegan hasta sus pies, pero él no les presta atención.

«Frío»: ¿es así realmente como lo ven desde fuera? Le dan ganas de protestar. Él es un buen tipo. Sus amigos pueden atestiguarlo, gente que lo conoce mucho mejor que la Costello. Hasta la mujer que fue su esposa estaría dispuesta a admitirlo: es un buen tipo, está lleno de buenas intenciones. ¿Cómo se puede llamar frío a alguien que tiene el corazón lleno de buenas intenciones, que cuando actúa lo hace de corazón?

«Frío» es una palabra que su esposa no usó. Lo que dijo su esposa fue muy distinto: «Creía que eras francés —le dijo ella—. Pensaba que tendrías alguna idea». ¿Alguna idea de qué? Años después de que ella lo dejara, él seguía desconcertado por

aquellas palabras. ¿De qué se suponía que tenían idea los franceses, aunque fueran los franceses míticos? ¿De lo que hace felices a las mujeres? Lo que hace felices a las mujeres es un enigma tan antiguo como la esfinge. ¿Por qué iban a tener los franceses el poder de resolver ese enigma, y mucho menos un francés tan teórico como él?

Frío, ciego. Inspirar, espirar. Él no acepta la acusación; no cree que sea verdad. Cuando se está furioso, no se dice la verdad. Se dice la verdad, si es que se dice alguna vez, cuando se está enamorado. La mirada del amor no se deja engañar. El amor ve lo mejor del ser amado, incluso cuando cuesta mucho sacar a la luz lo mejor del ser amado. ¿Quién es Marijana? Una enfermera de Dubrovnik alta y corpulenta, con los dientes amarillentos y unas piernas que no están mal. ¿Quién sino él, con la mirada del amor, ve la gacela tímida y de ojos endrinos que se esconde en su interior?

Eso es lo que Elizabeth Costello no entiende. Elizabeth Costello lo considera a él un castigo que le ha caído encima para atormentarla durante los últimos días de su vida, una penitencia incomprensible que ella está condenada a decir, a hablar, a repetir. Ella lo mira con disgusto, con consternación, con exasperación, con desánimo, con todo menos con amor. Bueno, pues la próxima vez que la pille por ahí le dará una lección. «No soy frío —le dirá—, ni tampoco francés. Un hombre que ve el mundo a su manera y que ama a su manera. Y un hombre que no hace mucho perdió una parte de su cuerpo, no se olvide de eso. Tenga un poco de caridad —le dirá—. Entonces tal vez pueda encontrarla usted para escribir».

Drago. Continúa intrigándole lo poco consciente que parece ser de su atractivo. No es narcisista; no reflexiona sobre sí mismo. Por otro lado, si fuera un poco más consciente de sí mismo, podría perder parte de ese aire de candor intrépido, esa mirada de guerrero.

¿Existe un equivalente femenino al candor dragoniano? ¿La pureza amazónica? Blanka, la hermana, la incógnita: ¿cómo es? ¿Cuándo va a conocerla?

Narciso descubrió un gemelo en el estanque del que no se podía separar. Cada vez que él sonreía, el gemelo le devolvía la sonrisa. Pero cada vez que se inclinaba para besar aquellos labios incitantes, el gemelo se desvanecía entre ondas fantasmales.

No hay narcisismo en Drago: todavía no y tal vez nunca. Tampoco hay narcisismo en Marijana. A su manera, se trata de un rasgo admirable. Es curioso que se haya enamorado de Marijana, teniendo en cuenta que en el pasado siempre se enamoró de mujeres que se amaban a sí mismas.

Él mismo nunca se ha sentido cómodo con los espejos. Hace mucho tiempo cubrió con un trapo el espejo del baño y aprendió a afeitarse a ciegas. Una de las cosas más irritantes que la Costello hizo durante su estancia fue quitar el trapo. En cuanto ella se marchó, él volvió a ponerlo en su sitio.

No solo tapa el espejo del baño para eludir la imagen de sí mismo anciano y feo. No: el gemelo que hay aprisionado detrás del cristal le resulta, sobre todo, aburrido. «¡Gracias a Dios que llegará un día —piensa para sí mismo—, en que no tendré que volver a verlo!».

Han pasado cuatro meses desde que le dieron el alta del hospital y le permitieron regresar a su antigua vida. La mayor parte de ese tiempo lo ha pasado enclaustrado en su piso, sin apenas ver el sol. Desde que Marijana dejó de venir, no come como es debido. Ha perdido el apetito, no se molesta en cuidarse. La cara que amenaza con confrontarlo desde el espejo es la de un viejo vagabundo demacrado y sin afeitar. De hecho, es peor que eso. Una vez, en un puesto de libros junto al Sena, encontró un libro de medicina con fotografías de pacientes de la Salpêtrière: casos de manía, demencia, melancolía, enfermedad de Huntingdon. A pesar de las barbas descuidadas, a pesar de los camisones del hospital, él reconoció de inmediato a sus hermanos espirituales, a unos primos que se le habían adelantado por un camino que él seguiría algún día.

Está pensando en Drago porque, después de la noche que pasó en su apartamento, no ha regresado ni ha sabido más de él. Y está pensando en espejos por la historia que le contó la señora Costello sobre el anciano que convirtió a Simbad en su esclavo. La señora Costello quiere someterlo a alguna historia que ella tiene en la cabeza. A él le gustaría creer que, desde el episodio de Marianna, se ha resistido a sus planes y la ha

mantenido a raya. Pero ¿está en lo cierto? Tiembla solo de pensar en lo que le mostraría el más breve reflejo de un espejo: sonriendo sobre sus hombros, atenazándole el cuello, la figura de una vieja bruja de cabellos alborotados y pechos desnudos con un látigo en la mano.

Debería escribirle una carta a Marijana, a casa de su cuñada o a su casa o adondequiera que esté. «Por favor, no se aparte usted de mí. Dijera lo que dijese, prometo no repetirlo nunca. Fue una equivocación. Procuraré no ir más allá en mi relación con usted. Aunque usted ha hecho por mí más, mucho más, de lo que el deber requiere, nunca he sido tan necio como para confundir su amabilidad con amor, con amor auténtico. Lo que le ofrezco a Drago, y a usted a través de Drago, es una muestra de gratitud, nada más. Por favor, acéptelo como tal. Usted ha cuidado de mí. Ahora yo quiero darle algo a cambio, si me lo permite. Le ofrezco cuidar de usted. O, por lo menos, aligerarla de una parte de su carga. Y se lo ofrezco porque en mi corazón, en mi fuero interno, usted me importa. Usted y los suyos».

«Cuidar»: es capaz de poner la palabra sobre el papel, pero se sentiría demasiado inseguro pronunciándola, incorporándola a su habla. Una palabra demasiado vernácula, una palabra íntima. Tal vez Marijana de los Balcanes, dispensadora de cuidados, más obligada incluso que él a desenvolverse en un idioma extranjero, comparta esa inseguridad. O quizá no. Tal vez haya aceptado sin más lo que le dijeron en el consejo de acreditación: que la profesión en la que se estaba iniciando era conocida en el mundo anglófono como «cuidadora»; que en adelante su trabajo consistiría en cuidar a gente o en que le importara esa gente, y que no debía presuponer que esos cuidados tuvieran nada que ver con el corazón, salvo por supuesto en el caso de enfermos cardíacos.

Pero ¿no es precisamente eso en lo que se ha transformado durante los últimos cuatro meses, en un caso del corazón, *un cardiaque*? Hace mucho tiempo, su corazón era el más fuerte de sus órganos. Cualquier otro de sus órganos hermanados podía fallarle —los intestinos, el bazo, el cerebro—, pero su corazón, puesto a prueba primero en Magill Road y luego en la sala de operaciones, le serviría fielmente hasta el final.

«Querida Marijana —escribe, esta vez con una pluma de verdad y sobre papel de verdad—. ¿Acaso piensa realmente usted, o su marido, que a cambio de lo que cuesta la escuela de Drago voy a intentar imponerle mi persona? Ni se me ocurriría. Y además, la señora Costello siempre está presente para asegurarse de que no me pase de la raya. “Ninguna mujer que tenga ojos en la cara querría estar con un tipo como usted”, dice la señora Costello. Estoy completamente de acuerdo.

»Ha tenido usted que tratar mucho conmigo por cuestiones de trabajo, tal vez demasiado. Déjeme simplemente que le diga estas palabras: por los cuidados imparciales que usted me ha prodigado, le estaré agradecido hasta el día de mi

muerte. Si me ofrezco para ocuparme de la educación de Drago es solo con el fin de pagar esa deuda.

»Miroslav y yo hemos estado hablando acerca de un fondo fiduciario. Si un fondo fiduciario es lo que Miroslav necesita para sentirse cómodo, yo me encargaré de abrir uno. Para Drago; de hecho para sus tres hijos.

»La señora Costello, que parece saberlo todo, me ha dado su dirección. ¿Podrían usted y Miroslav replantearse la cuestión y hacerme el honor de aceptar un regalo que es, como suele decirse, sin ningún tipo de compromiso?

»Afectuosamente,

»Paul Rayment».

La carta para Marijana está dirigida a la atención de la señora Lidija Karadžić, de Elizabeth Norte. Espera que solo haya una familia Karadžić en Elizabeth Norte; y espera haber puesto bien los diacríticos.

La respuesta de Marijana llega dos días más tarde, no en forma de carta — tampoco esperaba ninguna, puede imaginarse lo mucho que le costaría a ella escribir en inglés—, sino de llamada telefónica.

—Siento no ir a verle, señor Rayment —dice ella—. Pero tenemos un montón de problemas. Blanka, ¿conoce a Blanka? Se ha metido en problemas.

Y le cuenta una larga historia sobre una cadena de plata, una cadena que ni siquiera es de plata auténtica, que se puede comprar por un dólar cincuenta en el mercado chino, y que un tendero, un judío, acusa a Blanka de haber robado, pero Blanka no la ha robado, es una amiga de ella quien la ha robado y se la ha dado a ella, y ella quería devolverla pero no ha tenido tiempo; y el judío dice que la cadena que no es de plata auténtica vale cuarenta y nueve con noventa y cinco y quiere llevarla a juicio, al tribunal de menores. Así que ahora Blanka se niega a comer, se niega a ir a la escuela, aunque solo falta una semana para los exámenes, y se pasa el día entero en su cuarto salvo ayer por la tarde, en que se puso su mejor ropa y salió sin querer decir adónde. Y Mel no sabe qué hacer y ella no sabe qué hacer. Así pues, ¿no conocerá él, Paul Rayment, a alguien con quien pueda hablar sobre Blanka, alguien que a su vez pueda hablar con el judío y hacer que retire la acusación?

—¿Cómo sabe que es judío, Marijana? —pregunta.

—Vale, es judío, no es judío, no importa.

—Tal vez yo soy judío. ¿Está segura de que no soy judío?

—Vale, olvídalo. Se me ha escapado. No es nada. No quiere hablar usted conmigo, pues dígalo y se acaba.

—Claro que quiero hablar. Claro que quiero ayudar. ¿Para qué estoy en este mundo si no es para ayudar? Deme los detalles. Dígame cuándo y dónde ha pasado todo ese asunto de la cadena de plata. Y cuénteme más cosas de la amiga de Blanka, la que estaba con ella en la tienda.

—Lo tengo aquí. La tienda es Happenstance —ella deletrea la palabra—, en Rundle Mall, y el encargado se llama señor Matthews.

—¿Y cuándo pasó este asunto con Happenstance?

—El viernes. El viernes por la tarde.

—¿Y su amiga?

—Blanka no quiere decir cómo se llama su amiga. Puede que Tracy. No lo sé.

—A ver qué puedo hacer, Marijana. No soy la mejor persona para esta clase de cosas, pero veré qué puedo hacer. ¿Dónde puedo localizarla?

—Puede llamarme, tiene mi número.

—¿Llamarla a casa? Pensé que estaba alojada en casa de su cuñada. Le escribí una carta allí. ¿No recibió mi carta?

Se produce un largo silencio.

—Todo es acabado —dice Marijana finalmente—. Puede llamarme.

Lo que Marijana quiere es un hombre influyente, y él no es un hombre influyente, ni siquiera está seguro de aprobar el fenómeno de los hombres influyentes. Pero así debe de ser como funcionan las cosas en Croacia, de manera que por el bien de Marijana y de su infeliz hija, que seguramente a estas alturas ya debe de haber aprendido la lección —es decir, ser más cuidadosa cuando roba cosas—, está dispuesto a intentarlo. ¿Se equivoca Marijana, después de todo, al creer que un hombre con un apellido refinado como Rayment y con una casa confortable en una zona eminentemente acomodada de la ciudad y con dinero para regalar puede conseguir cosas que quedan fuera del alcance de un mecánico de coches con un apellido extraño como Jokić?

—¿El señor Matthews? —dice él.

—Sí.

—¿Puedo hablar con usted en privado?

Happenstance —que vende lo que se denomina «trapitos»— no es, sin embargo, la clase de establecimiento donde uno puede hablar en privado. Debe de medir, como mucho, cinco metros cuadrados. Hay percheros atiborrados de ropa, un mostrador y una caja registradora, música machacona que viene de arriba y eso es todo. Así que lo que viene a decirle al señor Matthews tiene que decírselo en público.

—Una chica fue detenida aquí por hurto —dice—. El viernes pasado. Blanka Jokić. ¿Recuerda usted el caso?

El señor Matthews, que puede ser judío o no, y que hasta el momento ha sido totalmente afable, se pone visiblemente rígido. El señor Matthews está en la veintena. Es alto y delgado. Tiene unas cejas anchas y oscuras y el pelo rubio oxigenado y de punta.

—Me llamo Paul Rayment —continúa él—. Soy amigo de la familia Jokić. ¿Puedo decirle algo sobre Blanka?

El chaval —¿qué otra cosa es sino un chaval?— asiente con cautela.

—Blanka no ha hecho nunca nada parecido. Desde el viernes pasado está sufriendo un auténtico suplicio, se tortura a sí misma. Se avergüenza de lo que hizo. No se atreve a dejarse ver en público. Me arriesgaría a decir que ha aprendido la lección. Es solo una niña; no creo que se consiguiera nada bueno iniciando un

procedimiento criminal contra ella. Así que he venido a hacer una propuesta. Quiero pagar el artículo que se llevó, que según creo, era una cadena de plata que cuesta cincuenta dólares.

—Cuarenta y nueve con noventa y cinco.

—Si aceptan retirar los cargos, estoy dispuesto también a comprar artículos por valor de, digamos, quinientos dólares. En señal de buena voluntad. Y todo completamente legítimo.

El joven señor Matthews cabecea.

—Es política de la empresa —dice—. Todos los años perdemos un cinco por ciento del volumen de ventas, en todas las sucursales, por culpa de los robos. Tenemos que transmitirles un mensaje a todos los ladrones: si nos robáis, os llevaremos a juicio. Con todo el peso de la ley. Tolerancia cero. Es nuestra política. Lo siento.

—Pierden un cinco por ciento, pero lo cargan en el precio de los productos. No es una crítica, solo estoy señalando un hecho. Tienen una política con respecto a los ladrones. Me parece justo. Pero Blanka no es una ladrona. No es más que una niña que piensa como piensan los niños, de forma estúpida. Cree que la mala suerte solo afecta a los demás, que nunca la afectará a ella. Bueno, pues ahora ya sabe que a ella también le pueden pasar cosas malas. Si querían ustedes enseñarle una lección, ya se la han enseñado. No la olvidará. No volverá a robar, no vale la pena, la ha hecho demasiado desgraciada. Así que volvamos a mi oferta. Usted hace una llamada telefónica y retira los cargos; yo pago la cadena y además hago compras por valor de quinientos dólares, aquí y ahora.

El señor Matthews titubea visiblemente.

—Seiscientos dólares. Aquí tiene mi tarjeta. A la policía no le gusta llevar estos casos a juicio. Tienen cosas mejores en que perder el tiempo.

—No es una decisión que yo pueda tomar, digamos, unilateralmente. Hablaré con el encargado.

—El encargado es usted.

—Yo soy el encargado de esta tienda. Tenemos un encargado de área. Hablaré con él. Pero no puedo prometerle nada. Como le digo, la política de la empresa es llevar a juicio. Es la única forma que tenemos de transmitir el mensaje de que vamos en serio.

—Hable con su encargado de área ahora. Llámelo. Esperaré.

—El señor DeVito está fuera de la ciudad. Volverá el lunes.

—Puede que el señor DeVito esté fuera de la ciudad, pero se puede contactar con él. Hágale una llamada. Solucione este asunto.

El joven señor Matthews se retira al otro lado del mostrador, le da la espalda y saca su teléfono móvil. Al joven señor Matthews le están estropeando el día, y

además lo está haciendo un lisiado. No es que él sea un bravucón por naturaleza, pero buscar puntos débiles en el joven y después presionarlo y exprimirlo no le ha resultado una experiencia desagradable. Blanka Jokić: Matthews tardará en olvidar ese nombre.

La ayudante, una chica con un horrendo maquillaje blanco y labios violeta, los ha estado observando disimuladamente. Él le hace una señal para que se acerque:

—Ayúdeme a elegir algunas cosas —dice—. Lo último de lo último. Para una chica de catorce años.

Un amigo de la familia. Así es como él se presenta en Happenstance y así es como Happenstance lo ve: como un caballero anciano con una minusvalía que Dios sabe por qué razón decide velar por el bienestar de una chica con un nombre extraño. Y es cierto. Él es en realidad ese caballero anciano, ese benefactor de buen corazón. Es cierto, pero no es toda la verdad. Si brega con las multitudes del Rundle Mall, si negocia y embauca y compra cosas que no necesita, no es, o no es solo, por una muchacha a la que no ha visto en su vida.

¿Qué debe de parecerle a Marijana esa voluntad de dar con que él la persigue tan enconadamente? ¿Ha tenido algún otro cliente como él, otros viejos seniles que la adoraban? «Usted debe de saberlo. Las mujeres siempre se dan cuenta. La quiero». Cómo debieron de crisparle e irritarle: palabras de amor procedentes de un objeto de mera atención médica. Irritante pero, en última instancia, no grave. La fantasía, afanándose por emerger a la superficie, de un hombre encerrado demasiado tiempo a solas; un encaprichamiento; nada real.

¿Qué haría falta para que Marijana lo viera como algo real? ¿Y qué es algo real? ¿El deseo físico? ¿La intimidad sexual? Desde hace un tiempo ya han intimado, él y Marijana, más tiempo del que duran algunos matrimonios, de principio a fin. Pero toda la intimidad, toda la desnudez y toda la indefensión han venido siempre del mismo lado. Tráfico en un solo sentido; ningún intercambio; ni siquiera un beso; ni un besito en la mejilla. ¡Dos ex europeos!

—¿Se encuentra bien? —dice una voz.

Él está mirando a los ojos, los ojos perfectamente amables, de una joven con uniforme azul. Una agente de policía.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

Ella mira al hombre que tiene al lado, otro agente.

—¿Dónde vive?

—En Adelaida Norte. En Coniston Terrace.

—¿Y cómo va a volver a casa?

—Caminaré hasta la calle Pulteney y allí cogeré un taxi. ¿Hay algún problema con eso?

—No. Ningún problema.

Se cuelga de un brazo las bolsas de Happenstance, agarra sus muletas y se aparta del contenedor de basura en el que está apoyado. Sin decir palabra, con la cabeza bien alta, se abre paso entre la multitud.

—Ella no se lo puede quedar —dice Marijana—. No. No posible.

Él no podría estar más de acuerdo. Es imposible. A uno lo pillan robando una cadena de plata que ni siquiera es de plata, que no es más de plata que algo que se pueda comprar en el mercado chino por un dólar y medio, ¿y qué pasa? Que lo recompensan con quinientos dólares en trapitos. ¿Cómo va a ser justo? ¿Qué dirá Drago cuando se entere?

Blanka, la oveja negra de la familia. Drago, la luz resplandeciente, el ángel con la espada, el defensor del honor familiar. Comandante Drago Jokić, de la Real Marina Australiana.

—Guarde las cosas en un armario —le dice a Marijana. Está de buen humor. Los dos están hablando de nuevo por teléfono, como viejos amigos cotilleando—. Es lo que haría yo. Sáquelas como un incentivo, prenda a prenda, si ella acepta volver a la escuela y todo eso. Pero tendrá que darse prisa. Dentro de un mes ya habrán pasado de moda.

Marijana no responde. Él no recuerda que ella se haya mostrado nunca receptiva a su sentido del humor. ¿Resulta demasiado frívolo para su gusto? ¿Lo encuentra demasiado sutil, demasiado trivial, demasiado bromista? ¿O es que no se siente lo bastante cómoda con el inglés para la esgrima verbal? «No es más que un juego —debería decirle él—. En algunas partes se lo llama chanza. Tendría que practicarlo. No es difícil de jugar, no le cambiaría el carácter».

El carácter de Marijana: sólido, práctico. Miroslav es menos prosaico. Está claro que Miroslav, que se pasó un año de su vida montando un pato con muelles y ruedas dentadas y apareció con su mascota en la televisión croata, debe de tener sentido del humor. Y también Drago, con su risa salvaje y forzada. Drago arrojado en medio de su padre y su madre. Buen tenista, dice Marijana. Devolviendo pelotas.

Tres tipos balcánicos. Tres caracteres balcánicos. Pero ¿desde cuándo ha sido él un experto en sutileza, o en los Balcanes? «Muchos croatas —dice *La gente de los Balcanes*—, negarán que Croacia pertenece a los Balcanes. Croacia forma parte del Occidente católico, dirán».

—Siempre peleando —está diciendo Marijana al teléfono.

—¿Peleando? ¿Quién se pelea?

—Drago y su padre. Drago dice que quiere mudarse a su trastero.

—¿A mi trastero?

—Yo digo no. Yo digo el señor Rayment es un buen hombre, ya tiene bastantes problemas por culpa de los Jokić.

—El señor Rayment no es un buen hombre, solo pretende ayudar. Drago no puede irse a vivir a mi trastero ni al de nadie, es una tontería. Pero si las relaciones

con su padre son tensas, y si tiene la bendición de usted, dígame que será bien recibido si vuelve y se queda unos días. ¿Qué le gusta cenar? ¿Pizza? Dígame que pediré una pizza gigante todas las noches, solo para él. Dos pizzas gigantes, si quiere. Está en edad de crecer.

Así es como sucede. En un santiamén. Si quedaban nubes, se han disipado.

—Son lo que se llama impresiones de albúmina —le dice a Drago—. El papel se recubre con una capa de clara de huevo diluida, con cristales de cloruro de plata en suspensión. Luego se expone a la luz bajo el negativo de cristal. Luego se fija por procedimientos químicos. Era una forma de positivar que acababa de inventarse en la época de Fauchery. Mira, aquí hay una impresión previa a las de albúmina, para comparar: empapada en una solución de sales de plata. ¿Ves que la de Fauchery es mucho más compacta y luminosa? Es por la profundidad de la capa de albúmina. Es de menos de un milímetro, pero ese milímetro es el que marca la diferencia. Echa un vistazo por el microscopio.

Quiere resultarle interesante a Drago, es decir, a un representante inteligente de la época que se avecina, pero no resulta fácil. ¿Qué puede él ofrecer? Una bicicleta rota. Una pierna truncada, probablemente más repelente que atractiva. Y un armario lleno de fotos viejas. En resumen, no mucho. No mucho si quiere convertir al muchacho en su ahijado místico.

Pero Drago, el hijo excelente de una madre excelente y —¿quién sabe?— tal vez también de un padre excelente, da muestras de una educación intachable. Observa obedientemente por el microscopio y toma nota del milímetro de huevo de gallina desecado que se supone que marca la diferencia.

—Usted también era fotógrafo, ¿verdad, señor Rayment?

—Sí, tenía un estudio en Unley. Durante una temporada también di clases nocturnas de fotografía. Pero nunca fui, ¿cómo decirlo?, un artista de la cámara. Siempre fui más bien un técnico.

¿Es algo por lo que uno deba disculparse, el hecho de no ser un artista? ¿Por qué tiene que disculparse? ¿Por qué iba a esperar el joven Drago que él fuera un artista? El joven Drago, cuya meta en la vida es ser un técnico de la guerra.

—Fauchery tampoco era un artista —dice—, por lo menos hasta que vino a Australia. Llegó de París durante la fiebre del oro de la década de mil ochocientos cincuenta. Estuvo buscando oro en plan aficionado, en Victoria, por probar suerte, pero sobre todo se dedicó a hacer fotos. —Señala al grupo de mujeres ante la puerta de la casa de adobe y cañas—. Fue entonces cuando descubrió su talento. Y cuando perfeccionó su técnica. Asumió pleno control sobre su medio. Que es lo que todo gran fotógrafo debe conseguir.

—Mi madre quería ser artista, en Croacia.

—¿En serio?

—Sí, estudió bellas artes. Y al acabar la carrera se metió en restauración, ya sabe, restaurar frescos antiguos y cosas así.

—¡Qué interesante...! No sabía eso de ella. La restauración es una profesión que requiere mucha destreza. Puede considerarse un arte en sí mismo, salvo por el hecho de que la originalidad no está bien vista. La primera norma de la restauración: respeta la voluntad del artista. Nunca intentes mejorarlo. A tu madre debió de resultarle difícil dejar su trabajo artístico y hacerse enfermera. ¿Todavía pinta?

—Todavía tiene, ya sabe, los pinceles y el equipo y esas cosas. Pero ya no tiene tiempo.

—No, estoy seguro de que no. Con todo, es una enfermera de primera. Honra a su profesión. Supongo que lo sabes.

Drago asiente.

—¿Dónde consiguió esas fotografías, señor Rayment?

—Las he ido recopilando durante muchos años. Iba a anticuarios, a subastas, compraba álbumes antiguos, cajas enteras llenas de fotografías antiguas, la mayor parte basura, pero de vez en cuando me encontraba algo que valía la pena guardar. Cuando una fotografía estaba en mal estado, yo mismo la restauraba. No es tan difícil, ni mucho menos, como restaurar frescos, pero también es un trabajo especializado. Durante años ese fue mi hobby. Así es como pasaba el tiempo libre. Si tu tiempo no te resulta demasiado valioso, al menos puedes dedicarlo a algo útil. Eso me decía a mí mismo. Cuando me muera, donaré mi colección. Se convertirá en propiedad pública. En parte de nuestra memoria histórica. —Y extiende las manos en un gesto extraño e involuntario.

Asombrosamente, está a punto de llorar. ¿Por qué? ¿Porque se ha atrevido a mencionar su muerte ante este chico, este precursor de la generación que va a asumir el control de su mundo y lo va a pisotear? Tal vez. Pero es más probable que sea por la palabra «nuestra». «Nuestra memoria, la tuya y la mía». Porque tal vez solo esa imagen que tienen delante, esa distribución de partículas de plata que registra la forma en que la luz del sol, un día de 1855, daba sobre las caras de dos mujeres irlandesas muertas hace mucho tiempo, una imagen en cuya creación él, el muchacho de Lourdes, no participó para nada, pueda, como un amuleto místico —«Yo estuve aquí, yo viví, yo sufrí»—, tener el poder de unirlos a los dos.

—En cualquier caso —continúa—, si te aburres, si no tienes nada mejor que hacer, echa un vistazo al resto de las fotos, con total libertad. Pero no las saques de las fundas. Y asegúrate de volver a guardarlas en el mismo orden.

Una hora más tarde, mientras se está preparando para ir a la cama, Drago asoma la cabeza por la puerta.

—¿Tiene ordenador, señor Rayment?

—Sí. Lo encontrarás en el suelo, debajo del escritorio. No lo uso mucho.

Drago vuelve enseguida.

—No encuentro la conexión, señor Rayment. Para el módem.

—Lo siento, no te entiendo.

—La conexión. ¿No hay un cable en alguna parte para conectarlo a Internet?

—No, no es un ordenador de esos. Lo uso para escribir cartas de vez en cuando. ¿Qué quieres hacer? ¿Para qué lo necesitas?

Drago le dedica una sonrisa de incredulidad.

—Para todo. ¿Cuándo compró ese ordenador?

—No me acuerdo. En mil novecientos ochenta y tantos. No está actualizado. Si necesitas algo más avanzado, no puedo ayudarte.

Drago no aparca el tema ahí. La noche siguiente están en la cocina, cenando. Él no ha pedido pizza, en contra de lo que había dicho. Lo que ha hecho es cocinar un buen risotto, con champiñones y vino de Sauternes.

—¿Odia usted las cosas que son nuevas, señor Rayment? —dice Drago sin venir a cuento.

—No. ¿Por qué lo dices?

—No le estoy, ya sabe, culpando. No es más que el estilo, el estilo de todo. —Se reclina en su silla y hace un gesto despreocupado con la mano, indicando, como él dice, todo—. No pasa nada. Estoy preguntando, nada más. ¿No hay nada nuevo que le guste?

El piso de Coniston Terrace forma parte de un bloque remodelado de antes de la guerra. Tiene techos altos y es espacioso, pero no demasiado grande. Se lo compró después del divorcio. Era exactamente lo que él, en calidad de soltero redescubierto, quería. Lleva viviendo ahí desde entonces.

Parte del trato cuando compró el piso era que tenía que quedarse los muebles del anterior propietario. Eran unos muebles macizos y oscuros, que no le gustaban nada; siempre tuvo intención de cambiarlos, pero nunca encontró las fuerzas para hacerlo. Al contrario, con el paso de los años, se ha adaptado a su entorno y él mismo se ha vuelto un poco más pesado, más sombrío.

—Te voy a contestar sin rodeos, Drago, pero no para que te rías de mí. El tiempo, la historia, me han dejado atrás. Este piso y todo lo que hay en él se han quedado atrás. No hay nada de extraño en ello, en que la historia lo deje a uno atrás. A ti también te pasará, si vives lo suficiente. Ahora dime, ¿a qué viene realmente esta conversación? ¿Es por un ordenador que no cumple tus expectativas?

Drago se lo queda mirando con estupefacción. Y, de hecho, él también se ha sorprendido a sí mismo. ¿Por qué unas palabras tan cortantes? ¿Qué ha hecho el pobre muchacho para merecerlas? «¿Odia usted las cosas que son nuevas?». Parece una pregunta apropiada para un viejo. ¿Por qué sentirse ofendido?

—Hubo una vez en que todo esto fue nuevo —dice, haciendo exactamente el mismo gesto con la mano que ha hecho antes Drago—. Todo lo que hay en el mundo fue nuevo alguna vez. Hasta yo fui nuevo. En el momento de nacer, yo era lo último y lo más nuevo que había sobre la Tierra. Luego el tiempo empezó a hacer mella en mí. Igual que hará mella en ti. El tiempo te consumirá, Drago. Un día estarás sentado en tu bonita casa nueva con tu guapa nueva esposa y tu hijo se volverá hacia vosotros y os dirá: «¿Por qué sois tan anticuados?». Cuando llegue ese día, espero que recuerdes esta conversación.

Drago coge con el tenedor un último bocado de risotto, un último bocado de ensalada.

—Las pasadas navidades fuimos a Croacia —dice—. Mi madre y mis hermanas y yo. A Zadar. Allí es donde viven los padres de mi madre. Ya son muy viejos. A ellos también los ha dejado atrás el tiempo, como usted dice. Mi madre les compró un ordenador y les enseñamos a usarlo. Así que ahora pueden comprar por Internet, pueden enviar correo electrónico y nosotros podemos mandarles fotos. Les gusta. Y son bastante viejos.

—¿Y qué?

—Pues que usted puede elegir —dice Drago—. Es lo único que estoy diciendo.

Cuando invitó a Drago a quedarse, no había nada detrás de la invitación que él pudiera considerar —elige la escrupulosamente desaprobadora palabra del momento, la sopesa, la prueba— «inapropiado». Su corazón, en la medida en que puede mirar en el interior de su corazón, era y es puro, sus motivos son inocentes. Le cae bien Drago de una forma mesurada, con un afecto apropiado como el de cualquier hombre hacia su hijo adoptado o hacia su futuro hijo.

La convivencia que él había imaginado entre ambos era más bien tranquila: unas cuantas veladas de camaradería juntos, Drago sentado ante sus deberes a la mesa del comedor y él en un sillón con un libro, mientras esperaban a que los ánimos se calmaran en casa de los Jokić.

Pero las cosas no resultan ser así. Drago trae amigos a casa; pronto el piso se vuelve tan ruidoso y confuso como una estación de tren. La cocina es un caos de envases de cartón de comida para llevar y platos sucios; el cuarto de baño está siempre ocupado. El tranquilo avance en el grado de intimidad entre ambos que él había esperado no se produce en absoluto. De hecho, tiene la sensación de que Drago lo está evitando. Después de la noche del risotto de champiñones, ya ni siquiera comen juntos.

—Me estoy haciendo una tortilla para cenar —anuncia en el tono más despreocupado posible—. ¿Quieres que te haga otra? ¿Con jamón y tomate?

—No, gracias —dice Drago—. Voy a salir. Uno de mis amigos pasará a recogerme. Comeremos algo fuera.

—¿Tienes dinero?

—Sí, gracias, mi madre me ha dado dinero.

El amigo en cuestión es un pelirrojo con acné que se llama Shaun y que a él le cae mal en cuanto lo ve. Shaun, que según Drago no va mucho a la escuela porque toca en un grupo, está siempre rondando por el piso. Él y Drago salen cuando ya es de noche, vuelven tarde y se encierran en lo que antes era su estudio y ahora es la habitación de Drago. La música y el murmullo de sus voces lo mantienen despierto hasta avanzada la madrugada. Malhumorado y triste, permanece tendido a oscuras escuchando la BBC.

—No es solo el ruido —se queja a Elizabeth Costello—. Drago está acostumbrado a una familia grande, no espero de él un silencio monacal. No, lo que me preocupa es la forma en que reacciona cuando me atrevo a pedirle un poco de consideración.

—¿Cómo reacciona?

—Corre un velo. Deja de verme. Es como si yo fuera un mueble más. Marijana dice que él y su padre siempre están a la greña. Bueno, empiezo a entender por qué.

Empiezo a compadecer a su padre.

Después de sus frías palabras junto al río, él había pensado que no volvería a ver a Elizabeth Costello. Pero no, ella ha vuelto, tal vez porque no puede renunciar a él, pero también porque no se encuentra bien. Ha perdido peso; se la ve muy débil; tiene una tos persistente.

—¡Pobre Paul! —dice—. ¡En las postrimerías de la vida, tan monacal, como dice usted, tan aferrado a sus costumbres, y ahora tan cascarrabias! ¡Qué intento tan insensato de hacer de niño! En abstracto, estoy segura de que le gustaría querer al joven Drago, pero la realidad de la vida cotidiana no hace más que impedirselo. No podemos querer simplemente a voluntad, Paul. Tenemos que aprender. Es por eso por lo que las almas descienden de su reino en las alturas y se prestan a nacer de nuevo: para que, mientras crecen a nuestro lado, puedan guiarnos por la dura senda del amor. Desde el principio, usted vio algo angelical en Drago, y estoy segura de que no se equivoca. Drago ha permanecido en contacto con sus orígenes sobrenaturales más tiempo que la mayoría de los chicos. Venza su propia decepción, su irritación. Aprenda de Drago ahora que puede. Un día de estos, las últimas volutas de gloria que va dejando a su paso se esfumarán en el aire y se convertirá, simplemente, en uno de nosotros.

»Cree que estoy loca, ¿verdad?, o que he perdido el contacto con la realidad. Pero recuerde: he criado a dos hijos, dos hijos reales, no místicos; usted no ha criado a ninguno. Yo sé para qué sirven los hijos, usted todavía lo ignora. Así que preste atención cuando hablo, aunque hable con figuras retóricas. Tenemos hijos para poder aprender a amar y a servir. A través de los hijos nos convertimos en los sirvientes del tiempo. Mire en su interior. Pregúntese si dispone de las reservas de fortaleza que necesitará para el viaje, y de aguante. Si no, tal vez debería retirarse. No es demasiado tarde.

Hablar con figuras retóricas. Ángeles de las alturas. Es el discurso más desconcertante que ella ha dado desde el galimatías de la mujer de las gafas oscuras. ¿Acaso está perdiendo la cabeza por no comer? ¿Está intentando burlarse de él otra vez? ¿Debería ofrecerle algo más que una taza de té? Él la mira con dureza, con toda la dureza que puede. Pero ella no titubea. Al parecer, cree en lo que está diciendo.

En cuanto al acuerdo al que solemnemente llegaron Marijana y él, parece haberse quedado en papel mojado. Ella no se presenta ningún día y tampoco da ninguna explicación. Su hijo, en cambio, es bendecido con frecuentes llamadas telefónicas. De esas conversaciones, que son en croata, él solo oye un monosílabo por parte de Drago de vez en cuando.

Hasta que una tarde, cuando él menos lo espera, Marijana se presenta en su casa. Drago no ha vuelto de la escuela y él está haciendo la siesta.

—Señor Rayment, ¿yo lo desperté? Lo siento. He llamado y nadie abre. ¿Quiere que le haga té?

—No, gracias. —Está molesto porque lo han pillado dormido.

—¿Cómo está su pierna?

—¿Mi pierna? Mi pierna está bien.

Una pregunta estúpida y una respuesta estúpida. ¿Cómo va a estar bien su pierna? No tiene pierna. La pierna en cuestión hace tiempo que se la cortaron y la incineraron. «¿Cómo está su ausencia de pierna?»: eso es lo que debería haberle preguntado. «Mi ausencia de pierna no está bien, si quiere que le diga la verdad. La ausencia de mi pierna ha dejado un agujero en mi vida, como vería cualquiera que tenga ojos en la cara».

Marijana ha traído con ella a Ljuba. Él intenta ocultar su irritación por deferencia a la niña.

Marijana se abre paso a través del desorden de cosas tiradas por el suelo y se sienta a los pies de su cama.

—Usted tenía buena vida, buena y tranquila —dice—. Y, de repente, ¡pfu! Le atropella un coche. Y, luego, ¡pfu!, le atropella la familia Jokić. Y ya no es tan buena, ¿eh? Lo siento. ¿No quiere té? ¿Seguro? ¿Cómo se lleva con Drago?

—No tengo ninguna queja. Nos llevamos bastante bien. Estoy seguro de que estar con gente joven me hace bien. Me anima.

—Usted y él se hacen amigos, ¿eh? Bien. Blanka le manda gracias.

—No ha sido nada.

—Blanka viene un día a decir gracias en persona. Pero hoy no. Sigue siendo, ya sabe, la niña de papá.

Lo cual él interpreta como: sigue habiendo dos bandos en el seno de los Jokić, el bando del padre y el bando de la madre. Y todo es por culpa de usted, Paul Rayment. De la tormenta que usted ha desencadenado. De la pasión incipiente por su mujer de la limpieza que fue usted tan necio de declarar.

—¡Vaya! ¡Tiene usted una nueva visita!

Por un momento él no entiende a qué se refiere. Luego reconoce lo que ella tiene en la mano y está examinando: la media de nailon con que la señora Costello le vendó los ojos, la media que por alguna razón él ató a la base de la lámpara de su mesita de noche y dejó allí olvidada.

Con gesto delicado, Marijana se acerca la media a la nariz.

—¡Flor de limonero! —dice—. ¡Qué agradable...! A la amiga de usted le gusta el limón, ¿eh? En Croacia, ¿sabe?, tiramos flores de limonero a la mujer y el hombre cuando se casan en la iglesia. Una tradición antigua. No arroz, flores de limonero. Para que tengan muchos hijos.

El sentido del humor de Marijana. No es precisamente sutil. Va a tener que

adaptarse a él, si aspira a convertirse algún día en su novio místico y recibir una lluvia de pétalos de limonero.

—No es lo que parece —dice él—. No pienso dar explicaciones. Límitese a aceptar lo que le digo. No es lo que usted piensa.

Marijana sostiene la media con el brazo extendido y la deja caer ostentosamente al suelo.

—¿Quiere saber lo que pienso? No pienso nada. Nada.

Se hace el silencio. No pasa nada, se dice a sí mismo, ya nos conocemos bastante a estas alturas, Marijana y yo, para tener nuestros pequeños *contretemps*.

—Muy bien —dice Marijana—. Ahora le miraré la pierna y luego lo lavo y hacemos ejercicios como siempre. Hemos descuidado los ejercicios, ¿eh? Tal vez usted no hace ejercicio igual de bien cuando está solo. ¿Seguro que no quiere el *prosthese*?

—No quiero una prótesis, ni ahora ni nunca. Tema zanjado. Por favor, no hable de eso.

Marijana sale de la habitación. Ljuba se lo queda contemplando con esa mirada de enormes ojos negros que a él cada vez le parece más inquietante.

—Hola, Ljuba —dice—. Ljubica. —La expresión de cariño suena extraña en sus labios, presuntuosa. La niña no responde.

Marijana regresa con la palangana.

—Momento privado para el señor Rayment —dice—. Ve a hacer un dibujo para mamá.

Acompaña a la niña afuera y cierra la puerta. Se ha quitado las sandalias. Sus pies, se da cuenta por primera vez, son anchos y planos. Lleva las uñas de los pies pintadas de un sorprendente rojo oscuro, casi púrpura, del color de un moretón inflamado.

—¿Necesita ayuda? —dice ella.

Él niega con la cabeza y se quita los pantalones.

—Túmbese —dice ella. Le extiende una toalla pudorosamente sobre la cintura, se coloca el muñón sobre el regazo, desenrolla las vendas con destreza y le da un golpecito aprobador a la cosa desnuda—. Nada de *prosthese*, ¿eh? ¿Cree que le va a crecer otra vez la pierna, señor Rayment? Solo los niños piensan eso: que se corta y vuelve a crecer.

—Marijana, pare, por favor. Ya hemos tenido esta conversación antes. No quiero hablar...

—Vale, vale, no más hablar de *prosthese*. Quédese en casa, sus amigas lo visitarán, mejor así —le pasa el pulgar por la cicatriz—. Más barato. ¿No duele? ¿No pica?

Él niega con la cabeza.

—Bien —dice ella; y empieza a enjabonar el muñón.

El mal humor de él se está evaporando como la neblina matinal. «Lo que fuera —piensa—. Daría lo que fuera por...». Lo piensa con tanto fervor que resulta imposible que no le acabe llegando a Marijana. Pero la cara de ella permanece impassible. «Adorada —piensa—. ¡Adoro a esta mujer! ¡A pesar de todo!». Y también: «¡Me tiene en la palma de su mano!».

Ella termina de lavar el muñón, lo seca con cuidado y empieza el primer masaje. Después del primer masaje vienen los ejercicios de estiramiento. Después de los ejercicios de estiramiento, el segundo y último masaje.

«¡Que esto no acabe nunca!».

Ella tiene que estar acostumbrada a ello, todas las enfermeras tienen que estarlo: a que los hombres que están bajo sus cuidados se exciten físicamente. Debe de ser por eso por lo que es siempre tan rápida y tan eficiente, y evita mirarle a los ojos. Probablemente será así como las enseñan a tratar con la excitación masculina. «A veces sucederá que... Es importante comprender que... Esos movimientos son involuntarios y resultan tan embarazosos para el paciente como para la enfermera... Es mejor...». Momentos animados en una clase por lo demás aburrida.

Antes de la Caída, dice san Agustín, todos los movimientos del cuerpo estaban regidos por el alma, que se nutre de la esencia de Dios. Por tanto, si ahora nos encontramos a merced de caprichosos movimientos de partes del cuerpo, es consecuencia de una naturaleza caída, apartada de la divinidad. Pero ¿tenía razón el bendito Agustín? ¿Son los movimientos de las partes de su cuerpo puramente caprichosos? Para él todo se reduce a una cosa, un solo movimiento: la inflamación del alma, la inflamación del corazón, la inflamación del deseo. No se puede imaginar amar a Dios más de lo que ama a Marijana en estos momentos.

Marijana no va vestida con su uniforme azul, lo cual quiere decir que no considera hoy como día de trabajo, o al menos no lo consideraba cuando salió de casa. Lo que lleva es un vestido de color verde oliva con un cinturón negro y una pequeña raja en el lado izquierdo que deja ver una rodilla y un atisbo del muslo. Sus brazos morenos desnudos, sus piernas morenas y suaves. «¡Lo que fuera! —piensa de nuevo—. ¡Daría lo que fuera!». Y de alguna forma ese «¡Lo que fuera!» y su aprobación del vestido de color verde oliva, que le resulta irresistiblemente atractivo, no son distintos de su amor a Dios, quien, si no existe, al menos llena lo que de otra forma sería un agujero inmenso que lo devoraría todo.

—Ahora el lado izquierdo. —Ella recoloca la toalla para cubrirlo pudorosamente—. Haga fuerza contra mí.

Ella empuja el muñón hacia atrás. Se supone que él debe hacer fuerza hacia delante, en sentido contrario. Durante un breve intervalo, los dos permanecen en sus sitios, sin moverse: ella, agarrando el muslo cortado con ambas manos y apoyando

todo su peso en él, y él, agarrando el borde de la cama y resistiendo. «¡Tan lejos!... —piensa él—. ¡Tan cerca y sin embargo tan lejos!...». Podrían estar igualmente pecho contra pecho, presionando sus seres caídos el uno contra el otro. «¡Qué diría Wayne si se enterara de esto!». Pero, de no ser por Wayne Blight, nunca habría conocido a Marijana Jokić. De no ser por Wayne Blight, no habría conocido nunca esta presión, este amor, esta urgencia. *Felix, felix. Felix lapsus*. A fin de cuentas, todo ha acabado siendo bueno.

—Muy bien, ahora relájese —dice Marijana—. Bien. Ahora por delante.

Ella se sube un poco el vestido y se sienta a horcajadas sobre él. Por la radio, que fue lo que le hizo dormirse y que no ha sido apagada, un hombre habla de la industria automovilística coreana. Cifras por aquí, cifras por allá. Marijana desliza las manos bajo la camisa de él, encuentra con los pulgares un nudo de dolor por encima de la nalga y empieza a masajearlo. «Gracias, Dios», piensa él. Y gracias, Dios porque la Costello no esté aquí para observar y hacer comentarios.

—Štò rádiš, mama?

Él abre los ojos, sobresaltado. A un brazo de distancia, Ljuba lo está mirando fijamente. La severidad de su mirada es inconfundible. Ahí está él, viejo y feo y peludo y medio desnudo y sin duda apestoso a su angelical sentido olfativo, forcejeando con su madre, los dos atrapados en una postura que ni siquiera tiene la majestad repulsiva del acto sexual.

Durante un instante, mientras la niña hablaba, él ha sentido que Marijana se quedaba paralizada. Ahora ella reanuda el ritmo de su masaje.

—El señor Rayment tiene dolor —dice ella—. Mamá es enfermera, ¿recuerdas?

—Ya está bien por hoy, Marijana —dice él, y se apresura a cubrirse—. Gracias.

Marijana se baja de la cama, se pone sus sandalias y coge a Ljuba de la mano.

—No te chupes pulgar —dice ella—. Es feo. Muy bien, señor Rayment. Tal vez dolor se va ahora.

Es sábado. Marijana se ha encerrado en el estudio con Drago; a juzgar por lo que se oye, están teniendo una pelea. La voz de ella, rápida e insistente, se alza de vez en cuando por encima de la de su hijo y la aplasta.

Ljuba está en la escalera, saltando arriba y abajo los escalones y haciendo mucho ruido.

—¡Ljuba! —la llama él—. ¡Ven a comerte un yogur!

La niña no le hace caso.

Marijana sale del estudio.

—¿Le importa que dejo a Ljuba aquí? Ella se queda con Drago. No causa problemas. Yo vuelvo más tarde a buscarla.

Él había esperado recibir de Marijana un poco más de lo que él le paga para que ella le proporcione, tal vez incluso, otra sesión de cuidados corporales; pero evidentemente, eso no iba a suceder pronto. Dos veces al mes, como un reloj, un pequeño mecanismo en el banco transfiere dinero de la cuenta de Rayment a la de los Jokić. A cambio de su dinero, a cambio del refugio de su casa que le proporciona a Drago, ¿qué recibe él? Un servicio de compra, cada vez más irregular; cuidados esporádicos de tipo sanitario profesional. Un negocio bastante ventajoso desde el punto de vista de Marijana. Y, sin embargo, tal como no deja de decirle la Costello, si quiere ser padre será mejor que descubra lo que realmente es la paternidad, una paternidad de tipo místico.

Marijana acaba de marcharse cuando se oyen voces procedentes de la escalera y Ljuba vuelve a aparecer seguida por la Costello y el amigo de Drago, Shaun, que hoy va vestido con una camiseta negra holgada y pantalones hasta los tobillos.

—Hola, Paul —dice la Costello—. Espero que no le importe que nos colemos en su casa. Ljuba, cariño, dile a Drago que Shaun está aquí.

Él y ella se quedan un momento a solas, los dos mayores.

—No es exactamente de la misma clase que Drago, nuestro amigo Shaun —dice la Costello—. Pero es así como parecen comportarse los dioses y los ángeles: eligen juntarse con los mortales más penosamente vulgares.

Él no dice nada.

—Hay una historia que hace tiempo que quiero contarle y que creo que le divertirá —continúa ella—. Procede del pasado lejano, de cuando yo era joven. Uno de los chicos de nuestra calle se parecía mucho a Drago. Los mismos ojos oscuros, las mismas largas pestañas, el mismo atractivo no del todo humano. Yo estaba loca por él. Por entonces yo tendría unos catorce años y él era un poco mayor. En aquella época yo todavía rezaba. «Dios», decía, «haz que me dedique solo una de sus sonrisas y seré tuya para siempre».

—¿Y?

—Dios no me hizo caso. Ni el chico tampoco. Mis anhelos de doncella jamás fueron satisfechos. Así que, por desgracia, nunca me convertí en hija de Dios. Lo último que supe del señor Pestañas es que estaba casado, que se había mudado a la Gold Coast y que se estaba forrando con el negocio inmobiliario.

—Entonces, ¿es todo mentira? ¿Eso de que los elegidos de los dioses mueren jóvenes?

—Me temo que sí. Me temo que los dioses ya no tienen tiempo para nosotros, ni para amarnos por un lado ni para castigarnos por el otro. Ya tienen bastantes problemas en su comunidad fortificada.

—¿Ni siquiera tienen tiempo para Drago Jokić? ¿Es esa la moraleja de su historia?

—Ni siquiera para Drago Jokić. Drago está solo.

—Como el resto de nosotros.

—Como el resto de nosotros. Él puede estar tranquilo. No hay ningún grandioso destino fatal pendiendo sobre su cabeza. Puede ser marinero, o soldado, o chapista, o sastre, lo que él decida. Hasta puede entrar en el negocio inmobiliario.

Es la primera conversación entre él y la Costello que llamaría cordial, incluso amigable. Por una vez, están en el mismo bando: dos viejos confabulados contra los jóvenes.

¿Puede ser esa la verdadera explicación de por qué la mujer ha aparecido en su vida sin previo aviso: no para usarlo en un libro, sino para iniciarlo en la compañía de los ancianos? ¿Es posible que todo este asunto de los Jokić, con su irreflexiva y hasta el momento infructuosa pasión por la señora Jokić en el centro, no sea a fin de cuentas nada más que un complicado rito iniciático, y que Elizabeth Costello haya sido enviada para guiarlo en el proceso? Él creía que Wayne Blight era el ángel asignado a su caso; pero tal vez todos actúan juntos, ella y Wayne y Drago.

Drago asoma la cabeza por la puerta.

—¿Podemos Shaun y yo echar una ojeada a sus cámaras, señor Rayment?

—Sí. Pero tened cuidado, y volved a guardarlas en las fundas cuando hayáis terminado.

—¿A Drago le interesa la fotografía? —murmura Elizabeth Costello.

—Las cámaras. Nunca ha visto ningunas parecidas a las mías. Solo conoce esas electrónicas que hay ahora. Una Hasselblad es para él como un barco de vela, o como un trirreme. Una antigüedad. También se pasa horas mirando mis fotografías, las del siglo diecinueve. Al principio me parecía raro, pero tal vez no lo sea tanto después de todo. Quizá esté experimentando la sensación de lo que debe de ser tener un pasado australiano, una ascendencia australiana, antepasados australianos del tipo místico. En lugar de ser un simple chico refugiado con un nombre extraño.

—¿Es eso lo que le dice a usted?

—No, ni se le ocurriría contármelo. Pero puedo adivinarlo. Y comprenderlo. La experiencia del inmigrante no me es del todo desconocida.

—Sí, claro. Siempre me olvido. Como está usted hecho todo un caballero anglosajón de Adelaida, se me olvida que no es usted inglés. El señor Rayment, cuyo nombre rima con *payment*, con pagar.

—Rima con *vraiment*, con la verdad. He tomado tres dosis de la experiencia del inmigrante, no solo una, así que se me ha grabado muy adentro. Primero cuando me desarraigaron de niño y me trajeron a Australia; luego, cuando declaré mi independencia y regresé a Francia; después, cuando renuncié a Francia y volví a Australia. «¿Es este el sitio al que pertenezco?», me preguntaba a cada traslado. «¿Es este mi verdadero hogar?».

—Regresó usted a Francia, me había olvidado. Un día tiene que contarme más cosas de aquel período de su vida. Pero ¿cuál es la verdadera respuesta a su pregunta? ¿Es este su verdadero hogar? —Hace un gesto con la mano que abarca no solo la habitación en la que están sentados, sino también la ciudad y, más allá, las colinas y las montañas y los desiertos del continente.

Él se encoge de hombros.

—Siempre me ha parecido un concepto muy inglés, eso del hogar. «Casa y hogar», dicen los ingleses. Para ellos, el hogar es el sitio donde arde el fuego en la chimenea, donde uno va a calentarse. El único lugar donde uno no está expuesto al frío. No, no siento calor aquí. —Hace un gesto con la mano que imita el de ella, lo parodia—. Parece que tengo frío allí donde voy. ¿No es eso lo que dijo usted de mí: «Es un hombre frío»?

La mujer no dice nada.

—Para los franceses, como sabe usted, no existe el «hogar». Para los franceses, uno se siente en casa cuando está entre los suyos, entre los que son como él. En Francia yo no me siento en casa. Eso está claro. No formo parte del «nosotros» de nadie.

Es lo más cerca que ha estado nunca, con la Costello, de lamentarse de su suerte, y la verdad es que le angustia un poco. «No formo parte del nosotros de nadie»: ¿cómo consigue ella arrancarle tales palabras? Una insinuación por aquí, una sugerencia por allá, y él la sigue como un corderito.

—¿Y Marijana? ¿No está usted deseoso de unirse al «nosotros» de Marijana y Drago? ¿Y Ljuba? ¿Y Blanka, a quien no ha visto usted en su vida?

—Esa es otra cuestión —dice él en tono cortante. Y no permite que lo lleve más allá.

Pasa el mediodía y Marijana no aparece. Drago le ha sujetado una muñeca a su hermana en la espalda con gomas elásticas; ella trota de una habitación a otra, con los

brazos extendidos, haciendo un ruido vibrante parecido al de un avión. Shaun se ha traído alguna clase de juego electrónico. Los dos chicos están sentados delante del televisor, que emite silbidos y zumbidos bajos.

—¿Sabe?, no tenemos por qué aguantar esto —dice Elizabeth Costello—. Estos jóvenes no necesitan que les hagan de niñeras. Podemos salir discretamente, ir otra vez al parque. Podemos sentarnos a la sombra y escuchar a los pájaros. Podemos considerarlo nuestra excursión de fin de semana, nuestra pequeña aventura.

Él está preparado para aceptar que le ayude Marijana, que al fin y al cabo trabaja de enfermera, pero no una mujer mayor que él. Envía a la Costello a esperar en la entrada, mientras él desciende a su paso las escaleras con sus muletas.

Al bajar pasa a su lado una de las vecinas, una chica de Singapur delgada y con gafas que junto con sus dos hermanas, silenciosas como ratones, ocupa el piso de encima del suyo. Él la saluda con la cabeza; ella no devuelve el saludo. En todo el tiempo que lleva viviendo en Coniston Terrace, las tres chicas siempre han actuado como si él no existiera. Cada una para sí misma: eso es lo que deben de haberles enseñado en su estado insular. A ser independientes.

Él y la Costello encuentran un banco vacío. Aparece un perro troteando: le echa un vistazo rápido y desinteresado a él, y luego se acerca a ella. Siempre resulta embarazoso cuando un perro hurga con el hocico en la entrepierna de una mujer. ¿Acaso le recuerda al sexo, sexo perruno, o simplemente está saboreando los olores complejos y poco familiares? Él siempre ha pensado en Elizabeth como en un ser asexual, pero tal vez un perro, que deposita su confianza en el olfato, pueda hacerse una idea más precisa.

Elizabeth soporta bien la exploración, deja que el perro haga lo que tiene que hacer y luego lo aparta sin perder el buen humor.

—Bueno... —dice ella—. Lo que me estaba usted contando.

—¿Qué le estaba contando?

—Me estaba contando la historia de su vida. Me estaba hablando de Francia. Yo estuve casada con un francés. ¿No se lo había dicho? Mi primer matrimonio. Una época inolvidable. Al final me abandonó por otra mujer. Me dejó con una criatura en las manos. Yo era, según él, demasiado voluble. «*Vipère*» era otro de los términos con que me calificaba, que en inglés no sería tanto una víbora como una culebra. «*Sale vipère*», así lo decía. Conmigo nunca sabía a qué atenerse. Se les da muy bien el orden, a los franceses. Se les da muy bien saber a qué atenerse. Pero ya basta de esto. Estábamos hablando de usted.

—Pensaba que usted creía que a los franceses se les daba muy bien la pasión. No el orden, sino la pasión.

Ella se lo queda mirando con rostro pensativo.

—La pasión y el orden, Paul. Las dos cosas, no la una o la otra. Pero siga con la

historia de su relación de amor con Francia.

—No es una historia larga. En la escuela yo era bueno en ciencias. No es que destacara en ciencias, yo no destacaba en nada, simplemente era bueno. En aquella época las ciencias parecían una buena apuesta de futuro. Parecían prometer seguridad, y eso era lo que mi madre quería por encima de todo para mi hermana y para mí: que encontráramos un hueco seguro para asentarnos en esta tierra extranjera donde el hombre al que había seguido, Dios sabe por qué, se retraía cada vez más en sí mismo, donde no teníamos una familia en la que apoyarnos y donde ella tenía problemas con el idioma y no conseguía adaptarse a las costumbres locales. Mi hermana se dedicó a la enseñanza, que era una forma de obtener seguridad, y yo a las ciencias.

»Pero entonces mi madre falleció, y ya no parecía tener mucho sentido ponerse una bata blanca y mirar un tubo de ensayo. Así que dejé la universidad y compré un billete para Europa. Me alojé con mi abuela en Toulouse y encontré trabajo en un laboratorio fotográfico. Así es como empezó mi carrera como fotógrafo. Pero ¿no sabe usted todo esto? Yo creía que usted lo sabía todo de mí.

—Es completamente nuevo para mí, Paul, se lo prometo. Usted vino a mí sin antecedentes de ninguna clase. Un hombre con una sola pierna y una pasión desafortunada hacia su enfermera, eso es todo. Su vida anterior era territorio virgen.

—Me alojé con mi abuela e intenté acercarme todo lo que pude a la familia de mi madre, porque en la Francia de la que veníamos, la Francia campesina, la familia lo es todo. Mis primos podían ser mecánicos de coches y dependientes y jefes de estación, pero en el fondo seguían siendo campesinos, solamente a una generación de distancia del pan negro y el estiércol de vaca. Estoy hablando de los años sesenta, por supuesto, una época ya pasada. Ahora es diferente. Todo ha cambiado.

—¿Y?

—No lo conseguí. No fui, digamos, aceptado. Me había perdido demasiado de lo que tendría que haber sido mi «formación». No solo una escolarización francesa, sino también una juventud francesa, incluyendo amistades juveniles, que pueden ser tan intensas como el amor, y más duraderas. Mis primos y la gente que conocí a través de ellos, gente de mi edad, ya tenía su vida decidida. Ya antes de dejar los estudios sabían a qué *métier* iban a dedicarse, con qué chico o chica se iban a casar y dónde iban a vivir. No podían entender qué hacía yo allí, aquel chico larguirucho con su acento peculiar y su mirada perpleja; y yo tampoco podía decírselo porque no lo sabía. Yo siempre era el raro, el extraño en un rincón durante las reuniones familiares. Entre ellos me llamaban *l'anglais*. Al principio me chocó mucho, porque yo no tenía nada que ver con Inglaterra y nunca había estado allí. Pero para ellos Australia era algo incomprensible. A sus ojos, los australianos no eran más que ingleses, con sus impermeables y su col hervida y demás, trasplantados al fin del mundo y

sobreviviendo como podían entre *kangourous*.

»Yo tenía un amigo, Roger, que hacía de repartidor para el estudio donde yo trabajaba. Los sábados por la tarde él y yo llenábamos los paqueteros de las bicicletas y nos íbamos pedaleando a Saint Girons o a Tarascon; o nos adentrábamos más en los Pirineos hasta llegar a Oust o Aulus-les-Bains. Comíamos en cafés, dormíamos al raso, pedaleábamos todo el día y volvíamos ya tarde el domingo, agotados y llenos de vida. Nunca tuvimos mucho que decirnos el uno al otro, él y yo, pero ahora me parece el mejor amigo que he tenido nunca, el mejor *copain*.

»En aquella época la historia de amor de los franceses con el automóvil todavía no había acabado de arrancar. Las carreteras estaban más vacías; deambular por la campiña en bicicleta no era algo tan extraño.

»Luego me lié con una chica, y de pronto tuve otras cosas en que emplear los fines de semana. Ella era de Marruecos: aquello sí que me hacía destacar. La primera de mis pasiones inapropiadas. Podríamos habernos casado si la familia de ella no lo hubiera impedido.

—¡Alcanzado por el rayo de la pasión! ¡Y además por una doncella exótica! ¡Eso sí que es material para un libro! ¡Qué deslumbrante! ¡Qué extravagante! Me asombra usted, Paul.

—No se burle. Fue todo muy decente, muy respetable. Ella estudiaba para ser bibliotecaria, hasta que la obligaron a regresar a casa.

—¿Y?

—Eso es todo. Su padre la obligó a regresar a casa y ella obedeció, así se acabó la historia. Yo me quedé otros seis meses en Toulouse, y por fin me rendí.

—Volvió a casa.

—A casa... ¿Qué quiere decir eso? Ya le he dicho lo que pienso del hogar. Una paloma tiene hogar, una abeja tiene hogar. Un inglés tiene hogar, tal vez. Yo tengo domicilio, residencia. Esta es mi residencia. Este apartamento. Esta ciudad. Este país. El hogar es algo demasiado místico para mí.

—Pero usted es australiano. No es francés. Hasta yo puedo ver eso.

—Puedo pasar por australiano. No puedo pasar por francés. Por lo que a mí respecta, ahí se termina todo este asunto de la identidad nacional: dónde pasa uno desapercibido y dónde no; dónde, por el contrario, destaca. Como un pulgar dolorido, como dicen los ingleses; o como una mancha, como dicen los franceses, una mancha en la inmaculada ropa blanca de casa. En cuanto al idioma, el inglés nunca ha sido mío del mismo modo en que es de usted. No tiene nada que ver con la fluidez. Yo hablo con total fluidez, como puede usted oír. Pero el inglés me llegó demasiado tarde. No llegó a mí con la leche materna. De hecho, no me llegó en absoluto. En privado siempre he sentido que soy una especie de muñeco de ventrilocuo. No soy yo quien habla el idioma, es el idioma el que habla a través de mí. No me viene de

dentro, de *mon coeur*. —Vacila, se examina a sí mismo. «Mi interior está vacío», estaba a punto de decir, «como estoy seguro de que puede oír»—. No intente atribuir a esta conversación más trascendencia de la que tiene, Elizabeth —dice en cambio—. No es significativa, es simplemente una divagación biográfica.

—¡Pero sí que es significativa, Paul, de verdad! Ya sabe, existe esa gente a la que yo llamo ctónica, esa gente que tiene los pies plantados en su tierra natal; y luego están las mariposas, criaturas de luz y de aire, residentes temporales, que se posan aquí y se posan allí. Usted afirma ser una mariposa, quiere ser una mariposa; pero un día sufre una caída, una caída catastrófica, y se estrella contra el suelo; y cuando se levanta descubre que ya no puede volar como un ser etéreo, ni siquiera puede caminar, no es usted más que un bulto de carne demasiado sólida. Está claro que aquí se nos presenta una lección, una lección que no puede ignorar ni desoír.

—¿En serio? ¿Una lección? Con un poco de ingenio, creo yo, señora Costello, se puede estrujar la secuencia más caprichosa de acontecimientos para extraer una lección. ¿Está intentando decirme que Dios tenía algún plan en mente cuando arremetió contra mí en Magill Road y me convirtió en un cojo? ¿Y qué me dice de usted? Me dijo que tenía un problema de corazón. Haga una interpretación de su problema cardíaco para mí. ¿Qué lección tenía Dios en mente cuando atacó a su corazón?

—Es verdad, Paul. Sí que tengo un problema cardíaco, no le estaba contando una trola. Pero no soy la única a la que le pasa. Usted también tiene un problema de corazón, ¿de verdad no lo sabía? Cuando llamé a su puerta, no fue para descubrir cómo puede un hombre montar en bicicleta con una sola pierna. Fue para averiguar qué pasa cuando un hombre de sesenta años compromete su corazón de forma inapropiada. Y, si no le importa que se lo diga, hasta ahora ha sido usted una decepción total.

Él se encoge de hombros.

—No vine a este mundo para entretenerla a usted. Si lo que quiere es entretenimiento —hace un gesto con la mano en dirección a los corredores, los ciclistas y la buena gente que saca a pasear sus perros—, tiene una amplia gama por explorar. ¿Por qué desperdiciar su tiempo con alguien que la exaspera con su cerrilidad y la decepciona constantemente? Abandóneme como se abandona un trabajo mal hecho. Vaya a imponer su presencia a otro candidato.

Ella se gira y le dedica una sonrisa que, por lo que puede ver, carece de malicia.

—Puede que sea caprichosa, Paul —dice ella—, pero no tanto. Caprichosa: como una cabra, saltando de una roca a otra. Soy demasiado vieja para saltar. Usted es mi roca. De momento, me quedaré con usted. Tal como le dije, ¿recuerda?, el amor es una fijación.

Él vuelve a encogerse de hombros. «El amor es una fijación». También se podría

decir que el amor es un rayo que cae donde le da la gana. Si él es un bebé ignorante por lo que respecta a las enfermedades del amor, no le parece que la Costello sea mejor que él. Pero no va a discutir con ella. Ya está cansado de discutir.

También tiene sed. Le iría muy bien una taza de té. Podrían cruzar el puente para ir a la cafetería que hay en la otra orilla. Podrían volver al piso, con todo su ruido y su desorden. O podrían olvidarse del té y seguir ociosos aquí junto al río, dejando pasar la tarde, viendo retozar las aves acuáticas. ¿Con qué se quedan?

—Hábleme de su matrimonio —dice Elizabeth Costello—. Casi nunca menciona a su esposa.

—Mejor será que no —dice él—. No estaría bien. A mi mujer no le haría gracia que yo se la ofreciera como personaje secundario de una de sus creaciones literarias. Pero si lo que quiere son historias, le contaré una de la época de mi matrimonio en la que no aparece mi esposa. Puede usarla para ilustrar mi personaje o no, como prefiera.

—Muy bien. Adelante.

—Data de la época en que aún regentaba el estudio en Unley. Yo tenía dos ayudantes, y resulta que una de ellas se enamoró de mí. Para ser precisos, no era amor sino adoración. Ella no tenía esperanzas de acabar conmigo. Por eso abordaba el tema con tanta naturalidad. Una chica realmente inteligente. Y guapa. Una chica de veinte años, con un rostro hermoso y saludable, pero con un cuerpo robusto y pesado, un cuerpo de jugador de rugby. Y no podía hacer nada al respecto. Ninguna dieta iba a salvarla ni a convertirla en una sílfide.

»Por aquella época, yo impartía clases nocturnas, en lo que antes era el politécnico. Principios de la fotografía. Tres noches a la semana, aquella chica venía a mis clases. Se sentaba en la última fila y se me quedaba mirando. No tomaba apuntes.

»“¿No le parece que esto ya es demasiado, Ellen?”, le dije. “Es mi única oportunidad”, contestó ella. Sin sonrojarse. No se sonrojaba nunca. “¿Su única oportunidad de qué?”. “De estar a solas con usted”. Así era como definía estar a solas conmigo: tener la libertad de sentarse en la clase, mirar y escuchar.

»Yo tenía una norma: no liarme nunca con empleadas. Pero aquella vez me falló la fuerza de voluntad. Violé la norma. Le dejé una nota: una hora, un lugar, nada más. Ella vino y yo la llevé a la cama.

»Probablemente espere usted oírme decir que fue una experiencia humillante, para ella y por tanto también para mí. Pero no fue humillante en absoluto. Incluso me atrevería a decir que fue gozosa. Y aprendí una lección de ello: que el amor no necesita ser recíproco, siempre y cuando haya suficiente amor en la habitación. Aquella chica tenía amor suficiente para los dos. Usted es la escritora, la experta del corazón, pero ¿sabía usted eso? Si se ama con la bastante intensidad, no es necesario ser correspondido.

La Costello guarda silencio.

—Ella me dio las gracias. Acostada en mis brazos, lloraba y decía entrecortadamente: «¡Gracias, gracias, gracias!». «No hay de qué», le dije. «No hace falta que nadie dé las gracias a nadie».

»Al día siguiente había una nota encima de mi mesa. “Siempre que me necesites...”. Pero no volví a llamarla, no intenté repetir la experiencia. Una vez fue suficiente para asimilar la lección.

»Ella siguió trabajando para mí otros dos años, manteniendo una distancia decorosa porque aquello parecía ser lo que yo quería. Ni lágrimas ni reproches. Y un día desapareció. No dijo una palabra, simplemente dejó de venir a trabajar. Hablé con su compañera, mi otra ayudante, pero no tenía ni idea. Llamé por teléfono a su madre. ¿Acaso yo no lo sabía?, me dijo la madre. Ellen había conseguido otro empleo y se había mudado a Brisbane para trabajar como representante de una empresa farmacéutica. ¿Es que no me había avisado? No, le dije. Aquella era la primera noticia que yo tenía. Oh, dijo la madre, ella nos dijo que había hablado con usted y que estaba usted bastante disgustado.

—¿Y?

—Eso es todo. Fin de la historia. «Yo estaba bastante disgustado»: además de la lección amorosa, aquella fue la parte que más me interesó. Porque yo no estaba disgustado, para nada. ¿Pensaba realmente la chica que yo estaría disgustado porque dejara de trabajar para mí? ¿O acaso la historia de que el jefe estaba disgustado no era más que algo que le contó a su madre para no parecer demasiado abyecta?

—¿Está pidiendo mi opinión? No conozco la respuesta, Paul. La afirmación de que usted, su jefe, estaba disgustado, puede ser la parte de la historia que le resulta más interesante, pero no es la que más me interesa a mí. La que a mí me interesa es el «¡Gracias, gracias!». ¿Es «gracias, gracias» lo que piensa decirle a Marijana en el caso de que se entregue a usted? ¿Por qué no le dijo usted «¡Gracias, gracias!» a la chica que yo le conseguí, la que eligió para prodigarle sus atenciones porque ella no podía verlo a usted en su estado tristemente disminuido?

—Yo no la elegí. Fue usted quien la propuso.

—Tonterías. Yo me limité a responder a su sugerencia. Usted la eligió en el ascensor del hospital. Soñaba con ella. Repito, ¿por qué no le dio las gracias? ¿Fue porque le pagó, y cuando usted paga no le hace falta dar las gracias? Su jugadora de rugby tenía suficiente amor para los dos, dice usted. ¿De verdad cree que el amor se puede medir? ¿Cree que va por volumen, como la cerveza? ¿Y que mientras usted traiga una caja entera, la otra parte puede venir con las manos vacías? ¿Con las manos vacías, con el corazón vacío? Gracias, Marijana (esta vez Marijana con jota), por dejarme que la quiera. Gracias por dejarme querer a sus hijos. Gracias por dejarme que le dé mi dinero. ¿De verdad es usted tan estúpido?

Él se pone tenso.

—Usted me ha pedido una historia y yo le he dado una historia. Siento que no le haya gustado. Dice usted que quiere escuchar historias, yo le ofrezco historias, y a cambio no obtengo más que burlas y desprecio. ¿Qué clase de intercambio es este?

—¿Qué clase de amor?, podría haber añadido usted. Yo no he dicho que no me gustara su historia. Me ha parecido interesante, y también bien contada, su historia con la jugadora de rugby. Incluso la interpretación que da es interesante en sí. Pero la cuestión que me reconcome es: ¿por qué elige contarme esta historia, esta y no otra?

—Porque es verdad.

—Claro que es verdad. Pero ¿qué importa que sea verdad? Seguramente no me corresponde a mí jugar a ser Dios, separar las ovejas de las cabras, desechar las historias falsas y preservar las verdaderas. Si tengo algún modelo no es Dios, sino el abad de Cîteaux, el célebre, el francés que les dijo a los soldados en su arenga pastoral: «Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos».

»No, Paul, no me importa lo más mínimo si me cuenta usted historias inventadas. Nuestras mentiras revelan tanto de nosotros como nuestras verdades.

Ella hace una pausa y lo mira arqueando una ceja. ¿Su turno? Él no tiene nada más que decir. Si la verdad y las mentiras son lo mismo, entonces puede que hablar y callar también sean lo mismo.

—¿Se da cuenta, Paul —continúa ella—, de que las conversaciones entre nosotros siempre acaban del mismo modo? Durante un rato todo va a las mil maravillas. Entonces yo digo algo que usted no quiere oír, e inmediatamente se cierra en banda, o se marcha furioso, o me pide que me vaya. ¿Es que no podemos dejarnos de payasadas? No nos queda mucho tiempo a ninguno de los dos.

—Ah, ¿no?

—No. Bajo la mirada de los cielos, bajo la fría mirada de Dios, no.

—Eso es cierto. Continúe.

—¿Cree que esta existencia me resulta menos dura que a usted? ¿Cree que quiero dormir al raso, bajo un matorral en el parque, entre vagabundos, y hacer mis abluciones en el río Torrens? No está usted ciego. Ya puede ver lo demacrada que estoy.

Él la mira con expresión severa.

—Usted es la que se inventa historias. Es una mujer con una buena profesión, tiene una vida tan acomodada como la mía, no le hace ninguna falta dormir debajo de matorrales.

—Puede que sea así, Paul. Puede que esté exagerando un poco, pero es una historia adecuada, adecuada a mi estado. Mientras yo intento impresionarlo, nuestros días están contados, los suyos y los míos, y sin embargo aquí estoy, matando el tiempo y siendo consumida por el tiempo, esperando... esperándolo a usted.

Él cabecea en un gesto de impotencia.  
—No sé qué es lo que quiere —dice él.  
—¡Que empuje! —dice ella.

Sobre la mesa del recibidor, una nota garabateada: «ADIÓS, SEÑOR RAYMENT. HE DEJADO UNAS CUANTAS COSAS, LAS RECOGERÉ MAÑANA. GRACIAS POR TODO. DRAGO. PD: TODAS LAS FOTOS ESTÁN ORDENADAS».

Las «cosas» a las que Drago se refiere resultan ser una bolsa de basura llena de ropa, a la que él añade unos calzoncillos que encuentra entre la ropa de cama. Por lo demás no queda ni rastro de los Jokić, ni de la madre ni del hijo. Van y vienen, no dan ninguna explicación: será mejor que se acostumbre.

¡Y, sin embargo, qué alivio estar solo otra vez! Una cosa es vivir con una mujer, y otra muy distinta compartir la casa con un joven desordenado y poco considerado. Siempre hay tensión, siempre es incómodo cuando dos hombres ocupan el mismo territorio.

Se pasa la tarde ordenando el estudio, devolviendo las cosas a su sitio; luego se ducha. Mientras lo hace, se le cae accidentalmente el frasco de champú. Cuando se agacha para recogerlo, el andador Zimmer, con el que siempre se mete en la mampara, resbala hacia un lado. Pierde el equilibrio, se cae y se golpea la cabeza contra la pared.

«Que no haya nada roto»: esa es su primera oración. Está enredado en el andador y no intenta mover los brazos ni las piernas. Un destello de dolor lacerante le recorre desde la espalda hasta la pierna buena. «Un resbalón en el baño, nada de que alarmarse, le ocurre a mucha gente, puede que no haya pasado nada malo. Hay mucho tiempo para pensar y para arreglar las cosas».

Arreglar las cosas (intenta tranquilizarse y pensar con claridad) significa: uno, desenredarse del andador; dos, conseguir salir de la ducha; tres, evaluar qué le ha pasado a su espalda; y cuatro, pasar a lo que venga a continuación.

El problema está entre los pasos uno y dos. No puede separarse del andador Zimmer sin sentarse; y no puede sentarse sin proferir un quejido de dolor.

Nadie se molestó en informarle, y a él tampoco se le ocurrió preguntar, quién es o era ese Zimmer que ha desempeñado un papel tan importante en su vida. Por simple comodidad se ha imaginado a Zimmer como un hombre de cara alargada y labios finos, vestido con el cuello alto y las medias de la década de 1830. Johann August Zimmer, hijo de campesinos austríacos, decidido a escapar de la terrible monotonía de la granja familiar, se deja las pestañas estudiando a la luz de las velas sus libros de anatomía, mientras en el establo que hay detrás de la casa la vaca lechera gimotea en sueños. Después de aprobar por los pelos los exámenes (no es un estudiante brillante), encuentra trabajo como cirujano del ejército. Se pasa los veinte años siguientes vendando heridas y cortando brazos y piernas en nombre de Su Serena Alteza Imperial Carlos José Augusto, apodado el Bueno. Luego se retira del servicio

y después de varios pasos en falso acaba en Bad Schwanensee, uno de los balnearios menores de Bohemia, prescribiendo recetas para mujeres de buena familia con artritis. Y allí se le ocurre la idea de adaptar para sus pacientes más delicados el aparato que ya en Carintia llevaba siglos usándose para enseñar a andar a los niños, y así consigue una modesta inmortalidad.

Ahora él continúa en el suelo de baldosas, desnudo, inmóvil, con el invento de Zimmer encima y bloqueando la puerta de la ducha, mientras el agua sigue cayendo, el champú volcado no para de levantar espuma a su alrededor y el muñón, que ha recibido un golpe en el extremo más fácil, empieza a dolerle con su propia y única variante de dolor. «¡Qué desastre! —piensa—. ¡Gracias a Dios que Drago no tiene que ver esto! ¡Y gracias a Dios que la Costello no está aquí para reírse!».

No obstante, el hecho de no tener a Drago ni a la Costello ni a nadie que pueda oírlo presenta sus inconvenientes. Uno de ellos es que, cuando se acabe el agua caliente, se va a encontrar bajo una ducha de agua fría. Los grifos están fuera de su alcance. Está claro que puede quedarse ahí tumbado toda la noche sin riesgo de que nadie se ría de él, pero para el amanecer habrá muerto de frío.

Tarda treinta minutos largos en escapar de la cárcel que se ha construido a sí mismo. Incapaz de levantarse del suelo, incapaz de quitar de en medio el andador Zimmer, por fin rechina los dientes y empuja la puerta de la mampara hasta que las bisagras ceden con un chasquido.

Toda la vergüenza ha desaparecido. Se arrastra por el suelo, llama al número de Marijana y oye la voz de una niña.

—Con la señora Jokić, por favor —dice con los dientes castañeándole. Y luego—. Marijana, he tenido un accidente. Estoy bien, ¿pero puede venir ahora mismo?

—¿Qué es accidente?

—Me he caído. Me he hecho algo en la espalda. No me puedo mover.

—Vengo.

Tira de la ropa de cama hasta hacerla caer al suelo y se acurruca bajo ella, pero no consigue calentarse. No solo tiene las extremidades agarrotadas por el frío, el cuero cabelludo y la nariz, sino también el vientre y el corazón; le dan espasmos durante los cuales se queda demasiado rígido incluso para temblar. Bosteza hasta que los bostezos lo dejan aturdido. «Sangre vieja, sangre fría —retumban las palabras en su cerebro—. No hay bastante calor en las venas».

Se ve a sí mismo colgado de los tobillos en una cámara frigorífica en medio de una maraña de reses muertas congeladas. «No es el fuego sino el hielo».

Cae en una especie de sopor. De pronto Marijana está inclinada junto a él. Intenta esbozar una sonrisa con sus labios helados, luego palabras.

—Mi espalda —gruñe—. Cuidado.

No es necesario, a Dios gracias, explicar lo que ha pasado. Lo que ha pasado debe

de estar perfectamente claro a la vista del caos en el baño y el murmullo de la ducha fría.

No queda té, pero Marijana hace café, le pone una pastilla entre los labios, lo ayuda a beber y luego, haciendo gala de una fuerza sorprendente, levanta su cuerpo del suelo y lo mete en la cama.

—Se ha asustado, ¿eh? —dice—. Ahora quizá usted deja la cosa de las duchas solo.

Él asiente obedientemente y cierra los ojos. Bajo los cuidados de esa mujer excelente y enfermera superlativa, nota que el hielo de su interior se empieza a fundir. No hay huesos rotos, la señora Putts no le reñirá y la señora Costello no se reirá de él. Lo que hay, en cambio, es la presencia tranquilizadora de un ángel que lo ha dejado todo para venir a ayudarlo.

Sin duda, a un anciano lisiado el futuro le depara todavía más percances, más caídas y más llamadas humillantes para pedir ayuda. Lo que necesita en este momento, sin embargo, no es esa idea lúgubre y deprimente, sino esta presencia suave, consoladora y eminentemente femenina. «Ya está, tranquilo, todo ha acabado»: eso es lo que quiere oír. Y también: «Yo me quedaré a su lado mientras usted duerme».

Así que cuando Marijana se levanta y se pone enérgicamente su abrigo y recoge sus llaves, él experimenta una sensación más bien infantil de agravio.

—¿No se puede quedar un poco más? —le dice—. ¿No se puede quedar a pasar la noche?

Ella se vuelve a sentar a su lado de la cama.

—¿Importa usted si fumo? —dice ella—. ¿Solo una vez? —Enciende un cigarrillo, da una calada y expulsa el humo lejos de él—. Nosotros hablamos, señor Rayment. Arreglamos las cosas. ¿Qué quiere de mí? ¿Quiere que haga mi trabajo y que vuelva y sea enfermera para usted? Entonces usted no diga cosas como... —hace un gesto con el cigarrillo—. Ya sabe usted.

—No debo hablar de mis sentimientos hacia usted.

—Usted pasa mala época, pierde la pierna y todo eso, lo entiendo. Tiene sentimientos, sentimientos de hombre, lo entiendo, no pasa nada.

Aunque el dolor parece estar disminuyendo, todavía no puede incorporarse.

—Sí, tengo sentimientos —dice, tumbado de espaldas.

—Tiene sentimientos, dice cosas, es natural, no pasa nada. Pero...

—Lábil. Esa es la palabra que está usted buscando. Soy demasiado lábil para su gusto. Estoy demasiado a merced de los sentimientos a los que usted se refiere. Hablo con demasiada sinceridad. Hablo demasiado.

—Merced. ¿Qué es merced de los sentimientos?

—No importa. Creo que la entiendo. Tengo un accidente y estoy conmocionado.

Mi estado de ánimo sube y baja en picado, ya no está bajo mi control. Y en consecuencia desarrollo un afecto por la primera mujer que se cruza en mi camino, la primera mujer compasiva. Me enamoro de ella, perdone la palabra. Y me enamoro también de sus hijos, de un modo distinto. Yo, que no he tenido hijos, de repente quiero tenerlos. De ahí la actual fricción entre nosotros, entre usted y yo. Y todo se puede atribuir a mi encontronazo con la muerte en Magill Road. Magill Road me trastornó tanto que hoy todavía dejo que mis sentimientos se desborden sin tener en cuenta las consecuencias. ¿No es eso lo que me está diciendo?

Ella se encoge de hombros, pero no le contradice. Al contrario, lo deja seguir mientras ella se dedica a dar caladas con fruición y soltar el humo. Por primera vez él ve la clase de placer sensual que puede haber en el acto de fumar.

—Pues bueno, se equivoca, Marijana. No es así en absoluto. No estoy confundido. Puedo ser lábil, pero ser lábil no es una aberración. Todos deberíamos ser lábiles, todos. Esa es mi nueva opinión, reconsiderada. Tendríamos que conmocionarnos más a menudo. Deberíamos armarnos de valor y mirarnos en el espejo, aunque no nos guste lo que vemos en él. Y no me refiero a los estragos del tiempo. Me refiero a la criatura que está atrapada detrás del cristal y cuya mirada normalmente procuramos evitar. «¡Contempla a este ser que come conmigo, pasa las noches conmigo y dice “yo” en mi lugar!». Si usted me encuentra lábil, Marijana, no es porque yo sufriera un golpe. Es porque de vez en cuando el extraño que dice «yo» atraviesa el cristal y habla en mí. A través de mí. Habla esta noche. Habla ahora. Habla de amor.

Él se detiene. ¡Menudo torrente de palabras! ¡Qué poco propio de él! Marijana debe de estar sorprendida. ¿Será cierto que hay en este momento un extraño que habla a través de un espejo, que toma el control de su voz?, (pero ¿qué espejo?), ¿o la presente invectiva no es más que otro brote de labilidad, consecuencia del trauma del último accidente —el golpe en la cabeza, la espalda agarrotada, el muñón dolorido, la ducha helada y todo lo demás—, que le sale de la garganta como si fuera bilis, como vómito? De hecho, ¿no podría ser simplemente un efecto de la pastilla que le ha dado Marijana?, (¿qué sería esa pastilla?), ¿o incluso del café? No debería haberse tomado ese café. No está acostumbrado a tomar café por la noche.

«Habla de amor». No puede estar seguro, no lleva sus gafas, pero le parece que a Marijana le está subiendo un rubor desde la garganta. Marijana dice que quiere que se contenga, pero eso es una tontería, no puede decirlo en serio. ¿Qué mujer no querría que de vez en cuando derramaran sobre ella un torrente de palabras de amor, por cuestionable que sea su origen? Marijana se está sonrojando, y por la simple razón de que ella también es lábil. ¿Por lo tanto...? ¿Qué viene a continuación? «¡Por lo tanto todo concuerda!». ¡Por lo tanto hay una lógica divina funcionando tras el caos de las apariencias! Wayne Blight sale de la nada para destrozarle la pierna, «por lo tanto»

meses después él se cae en la ducha, «por lo tanto» esta escena se vuelve posible: un hombre de unos sesenta años prácticamente atrapado e inmovilizado en la cama, temblando de forma intermitente, soltándole discursos filosóficos a su enfermera, rebosando amor. ¡Y, en respuesta, la sangre se agita en ella!

Exultante, él se estira («¡Ignora el dolor, a quién le importa el dolor!») y le coloca su enorme y (se da cuenta) poco atractiva mano lívida sobre la mano más pequeña y más caliente de Marijana, con sus afilados dedos que, de acuerdo con su abuela de Toulouse, son indicativos de sensualidad.

Durante un momento, Marijana deja que su mano permanezca bajo la de él. Después se suelta, apaga el cigarrillo, se pone de pie y empieza a abotonarse otra vez el abrigo.

—Marijana —dice él—. No estoy pidiendo nada, ni ahora ni en el futuro.

—¿Sí? —Ella ladea la cabeza y lo mira con expresión burlona—. ¿No pide nada? ¿Cree que no sé nada sobre los hombres? Los hombres siempre están pidiendo. Quiero, quiero, quiero. Yo quiero hacer mi trabajo, eso es lo que pido. Mi trabajo en Australia es enfermera.

Ella hace una pausa. Nunca antes se había dirigido a él con tanta fuerza, con tanta (le parece a él) furia.

—Usted telefona y está bien que telefona. Yo no digo que usted no puede telefonar. Urgencia, telefonee, vale. Pero esto —hace un gesto con la mano—, esto de la ducha no es una urgencia, no es una urgencia médica. Usted se cae en el baño, pues llame a una amiga. «Me he asustado, ven», le dice. —Saca otro cigarrillo pero cambia de opinión y lo devuelve al paquete—. Llame a Elizabeth o a otra amiga suya, yo no conozco a sus amigas. «Me he asustado, por favor, ven a cogerme la mano. Nada de urgencia médica, solo, por favor, ven a cogerme la mano».

—No ha sido solamente un susto. Me he hecho daño. No me puedo mover. Ya lo puede ver usted.

—Espasmo. Solo espasmo. Yo le dejo pastillas para eso. El espasmo de espalda no es urgencia —ella hace una pausa—. O, si quiere más, no solo coger la mano, también, como dice usted, el amor de verdad, entonces apúntese a club de corazones solitarios. Si tiene corazón solitario.

Ella respira hondo y se lo queda mirando con cara pensativa.

—¿Cree que sabe cómo es ser enfermera, señor Rayment? Todos los días cuido de señoras mayores, ancianos, los lavo, les quito la porquería, mejor no digo detalles, cambio las sábanas y les cambio la ropa. Y siempre estoy oyendo «Haz esto, haz eso, trae esto, trae eso, no me encuentro bien, trae pastillas, trae vaso de agua, trae taza de té, trae manta, quita manta, abre ventana, cierra ventana, no me gusta esto, no me gusta eso». Llego a casa cansada hasta los huesos, suena el teléfono, a cualquier hora, mañana o noche: «Es urgencia, ¿puedes venir...?».

Hace unos minutos ella se estaba ruborizando. Ahora es él el que tendría que ruborizarse. «Es una urgencia... ¿puede venir?». Por supuesto, en la jerga de los profesionales sanitarios esto no se consideraría una urgencia. Uno no se muere de frío en un piso con aire acondicionado de Coniston Terrace, Adelaida Norte. Es algo que él sabía incluso mientras estaba marcando el número de los Jokić. Y, sin embargo, llamó igualmente. «¡Ven a salvarme!», gritó a través del espacio de Australia del Sur.

—Usted fue la primera persona en quien pensé —dice él—. Su nombre fue el primero que me vino. Su nombre, su cara. ¿Cree usted que eso no significa nada? ¿Ser la primera?

Ella se encoge de hombros. Cae el silencio entre ellos. Por supuesto que se trata de grandes palabras, palabras que te dejan abrumado cuando te las sueltan: «la primera». Pero no es esa expresión la que lo hace callar. «Su nombre. Su nombre vino a mí. Usted vino a mí». Palabras que han salido de él sin pensarlas, que han acudido a él. ¿Es así como son las cosas cuando uno es lábil: las palabras simplemente acuden a uno?

—Siempre he pensado —insiste él— que la enfermería es una vocación. Creía que eso era lo que la distinguía, lo que justificaba las largas horas y los sueldos bajos y la ingratitud y también los ultrajes, como los que ha mencionado usted: que usted estaba cumpliendo con su vocación. Pues bueno, cuando a una enfermera la llaman, a una enfermera como es debido, no hace preguntas, se limita a acudir. Aunque no sea una urgencia real. Aunque sea pura angustia, angustia humana, lo que usted llama asustarse. —Nunca había sermoneado a Marijana, pero tal vez el sermón sea la modalidad en que, esta noche en particular, la verdad elegirá revelarse—. Aunque solo sea amor.

«Amor»: la más grande entre las grandes palabras. Sin embargo, él la usa para golpearla a ella.

Esta vez, ella encaja bien el golpe, sin apenas parpadear. Ya tiene abrochados todos los botones del abrigo, del primero al último.

—Solo amor —repite él con cierta amargura.

—Hora de irme —dice ella—. Munno Para queda muy lejos. Hasta la vista.

Él reprime con gran esfuerzo un nuevo ataque de temblores.

—Todavía no, Marijana —dice—. Cinco minutos. Tres minutos. Por favor. Tomemos una copa juntos, tranquilicémonos, comportémonos con normalidad. No quiero tener la sensación de que no puedo llamarla nunca más por vergüenza. ¿Sí?

—Vale. Tres minutos. Pero no copa para mí, tengo que conducir, y no copa para usted, el alcohol con las pastillas no es bueno.

Ella se vuelve a sentar en su silla con ademanes un poco rígidos. Pasa uno de los tres minutos.

—¿Qué sabe exactamente su marido? —pregunta él de repente.

Ella se levanta.

—Ahora me voy —dice.

Angustiado, lleno de remordimientos, dolorido, incómodo, pasa toda la noche despierto. Las pastillas que Marijana dijo que le dejaría no aparecen por ninguna parte.

Amanece. Necesita ir al lavabo, e intenta arrastrarse con cuidado fuera de la cama. Antes de llegar al suelo, el dolor lo acomete de nuevo y lo deja inmobilizado.

Un dolor de espalda no es una urgencia, dice Marijana, a quien contrató para salvarlo de degradaciones como esta precisamente. ¿Acaso ser incapaz de controlar la vejiga se considera como urgencia? No, está claro que no. Solo es parte de la vida, parte de hacerse viejo. Sintiendo miserable, se rinde y se orina en el suelo.

Esa es la postura en la que Drago —que debería estar en la escuela pero que por lo que sea parece no haber ido— lo encuentra cuando llega a recoger su bolsa llena de cosas: con medio cuerpo en la cama y medio cuerpo fuera, con la pierna enredada en la ropa de cama retorcida, atascado, congelado.

Si ya no le esconde nada a Marijana, es porque ya no puede mostrarse ante ella en un estado más lamentable de lo que ya se ha mostrado. Con Drago las cosas son distintas. Hasta el momento, ha hecho todo lo posible para no dar el espectáculo delante de Drago. Y ahora aquí está, un anciano indefenso vestido con un pijama orinado y arrastrando tras de sí un muñón obscuro de color rosado del que se están cayendo los vendajes mojados. Si no tuviera tanto frío, se ruborizaría.

¡Y Drago ni se inmuta! ¿Será cosa de familia, esa naturalidad respecto al cuerpo? Del mismo modo que la madre de Drago lo ayudó antes a meterse en la cama, ahora es Drago quien lo ayuda a salir. Y cuando él intenta explicarse, excusarse por su debilidad, es Drago quien le hace callar:

—No se preocupe, señor Rayment, tranquilícese y tendremos esto arreglado dentro de un minuto.

Y entonces quita la ropa de cama, le da la vuelta al colchón y (con un poco de torpeza, al fin y al cabo no es más que un chico) cambia las sábanas. Es Drago quien encuentra un pijama limpio y, con paciencia, apartando la vista cuando la decencia lo requiere, le ayuda a ponérselo.

—Gracias, hijo, eres un buen chico —le dice él cuando terminan.

Hay más cosas que le gustaría decir, tiene el corazón lleno de ellas, como por ejemplo: «Tu madre me ha abandonado; la señora Costello, que no para de farfullar sobre cuidar pero que procura estar bien lejos cuando se necesitan cuidados, me ha abandonado; todo el mundo me ha abandonado, incluso el hijo que nunca tuve. ¡Y entonces llegaste tú, tú!». Pero se las calla.

Tiene un acceso de llanto, ese llanto de anciano que no cuenta porque viene con

demasiada facilidad y que él oculta con las manos porque los avergüenza a los dos.

Drago hace una llamada telefónica y regresa.

—Mi madre dice que tengo que traerle unas pastillas para el dolor. Tengo aquí el nombre. Dice que quería dejarle unas cuantas, pero que se olvidó. Puedo bajar a la farmacia, pero...

—Hay dinero en mi cartera, en el cajón del escritorio.

—Gracias. ¿Tiene una fregona en alguna parte?

—Detrás de la puerta de la cocina. Pero no...

—No se preocupe, señor Rayment. Solo será un minuto.

Las pastillas mágicas resultan ser simple ibuprofeno.

—Mi madre dice que se tome una cada cuatro horas. Y que tiene que comer primero. ¿Le traigo algo de la cocina?

—Tráeme un plátano o una manzana, si hay. ¿Drago?

—¿Sí?

—Ahora ya estoy bien. No hace falta que te quedes. Gracias por todo.

—No hay de qué.

Para completar el pasaje, Drago debería decir: «No hay de qué, usted habría hecho lo mismo por mí». ¡Y es verdad! Si algún cataclismo afectara a Drago, si algún desconocido imprudente los atropellara a él y a su moto, él, Paul Rayment, movería cielo y tierra y se gastaría hasta el último penique para salvarlo. Le daría al mundo una lección de cómo cuidar a un hijo amado. Lo sería todo para él, padre y madre. Velaría junto a su cama día y noche. ¡Ojalá!

En la puerta, Drago se gira, se despide con la mano y le dedica una de sus sonrisas angelicales que deben hacer que las chicas se derritan.

—¡Hasta luego!

La lesión de su espalda resulta efectivamente no ser, tal como dijo Marijana, nada importante. A media tarde ya es capaz de moverse, aunque con cuidado, vestirse y prepararse un bocadillo. Anoche creía estar en la antesala de la muerte; hoy vuelve a encontrarse más o menos bien. Una pizca de esto, una gota de aquello y un pellizco de lo otro, todo mezclado y embutido dentro de una pastilla en una fábrica de Bangkok, y el monstruo del dolor queda reducido a un ratón. Milagroso.

Así que cuando Elizabeth Costello llega, él puede proporcionarle un relato de lo más breve, tranquilo y natural de lo sucedido.

—Me resbalé en la ducha y me hice daño en la espalda. Llamé a Marijana, vino, me ayudó y ahora vuelvo a estar bien. —Ninguna mención al traicionero Johann August, ninguna mención a los temblores y las lágrimas, ninguna mención al pijama que hay en la cesta de la ropa sucia—. Drago ha pasado esta mañana para ver cómo estaba. Es un buen chico. Muy maduro para su edad.

—Y dice usted que se encuentra bien.

—Sí.

—¿Y sus fotos? ¿Su colección de fotografías?

—¿Qué quiere decir?

—¿Su colección de fotografías también está bien?

—Supongo que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tal vez debería echar un vistazo.

No es que falte ninguna de las fotografías. Lo cierto es que no falta nada. Pero uno de las fotos de Fauchery tiene un tacto extraño, y tan pronto como la saca de la funda de plástico y la pone a la luz, resulta que también tiene un aspecto extraño. Lo que tiene en las manos es una copia, en tonos marrones que imitan el color sepia original, hecha con una impresora electrónica, en papel fotográfico semisatinado. El paspartú de cartón es nuevo y un poco más grueso que el original. Es ese grosor añadido lo que delata la falsificación. Por lo demás, no es un mal trabajo. Si no fuera por la insinuación de Costello, tal vez no se habría dado cuenta nunca.

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿Cómo he sabido que Drago y su amigo estaban planeando algo? No lo sabía. Simplemente sospechaba algo. —Ella sostiene la copia en alto—. No me sorprendería que uno de estos excavadores fuera el bisabuelo Costello de Kerry. Y mire, mire a este tipo. —Golpea suavemente con la uña a una cara de la segunda fila—. ¿No es clavadito a Miroslav Jokić?

Él le quita la fotografía de las manos. Miroslav Jokić: está claro que es él, vestido con una camisa abierta y un sombrero, y además con bigote, codo con codo junto a aquellos mineros de Cornualles e Irlanda de cara adusta que vivieron en una época

remota.

Es la profanación lo que más le afecta: el hecho de que un par de jovencitos arrogantes e irreverentes se hayan burlado de los muertos. Es probable que lo hayan hecho empleando alguna técnica digital. Él nunca habría conseguido un montaje tan convincente en un cuarto oscuro a la vieja usanza.

Se vuelve hacia la Costello.

—¿Qué ha pasado con el original? —exige—. ¿Sabe usted qué ha pasado con él? —Nota que está alzando la voz más de la cuenta, pero no le importa. Tira la copia al suelo—. ¡Ese chaval es un estúpido! ¿Qué ha hecho con el original?

Elizabeth Costello se lo queda mirando con cara de asombro y los ojos muy abiertos.

—A mí no me pregunte, Paul —dice ella—. No fui yo la que invitó a Drago a mi casa y le dio acceso a mi valiosa colección de fotografías. No fui yo quien planeó llegar a la madre a través del hijo.

—Entonces, ¿cómo sabía lo de este... este vandalismo?

—No lo sabía. Ya se lo he dicho antes, simplemente lo sospechaba.

—Pero ¿qué le hizo sospechar? ¿Qué es lo que no me está contando?

—Contrólese, Paul. Piénselo bien. Aquí tenemos a Drago y a su amigo Shaun, dos chavales australianos jóvenes y sanos, y ¿cómo pasan el tiempo libre? No yendo en moto. Ni jugando al fútbol. Ni haciendo surf. Ni besando a las chicas. No, lo que hacen es encerrarse durante horas enteras en su estudio. ¿Estarán leyendo pasajes picantes? No; a menos que yo esté equivocada, usted posee una cantidad singularmente pequeña de libros obscenos. ¿Qué puede ser entonces lo que absorba su atención, si no es su colección de fotografías, una colección que según usted es tan valiosa que hay que donarla al país?

—Pero no veo qué motivo pueden tener. ¿Por qué se iban a molestar tanto en fabricar... —coloca la punta de su muleta sobre la copia y la aplasta sobre la alfombra—... una imitación?

—En eso no le puedo ayudar. Eso tiene que averiguarlo usted. Pero tenga algo en cuenta: se trata de jóvenes despiertos en una ciudad dormida que no les ofrece salidas para toda la inquietud que llevan dentro, todo el barullo de planes y deseos que tienen en la cabeza. El tiempo se está acelerando a nuestro alrededor, Paul. Las niñas tienen hijos a los diez años. Los niños... los chicos aprenden en media hora una destreza que a nosotros nos costó media vida. Lo aprenden, se aburren y pasan a otra cosa. Tal vez Drago y su amigo pensaron que sería divertido: la Biblioteca Estatal, una panda de respetables y ancianos caballeros y damas abanicándose para protegerse del calor, algún que otro señor cabal, desempaquetando aburrido el Legado Rayment y, ¡mira por dónde!, resulta que en el centro de la obra principal hay nada menos que un miembro del clan Jokić de Croacia. Una broma espléndida: así la habría llamado

Billy Bunter. Tal vez a eso se reduce todo: a una broma elaborada y más bien de mal gusto, que debe de haberles costado una buena parte de su tiempo y tal vez también la guía de un experto.

»En cuanto al original, su preciosa impresión original de Fauchery, ¿quién sabe dónde está? Tal vez siga debajo de la cama de Drago. O tal vez él y Shaun se la hayan vendido a algún tratante. Pero puede estar tranquilo. Puede que tenga la sensación de haberse convertido en objeto de una broma, y ciertamente puede que no ande usted descaminado. Pero detrás de esa broma no ha habido maldad. Tal vez no haya habido afecto, pero tampoco maldad. No es más que una broma, una broma juvenil e irreflexiva.

No ha habido afecto. ¿Es así de simple, de evidente? Siente como si el corazón, de repente, estuviera demasiado cansado para latir. Las lágrimas vuelven a sus ojos, pero esta vez sin fuerza, una simple exudación acuosa.

—¿Es eso lo que son entonces? —susurra—. ¿Gitanos? ¿Qué más cosas mías han robado esos gitanos croatas?

—No se ponga melodramático, Paul. Hay croatas y croatas. Eso debería saberlo. Hay un puñado de croatas buenos, un puñado de croatas malos y, en medio, millones. Los Jokić no son croatas especialmente malos, solo un poco insensibles, un poco duros de corazón. Drago incluido. Drago no es un mal chico, usted lo sabe. Déjeme que le recuerde algo: usted le dijo, y con cierta altivez en mi opinión, que las fotos no eran suyas, que simplemente las conservaba por el bien de la historia del país. Pues bueno, Drago también es parte de esa historia, recuerde. ¿Qué mal puede haber, piensa Drago, en insertar a un Jokić en la memoria nacional, aunque sea de forma un poco prematura? ¿Al abuelo Jokić, por ejemplo? Tan solo una travesura, sobre cuyas consecuencias puede que no haya reflexionado lo bastante; pero, bien pensado, ¿cuántos jóvenes rebeldes reflexionan sobre las consecuencias de sus actos?

—¿El abuelo Jokić?

—Sí. El padre de Miroslav. No pensaría usted que era el mismo Miroslav el que sale en la foto, ¿no? Pero ánimo, no todo está perdido. De hecho, si tiene usted suerte, nada se ha perdido. Apuesto diez a uno a que su preciada impresión original de Fauchery sigue en manos de Drago. Dígale que llamará a la policía si no se la devuelve de inmediato.

Él niega con la cabeza.

—No. Se asustaría y la quemaría.

—Entonces hable con su madre. Hable con Marijana. Ella se sentirá avergonzada. Hará lo que sea para proteger a su primogénito.

—¿Lo que sea?

—Cargará con las culpas. Al fin y al cabo, es ella la restauradora de la familia.

—¿Y después?

—No lo sé. Lo que pase después dependerá de usted. Si quiere seguir adelante y montar una escena, monte una escena. Si no, no lo haga.

—No quiero una escena. Solamente quiero escuchar la verdad. ¿De quién fue idea todo esto, de Drago o de como se llame... Shaun, o bien de Marijana?

—Yo llamaría a eso una reducción más bien modesta de la verdad. ¿No le gustaría saber más?

—No. No quiero saber más.

—¿No le gustaría saber por qué fue elegido usted como víctima, como pelele?

—No.

—Pobre Paul. Se aparta usted antes incluso de que pueda caer el golpe. Pero tal vez no haya ningún golpe. Tal vez Marijana se postre delante de usted. «*Mea culpa*. Haga conmigo lo que quiera». Etcétera. Nunca podrá usted estar seguro a menos que tenga una escena con ella. ¿Es que no puedo convencerlo? De otra manera, ¿qué le quedará a usted? Una historia intrascendente sobre el hecho de que lo han estafado los gitanos, la rubicunda mujer gitana y el atractivo joven gitano. No le quedará lo importante, lo más destacado.

—No. Para nada. Me niego. Nada de escenas. Nada de amenazas. ¡No sabe lo harto que estoy de que me presione todo el tiempo para que yo participe en esas historias absurdas que tiene en su mente! Ya veo lo que pretende. Usted lo que quiere es que yo, ¿cuál es la palabra?, me aproveche de Marijana. Y luego espera que el marido se entere y me pegue un tiro o me dé una paliza. Eso es «lo importante» que usted quiere que yo provoque, ¿verdad? Sexo, celos, violencia, acción en su acepción más vulgar.

—No sea ridículo, Paul. No se resuelve una crisis como la presente, cuya esencia es moral, apalizando a alguien o matándolo a tiros. Hasta usted debería saberlo. Pero si mi sugerencia le ofende, la retiro. No hable con Drago. No hable con su madre. Si no puedo convencerlo, está claro que no puedo obligarlo. Si le hace feliz perder su valiosa foto, que así sea.

Que hable con Marijana, le dice la Costello. Pero ¿qué puede decirle? «¿Marijana? Hola, ¿cómo está? Quiero disculparme por lo que dije la otra noche, la noche en que tropecé en la ducha. No sé qué me pasó. Debí de perder la cabeza. Por cierto, he visto que falta una de las fotos de mi colección. ¿Cree que podría usted pedirle a Drago que mirara en su mochila para ver si la puso allí por equivocación?».

Por encima de todo, no debe hacer acusaciones. Si hace acusaciones, los Jokić las negarán, y ese será el fin del escaso estatus que quede ante ellos: el estatus de paciente, de cliente.

En vez de telefonar a Marijana, tal vez debería escribir otra de sus cartas, esta vez suprimiendo la labilidad, teniendo un cuidado máximo al elegir las palabras y

ofreciendo una exposición tranquila y sensata de su situación con respecto a ella, a Drago y a la fotografía perdida. Pero ¿quién escribe cartas hoy día? ¿Y quién las lee? ¿Leyó Marijana su primera carta? ¿La recibió siquiera? Nunca dio muestras de ello.

Le viene un recuerdo: una visita de infancia a París, a las Galerías Lafayette; ver cómo las cartas eran enrolladas, metidas en *cartouches* y disparadas de un departamento a otro a través de tubos neumáticos. Cuando la tapa del tubo se abría, recuerda, salía de las entrañas del mecanismo un débil rugido causado por el aire. Un sistema extinto de comunicación. Un mundo extinto, eliminado por la racionalización. ¿Qué pasó con ellos, con todos aquellos *cartouches* plateados? Los fundieron, probablemente, para hacer revestimientos de obuses o de misiles teledirigidos.

Pero quizá con los croatas todo sea distinto. Tal vez en su país de origen siga habiendo tías y abuelas que escriben cartas a los parientes que tienen tan lejos, en Canadá, en Brasil, en Australia, y luego les pegan sellos y las echen al correo: Ivanka ha ganado el premio de recitado de la clase, la vaca pinta ha parido, ¿cómo estáis, cuándo os volveremos a ver? Así que tal vez a los Jokić no les resulte tan extraño que se dirija a ellos por carta.

Escribe:

Querido Miroslav:

He intentado destruir su hogar, por lo que sin duda piensa que debería callarme y aceptar cualquier castigo que los dioses me impongan. Bueno, pues no pienso callarme. Una fotografía excepcional de mi propiedad ha desaparecido y quiero que me sea devuelta. (Déjeme añadir que Drago no podrá venderla, es demasiado conocida en el mercado).

Si no sabe usted de qué le estoy hablando, pregúntele a su hijo, pregúntele a su mujer.

Pero no es esa la razón por la cual le escribo. Le escribo para hacerle una proposición.

Usted sospecha que abrigo ciertas intenciones con respecto a su mujer. Y no se equivoca. Pero no saque conclusiones precipitadas sobre el carácter de mis intenciones.

No es solo dinero lo que ofrezco. También ciertos imponderables, imponderables humanos, con lo cual me refiero principalmente a amor. He empleado la palabra «padrino», si no ante usted, sí ante Marijana. O tal vez no haya pronunciado la palabra, y solo la haya pensado. Mi proposición es la siguiente: a cambio de un préstamo sustancial a plazo indefinido, que cubra la educación de Drago y tal vez de sus otras hijas, ¿puede encontrar un lugar en su casa y en su hogar, en su corazón y en su hogar, para un

padrino?

No sé si en la Croacia católica existe la institución del padrinazgo. Tal vez sí, tal vez no. Los libros que he consultado no dicen nada al respecto. Pero el concepto tiene que resultarle familiar. El padrino es el hombre que está junto al padre en la pila bautismal, o que ronda por detrás de él para bendecir a la criatura y jurarle apoyo eterno. Así como en el ritual del bautismo el sacerdote es la personificación del Hijo, el intercesor, y el padre es evidentemente el Padre, el padrino personifica el Espíritu Santo. Por lo menos así es como yo lo entiendo. Una figura sin sustancia, fantasmal, más allá de la ira y del deseo.

Vive usted en Munno Para, a una distancia considerable de la ciudad. No resulta fácil para mí, en mi actual estado de discapacidad, ir a visitarlo. Sin embargo, en principio, ¿me abrirá usted su casa? No quiero nada a cambio, nada tangible, salvo quizá una llave de la puerta de atrás. Ciertamente, no albergo ningún plan para quitarle a su mujer y a sus hijos. Tan solo le pido poder rondar por ahí, abrir mi pecho, cuando esté usted ocupado en otro lugar, y derramar las bendiciones de mi corazón sobre su familia.

A estas alturas, Drago no debería tener problemas para comprender el lugar que aspiro a ocupar en su familia. A las pequeñas les resultará más difícil. Si decide usted no decirles nada de momento, lo entenderé.

Sé que una proposición de estas características no es lo que esperaba usted cuando empezó a leer esta carta. Le he hablado a una conocida mía de lo que ha estado sucediendo en mi apartamento —la desaparición de la fotografía de mi colección y todo lo demás— y ella me ha sugerido que llame a la policía. Pero nada más lejos de mi intención. No, me limito a aprovechar la ocasión surgida a raíz de este desagradable incidente para dejar que corra mi pluma y que hable mi corazón (además, ¿cuántas cartas tiene uno la oportunidad de escribir hoy día?).

No sé qué opinión le merecen a usted las cartas. Dado que procede de un mundo más antiguo y, en algunos sentidos, mejor, tal vez no le resulte extraño coger también la pluma. Si, por el contrario, no está familiarizado con las cartas, siempre está el teléfono (8332-1445). O bien Marijana puede traer un mensaje, o Drago. (No le he dado la espalda a Drago, ni mucho menos: dígaselo). O Blanka. Y, finalmente, siempre queda el silencio. El silencio puede estar cargado de significado.

Ahora voy a cerrar y sellar esta carta, y, antes de pensármelo dos veces, voy a ir al buzón más cercano. Yo antes solía pensarme las cosas, siempre estaba pensándolo todo mucho, pero ahora es algo que aborrezco.

Se despide cordialmente,

PAUL RAYMENT

—¿No cree que debería ir al médico? —le dice a la Costello.

Ella niega con la cabeza.

—No es nada, un simple resfriado. Se me pasará.

No suena como un resfriado en absoluto. Es una tos, y tiene una cualidad humectante, como si los pulmones estuvieran intentando expulsar, de un puñado cada vez, un poso de mucosidad firmemente incrustada.

—Debe de haberlo cogido bajo los matorrales —dice él.

Ella lo mira sin entender.

—¿No decía usted que estaba durmiendo bajo los matorrales del parque?

—Ah, sí.

—Puedo recomendarle aceite de eucalipto —dice él—. Una cucharadita de aceite de eucalipto en una cazuela llena de agua hirviendo. Inhale el vapor. Hace maravillas en las vías bronquiales.

—¡Aceite de eucalipto! —dice ella—. Hacía siglos que no oía hablar del aceite de eucalipto. Hoy en día la gente usa inhaladores. Llevo uno en el bolso. Son bastante inútiles. Lo que mejor me iba era el bálsamo Friar's, pero ya no lo encuentro en las tiendas.

—Puede comprarlo en las tiendas de pueblo. Puede comprarlo en Adelaida.

—¿De veras? Como se suele decir, tiene lógica.

Él le conseguirá el aceite de eucalipto. Le pondrá una cazuela de agua a hervir. Incluso rebuscará en su botiquín para ver si tiene bálsamo Friar's. Ella solo tiene que pedirlo. Pero no lo pide.

Están los dos sentados en el balcón con una botella de vino en medio. Ya ha oscurecido y sopla una fuerte brisa. Si es verdad que está enferma, debería estar dentro. Pero ella no hace nada para ocultar que no le gusta el apartamento —«su funeraria bávara»—, lo llamó ayer, y él no es su guardián.

—¿No sabe nada de Drago? ¿No tiene noticias de los Jokić? —pregunta ella.

—Ni una palabra. He escrito una carta, pero todavía no la he enviado.

—¡Una carta! ¡Otra carta! ¿Qué es esto, una partida de ajedrez por correspondencia? Dos días para que su carta llegue a Marijana y dos días para que llegue su respuesta: todos habremos muerto de aburrimiento antes de llegar a una resolución. No estamos en la era de la novela epistolar, Paul. ¡Vaya a verla! ¡Enfréntese a ella! ¡Monte una escena como es debido! ¡Dé una patada en el suelo! (Hablo metafóricamente). ¡Grite! ¡Diga: «No toleraré que me traten así»! La vida no es un intercambio de notas diplomáticas. ¡*Au contraire*, la vida es drama, la vida es acción, acción y pasión! Seguro que usted, con sus orígenes franceses, lo sabe. Sea educado si quiere, no tiene nada de malo ser educado, pero no a expensas de las

pasiones. Piense en el teatro francés. Piense en Racine. No se puede ser más francés que Racine. Racine no habla de gente que se queda repantingada en un rincón urdiendo y especulando. Racine habla sobre la confrontación, sobre una gran diatriba enfrentada a otra.

—¿Está febril? ¿Qué ha causado este estallido?

—Si hay sitio en el mundo para el bálsamo Friar's —dice él—, también lo hay para las cartas a la antigua usanza. Si una carta no sale bien, al menos se puede romper y empezar de nuevo. No así los discursos. No así los estallidos de pasión, que son irrevocables. Usted debería apreciar eso mejor que nadie.

—¿Yo?

—Sí, usted. Seguro que no garabatea lo primero que se le pasa por la cabeza y se lo manda a su editor. Seguro que medita las cosas. Seguro que las revisa. ¿No es en sí la escritura cuestión de meditar, de pensar, de repensar y vuelta a empezar?

—Por supuesto que sí. En eso consiste la escritura: en meditarlo todo a la enésima potencia. Pero ¿quién es usted para sermonearme sobre lo de meditar las cosas? Si hubiera sido fiel a su carácter de tortuga, si hubiera esperado y reflexionado, si no hubiera declarado de forma tan estúpida e irrevocable su pasión a su mujer de la limpieza, ahora usted y yo no estaríamos metidos en este embrollo. Usted podría estar felizmente aposentado en su bonito apartamento, esperando las visitas de la mujer de las gafas oscuras, y yo podría estar de vuelta en Melbourne. Pero ya es tarde para eso. Tan solo nos queda sujetarnos fuerte y ver adónde nos lleva el caballo negro.

—¿Por qué me llama tortuga?

—Porque se pasa usted una eternidad husmeando el aire antes de asomar la cabeza. Porque cada bendito paso le cuesta un gran esfuerzo. No le estoy pidiendo que se convierta en una liebre, Paul. Lo único que le pido es que busque en su interior para ver si puede encontrar una forma, dentro de su carácter de tortuga, dentro de su variedad tortuguil de pasión, de acelerar su cortejo a Marijana... si es que tiene intención de seguir cortejándola.

»Recuerde, Paul, la pasión es lo que mueve el mundo. No es usted analfabeto, debería saberlo. Si no existiera la pasión, el mundo seguiría siendo vacío y carente de forma. Piense en Don Quijote. *Don Quijote* no trata de un hombre sentado en una mecedora que se queja de lo aburrida que es La Mancha. Trata de un hombre que se coloca un bacín en la cabeza y se sube a lomos de su viejo y fiel rocín y parte para emprender grandes hazañas. Emma Roualt, Emma Bovary, sale y se compra ropa cara aunque no tiene ni idea de cómo va a pagarla. “Solamente se vive una vez”, dice Alonso, dice Emma, “así que démonos una oportunidad”. Dese una oportunidad, Paul. Vea qué se le ocurre.

—Yo he de ver qué se me ocurre para que usted pueda ponerme en un libro.

—Para que alguien en alguna parte pudiera ponerlo en un libro. Para que alguien

podría querer ponerlo en un libro. Alguien, cualquiera... no solo yo. Para que valiera la pena ponerlo a usted en un libro. Junto con Alonso y con Emma. Hágase comandante, Paul. Viva como un héroe. Eso es lo que nos enseñan los clásicos. Sea un personaje protagonista. De otra forma, ¿para qué sirve la vida?

»Vamos. Haga algo. Lo que sea. Sorpréndame. ¿Se le ha ocurrido que si su vida le parece repetitiva y limitada y cada vez más tediosa puede ser porque casi nunca sale de este apartamento maldito? Piense: en alguna parte de una selva del estado de Maharashtra hay un tigre que está abriendo sus ojos ambarinos en este mismo momento, ¡y no está pensando en usted en absoluto! No le importa un rábano ni usted ni ningún otro de los moradores de Coniston Terrace. ¿Cuándo fue la última vez que salió a dar un paseo bajo el cielo estrellado? Ha perdido una pierna, lo sé, y caminar no es divertido; pero después de cierta edad todos hemos perdido una pierna, más o menos. La pierna que le falta a usted no es más que una señal o un símbolo o un síntoma, nunca recuerdo cuál es cuál, de hacerse viejo, viejo y poco interesante. Así que ¿de qué sirve quejarse? ¡Escuche!

*Existo, mas nadie sabe qué soy y a nadie le importa.*

*Mis amigos me abandonan como a un recuerdo perdido.*

*Soy yo mismo quien consume mis propias penas.*

»¿Conoce usted estos versos? John Clare. Se lo aviso, Paul: así es como va a acabar usted, como John Clare, consumiendo usted mismo sus propias penas. Porque a nadie más, se lo aseguro, le importan un pimiento.

Con la Costello nunca sabe cuándo lo está tratando en serio y cuándo le está tomando el pelo. Él puede lidiar con los ingleses, es decir, con los angloaustralianos. Son los irlandeses los que siempre le han dado problemas, y la cepa irlandesa de Australia. Entiende que alguien podría querer convertirlos a él y a Marijana, al hombre del muñón y a la ambulante señora balcánica, en una comedia. Pero, a pesar de todas sus mofas, no parece que la comedia sea lo que la Costello tiene en mente para él, y eso es lo que lo desconcierta, eso es lo que él llama el elemento irlandés.

—Deberíamos entrar —dice él.

—Todavía no. Oh, cielo estrellado... ¿Cómo sigue?

—No lo sé.

—Oh, cielo estrellado, no sé qué no sé cuántos. ¿Cómo cree que ha podido suceder, llegar a estar atrapada con un hombre tan poco aventurero y tan falto de curiosidad como usted? ¿Me lo puede explicar? ¿Se debe todo al idioma inglés, al hecho de que no tiene la confianza necesaria para actuar en un idioma que no es el suyo?

»Desde que me recordó su pasado francés, ¿sabe?, he estado escuchando con

mucha atención. Y sí, tiene usted razón: habla usted inglés, y probablemente piense en inglés, pero el inglés no es su idioma verdadero. Yo diría incluso que el inglés es un disfraz para usted, o una máscara, parte de su armadura de caparazón de tortuga. Cuando habla usted le juro que oigo cómo elige las palabras, una a una, de la caja de palabras que lleva con usted a todas partes, y las coloca en sus casillas correspondientes. Así no es como habla un verdadero nativo, alguien que tiene el idioma de nacimiento.

—¿Cómo habla un nativo?

—Con el corazón. Las palabras inundan su interior y él las canta, canta con ellas. Por así decirlo.

—Ya veo. ¿Me está sugiriendo que vuelva al francés? ¿Me está sugiriendo que cante *Frère Jacques*?

—No se burle de mí, Paul. No he dicho nada de volver al francés. Hace mucho que perdió usted su francés. Lo único que le digo es que habla inglés como un extranjero.

—Hablo inglés como un extranjero porque soy extranjero. Soy extranjero por naturaleza y lo he sido toda mi vida. Y no veo por qué tengo que disculparme. Si no hubiera extranjeros, no habría nativos.

—¿Extranjero por naturaleza? No, no es eso, no eche la culpa a su naturaleza. A su naturaleza no le pasa nada, salvo el hecho de que está aún por desarrollar un poco. No, cuanto más lo escucho, más convencida estoy de que la clave de su carácter está en su forma de hablar. Habla como un libro. Hace mucho tiempo era usted un niño pálido y bien educado, me lo imagino perfectamente, que se tomaba los libros demasiado en serio. Y lo sigue siendo.

—¿Sigo siendo qué? ¿Pálido? ¿Bien educado? ¿Aún por desarrollar?

—Un niño que tiene miedo de sonar raro cuando abre la boca. Déjeme hacerle una propuesta, Paul. Deje este piso y dígame adiós a Adelaida. Adelaida se parece demasiado a un cementerio. Aquí ya no le queda nada por vivir. Véngase a vivir conmigo a Carlton. Yo le daré clases de idiomas. Le enseñaré a hablar con el corazón. Una lección diaria de dos horas, seis días a la semana; el séptimo día descansaremos. Hasta cocinaré para usted. No soy tan experta como Marijana, pero seré bastante servicial. Después de la cena, si el espíritu le mueve a ello, puede contarme más historias de su tesoro escondido, que después le contaré yo de nuevo de una forma tan rápida y mejorada que le costará reconocerlas. ¿Qué más? Nada de placeres vulgares, se alegrará de oír esto. Seremos tan castos como los ángeles del cielo. En todos los demás sentidos, yo cuidaré de usted. Y tal vez, a cambio, usted aprenderá a cuidarme a mí. Cuando llegue el día señalado, puede ser usted quien me cierre los párpados y me meta algodones en la nariz y recite una breve oración por mí. O viceversa, si soy yo la que queda atrás. ¿Qué le parece?

—Me suena a matrimonio.

—Es que lo es, es una especie de matrimonio. Matrimonio basado en el compañerismo. Paul y Elizabeth. Elizabeth y Paul. Compañeros de camino. O si no le apetece Carlton, podemos comprar una autocaravana y hacer una gira por el continente para disfrutar del paisaje. Hasta podemos coger un avión a Francia. ¿Qué le parece? Puede usted enseñarme los sitios que frecuentaba, las Galerías Lafayette, Tarascon, los Pirineos. Las opciones son infinitas. Vamos, ¿qué me dice?

Puede que sea irlandesa, pero le parece sincera, o medio sincera. Ahora le toca a él.

Se pone de pie y permanece apoyado en la mesa frente a ella. ¿Puede hacer, por una vez, que su voz cante? Cierra los ojos, vacía la mente y espera a que acudan las palabras.

—¿Por qué yo, Elizabeth? —llegan las palabras—. ¿Por qué yo, de entre todas las personas del mundo?

Las mismas palabras de siempre, la misma vieja canción decepcionante. No puede ir más allá. Pero, hasta que no tenga una respuesta a su pregunta, lo que debe de cantar en su corazón continuará atascado.

Elizabeth Costello no dice nada.

—Soy escoria, Elizabeth, metal base. No soy redimible. No le sirvo de nada a usted, a nadie, no tengo ningún valor. Demasiado pálido, demasiado frío, demasiado asustado. ¿Qué la llevó a elegirme? ¿Qué le dio la idea de que podía hacer algo conmigo? ¿Por qué sigue usted conmigo? ¡Hable!

Ella habla.

—Usted fue hecho para mí, Paul, igual que yo fui hecha para usted. ¿Le sirve eso por ahora, o quiere que se lo diga *plenu voce*, a plena voz?

—Explíquemelo con una voz tan plena que hasta un pobre tonto como yo pueda entenderlo.

Ella carraspea.

—Para mí y solo para mí nació Paul Rayment, y yo para él. Suyo es el poder de guiar; mío, el de seguir; suyo, el de actuar; mío, el de escribir. ¿Más?

—No, con eso basta. Déjeme que se lo pregunte directamente, señora Costello: ¿es usted real?

—¿Si soy real? Como, duermo, sufro, voy al baño. Me resfrío. Claro que soy real. Tan real como usted.

—Por favor, hable en serio por una vez. Por favor, respóndame: ¿estoy vivo o estoy muerto? ¿Me pasó algo en Magill Road que no he conseguido entender?

—¿Y soy yo el espectro asignado para darle la bienvenida al más allá? ¿Es eso lo que me está preguntando? No, quédese tranquilo; una pobre criatura humana, eso es lo que soy, igual que usted. Una vieja que garabatea, página tras página, día tras día, y

que le parta un rayo si ella misma lo entiende. Si hay un espíritu que nos preside, y yo no creo que lo haya, entonces es a mí a quien vigila, con su látigo, no a usted. «¡Nada de holgazanear, joven Elizabeth Costello!», dice, y me da un latigazo. «¡A trabajar ahora mismo!». No, esta es una historia muy normal, muy normal de verdad, con solo tres dimensiones, anchura, altura y profundidad, tal como es la vida normal, y la propuesta que le estoy haciendo es muy ordinaria. Venga conmigo a Melbourne, a mi bonita y antigua casa de Carlton. Le gustará, hay muchas mansiones. Olvídese de la señora Jokić, lo tiene usted muy crudo con ella. Pruebe conmigo. Yo seré su mejor *copine*, la *copine* de sus últimos días. Compartiremos los mendrugos de pan mientras nos queden dientes. ¿Qué me dice?

—¿Qué le digo hablando con la caja de palabras que llevo conmigo o con el corazón?

—¡Ah, me ha pillado, es usted un tipo espabilado! Con el corazón, Paul, solo por una vez.

Él le ha estado mirando la boca mientras ella hablaba, es una costumbre que tiene: otras personas miran a los ojos, él mira a la boca. «Nada de placeres vulgares», ha dicho ella. Pero en este momento no puede evitar imaginar cómo sería besar esa boca, con sus labios resecaos, tal vez marchitos ya, y esa pelusilla que le crece encima. ¿Incluye el matrimonio basado en el compañerismo besarse? Él baja la vista: si fuera menos educado, se estremecería.

Y ella lo ve. No es un ser celestial pero lo ve.

—Apuesto a que de niño no le gustaba que su madre lo besara —dice ella en voz baja—. ¿Me equivoco? Bajaba usted la cabeza, dejaba que ella le diera un beso en la frente y nada más, ¿verdad? Y a su padrastro holandés no le permitía nada. Quería ser un hombrecito desde el principio, un hombrecito independiente, que no le debiera nada a nadie. Hecho a sí mismo. ¿Le daban asco, su madre y su nuevo marido: su aliento, su olor, sus toqueteos y manoseos? ¿Cómo demonios esperaba que alguien como Marijana Jokić amara a un hombre con tanta aversión hacia lo físico?

—Yo no tengo aversión hacia lo físico —protesta él en tono frío. Lo que quiere añadir, pero no lo hace, es: «Mi aversión es hacia lo feo»—. ¿En qué cree que ha consistido mi vida desde lo que me pasó en Magill Road, salvo en estar aprisionado en lo físico día tras día? De mi fe en lo físico da testimonio el que no haya acabado conmigo mismo, de que siga aquí.

Pero mientras habla puede ver con claridad lo que la mujer le estaba diciendo sobre la caja de palabras. «¡Acabado conmigo mismo! —piensa—. ¡Qué artificial! ¡Qué insincero! ¡Igual que todas las confesiones que ella me empuja a hacer!». Y en ese preciso momento está pensando: «Si hubiéramos tenido solo cinco minutos más aquella tarde, si Ljuba no hubiera venido a acechar como un perrillo guardián, Marijana me habría besado. Estaba a punto, no me cabe duda, lo noté en las tripas. Se

habría inclinado y me habría rozado muy suavemente el hombro con los labios. Luego todo habría ido bien. Yo la habría acercado hacia mí; ella y yo habríamos descubierto la sensación de estar acostados uno junto al otro, pecho contra pecho, abrazados, fundiendo nuestros alientos. Terreno familiar».

—¿No estaría dispuesto a admitir, Paul —la mujer sigue hablando—, que no he perdido mi buen sentido del humor desde el día en que aparecí en su puerta hasta el presente? Ni una imprecación, ni una palabra malsonante, al contrario, montones de bromas y una chispa de labia irlandesa. Dígame: ¿cree que es así como soy por naturaleza?

Él no suelta prenda. Tiene la mente en otra parte. No le importa cómo sea Elizabeth Costello por naturaleza.

—Por naturaleza soy una vieja criatura cascarrabias, Paul, y propensa a los accesos de furia más siniestros. Un poco víbora, de hecho. Si he sido una carga tan llevadera para usted es tan solo porque me he jurado a mí misma ser buena. Pero ha sido una auténtica batalla, créame. Muchas veces he tenido que contenerme para no estallar. ¿Cree que lo que le he dicho yo es lo peor que se puede decir de usted, que es usted lento como una tortuga y maniático en extremo? Hay mucho más que eso, créame. ¿Cómo se llama cuando alguien conoce lo peor de nosotros, lo peor y lo más hiriente, y en vez de soltarlo lo que hace es reprimirlo y seguir sonriéndonos y haciendo bromitas? Se llama afecto. ¿Dónde más en el mundo, en esta etapa final, va a encontrar usted afecto, feo vejestorio? Sí, yo también estoy familiarizada con esa palabra, feo. Los dos somos feos, Paul, viejos y feos. Y más que nunca nos gustaría llevar en nuestros brazos la belleza del mundo. Ese anhelo nunca muere en nosotros. Pero la belleza del mundo no nos quiere a ninguno de los dos. Así que tenemos que conformarnos con menos, con mucho menos. De hecho, tenemos que aceptar lo que se nos ofrece o pasar hambre. Así que cuando una abuelita amable se ofrece para alejarnos de nuestro entorno espantoso y de nuestros sueños imposibles, patéticos e irrealizables, tendríamos que pensarlo dos veces antes de rechazarla.

»Le doy un día, Paul, veinticuatro horas, para que se lo piense otra vez. Si se niega, si insiste en aferrarse a su presente estrategia dilatoria, entonces le enseñaré de qué soy capaz. Le enseñaré cómo puedo escupir.

Su reloj marca las 3.15. Todavía faltan tres horas para el amanecer. ¿Cómo demonios va a matar tres horas?

Hay una luz encendida en la sala de estar. Elizabeth Costello está durmiendo sentada a la mesa de la que se ha adueñado, con la cabeza acurrucada sobre los brazos encima de un montón de papeles desordenados.

Lo que él desea es dejarla totalmente en paz. Lo último que quiere es despertarla y exponerse a una nueva tanda de puyas. Ya está harto de sus puyas. La mitad del

tiempo se siente como un pobre oso viejo en el Coliseo, sin saber hacia dónde girarse. La muerte por un millar de tajos.

Y sin embargo...

Y sin embargo, con suavidad, la levanta y le pone una almohada debajo de la cabeza.

En un cuento de hadas, este sería el momento en que la bruja repulsiva se convierte en una bella princesa. Pero esto no es un cuento de hadas, evidentemente.

Desde el apretón de manos exploratorio que se dieron al conocerse, él y Elizabeth Costello no han tenido contacto físico. Su cabello transmite una sensación de falta de vida, de falta de elasticidad. Y debajo de ese pelo está el cráneo, dentro del cual tienen lugar actividades de las que él preferiría no saber nada.

Si el objeto de sus cuidados fuera un niño —Ljuba, por ejemplo, o incluso el atractivo, rompecorazones y traicionero Drago—, él diría que se trata de un gesto tierno. Pero en el caso de esta mujer no es tierno. No es más que algo que un anciano hace por otro anciano que no se encuentra bien. Humanitario.

Presumiblemente, como todo el mundo, Elizabeth Costello quiere que la quieran. Y, como todo el mundo, afronta el final corroída por la sensación de que se ha perdido algo. ¿Es eso lo que está buscando en él: lo que sea que ella se ha perdido? ¿Es esa la respuesta a la pregunta recurrente de él? En ese caso, qué ridículo. ¿Cómo puede ser él la pieza que le falta a alguien, cuando ha vivido siempre ausente de su propia vida? «¡Hombre al agua!». Perdido en un mar picado frente a unas costas desconocidas.

En algún lugar en la distancia están los dos hijos de la Costello sobre los que leyó en la biblioteca, hijos sobre los que ella no habla, probablemente porque no la quieren, o no la quieren lo bastante. Presumiblemente, igual que él, ya se han hartado de las puyas de Elizabeth Costello. Él no los culpa. Si tuviera una madre así, también se mantendría a distancia.

Todo el día sola en Melbourne en una casa vacía, llegando a sus últimos días, ávida de amor, ¿y a quién acude en busca de alivio? A un hombre de otro estado, un retratista jubilado, un desconocido total, pero que también ha sufrido una desgracia y tiene la misma necesidad de amor. Si existe una explicación humana y humanitaria para la situación de ella, debe de ser esa. Casi al azar ella se ha posado sobre él, como una abeja puede posarse en una flor o una avispa sobre un gusano; y de alguna forma tan poco oscura y tan laberíntica que la mente se muestra reacia a explorarla, la necesidad de amor y la narración, es decir, el montón de papeles desordenados de la mesa, están conectadas.

Él echa un vistazo a lo que ella está escribiendo. En letras gruesas: «(EC piensa). Novelista australiana... ¡Menudo destino! ¿Qué le corre a ese hombre por las venas?». Bajo las palabras, una línea cruza la página y se marca brutalmente en el

papel. Luego: «Después de la comida juegan una partida de cartas. Usar el juego para mostrar sus diferencias. Blanka gana. Una inteligencia viva, estrecha de miras. A Drago no se le dan bien las cartas: es demasiado descuidado, demasiado seguro de sí mismo. Marijana sonrío, relajada, orgullosa de sus vástagos. PR intenta usar la partida para hacerse amigo de Blanka, pero ella se mantiene distante. Su gélida desaprobación».

Una comida y una partida de cartas. PR y Blanka. ¿Acaso van a acabar siendo una familia unida, él con agua helada en las venas y los Jokić tan llenos de sangre? ¿Qué está urdiendo la Costello en esa cabeza suya tan ajetreada?

La escritora de garabatos duerme y su personaje ronda por la casa en busca de cosas que le mantengan ocupado. Podría ser una broma, salvo por el hecho de que no hay nadie para verle la gracia.

Ahora la cabeza ajetreada de la escritora de garabatos descansa sobre la almohada. De su pecho, si escucha con cuidado, sale un tenue estertor al entrar y salir el aire. Él apaga la lámpara. Parece que se está convirtiendo en una de esas personas que se queda dormida temprano y luego se despierta en plena madrugada. Ella parece ser de esa gente que se queda despierta hasta tarde, urdiendo sus fantasías hasta bien entrada la noche. ¿Cómo podrían irse a vivir juntos?

—Una visita sin avisar, no —dice él—. No me gusta la gente que me visita sin avisar y yo tampoco hago visitas sin avisar.

—No importa —dice Elizabeth Costello—, rompa su norma solo por una vez. Es mucho más espontáneo que escribir cartas, mucho más propio de vecinos. ¿Cómo si no va a ver a su novia mística en su propio terreno, *chez elle*?

La mente de él regresa a su infancia, a Ballarat, en la época previa a la difusión del teléfono, cuando los cuatro se metían en la furgoneta Renault azul del holandés los domingos por la tarde y salían a hacer visitas sin avisar. ¡Qué tedio! Las únicas visitas que recuerda con cierto placer eran a la pequeña granja de la amiga horticultora de su padrastro, Andrea Mittiga. Fue en casa de los Mittiga, entre las telarañas del diminuto espacio que había detrás del enorme tanque de agua, donde llevó a cabo con Prinny Mittiga sus primeras exploraciones jadeantes de la diferencia entre hombre y mujer.

—Vuelve el domingo que viene, ¿me lo prometes? —le susurraba Prinny Mittiga cuando terminaba la visita, cuando, una vez bebido el zumo de frambuesa y comida la tarta de almendras, subían de nuevo a la furgoneta, abarrotada de tomates o ciruelas o naranjas del huerto de los Mittiga, para hacer el trayecto de vuelta a la avenida Wirramunda. Y él tenía que encogerse de hombros.

—No sé —tenía que decir, con cara impasible, aunque ardía en deseos de continuar con las lecciones.

—Paulie y Prinny estaban jugando a los médicos otra vez —anunciaba su hermana desde su asiento improvisado en la parte de atrás de la furgoneta.

—¡No es verdad! —protestaba él, y le daba un codazo en el costado.

—*Allez, les enfants, soyez sages!* —ordenaba su madre.

En cuanto al holandés, encorvado al volante, esquivando los baches y los hoyos de la carretera de los Mittiga, nunca escuchaba.

El holandés conducía a la velocidad mínima, en cuarta. Esa era su teoría de la conducción, aprendida en Holanda. Cuando llegaban a las colinas, el motor de la furgoneta traqueteaba y se calaba. Los demás coches formaban una cola detrás y hacían sonar la bocina. Los bocinazos no tenían ningún efecto en él.

—*Toujours à la hâte!* —decía en su voz cascada de holandés—. *Ils sont fous! Ils gaspillent de l'essence, c'est tout!*

Él no iba a *gaspiller* su esencia por nadie. Así que avanzaban a paso de caracol, en la oscuridad, sin luces para ahorrar batería.

—*Oh là là, ils gaspillent de l'essence!* —cuchicheaban él y su hermana en la parte de atrás de aquella furgoneta que olía a bulbos podridos de dalias, arrastrando sus consonantes al bárbaro estilo holandés, soltando resoplidos burlones y

aguantando la risa, mientras los coches de verdad, los Holden y los Chevrolet y los Studebaker, aceleraban y los adelantaban—. *Merde, merde, merde!*

El holandés había adoptado la costumbre de llevar pantalones cortos. Nada resultaba más embarazoso que el holandés con sus pantalones cortos y holgados, con sus piernas pálidas y sus calcetines a cuadros hasta debajo de la rodilla en medio de los australianos de verdad. ¿Por qué se casó su madre con él? ¿Le dejaba ella que él «se lo hiciera» en la oscuridad de su dormitorio? Cuando pensaban en el holandés con su «cosa haciéndoselo» a su madre, se sentían estallar de vergüenza y rabia.

La furgoneta Renault del holandés era la única de todo Ballarat. Se la había comprado de segunda mano a otro holandés. «*Renault, l'auto la plus économique*», declamaba él, aunque la verdad era que a la furgoneta siempre le pasaba algo, siempre estaba en el taller mecánico en espera de que llegara una u otra pieza de Melbourne.

No hay furgonetas Renault aquí en Adelaida. Y tampoco está Prinny Mittiga. Nada de jugar a médicos. Solo médicos de verdad. ¿Deberían hacer una última visita sin avisar, por los viejos tiempos? ¿Cómo se lo tomarían los Jokić? ¿Les cerrarían la puerta en las narices a sus visitantes inesperados? ¿O bien, como venían del mismo mundo, hablando en términos generales, que los Mittiga, un mundo desaparecido o en vías de desaparición, les darían la bienvenida y les ofrecerían té y pastas y los enviarían de vuelta a casa cargados de regalos?

—Una auténtica expedición —dice Elizabeth Costello—. Al continente oscuro de Munno Para. Estoy segura de que le hará salir de sí mismo.

—Si visitamos Munno Para, no será para hacerme salir de mí mismo —dice él—. No hay nada en mí de lo que necesite escapar.

—Y qué amable de su parte invitarme —continúa Elizabeth Costello—. ¿No preferiría ir solo?

Siempre jovial, piensa él. Qué agotador debe de ser vivir con alguien tan resueltamente jovial.

—Ni se me pasaría por la cabeza ir sin usted —dice él.

Años atrás, solía atravesar Munno Para en bicicleta de camino a Gawler. Por entonces no había más que unas cuantas casas dispersas alrededor de una gasolinera, con algunos matorrales pelados detrás. Ahora las hileras de casas nuevas se extienden hasta donde alcanza la vista.

Número siete, Narrapiga Close: esa era la dirección que ponía en los impresos que tuvo que firmar para Marijana. El taxi los deja delante de una casa de estilo colonial con césped alrededor de un pequeño jardín rectangular de estilo japonés: una losa de mármol negro por cuya cara delantera gotea agua, juncos, guijarros grises. «¿Qué real! —dice con entusiasmo Elizabeth Costello cuando sale del coche—. ¡Qué

auténtico! ¿Quiere echarme una mano?».

El taxista le pasa las muletas. Él paga el trayecto.

La puerta está abierta un palmo. Una chica de cara pálida y estólida con un aro plateado en un orificio de la nariz los examina con cara de recelo. Blanka, supone él, la hija mediana, la ladronzuela, su protegida a regañadientes. Había medio confiado en que fuera una belleza como su hermana. Pero no, no lo es.

—Hola —dice él—. Soy Paul Rayment. Esta es la señora Costello. Queríamos ver a tu madre, si es posible.

La chica desaparece sin decir una palabra. Ellos esperan y esperan en el umbral. No pasa nada.

—Supongo que podemos entrar —dice por fin Elizabeth Costello.

Se encuentran a sí mismos en una sala de estar en la que domina el cuero blanco, presidida a un lado por una pantalla grande de televisión y al otro por un enorme cuadro abstracto, un torbellino de colores naranja y verde lima y amarillo sobre un fondo blanco. En el techo gira un ventilador. No hay muñecas con vestidos tradicionales, no hay puestas de sol sobre el Adriático, no hay nada que recuerde al país del que proceden.

—¡Qué real! —vuelve a decir Elizabeth Costello—. ¡Quién lo habría pensado!

Él presume que esos comentarios acerca de lo real que es todo van en cierta manera dirigidos a él; presume que están cargados de ironía. Pero no se imagina cuál puede ser su significado.

La supuesta Blanka asoma la cabeza por la puerta.

—Ya viene —canturrea, y se retira.

Marijana no ha hecho ningún esfuerzo por ponerse guapa. Lleva unos vaqueros azules y una camiseta de algodón blanco que no disimula precisamente su ancha cintura.

—Así que se ha traído a su secretaria —dice sin preliminares—. ¿Qué quiere?

—Esto no tiene por qué ser un enfrentamiento —dice él—. Tenemos un pequeño problema entre manos y me ha parecido que la mejor manera de solucionarlo sería tener una conversación tranquila. Elizabeth no es mi secretaria y no lo ha sido nunca. Solo es una amiga. Ha venido conmigo porque hace un buen día y pensamos dar una vuelta en coche.

—Un paseo en coche por el campo —dice Elizabeth—. ¿Cómo estás, Marijana?

—Bien. Siéntense, pues. ¿Quieren un té?

—Me encantaría una taza de té, y a Paul también. Si hay algo que Paul echa de menos de la vida en los viejos tiempos es visitar a los amigos para tomar una taza de té.

—Sí, Elizabeth me conoce mejor de lo que yo me conozco a mí mismo. Casi no tengo ni que abrir la boca.

—Eso es bueno —dice Marijana—. Voy a hacer té.

Las persianas están bajadas a modo de protección contra el intenso sol, pero a través de las lamas pueden ver dos altos árboles de caucho en el patio y una hamaca que cuelga entre ambos, vacía.

—Un estatus —dice Elizabeth Costello—. ¿No es así como lo llaman hoy en día? Nuestros amigos los Jokić tienen un estatus que mantener.

—No sé por qué se burla —dice él—. Creo que uno tiene tanto derecho a tener estatus en Munno Para como en Melbourne. ¿Por qué se iban a ir de Croacia si no es para conseguir el estatus que ellos quieren?

—No me burlo. Al contrario, estoy realmente admirada.

Marijana vuelve con el té. Té pero no pastas.

—¿Por qué viene usted, pues? —dice ella.

—¿Puedo hablar con Drago, solo un momento?

Ella niega con la cabeza.

—No es en casa.

—Muy bien —dice él—. Tengo una proposición que hacer. Drago tiene una llave de mi apartamento. El martes por la mañana saldré y pasaré la mayor parte del día fuera. A las nueve ya me habré ido y no volveré antes de las tres. ¿Podría decirle a Drago que estaría muy bien que cuando yo volviera pudiera encontrarlo todo tal como estaba antes?

Se produce un largo silencio. Marijana lleva unas sandalias de plástico azul. Sandalias azules y las uñas de los pies de color púrpura: puede que él sea un ex fotógrafo de retratos y ella una ex restauradora de cuadros, pero sus estéticas respectivas no puede ser más distintas. Es muy probable que también haya otras cosas de ellos que no puedan ser más distintas. Su actitud hacia lo que es mío y lo que es tuyo, por ejemplo. Una mujer que él había soñado con arrebatarse a su marido. «Quiero cuidar de usted. Quiero extender un ala protectora sobre usted». ¿Cómo sería en realidad cuidarla a ella, y a sus dos hijas hostiles, y a su traicionero hijo? ¿Cuánto tiempo aguantarían él y su ala protectora? Por otro lado... Por otro lado, ¡qué orgullosos sus pechos, qué hermosos!

—No sé nada de esa llave —dice Marijana—. ¿Le ha dado llaves a Drago?

—Drago tenía una llave de la puerta principal mientras vivía conmigo. Durante el tiempo que estuvo usando mi apartamento. Usted tiene una llave y Drago tiene otra. Él puede llevarse cosas de mi piso y también puede devolverlas. Da igual que yo esté en casa o no. Usando su llave. No puedo expresarme con más claridad.

En la mesa hay un encendedor cromado en forma de concha de nautilus. Marijana enciende un cigarrillo.

—¿Usted también tiene quejas? —le dice a Elizabeth—. ¿También cree que mi hijo es ladrón?

Elizabeth se encoge de hombros teatralmente.

—No sé muy bien qué pensar, está claro —dice ella—. Hoy día los jóvenes están sometidos a muchas tentaciones... La palabra «ladrón»... Es tan amplia, tan dura, tan definitiva... En América usan la palabra «hurto». Hurto mayor, hurto menor, y todos los grados que los separan. Lo que sospecho es que lo que Paul tiene en mente es un pequeño hurto, uno de los más pequeños, tan pequeño que se solapa con el mero hecho de tomar algo prestado. ¿No es eso lo que querría decir usted, Paul? ¿Que Drago, o más probablemente uno de sus amigos, ha cogido prestadas una o dos cosas que usted quiere que le devuelvan?

Él asiente.

—¿Es por eso que vienen? —dice Marijana—. ¿No teléfono, simplemente aporrean la puerta como policía? ¿Qué ha llevado? ¿Qué dice usted que ha llevado?

—Una fotografía, de mi colección. Una impresión de Fauchery. Han puesto una copia en lugar de la impresión original, una copia que ha sido amañada, por razones que desconozco. Y no somos la policía. Eso es ridículo. La policía no viene en taxi.

Marijana hace un gesto en dirección al teléfono. ¿Los está echando? Él ni siquiera se ha terminado su taza de té.

—¿Original? —dice ella—. ¿Qué es esa cosa, fotografía original? Apunta con cámara, clic, y hace copia. Así funciona la cámara. La cámara es como fotocopiadora. ¿Qué tiene de original? El original ya es una copia. No es como pintura.

—Eso son tonterías, Marijana. Sofisterías. Una fotografía no es la cosa en sí. Ni tampoco la pintura. Pero eso no quiere decir que ninguna de las dos sea una copia. Ambas se convierten en algo nuevo, algo real, nuevo en el mundo, un nuevo original. He perdido una impresión original que tenía un gran valor para mí y quiero que me la devuelvan.

—¿Yo digo tonterías? Usted hace fotografía, o este hombre, ¿cómo lo llama?, Fauchery, hace fotografía, luego usted hace impresiones, una dos tres cuatro cinco, y esas impresiones son todas original, cinco veces original, diez veces original, cien veces original, ¿y ninguna copia? ¿Qué es tontería ahora? Usted viene aquí, le dice a Drago que tiene que encontrar originales. ¿Para qué? ¿Para que usted pueda morir y darle los originales a la biblioteca? ¿Para poder ser famoso? ¿El famoso señor Rayment? —Se dirige a Elizabeth Costello—. El señor Rayment nos ofrece dinero. ¿Lo sabe usted? Se ofrece para retirarme de la enfermería. Nos ofrece a todos vida nueva. Ofrece a Drago escuela nueva, escuela elegante en Canberra. Ofrece pagarla. Y ahora dice que le robamos.

—Eso es verdad solo a medias. Me ofrecí para hacerme cargo de usted. Me ofrecí para hacerme cargo también de los niños. Pero no les ofrecí una vida nueva. No soy tan estúpido. No existe una nueva vida. Solamente tenemos una vida, una cada uno.

—Entonces, ¿por qué dice que Drago roba?

—No creo haber usado la palabra «robar», y si la he usado la retiro sin reservas. Drago, o más probablemente su amigo, Shaun, ha cogido una fotografía de mi colección, la ha tomado prestada y ha hecho una copia que después ha procedido a amañar, no pretendo saber cómo, usted entiende de esas cosas mejor que yo. Ahora me gustaría que me devolviera el original. Luego no habrá más preguntas y todo volverá a ser como antes. Drago puede venir de visita, sus amigos pueden venir de visita y él puede quedarse a pasar la noche si quiere. No está bien, Marijana, adquirir el hábito de tomar cosas prestadas y no devolverlas, no está bien para un chico que está creciendo. No lo van a tolerar en esa nueva escuela, el Wellington College.

—Wellington se acabó. No tenemos dinero para Wellington.

—Yo me ofrecí para pagar el Wellington College. Nada ha cambiado. También pagaré otras cosas. El dinero no es problema.

—Si no es problema de dinero, ¿por qué está usted enfadado? ¿Por qué viene a aporrear la puerta? Domingo y se pone a aporrear la puerta como policía. Bum, bum.

A él nunca se le han dado bien las discusiones. Especialmente las mujeres, le dan mil vueltas en las discusiones. Así sucedía también con su mujer. De hecho, ahora que lo piensa, tal vez esa fue la razón de que su matrimonio terminara: no el hecho de que mantuviera demasiadas discusiones, sino el hecho de que él siempre las perdía. Tal vez si él hubiera ganado alguna de vez en cuando, él y Henriette podrían haber seguido juntos. ¡Qué aburrido es estar con un hombre que ni siquiera puede plantar batalla!

Y lo mismo pasa con Marijana. Tal vez Marijana quiere que él le ponga más empeño. Tal vez en el fondo de su corazón a ella le gustaría que él ganara. Si él pudiera inclinar la balanza a su favor, tal vez podría quedarse con ella.

—Nadie está enfadado, Marijana. Tengo una carta que entregar, y pensé que sería más rápido traerla en persona. La dejaré aquí. —Deja la carta en la mesilla del café—. Va dirigida a Mel. Puede leerla cuando le venga bien. También pensé —dirige una mirada a Elizabeth Costello—, también pensamos que estaría bien pasar de visita para tomar una taza de té y charlar, como se hacía en los viejos tiempos. Es una bonita costumbre, sociable, amistosa. Sería una pena que se extinguiera.

Pero Elizabeth Costello no es de ninguna ayuda. Elizabeth Costello está echada hacia atrás, con los ojos cerrados, abstraída. Gracias a Dios que Ljuba no está presente para dedicarle a él una de sus miradas de odio.

—La única gente que viene a aporrear la puerta es policía —dice Marijana—. Si llama usted primero por teléfono y dice que viene para té, entonces no asusta como policía.

—Asustarla... Sí, lo siento. Deberíamos haber llamado.

—Estoy de acuerdo —dice Elizabeth, espabilándose un poco—. Tendríamos que haber llamado por teléfono. Eso tendríamos que haber hecho. Ha sido culpa nuestra.

Silencio. ¿Es esta la conclusión del combate? Está claro que él ha perdido. Pero ¿acaso ha perdido con honor, con honor suficiente como para pedir una revancha, o bien ha perdido de forma abyecta?

—¿Quiere taxi? —dice Marijana—. ¿Quiere llamar a taxi?

Él y la Costello se miran.

—Sí —dice Elizabeth Costello—. A menos que Paul tenga algo más que decir.

—Paul no tiene nada más que decir —dice él—. Paul ha venido con la esperanza de recuperar lo que es suyo, pero, tal como están las cosas, Paul se rinde.

Marijana se pone de pie y hace un gesto imperioso con la mano.

—¡Venga! —dice—. ¿Quiere ver qué clase de ladrón es Drago? Yo se lo enseño.

Él intenta levantarse del sofá. Aunque ella puede ver que le cuesta un gran esfuerzo, no hace ningún gesto para ayudarlo. Él dirige una mirada a Elizabeth Costello.

—Vaya usted —dice Elizabeth Costello—. Yo me quedo aquí recuperando el resuello antes de que empiece el siguiente acto.

Él se incorpora con dificultad. Marijana ya está en mitad de las escaleras. Subiendo un peldaño cada vez, agarrándose a la barandilla, él la sigue.

«PRIVADO —dice el letrero enorme de la puerta—. VA POR TI».

—La habitación de Drago —dice Marijana, y abre la puerta con brusquedad.

La habitación está amueblada de forma funcional, con madera de pino de color claro: cama, escritorio, librería y ordenador con sus periféricos. No podría estar más limpia y ordenada.

—Muy agradable —dice él—. Muy ordenado. Estoy sorprendido. Drago nunca fue tan ordenado cuando estuvo conmigo.

Marijana se encoge de hombros.

—Yo le digo: «El señor Rayment te deja ser desordenado porque quiere caerte bien, pero aquí no seas desordenado, no es necesario, aquí es tu casa». También le digo: «Si quieres ir a la marina, y quieres vivir en un submarino, tienes que ser ordenado».

—Cierto. Si uno quiere vivir en un submarino, más vale ser ordenado. ¿Es eso lo que quiere hacer Drago?, ¿vivir en un submarino?

Marijana vuelve a encogerse de hombros.

—Quién sabe. Es joven. Un niño nada más.

La opinión que él tiene de Drago, una opinión que no formula, es que si su habitación está limpia y ordenada es probablemente porque siempre tiene a su madre dándole la vara. Marijana Jokić puede ser bastante intimidante cuando se lo propone. Es toda una presencia que llevarse con uno al futuro.

Sujetas con chinchetas a la pared, encima de la cama de Drago, hay tres fotografías ampliadas a tamaño póster. Dos son fotos de Fauchery: el grupo de

mineros, y las mujeres y niñas ante la puerta de la casa de adobe y cañas. La tercera, en color, muestra ocho esbeltos cuerpos masculinos en el aire mientras se lanzan a una piscina.

—Bien... —dice Marijana. Pone los brazos en jarras y espera a que él hable.

Él se acerca y examina la segunda fotografía. Sobre el cuerpo de la niña de las manos manchadas de barro aparece la cara de Ljuba, cuyos ojos oscuros se clavan ahora en él. El montaje no está muy logrado: la orientación de la cabeza no concuerda del todo con el ángulo de los hombros.

—Solamente juego —dice Marijana—. No es cosa seria. Es solo... ¿cómo se dice?, morfas.

—Formas. Imágenes.

—Es solo imágenes. Jugar con imágenes en ordenador, ¿qué robo hay en eso? Son cosas modernas. Las imágenes, ¿a quién pertenecen? ¿Usted quiere decir: «Yo te apunto con cámara a ti —le clava un dedo en el pecho—, yo soy el ladrón, yo robo tu imagen»? No, las imágenes son gratis, su imagen, mi imagen. No es secreto lo que hace Drago. Estas fotografías —hace un gesto con la mano hacia las tres de la pared—, todas en su página web. Todo el mundo lo puede ver. ¿Quiere ver página web?

Ella hace un gesto hacia el ordenador que hay sobre el escritorio y que está zumbando suavemente.

—No, por favor —dice él—. No entiendo de ordenadores. Drago puede hacer todas las copias que quiera, no me importa en absoluto. Yo solo quiero que me devuelva los originales. Las impresiones originales. Las que Fauchery tocó con sus manos.

—Originales. —De repente ella sonrío, y no sin amabilidad, como si acabara de darse cuenta de que él no entiende ni de ordenadores ni el concepto de original ni nada, y que no es nada intencionado, simplemente es tonto—. Muy bien. Cuando Drago viene a casa le preguntaré por los originales. —Hace una pausa—. Elizabeth —dice— ¿va a irse a vivir con usted?

—No, no hemos planeado nada de eso.

Ella sigue sonriendo.

—Pero es buena idea quizá. Entonces usted no está solo cuando tenga, ya sabe, una urgencia.

Ella hace otra pausa, y en esa pausa él percibe que el propósito de ella al traerle al piso de arriba tal vez no sea únicamente mostrarle las fotografías de Drago.

—Usted es buen hombre, señor Rayment.

—Paul.

—Usted es buen hombre, Paul. Pero está demasiado solo en su apartamento, ¿me entiende? Yo también me sentía sola, en Coober Pedy, antes de venir a Adelaida, así que yo sé, yo sé. Sentada en casa todo el día, los niños en la escuela, solo el bebé y

yo. Ljuba era bebé entonces. Uno se vuelve, ya sabe, negativo. Así que tal vez usted demasiado negativo en su apartamento. Sin hijos ni nadie. Muy...

—¿Sombrío?

Ella niega con la cabeza.

—No. No sé cómo se dice. Usted agarra. Todo lo que se presenta, usted lo agarra.

—Con una mano hace el gesto de agarrar cosas.

—Me aferro desesperadamente —sugiere él.

Es la primera vez que tiene la impresión de que el inglés rudimentario que ella emplea no le basta. ¡Ojalá él hablara croata! En croata, tal vez, sería capaz de cantarle a ella con el corazón. ¿Es demasiado tarde para aprender? ¿Podría encontrar un profesor aquí, en Adelaida? Lección uno: el verbo amar, *ljub* o como sea.

—En todo caso —dice ella—, si Elizabeth va a vivir con usted, entonces usted se olvida de Marijana. Y se olvida también de ser padrino. Es mala idea ser padrino, es no realista. Porque ¿dónde vive ese padrino? ¿Usted quiere que el padrino venga a vivir aquí, en Narrapinga Close? Es no realista, ¿no lo ve?

—Nunca le pedí venir aquí a vivir con usted.

—Usted viene vivir aquí, ¿dónde usted duerme? Si duerme en cama de Drago, ¿dónde duerme Drago? ¿O quiere dormir conmigo y con Mel, dos hombres y una mujer? —Ahora se le está escapando la risa—. ¿Quiere eso?

Él no puede reírse. Tiene la garganta seca.

—Podría vivir en su jardín —musita él—. Podría construir un cobertizo. Podría vivir en un cobertizo en su jardín y cuidarla desde allí. Cuidarlos a todos.

—Muy bien —dice ella enérgicamente—, basta de hablar. Elizabeth va a vivir con usted, lo arregla todo y no más sombríos.

—Sombrío.

—No más sombrío. Es palabra graciosa. En Croacia decimos *ovaj glumi*, pero no quiere decir «él es sombrío», no, quiere decir «él finge, no es de verdad». Pero usted no finge, ¿eh?

—No.

—Sí, ya lo sé. —Y, para sorpresa de él, y tal vez también para sorpresa de ella, se pone de puntillas y le da un beso y otro beso, uno en cada mejilla—. Venga, vamos abajo.

Elizabeth Costello no está sola. De pie junto a ella hay una extraña figura: un hombre con un mono blanco y holgado y la cabeza tapada por lo que parece un cubo de lona. El hombre parece estar hablando, pero sus palabras quedan irremediabilmente amortiguadas por la máscara.

Marijana cruza la sala con paso ligero.

—*Zaboga, zar opet!* —exclama riendo—. ¡Se le ha enganchado el pelo! Cada vez que se lo pone —hace un gesto hacia el extraño casco—, se le engancha el pelo y yo tengo que... —Indica la acción de girar con los dedos.

Ella coge al hombre de los hombros —se trata de Miroslav—, le hace darse media vuelta y empieza a desengancharle la máscara de su largo pelo. Miroslav extiende los brazos hacia atrás y busca a tientas las caderas de ella. Ella le aparta las manos y logra despegar la máscara. Él se la quita: tiene la cara ruborizada por el calor; parece de buen humor.

—Es por las abejas —explica—. Vengo de mover colmenas.

—Mi marido es apicultor —dice Marijana—. ¿Conoce a mi marido? Es la señora Costello, es amiga del señor Rayment. Mel.

—¿Cómo está, Mel? —dice Elizabeth Costello—. Soy Elizabeth. He oído hablar de usted pero nunca nos hemos conocido en carne y hueso, por así decirlo. ¿Se dedica a la cría de abejas?

—Es solo un hobby —dice Mel o Miroslav.

—Mi marido, su familia, siempre ha criado abejas —dice Marijana—. Su padre y antes su abuelo. Así que él también cría abejas ahora aquí en Australia.

—Solo unas pocas colmenas —dice Mel—. Pero la miel es buena, sobre todo de los árboles de caucho. Tiene ese aroma a eucalipto, ya sabe.

La naturalidad entre ambos lo dice todo: eso, y la risa de Marijana y la libertad con que le pasa los dedos por el pelo. No es una pareja distanciada en absoluto. Al contrario, se les ve muy unidos. Una relación muy estrecha, con peleas de vez en cuando, al estilo balcánico, para hacerla más sabrosa: acusaciones, recriminaciones, platos rotos, portazos. Seguidos de remordimientos y lágrimas, seguidos de sexo apasionado. A menos que toda la historia de la pelea y la huida a casa de la tía Lidie fuera una mentira, un invento. Pero ¿por qué? ¿Acaso está siendo objeto de una gran conjura, una conjura que ni siquiera puede empezar a entender?

—Hace bastante calor con el mono —dice Mel—. Voy a cambiarme. —Hace una pausa—. ¿Ha venido a examinar la bicicleta?

—¿La bicicleta? —dice él—. No. ¿Qué bicicleta?

—Nos encantaría ver la bicicleta —dice Elizabeth—. ¿Dónde está?

—No está terminada —dice Mel—. Drago lleva tiempo sin trabajar en ella.

Todavía le faltan un par de cosas. Pero pueden echar un vistazo, ya que han venido desde tan lejos. A él no le importará.

—Nos encantaría —dice Elizabeth—. Paul está que se muere de ganas de verla.

—Vayan pues. Yo iré en un momento.

Salen de la casa en tropel. Miroslav se reúne con ellos, vestido con pantalones cortos y sandalias y una camiseta que dice «Team Valvoline». Sube la persiana del garaje. Allí está el Commodore rojo familiar, y, junto a él, lo que Miroslav llama la bicicleta.

—¡Caramba! —exclama Elizabeth—. ¡Qué extraño artilugio! ¿Cómo funciona?

Miroslav saca la máquina del garaje; luego, sonriente, se gira hacia él.

—Tal vez usted puede explicarlo.

—Es lo que llaman una bicicleta reclinada —dice él—. Con este modelo no hay que pedalear, los cigüeñales se hacen girar con las manos.

—¿Y la ha construido Drago? —dice Elizabeth—. ¿Él solo?

—Sí —dice Miroslav—. Yo solo trabajé en la estructura metálica. En el taller. Requiere trabajo de especialista.

—Vaya, qué regalo tan espléndido —dice Elizabeth—. ¿No le parece, Paul? Le permite ser libre otra vez. Libre para ir a donde quiera.

—Drago quiere darle gracias —dice Marijana—. Gracias al señor Rayment por todo.

Todo el mundo lo está mirando a él, al señor Rayment. Ljuba acaba de salir de la nada. Hasta Blanka, que desde el principio ha estado en su contra, se ha unido al grupo. Un cuerpo delgado. De movimientos ágiles. Hija de su padre. Carece de belleza, pero debe tenerse en cuenta que algunas mujeres tienen un desarrollo tardío. ¿También Blanka va a tener oportunidad de darle las gracias? ¿Ha estado ocupada como una hormiguita, trabajando en algún regalo? ¿Qué será? ¿Una billetera bordada? ¿Una corbata pintada a mano?

Nota que se está ruborizando, un rubor de vergüenza que empieza en las orejas y se extiende a su rostro. No tiene ningún deseo de detenerlo. Es lo que se merece.

—Es magnífica —dice, y como es lo que se espera de él, y como es lo correcto, da un paso adelante con sus muletas y examina su premio más de cerca—. Magnífica —repite—. Un regalo magnífico —«Y también munífico», podría añadir, pero no lo hace. Sabe lo que le paga a Marijana y puede suponer cuánto cobra Miroslav. «Mucho más de lo que merezco».

La rueda delantera es de tamaño estándar, con un juego de piñones y una cadena; las ruedas pequeñas de atrás simplemente giran. Pintada con espray de un color rojo intenso, la bicicleta —que de hecho es un triciclo— no llega al metro de altura. En la calle, el ciclista resulta prácticamente invisible al quedar por debajo del campo de visión de los conductores. Por eso, Drago ha instalado detrás del asiento una vara de

fibra de vidrio con un banderín de color naranja en la punta. Ondeando por encima de su cabeza, el banderín está ideado para avisar a los Wayne Blight del mundo.

Una reclinada. Él nunca ha montado en una, pero le disgustan instintivamente, como le disgustan las prótesis, como le disgusta todo lo que sea falso.

—Magnífica —vuelve a decir—. No tengo palabras. ¿Puedo dar una vuelta con ella?

Miroslav niega con la cabeza.

—No tiene cables —dice él—. Ni cables de marchas ni cables de freno. Drago todavía no los ha puesto. Pero mientras está aquí podemos ajustar el sillín. ¿Ve? Hemos montado el sillín sobre un riel para que pueda ajustarlo hacia delante y hacia atrás.

Él deja las muletas en el suelo, se quita la chaqueta y deja que Miroslav lo ayude a subirse. El sillín le resulta extraño.

—Marijana ha ayudado con el sillín —dice Miroslav—. Ya sabe, para la pierna. Ella lo diseñó y después hicimos un molde en fibra de vidrio.

No solo horas. Días, semanas. Deben de haber pasado semanas trabajando en esto, el padre, el hijo y también la madre. El rubor no ha abandonado su cara, y a él ya le está bien.

—Esas cosas no se encuentran en tiendas de bicicletas, así que pensamos que podíamos hacer un modelo único, a medida. Yo le empujo para que usted se vaya acostumbrando. ¿Vale? Le voy empujando pero no lo suelto porque, recuerde, no hay frenos.

Los espectadores se apartan. Miroslav lo empuja lentamente hasta el camino de entrada de la casa.

—¿Cómo maniobro? —pregunta él.

—Con el pie izquierdo. Aquí hay una barra, ¿lo ve? Con un muelle. No se preocupe, ya le cogerá el tranquilo.

En Narrapinga Close no hay coches. Miroslav empuja suavemente. Él se inclina hacia delante, agarra los manillares y los gira para probarlos, esperando en que el artilugio se maneje por sí solo.

Por supuesto que no lo va a usar nunca. Irá directamente al trastero de Coniston Terrace, a coger polvo. Todo el tiempo y el esfuerzo que le han dedicado los Jokić será en vano. ¿Lo saben? ¿Lo han sabido todo el tiempo, mientras construían la cosa? ¿Es esta lección de conducción simplemente parte de un ritual que todos interpretan, él para ellos y ellos para él?

Le da la brisa en la cara. Durante un momento se permite imaginar que está bajando por Magill Road, con el banderín ondeando orgulloso en lo alto para recordar al mundo que se apiade de él. Un cochecito de niño, eso es lo que viene a ser: un cochecito de niño con un bebé viejo y canoso dentro, paseando. ¡Cómo se sonreirán

los transeúntes! Sonreirán, reirán y silbarán: «¡Muy bien, abuelete!».

Pero tal vez, desde una perspectiva más amplia, eso es exactamente lo que los Jokić quieren enseñarle: que tiene que renunciar a sus aires de solemnidad y convertirse en lo que realmente es, una figura cómica, un señor mayor con una sola pierna que cuando no está renqueando con sus muletas se dedica a deambular por las calles con su triciclo de fabricación casera. Una más de las atracciones locales, uno de esos tipos excéntricos que le dan color al tejido social. Hasta el día en que Wayne Blight encienda el motor y vaya otra vez a por él.

Miroslav no se ha apartado de su lado. Ahora hace girar la máquina, trazando un amplio arco que les permite regresar al camino de entrada.

Elizabeth aplaude. Los demás la imitan.

—Bravo, mi caballero —dice ella—. Mi caballero de la triste figura.

Él no le hace caso.

—¿Qué piensa usted, Marijana? —dice él—. ¿Debería volver a montar en bicicleta?

Porque Marijana todavía no ha abierto la boca. Marijana lo conoce mejor que su marido, mejor que Elizabeth Costello. Ella ha presenciado desde el principio cómo él luchaba por conservar la dignidad masculina, y nunca se ha burlado de él por ello. ¿Qué piensa Marijana? ¿Tiene él que seguir luchando por su dignidad o ha llegado el momento de capitular?

—Sí —dice Marijana lentamente—. Le va bien. Creo que debería darse una oportunidad.

Tiene la mano izquierda apoyada en la barbilla; su mano derecha sostiene el codo izquierdo. Es la postura clásica del pensamiento, de la reflexión madura. Ha meditado cuidadosamente la pregunta y ha respondido. La mujer cuyos labios todavía siente en la mejilla, la mujer que, por razones que nunca le han quedado del todo claras, aunque de vez en cuando ha surgido un destello de iluminación, es dueña de su corazón, ha hablado.

—Entonces bien —dice él (iba a decir «Entonces bien, mi amor», pero se retiene porque no quiere herir los sentimientos de Miroslav, aunque Miroslav lo debe de saber, Ljuba lo debe de saber y está claro que Blanka lo sabe, lo lleva escrito en la cara)—. Entonces bien, la probaré. Gracias. De verdad, de todo corazón, gracias, a todos ustedes. Y gracias sobre todo al ausente Drago. —«A quien he juzgado de forma errónea y he tratado injustamente», le gustaría decir—. A quien he juzgado de forma errónea y he tratado injustamente —dice.

—No se preocupe —contesta Miroslav—. La subiremos a la caravana y se la llevaremos tal vez el fin de semana que viene. Solo faltan un par de cosas por arreglar, los cables y esas cosas.

Él se vuelve hacia Elizabeth.

—Y ahora tenemos que irnos, ¿verdad? —dice él. Y añade, dirigiéndose a Miroslav—. ¿Puede echarme una mano?

Miroslav lo sostiene.

—PR Exprés —dice Ljuba—. ¿Qué quiere decir PR Exprés?

Y en efecto, eso es lo que hay pintado en el tubo de la bicicleta, con unas letras que sugieren artísticamente el impulso del viento: «PR Exprés».

—Quiere decir que puedo ir muy deprisa —dice él—. PR, el Hombre Bala.

—El Hombre Bala —dice Ljuba. Le dedica una sonrisa, la primera que le ha dedicado nunca—. ¡Usted no es el Hombre Bala, es el Hombre Lento!

Luego suelta una risita, abraza los muslos de su madre y esconde la cara.

—Una debacle —le dice a Elizabeth. Van en un taxi en dirección sur, hacia su casa—. Una derrota aplastante, una derrota moral, ni más ni menos. Nunca me he sentido tan avergonzado de mí mismo.

—Sí, no ha salido usted bien parado. ¡Toda esa furia...! ¡Todo ese moralismo! ¿Furia? ¿De qué está hablando?

—Piense un poco —continúa ella—. Estaba usted a punto de perder a un ahijado, ¿y por qué? No me lo podía creer. ¡Por una vieja fotografía! Una fotografía de un puñado de desconocidos a quienes usted les traería sin cuidado. Por un niño francés que ni siquiera ha nacido todavía.

—Por favor —dice él—. Por favor, no discutamos otra vez, ya no tengo el cuerpo para eso. Sigo sin comprender qué le da derecho a Drago para quedarse con mis fotografías, pero lo voy a pasar por alto. Marijana me ha dicho que ahora las fotografías están en la página web de Drago. Soy un completo ignorante. ¿Qué quiere decir que están en una página web?

—Quiere decir que cualquier persona del mundo que sienta curiosidad acerca de la vida y la época de Drago Jokić puede examinar las fotografías en cuestión, en su formato original o tal vez en el nuevo, revisado y aumentado, desde la intimidad de su casa. En cuanto a por qué Drago decide publicarlas de esa forma, yo no soy la persona adecuada para responder. El próximo domingo vendrá a entregarle su vehículo. Puede preguntarle entonces.

—Marijana dice que todo el asunto de la falsificación es una broma.

—Ni siquiera es una falsificación. Los falsificadores buscan ganar dinero. A Drago le trae sin cuidado el dinero. Claro que es una broma. ¿Qué otra cosa puede ser?

—Las bromas están relacionadas con el inconsciente.

—Las bromas pueden tener relación con el inconsciente. Pero, también, a veces las bromas no son más que bromas.

—¿Dirigidas contra...?

—Dirigidas contra usted. ¿Contra quién si no? El hombre que no se ríe. El hombre que no sabe encajar bromas.

—Pero ¿y si yo nunca me hubiera dado cuenta? ¿Y si yo me hubiera ido a la tumba sin saber nada de esa supuesta broma? ¿Y si la broma le pasara también inadvertida a la Biblioteca Estatal? ¿Y si llegara a pasar inadvertida hasta el fin de los tiempos? «Echad un vistazo a estas fotos, niños. ¡Los mineros de Ballarat! ¡Mirad a ese tipo del gran mostacho!». ¿Qué pasaría entonces?

—Entonces se incorporaría a nuestro folclore la idea de que los bigotes de bandolero estaban de moda en la Victoria de la década de mil ochocientos cincuenta. Y ya está. No es una cuestión sobre la que merezca la pena seguir insistiendo, Paul. Lo que cuenta es que usted ha salido de su apartamento y ha ido hasta Munno Para, donde ha tenido una charla en privado con su amada Marijana y ha tenido ocasión de ver el traje de apicultor de su marido y la bicicleta que su hijo está construyendo para usted. Esa es la única consecuencia que importa de la supuesta falsificación. Por lo demás, el episodio es completamente irrelevante.

—Se olvida usted de la impresión desaparecida. No importa la opinión que pueda usted tener de las fotografías y de su relación con la realidad, el hecho es que una de mis impresiones de Fauchery, un verdadero tesoro nacional, imposible de pagar con dinero, ha desaparecido.

—Su preciada fotografía no ha desaparecido. Vuelva a mirar en su armario. Apuesto diez a uno a que está ahí, traspapelada. O si no, Drago la encontrará entre sus cosas y se la devolverá a usted el próximo domingo, junto con sus disculpas.

—¿Y entonces?

—Entonces el asunto quedará cerrado.

—¿Y después?

—¿Después de eso? ¿Después del domingo? No estoy segura de que vaya a suceder nada más después del domingo. Es muy probable que el domingo marque el final de su relación con los Jokić, incluida la señora Jokić. De esta, por desgracia, no le quedarán más que recuerdos. De sus torneadas pantorrillas. Del espléndido perfil de su busto. De sus encantadores atropellos lingüísticos. Recuerdos afables, mezclados con remordimientos, que se desvanecerán con el paso del tiempo, como suele pasar con los recuerdos. El tiempo, el gran sanador. Sin embargo, seguirán llegando las facturas trimestrales del Wellington College. Que no me cabe duda de que usted pagará, como hombre de honor que es. Y tarjetas de Navidad: «Le desean una feliz Navidad y un próspero Año Nuevo, Marijana, Mel, Drago, Blanka y Ljuba».

—Ya veo. ¿Y qué más le gustaría revelarme de mi futuro, señora Costello, ahora que está en vena profética?

—¿Quiere decir si habrá alguien para sustituir a Marijana, o si esta representará el final para usted? Eso depende. Si se queda usted en Adelaida, solo preveo

enfermeras, una galería de enfermeras, algunas guapas y otras no tanto, ninguna de las cuales logrará acercarse ni por asomo a su corazón tanto como lo ha hecho Marijana Jokić. Si se viene a Melbourne, por otro lado, estaré yo, el viejo y fiel Dobbin. Aunque mis tobillos no están, sospecho, a la altura de sus exigentes expectativas.

—¿Y qué hay del estado de su corazón?

—¿De mi corazón? Tiene buenos momentos y otros malos. Traquetea y jadea como un coche viejo cuando subo escaleras. Yo diría que no voy a durar mucho. ¿Por qué lo pregunta? ¿Tiene miedo de acabar siendo usted el que haga de enfermero? No tema. Es algo que yo nunca le pediría.

—¿No es hora entonces de que llame a sus hijos? ¿No es hora de que sus hijos hagan algo por usted?

—Mis hijos están muy lejos, Paul, al otro lado del ancho mar. ¿Por qué menciona a mis hijos? ¿También quiere adoptarlos y convertirse en su padrastro? Eso los sorprendería, y mucho. Ni siquiera han oído hablar de usted.

»Pero no, respondiendo a su pregunta, ni se me ocurriría convertirme en una carga para mis hijos. Si todo lo demás me falla, me internaré en un asilo. Aunque la clase de cuidados que busco, por desgracia, no los dan en ningún hogar de ancianos que yo conozca.

—¿Y qué clase de cuidados son esos?

—Los cuidados del amor.

—Sí, eso es difícil de conseguir hoy día, los cuidados del amor. Puede que tenga usted que conformarse con un buen asilo. Se puede ser una buena enfermera sin amar a los pacientes. Mire a Marijana.

—Así que ese es su consejo: que me conforme con enfermeras. No estoy de acuerdo. Si tuviera que elegir entre una buena enfermera y alguien con las manos llenas de amor, elegiría el amor sin dudar.

—Bueno, en mis manos no hay amor, Elizabeth.

—No, no lo hay. Ni en sus manos ni en su corazón. Un corazón escondido, así es como yo lo llamo. ¿Cómo vamos a sacar su corazón de su escondite? Esa es la cuestión. —Ella lo agarra del brazo—. ¡Mire!

Tres figuras montadas en motocicletas pasan a toda velocidad, la una detrás de la otra, en dirección contraria, hacia Munno Para.

—El del casco rojo, ¿no era Drago? —Ella suspira—. ¡Ah, la juventud! ¡Ah, la inmortalidad!

Probablemente no era Drago. Demasiada coincidencia, todo demasiado perfecto. Es probable que fuera un simple trío de jóvenes desconocidos, aunque con la sangre igualmente caliente en las venas. Pero no pasa nada por fingir que el del casco rojo era Drago.

—¡Ah, Drago! —repite él obedientemente—. ¡Ah, la juventud...!  
El taxista los deja en Coniston Terrace, delante de su apartamento.  
—Bueno... —dice Elizabeth Costello—. El final de un largo día.  
—Sí.

Este es el momento en que tendría que invitarla a entrar, ofrecerle algo de comer y un sitio donde dormir. Pero no dice nada.

—El regalo perfecto, ¿no? —dice ella—. Su nueva bicicleta. Qué considerado ha sido Drago. Es un chico muy considerado. Ahora es usted libre de ir con ella a donde quiera. Si sigue poniéndole nervioso la idea de Wayne Blight, puede limitarse a pasear por el sendero del río. Eso le permitirá hacer ejercicio. Le hará estar de mejor humor. En muy poco tiempo, unos brazos fuertes. ¿Cree que habría sitio para una pasajera?

—Espacio para un niño detrás del conductor, sí. Pero no para otro adulto.

—Era una broma, Paul. No, no quiero ser una carga para usted. Si yo montara en bicicleta, querría una para mí sola, preferiblemente una con motor. ¿Todavía venden aquellos motorcitos que se acoplaban a las bicicletas y hacían put-put y te permitían subir las cuestas? Los había en Francia, me acuerdo. *Deux chevaux*, dos caballos.

—Sé a qué se refiere. Pero no se llaman *deux chevaux*. Los *deux chevaux* son otra cosa.

—O una silla de ruedas antigua. Tal vez eso es lo que debería conseguir para mí. ¿Se acuerda de aquellas sillas de ruedas que tenían sombrilla con borlas y una palanca para maniobrar? Podemos buscar en tiendas de antigüedades, estoy segura de que encontraremos una; Adelaida es el sitio perfecto para una silla de ese tipo. Podemos pedirle a Miroslav que le instale un par de *chevaux*. Entonces estaremos listos para partir hacia nuevas aventuras, usted y yo. Ya tiene usted su bonito banderín de color naranja y yo conseguiré otro, con un dibujo.

—¿Qué le parece un puño de armadura? Un puño de armadura en negro sobre fondo blanco, y debajo el lema «*Malleus maleficorum*».

—«*Malleus maleficorum*». ¡Excelente! Se está convirtiendo usted en todo un ingenio, Paul. Quién habría sospechado que se le daba tan bien. «*Malleus maleficorum*» para mí y «Adelante y arriba» para usted. Podemos recorrer el país entero, los dos, toda esta tierra amplia y cobriza, de norte a sur y de este a oeste. Usted podría enseñarme testarudez y yo podría enseñarle a vivir sin nada, o casi sin nada. Escribirían artículos de prensa sobre nosotros. Nos convertiríamos en una amada institución australiana. ¡Qué gran idea! ¡Qué idea tan estupenda! ¿Es esto amor, Paul? ¿Hemos encontrado por fin el amor?

Hace media hora él estaba con Marijana. Pero Marijana ya forma parte de su pasado y lo que le ha quedado es Elizabeth Costello. Él vuelve a ponerse las gafas, se gira y la mira de arriba abajo. Bajo la suave luz del atardecer puede ver hasta el

último detalle, cada pelo, cada vena. La examina a ella y luego examina en su propio corazón.

—No —dice por fin—, esto no es amor. Es otra cosa. Es menos que amor.

—¿Y cree usted que esta es su última palabra? ¿No hay esperanzas de hacerle cambiar de opinión?

—Me temo que no.

—Pero ¿qué voy a hacer yo sin usted?

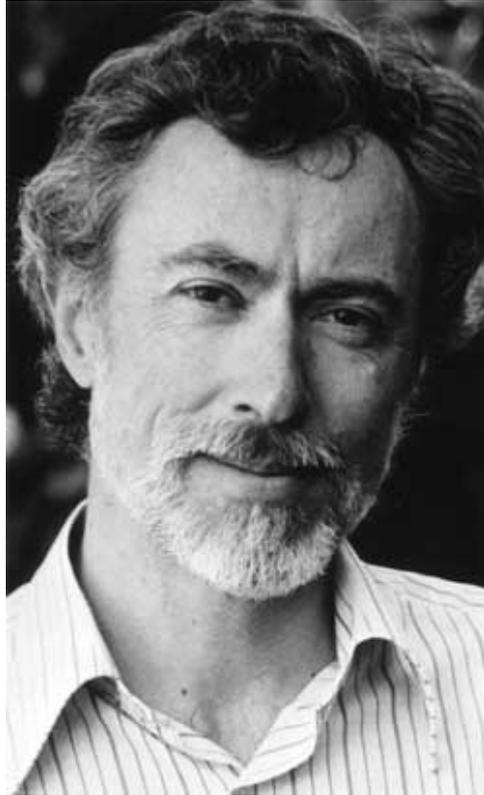
Ella parece estar sonriendo, pero le tiemblan los labios.

—Eso depende de usted, Elizabeth. Hay muchos peces en el mar, según tengo entendido. Pero, por lo que a mí respecta, y por ahora, adiós.

Y se inclina hacia delante y la besa tres veces al estilo formal que le enseñaron de niño, izquierda, derecha, izquierda.

## **NOTA DEL AUTOR**

Por sus generosos consejos y asesoramiento, doy las gracias a Arijana Božovic, Catherine Lauga du Plessis, Peter Goldsworthy, Peter Rose, John Williams y Sharon Zwi.



JOHN MAXWELL COETZEE. Nació en Ciudad del Cabo en 1940 y se crió en Sudáfrica y Estados Unidos. Es profesor de literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo, traductor, lingüista, crítico literario y, sin duda, uno de los escritores más importantes que ha dado estos últimos años Sudáfrica. En 1974 publicó su primera novela, *Dusklands*. Le siguieron *In the Heart of the Country* (1977), con la que ganó el CNA, el primer premio literario de las letras sudafricanas; *Esperando a los bárbaros* (1980), también premiada con el CNA; *Vida y época de Michael K.* (1983), que le reportó su primer Booker Prize y el Prix Étranger Femina; *Foe* (1986); *Age of Iron* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994); *Infancia* (1997) y *Desgracia* (1999). También le han sido concedidos el Jerusalem Prize y *The Irish Times International Fiction Prize*.